



oe

Cielo de Tango
ELSA OSORIO

Año 2000. Le Latina, una milonga del centro de París. El azar une en un tango a Ana y Luis, descendientes de dos familias destinadas a entrelazar sus pasos hace más de un siglo. Ana es francesa y ama el tango con la misma pasión con la que rechaza el país de su padre: Argentina. Luis es porteño, de paso por París, como última apuesta para salir de una profunda crisis económica y creativa. El proyecto de una película sobre el tango, dirigida por Luis y en la que Ana colaborará, los ligará a partir de ese momento. *Cielo de Tango* recrea la historia de una ciudad y de una música, a través de la saga de dos familias, en los extremos de la escala social. Un cóctel explosivo de amores, luchas, alegrías y traiciones, y una danza peligrosa y sensual que los funde en un abrazo. Es Tango mismo quien habla a sus personajes, los enfrenta y los une, los aplaude y los regaña, se emociona y vibra con ellos.

Novela de voces múltiples ritmada a cuatro tiempos, *Cielo de Tango* es un fresco de colores en cuyos arrabales resuena el eco de un bandoneón, una crónica apasionante de toda una época. Buenos Aires baila y crece y nos seduce con la voz rota y los giros de un destino tantas veces desgarrado.



Elsa Osorio

Cielo de Tango

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 07.06.16

Elsa Osorio, 2006
Diseño de cubierta: Un_Tal_Lucas

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r1.2



*A la memoria de mi padre,
Jorge Osorio Casares*

Aunque la daga hostil, o esa otra daga,
el tiempo, los perdieron en el fango,
hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
muerte, esos muertos viven en el tango.

JORGE LUIS BORGES

Primera parte

Inicios

Capítulo uno

No hay secreto que sus piernas no puedan descifrar, con la mano sabia de Pascal en su cintura. Ahora le pide un voleo y Ana, aun con los ojos cerrados, tiene absoluta conciencia de esa pierna, fina y sensual, que desnuda el tajo de su vestido negro, de ese pie que gira en alto, apenas un instante, con elegancia, para volver a apoyarse sobre la madera. No mira tampoco el torso de Pascal, pero lo siente ahí, consistente, seguro, centrándola, dándole el equilibrio perfecto para asumir, apoyada en un solo pie, ese giro completo que él le ha marcado en este compás. Ah, qué placer.

Qué buena sorpresa haber encontrado en Le Latina a su amigo Pascal, el compañero ideal para gozar a tope del tango. Por suerte decidió ir, y cortar esa zozobra absurda. Toda la tarde pendiente del teléfono, del correo electrónico, como si no existiera nada más interesante que esperar el llamado de su siempre ocupadísimo novio. El azar quiso que la mano de Ana cayera sobre un CD de Piazzola. Con los primeros acordes ya sintió esa cosquilla en los pies, en su cuerpo todo que le pedía tango. Una ducha rápida y el vestido negro. Se calzó las zapatillas y guardó los zapatos de baile en el bolso. Sólo bailar podía sacarla de ese estado.

A Luis le pareció raro que Le Latina estuviera arriba de un cine. Y ahora que se ha sentado la chica del vestido con tajo, esas piernas de las que no pudo despegar sus ojos desde que llegó, trata de asimilar el ambiente de esa milonga de la rue du Temple a alguna de las de Buenos Aires, pero ninguna le cuadra. Se parece más a una casa que a una milonga. ¡Cómo bailan los franceses!, no lo puede creer. Pese a que le aclaró a Philippe que él no es un gran milonguero (hace tres años que baila nada más, desde que se separó de su mujer), la verdad es que pensaba que en París iba a matar, sólo por ser argentino. Pero después de ver el nivel que tienen en Le Latina, se achicó un poco. Y no trajo a París los

zapatos para bailar tango, se puso los que usa para las entrevistas que, al menos, no tienen suela de goma. ¡Como para pensar en los zapatos cuando salió de Buenos Aires! Pero le pareció divertido que su nuevo amigo lo invitara a un bal, como le dice. ¿Por qué no un tanguito en París?

Y por qué no en un amplio sentido, no sólo zafar, como se propuso cuando decidió ir a París a vender los documentales, última apuesta para detener ese tobogán por el que Luis se desliza hace tres años a un arenero sin arena, y vuelta a subir y vuelta a golpear, sino volver a creer, vivir, crear. Una semana fuera de la atmósfera opresiva de Buenos Aires y ya esa brisa de esperanza. Aunque no haya nada concreto (Philippe le ha dado un contacto interesante, pero ninguna seguridad), Luis tiene la certeza de que, de un modo u otro, va a llegar a hacer lo que quiere.

Ana se ha curado de su tango noir, esa suerte de fiebre que la arrasó durante meses, ese no poder parar hasta lograr el exacto pivot, el refinado voleo, la perfecta cadencia. Ahora sólo el placer de la música y la mano de Pascal en su espalda marcándole esos ochos para atrás, y luego un giro completo con planeo.

A Ana le gustaría que algún hombre la llevara por la vida como Pascal en el tango. Una vez se lo dijo a su padre y él le contestó: te tendrías que casar con Pascal entonces. ¿Con Pascal?, se rió Ana, ¿cómo se te ocurre? Él fue su profesor en Montrouge, aunque hace tiempo que Ana está a su nivel. Nos admiramos y gozamos bailando juntos, pero nada más, papá, le explicó. Es obvio, pero su padre no entiende nada de tango, quizás porque es argentino, o por su historia con la Argentina.

¿Y ella lo entiende? Ahora que bailar lo ha tomado una proporción normal en su vida, quizás sí. Pero cuántas veces se preguntó qué sentido tenía esa loca carrera que inició cuando decidió dejar los cursos de tango que le propusieron en la universidad, e internarse por otros caminos. La primera excusa fue hacer una investigación sobre los papeles del varón y la mujer que actualmente se ponen en juego en el tango. No podría comprenderlo sin entrar ella misma en los distintos ambientes, bailar lo le aportaría otros elementos, se mintió por un tiempo. Pero no fue ese ensayo, que al fin nunca escribió, lo que la llevó de profesor en profesor, de curso en práctica, de un baile a otro, y otro más, a la tarde, a la noche, una sala, un cabaret, una academia, un stage en Toulouse, otro en New York. Tan difícil pasar esa cortina que dividía la práctica de los debutantes de

los avanzados, pero Ana no se iba a detener hasta alcanzar la cumbre de la que ya entonces empezó a llamar la «escala jerárquica del tango», con toda la risa que le daba esa expresión, y la conciencia de ese empeño, tan absurdo como inevitable, de llegar a ser una buena partenaire de los grandes, de los verdaderos milongueros.

Tal vez hubiera algo más profundo que no alcanzaba a ver, le dijo alguna vez a Pascal, con quien, excepcionalmente, en esa catarata de lugares y gentes diversas, pudo detenerse a hablar. ¿Quizás su padre, sus orígenes?, aventuró Pascal, sin mayor énfasis (le parecía una preocupación irrelevante, él nunca se lo preguntó, para él la vida es tango). No, estaba segura de que no tenía nada que ver, Ana sólo nació en la Argentina, pero ni se acuerda ni le gusta ese país, ella es francesa. Y jamás ha visto a sus padres bailar el tango.

Entonces se le ocurrió la idea: ella bailando el tango, un original regalo de cumpleaños para su padre. Le pidió a Pascal que la acompañara. Y él le dio el gusto, no sólo porque intentaba convencerla —inútilmente— de que fuera su compañera en el espectáculo que preparaba en el Cabaret Sauvage, sino porque ya era su amigo.

Ana quería compartir con su familia lo que había logrado con mucho esfuerzo, pero de ningún modo porque su padre fuera argentino, sino como algo de ella, como cuando obtuvo el título de socióloga, o cuando ganó la primera beca para investigar.

Fue allí donde terminó su tango noir, ninguna academia o salón de baile le dio ese diploma. Fue su papá, no los milongueros, cuando la abrazó emocionado: genial, maravillosa.

—Es que vos, Ana, lo llevás en los genes —dijo—. C'est génétique —le explicó a Pascal—, mi padre, y sobre todo mi abuelo, fueron grandes bailarines de tango.

A Ana no sólo le sorprendió enterarse de que su abuelo bailaba el tango, sino que su regalo hubiera provocado que su padre hablara de su familia, como quien dice mi papá era zapatero, o era oriundo de tal pueblo. Ana conoce esa sombra que opaca su mirada la rara vez que alguien menciona a los Lasalle, especialmente a su padre, César. Lo odia, podría decir sin exagerar, y por extensión, se imagina, odia a su abuelo, que también se llamaba Hernán, ni para poner nombres tienen imaginación, le había dicho hacía años a Ana su padre, todos Hernán: su abuelo, su tío, hasta él mismo.

—¿Qué tiene que ver tu padre, tu abuelo? —reaccionó Ana—. Yo pasé horas

y horas estudiando.

De ningún modo iba a aceptar que relacionara su regalo de cumpleaños con su abuelo César, ese hombre cruel que tanto mal había hecho a toda su familia.

¿Por qué se le había ocurrido hacerle ese regalo? Un regalo para ella más que para él, una manera de detener esa obsesión con la mirada cálida de su papá y volver al mundo de siempre, a sus libros, sus historias de amor, sus estudios, el cine, sus amigos, a todo lo que ella había dejado, aún no sabe por qué. Lo cierto es que, desde entonces, apenas si ha ido algunas veces a bailar y hasta esta noche no ha vuelto a sentir en su cuerpo esa urgencia de tango.

—Mira ese hombre alto, muy rubio —dice Philippe—, es un holandés, un tangomaniaque que se pasa de stage en stage por el mundo entero.

—Sí —la mirada de Luis apenas se desvía un instante—. A mí me tiene hechizado esa chica delgadita, es espectacular cómo baila.

—La conozco de las prácticas en la Maison Verte. ¿Por qué no la sacas a bailar?

—Hace un rato casi me animo y justo ella salió a bailar con el mismo de ahora. Él también baila genial, un maestro, ¿es su novio, su marido?

—No sé, pero qué importa, estamos en Le Latina, el intercambio legalizado, como en todos los lugares de tango. ¿No es así en Buenos Aires?

—Sí, también, sobre todo últimamente que la gente se ha lanzado masivamente a bailar el tango: taxistas, maquilladoras, empleados públicos, desocupados, jóvenes, viejos, «en un mismo lodo todos manoseados».

A Philippe le interesa que le explique ese fenómeno porque los argentinos exiliados que conoció en los setenta no bailaban el tango, ¿ahora sí?, pero Luis ya no le escucha porque ella ha vuelto a su mesa, y él la sigue con la mirada, la mano aún en la copa, sosteniendo su duda.

Sería un papelón que la sacara a bailar y no diera pie con bola, ¿y si lo rechaza? Luis se ríe de sí mismo. En París, con un quilombo terrible, parece que todo dependiera de que esa chica le diga que sí o que no, que le guste cómo la lleve. Eso es lo bueno de la milonga, todo queda afuera, lo importante es si te sale el gancho, los nuevos pasos, si la minita te va a seguir. Ya está de pie cuando ella le devuelve la mirada. Luis cruza la pista, decidido.

—Est-ce que vous dansez? —espera que no se le haya notado el acento—. Ella se levanta, el aire grave, y se enlazan. Pronto Luis va a olvidarse de sus

miedos y sentir el suelo bajo sus pies, el cuerpo de una mujer, en total armonía con el suyo, disparando su imaginación.

—*¡Hernán, Asunción! —da voces, excitada, Carlota en su cielo de Tango—, Juan, Mercedes, Rosa, vengan todos, miren allí, en Le Latina. Los bisnietos de Hernán y Asunción están bailando juntos. ¿No es increíble?*

No se dirigen la palabra. Apenas merci cuando Luis la acompaña a su mesa, después de la tanda de tangos.

¿Y no le preguntaste ni cómo se llama?, se ríe Philippe, pero no espera su respuesta porque se escuchan los primeros acordes de un tango que, como un imán, lo llama a la pista, *Corajuda*, ¿lo conoce Luis?

Un francés preguntándole si conoce *Corajuda*, es gracioso. No le ha dado tiempo a decirle: sí, desde que nació, mi madre me debe haber amamantado al son de la grabación original.

—*Escuchá, Mercedes —dice Juan—, Corajuda, el tango que compuse para vos. ¿Ves esa chica, la flaquita de pelo castaño? Es Ana, tu sobrina nieta.*

—*Es magnífica, salió a vos, Hernán.*

—*No hacíamos esas figuras en nuestra época.*

—*¿Probamos, Carlota?*

Ella está bailando otra vez con el mismo tipo, debe de ser el novio. O tal vez sólo su pareja profesional... Son profesionales, no hay duda. ¿Qué sentiría su abuelo si pudiera ver la destreza y la sensualidad con que baila su música esa pareja, allí, en París, en el año 2000? Curioso, nunca se le ha ocurrido en Buenos Aires, pero siente un súbito deseo de plantarse en medio de la pista y proclamar a los cuatro vientos: esta milonga con la que tanto se lucen y gozan, franchutes, la compuso mi abuelo, Juan Montes.

La mirada del hombre con quien bailó hace un rato no la deja ni un segundo, la envuelve, la entibia, que se dé el gusto, sería bueno irse a la cama con él, y olvidarse de su desconsiderado novio. ¿Por qué cada vez que se va de viaje le dice te llamo y la deja esperando? ¿Se lo hace a propósito, para tenerla pendiente de él? ¿O ni siquiera existe Ana cuando está en sus reuniones? Pero cómo puede pensar en otra cosa bailando con Pascal. Buena señal, antes no le hubiera sucedido. Esa insoportable ansiedad que le producía pasar de nivel ha desaparecido, y esta noche sólo está el tango que los lleva por la pista, y esa armonía perfecta que se establece entre sus cuerpos.

Ya en su mesa, Ana observa la pista. El hombre está bailando una milonga mucho mejor que cuando bailó con ella. Le hace gracia esa pareja de novatos intentando un sanguche. Una sonrisa tierna se imprime en su rostro al evocar la imagen de sus padres, ayer a la tarde, muertos de risa, practicando los pasos que Ana les había enseñado. Fue la noche de aquel regalo de cumpleaños cuando ellos empezaron a bailar. Qué mal lo hacemos, ¿no? ¿Mal? Son torpes, sí, pero hasta en eso se acompañan, riéndose de sus propias torpezas.

—Los ganchos y los sanguches no nos salen, mirá.

Que olvidaran las piruetas y sólo caminaran al ritmo del tango como caminan juntos por la vida, eso es el tango esencialmente, lo demás viene solo.

—Si Ana dice eso a sus padres es porque ya entró, de alguna manera, en Tango —afirma Mercedes—. Seguro que en unos años estará entre nosotros.

—No estoy segura, baila muy bien —duda Carlota—, pero hay algo que Ana todavía no entendió. Tanto curso, tanta teoría, tanto maestrío... me recuerdan las academias de París, antes de la guerra. Tendrá que cambiar bastante para ganarse la eternidad en Tango.

Eso es muy intelectual y no te mueve las piernas, protestó su madre, y Hernán: que para Ana es fácil, pero él siempre fue un patadura, aunque sea argentino.

No iba a explicarle otra vez que no dependía de ser argentino, ni mucho menos de los genes, como dijiste el otro día. Ana conoce muchos franceses, holandeses, japoneses que son excelentes bailarines, no es cuestión de genes, eso es una tontería, y sus padres le respondieron que absolutamente, cómo iban a reivindicar ellos los genes. ¿Acaso su padre o su madre harían la misma canallada que César Lasalle hizo con ellos, si Ana o su hermano pensaran o actuaran distinto que sus padres?

—No, nunca.

—No es una cuestión genética, sino de principios —afirmó Hernán.

—De amor, papá, qué de principios.

Sí, de amor, tenía razón su hija. Entonces, allez, bailemos un tango. Y ahí nomás se habían puesto a practicar, riéndose de que su pequeña Ana, qué risa, tan francesa ella que hasta con erre arrastrada les hablaba, les enseñara a sus padres argentinos a bailar el tango, a la vejez viruela.

—Franco-argentina —corrigió su mamá.

De la misma forma que Ana olvida que ha nacido en la Argentina, suele olvidar que Marie es francesa. Tal vez porque la historia de sus padres está tan

fuertemente ligada a la Argentina, Ana suele decir que sus padres son argentinos. Es allí donde se conocieron, donde se enamoraron, donde creyeron que iban a cambiar el mundo, allí donde encarcelaron a su padre, allí donde quedó esa familia que les negó la menor ayuda en circunstancias más que peligrosas —ya estaban los dictadores militares en el poder y Marie podía caer en cualquier momento—, de allí tuvieron que huir de un día para otro su madre, su hermano Tomás y Ana, sin un centavo, y con la angustia de dejar a su padre en la cárcel. Una suerte que Marie, aunque vivía desde adolescente en Buenos Aires, fuera francesa, lo que les facilitó la vida cuando se exiliaron. Lo sabe porque se lo ha contado su mamá, ella no recuerda nada, como si nunca hubiera llegado a París, como si estuviera allí desde que nació.

Ana tenía ya catorce años cuando su madre viajó a la Argentina, y volvió a París con ese señor que era su padre, el de las fotos que siempre estuvieron en su casa, el que ya casi no recordaba. Pero fue verlo, abrazarlo y saltar de la jaula que los encerraba en su memoria todos los cuentos, los juegos, los mimos que su papá le había hecho cuando ella era chiquita y vivía en el país que no recordaba, ese país que la privó de su padre por nueve larguísimos años. No fue el país, como le dice su madre, sino esos criminales que... pero Ana no quiere que le hable de esa historia. Tampoco su padre habla del tiempo oscuro de la prisión, sólo cuando Ana quiso saberlo, hace muchos años ya, y él le respondió escuetamente: lo habían encarcelado porque era abogado de presos políticos. Por suerte estuvo preso, y Ana: si estaba loca, mamá, cómo una suerte estar preso. Aquí no, pero allá, estar preso durante la dictadura, preso legal, aclaró Marie, le salvó la vida, y algo más dijo sobre los campos de detención clandestinos que Ana ha olvidado, como con el tiempo ha llegado a olvidarse también de los años en que no vio a su padre. Todo eso: la cárcel, las historias que su madre ya no insiste en contar, la detestada familia Lasalle que no hizo nada por su padre y los repudió a ellos, están afortunadamente lejos, muy lejos, y a Ana no le queda más de ese país que una lengua, la que hablan sus padres, mezclada con el francés.

Ojalá el tango viniera de cualquier otro lugar, le da lo mismo de dónde.

—Pero ¿qué dice? ¿Está loca?

—Con lo que les pasó, es normal que Ana no quiera que el tango tenga ninguna relación con Buenos Aires.

Nada que ver con ese país, se repite, mientras él, los ojos buscando los suyos, está atravesando morosamente la pista para sacarla a bailar otra vez. Pero tarde porque Pascal está frente a Ana, invitándola con esa parodia de cabeceo que ha

aprendido en Buenos Aires y que tanto le divierte. Los ojos de él saltando a Brigitte, sentada en la misma mesa que Ana.

—Luis —lo presenta Brigitte— es argentino —entusiasmada, como si se hubiera encontrado un tesoro.

Ella ni caso, apenas le sonríe. La ve descalzarse, mover el pie, primero uno, despu es el otro, girarlos sobre sí mismos, como repitiendo un rito largamente aprendido.  Se va?  Justo cuando él ha logrado sentarse a su mesa! Pascal murmura unas palabras a su oído, y ella vuelve a calzarse y a la pista.

Philippe se acerca para decirle que se va. Luis, la mirada cautiva de la pareja en la pista, le pide que espere un momento, quiere ver esos pasos que no conoce: la pierna de ella se desliza entre las piernas de él y luego esos giros majestuosos. Ya nadie más que ellos bailando porque todos se han detenido a mirarlos. Aplausos y otro tango.

—Así, muy bien, Carlota. Perfectos esos ganchos cruzados.

—Te imaginás si hubiera tenido que hacerlo con el largo de los vestidos de entonces.

Apenas sentarse, ella se descalza. Luis sigue la curva de su tobillo, su muslo perfecto, su rodilla y ese más allá que adivina terso.

Vamos a tomar algo a otro lado, propone Brigitte, y Luis: encantado, vamos todos, por favor, piernas, vení.

Ana, calzándose las zapatillas al fuego lento de esa mirada, anuncia que no ir , debe levantarse temprano.

—Yo también —sonrisa como la de su papá cuando la quiere convencer de algo—, pero me quedan pocos días en París.

—De acuerdo, voy.

Le divierte la alegría tan transparente de Luis cuando Pascal dice que se queda.

—Te dejo en buenas manos —se despide el amigo de Luis, gui n ndole el ojo.

Ana est  esperando el momento de sorprenderlo, y llega cuando Brigitte pronuncia su nombre: An  non, Ana, andá acostumbr ndote, vos tenés suerte porque te llamás Luis, pero si te llamaras Fernando serás Fernand . Y él,

eufórico: ¡sos argentina! ¡No lo puedo creer!

No, es francesa, aunque ha nacido en Buenos Aires, pero no lo recuerda, ni le interesa, ni siquiera se le ocurrió, como a tantos otros, hacer un stage en Buenos Aires, para qué. París, como ya te habrás dado cuenta, no tiene nada que envidiarle a tu ciudad en el tango. Le divierte provocarlos, nunca va a entender ese orgullo patético de los porteños por su ciudad.

—¿Escuchaste, Hernán? Es terrible lo que dice Ana —Asunción baja la voz, para que no la escuchen los otros—. Bueno, no hay que olvidarse que Ana es también bisnieta de Leonor. Ella te alejó de Buenos Aires.

—¿Y ese desprecio? —le dice Luis—. No importa, ya vas a cambiar de idea cuando yo te muestre Buenos Aires.

—Yo le contaba muchas historias a mi nieto —dice Rosa—. Teníamos un juego que Luisito adoraba: los rincones.

—Conozco muchos secretos escondidos en los rincones de Buenos Aires.

Les va a contar alguno, ya mismo, en francés y todo.

Ana mira su reloj: se me va el último metro. No te preocupes, yo las llevo en taxi. Vivo al lado, se despide oportunamente Brigitte, y Luis siente que la suerte le sonríe y se acomoda mejor en la silla. Camino despejado, hasta que no la seduzca —se promete— no paro, y lo sorprende ese apetito de cacería después de tantos años, está vivo, a pesar de tanta tormenta de barro.

Están solos, tiene todo el tiempo del mundo, Luis le pasará en el momento indicado su currículum abreviado, en el que omite algunas partes para causarle buena impresión, y ahora se interesará en la vida de Ana, sabe que cualquier cosa que ella le diga será un aroma más de esa presa que él quiere saborear lentamente. Socióloga, treinta años, clases en la universidad, investigación, una convivencia que no funcionó, actualmente un novio, un hombre que siempre está muy ocupado, un político.

—¿Novio? —se pregunta Ana a sí misma en voz alta—. No, un flamante ex novio, acabo de decidirlo —y esa sonrisa que lo ilumina todo—. C'est fini.

Luis no puede evitar sentir el comentario como una invitación.

—Y el tango, qué decirte. Ya me viste bailar.

La expresión de triunfo de Ana le hace gracia: tan lejos tenía que viajar yo, hasta París, para conocer a «la milonguera»: Ana... ¿cómo es tu apellido?

—Lasalle.

—*Yo le hablé de vos a Luisito, Hernán —dice Rosa—. Un poco verdad, y un poco mentira también.*

—Hernán Lasalle se llama mi padre y no creo que tu abuela lo haya conocido.

—Por supuesto que no era tu padre, pero sí alguien de su familia, demasiada casualidad el mismo nombre. Hernán era todo un personaje en los cuentos de mi abuela.

Luis sonriendo, perdido en sus recuerdos, haciendo poco caso del no importa, no me interesa de Ana. Era un gran bailarín de tangos, uno de los primeros, rescata, orgulloso, de su memoria, sin darse cuenta de que Ana está guardando los cigarrillos en su bolso y buscando su abrigo.

—¡Con razón bailás así!

Ana, de pie, la voz crispada: que baila así porque estuvo mucho tiempo trabajando, que no diga estupideces, Luis no tiene ni idea de a quién le habla.

Una leve ternura que Ana oculta cuando Luis intenta disculparse: no le está restando méritos, solamente creyó que le iba a gustar saber que existió un Hernán Lasalle, alguien de su familia...

—No creo que sea mi familia —lo interrumpe—. Me tengo que ir ya mismo.

Y mientras Luis paga la cuenta y llama un taxi, Ana se pregunta por qué ha reaccionado así. Quisiera atenuar su respuesta, encontrar una frase, un gesto que le permita salir de esa tensión, pero no puede, porque su obstinación en no ser relacionada con esa familia, con nada de ese país, la ciega.

—*Lástima, Hernán, que le tocó tu hijo César y no vos como abuelo.*

—*Si su propio hijo, su nuera, sus nietos lo odian —dice Asunción—, debe haber sido un malvado. Salió a su madre.*

—*No amarguen a Hernán. Los hijos, como los padres, no se eligen —concluye Mercedes—. Y sé lo que digo.*

—*Nadie ni nada puede amargarnos ya en Tango. Nos lo hemos ganado.*

No va a hablar nunca más con argentinos, se dice Ana, mientras observa a Luis en el taxi, compungido y en silencio.

Mejor no preguntarle nada, ¿qué ha hecho él para que Ana le hable de ese modo? Todo lo que quiere es acompañar a esta loca a su casa —con las porteñas

ya tiene suficiente— y no volver a verla nunca más en su vida. La mano de Ana se apoya en su brazo y le murmura al oído:

—Yo me irrito cuando me paso de cansancio, lo siento mucho, ¿me perdonás?

Está tan cerca, huele tan bien, es tan linda... y cómo baila.

—Bueno, todo tiene solución, la próxima vez nos encontramos a la mañana, cuando estés bien descansada.

Están riéndose cuando el taxi se detiene.

En el portal de la casa de Ana, ya han intercambiado teléfonos, se van a llamar, todo parece haber recuperado la buena senda, cuando Luis le da un beso y en esa vena humorística, que tan mal le sale, levanta la mano y, muy solemne: te juro que no voy a mencionar a tu pariente Hernán Lasalle.

Ese ruido nítido de la puerta —Ana ha tirado otra vez para asegurarse de que está bien cerrada—, peor que un portazo, no le deja ninguna duda de que no van a verse nunca más.

No lo puede evitar, siempre ha sido así, vive y se mira vivir y ahora se ve en ese bar, en la puerta de su casa, y esa imagen absurda, loca, que tiene de sí misma la sacude. Pero qué le importa lo que piense Luis, si se va en unos días y vive en otro país.

Y si no lo ve más, a quién le preguntará lo que quiere saber de su bisabuelo, ese gran bailarín de tangos, Hernán Lasalle.

Capítulo dos

Hernán avanza con elegancia y se detiene en medio de la pista, queda inmóvil unos segundos, concentrándose, la mano cálida y firme en la cintura de Joaquina, un anuncio de ataque, una provocación que su compañera acepta para arrancar ese complejo bordado de pies que susurra pasiones a las tablas. Goza el cuero manso del zapato, la madera agradecida bajo la suela, y el calor del cuerpo de Joaquina que le pide esos ojos para atrás y esos voleos para lucirse.

Se lo ha dicho esa noche, mientras cenaban, a su amigo Maco: más importante que imitar a los compadritos es escuchar el cuerpo de la mujer que te acompaña, ella es quien excita la imaginación. Y si el cuerpo de Joaquina resplandece con esos ojos para atrás, la Ñata intima a esas quebradas que cortan el aliento.

El trío de violín, flauta y guitarra acomete ahora *El queco* y Hernán pulsa a Joaquina. Un hombre alto, de piel cetrina, vestido de luto entero, empuja a Hernán y le arrebató la mujer de sus brazos.

—¿Querés bailar con él, Joaquina? —pregunta Hernán con tono calmo.

El cuchillo centellea, amenazante, y Joaquina baja la mirada por toda respuesta.

Precedida por una furia de sedas, se acerca Concepción Amaya, Mamita, como la llaman sus clientes y pupilas, y exige que se vaya inmediatamente el Oriental de su casa, o llamará a la policía.

—Y vos también, Joaquina, te vas. Y para siempre.

Una lástima, una gran pérdida, pero no es Hernán quien va a decirle a Mamita cómo manejar su casa. Se lo advirtió a la Joaquina pero no le hizo caso, nunca más aceptará una mujer que sea controlada por ese chulo pendenciero, el Oriental. Disculpe, don Hernán, y no me ponga esa carucha, no, cómo se va a ir, con tanta mujer hermosa deseándolo, hoy invita la casa, mire esta belleza. Gracias, pero prefiere a la Ñata, no es bonita pero quién mejor para hamacarse en este tangazo de Campoamor que hace sonar ya el trío.

—¿Bailamos, preciosa?

Asunción cerró los postigos de su cuarto, corrió las cortinas con morosidad, como si con ese gesto concluyera una etapa de su vida. Que Hernán llegara cuando quisiera, qué le importaba. Ya no más esa Asunción tonta levantándose cada vez que escuchaba un ruido a mirar por la ventana para comprobar si había llegado el cabriolet de Hernán. ¿Cómo pudo estar tan pendiente de él? La culpa la tenían esas historias de amor de los libros de Inés. Asunción había puesto ese deseo de algo que ni sabía lo que era en Hernán, y luego en su primo, el niño Tulio, y otra vez en Hernán, cuando volvió de Oxford. Él, todo sonrisa, simpático, pero tan sin verla como siempre: hola traviesa, y ella que estrenaba un vestido de señorita bajo el delantal, y tenía por lo menos cinco centímetros y algunas curvas más que cuando Hernán se fue de viaje. Pero ahora ella sabía que el amor no eran palabras de una novela, ni sueños, ni una cara bonita, era esa mirada del Oriental alborotándole la piel, haciéndola mujer.

Se sacó el delantal y, vestida, se recostó en la cama, su madre dormía ya. Su mano se levantó hasta su cuello evocando la caricia del Oriental y bajó suavemente hacia su escote, era su mano pero era la del Oriental recorriéndola y metiéndose más allá de donde ella le permitió, su respiración detenida cuando tomó su propio pecho con su mano y lo estrujó con todo el deseo del Oriental, nutriendo y confundiéndose con el suyo.

Mr. O’Gorman, el inglés con quien Hernán debería negociar la venta de los bovinos, en pie, lo esperaba en su despacho. Andá con cuidado, los ingleses son unos sabuesos, le había advertido su hermano César.

La sonrisa chirle, la lengua pastosa. Debería haberse acostado temprano anoche, pero bailando con la Ñata difícil arrancarse de esos tablones de madera antes del alba.

Hernán sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Las diez de la mañana, una hora obscena, se dijo mientras buscaba en su memoria remolona las cifras que le había dicho su padre. ¿Cien millones de pesos oro, doscientos, cincuenta? Lo único que tenía claro era que tanto los mínimos como los máximos que podía obtener en esa negociación eran cifras siderales, lo había pensado anoche cuando compró a Mamita las latas para entregar a las mujeres: había una enorme

desproporción entre el precio de las vacas y el que pagaba por cada baile. ¿Cuántas veces podría girar en la pista con Joaquina y con la Ñata con una sola de las vacas que quería comprar el inglés? Una vida entera bailando, varias vidas porque las vacas eran cientos de miles, tampoco recordaba cuántas exactamente, pero lo disimularía ante O’Gorman, era una primera conversación. Sólo de pensar que tendría que tener otras, el agobio lo ganó.

No creía que pudiera llegar a un acuerdo conveniente, en primer lugar porque no le interesaba en absoluto lo que decía ese hombre, y luego, porque ya su padre, anticipándose a su fracaso, le había dicho que no se comprometiera a nada, ni firmara papel alguno antes de que él diera su consentimiento. ¿Para qué lo mandaba a hablar con O’Gorman si no tenía ningún poder de decisión? ¿Por qué no usaba el teléfono o el correo postal?

Se sacudió levemente para concentrarse, prefería negociar con el inglés antes que instalarse en los campos del litoral, que requerían adaptaciones. Salir de Buenos Aires, en un momento tan excitante, era el peor castigo que le podían infligir a Hernán. Bares, cafés y burdeles brotando como hongos, mujeres morenas, rubias, pelirrojas, pieles de durazno y de ébano, cuerpos frágiles, macizos, voluptuosos, suaves, toscos, tersos, deseables y deseantes llegaban todos los días al puerto de Buenos Aires para entreverarse con los criollos. Y esa danza apasionada abrazando sus diferencias.

Ese abrazo soy yo, Tango, así de simple como lo sentías vos, Hernán, en aquellos tiempos. Pasaron años debatiendo sobre mis orígenes y mis causas, mi nombre y mi mestizaje, disertando sobre aspectos irrelevantes cuando lo único importante, lo que me funda, es ese abrazo.

Pero no todo era gozar de Buenos Aires y sus gentes, Hernán ya tenía veinte años y, a su edad, era hora de que tomara las riendas, como le decía su padre. Su hermano mayor, César, desde niño lo acompañaba al campo. A los quince años sugirió reemplazar los ovinos Merino por los Lincoln, a los veinte aconsejó el cultivo de forrajeras para mejorar la calidad del ganado bovino y adaptarlo al gusto del consumidor inglés, a los veintiuno comenzó a llevar un detallado libro de registros genealógicos, el Herd Book, en su cabaña Santa Inés. Y ahora, con apenas veinticinco años, una esposa, una hija y los establecimientos agrícola-ganaderos bajo su responsabilidad, un modelo de modernización. La primera exportación de bovino en pie que habían hecho en 1895 los había puesto en las preferencias de los británicos.

¿Cuántas veces habías escuchado lo mismo? Las vacas de tu familia estaban

en las preferencias de los británicos, pero a la hora de bailarme, vos eras el preferido de las mujeres. Deberías habérselo dicho.

—¿Cuántas cabezas podrían poner en Liverpool en abril? —le preguntó O’Gorman.

Hernán salió del paso con una sonrisa: dependerá de la oferta que nos haga, usted mismo reconoce que la calidad es inmejorable. Y eso se debe no sólo al mestizaje con el Shorthorn —la lección aprendida de memoria— sino también a la importante inversión que han debido hacer en mano de obra para las pasturas, la alfalfa no crece sola. ¿So british su humor o un poco estúpido? Era demasiado temprano para brillar.

No crecía sola, las manos de miles de inmigrantes eran cada vez más baratas, pero aun así, no se justificaba invertir, el campo es vasto, decía Lasalle, bastaba dividir parte de sus estancias en lotes cercados, contratar aparceros o arrendatarios que sembraran maíz, trigo o lino durante tres años, ellos, como dueños, recibirían un porcentaje, y al cuarto año recuperaban la tierra, plantada con alfalfa, y apta para el pastoreo. César estaba convenciendo a muchos colonos, ya lejos de sus sueños de tierra propia, para venir a trabajar en sus campos de Buenos Aires como arrendatarios. Va a ganar más, don, y hacerse menos mala sangre.

Hernán no comprendía cómo su hermano podía manejar con eficacia la relación con los colonos, con el desprecio que sentía por ellos. Sus padres y sus amigos se reían mucho cuando César imitaba el habla de los italianos.

También O’Gorman tenía dificultades en pronunciar el castellano y, sin embargo, de él no se burlaban. Quizás fuera al revés, quizás él se riera del acento de Mr. Lasalle en la intimidad de su hogar o de su club. Ah, pero con Hernán no pasaría lo mismo, sería un vago, pero su inglés era impecable. Y no por buen estudiante, sino por mono. Hernán imitaba perfectamente los sonidos, los gestos, le bastó un año en Oxford para hablar como un nativo.

Imitando a los compadritos que frecuentaban los cafés de camareras y los burdeles donde ibas con tus amigos, aprendiste a bailarme. En poco tiempo generaste tu propio estilo, tus amigos pretendían imitarte. Por el éxito que te da con las mujeres, te decían, pero era mucho más que eso, era el ansia de hacerse conmigo, de plantarse en la vida como vos en la pista. Pero para vivirme como me vivías, hacía falta algo más que imitar.

Hacía tiempo que O’Gorman pensaba —le confesó en voz baja a Hernán, una manera de sugerirle discreción— que lo mejor sería importar el bovino

congelado y no el ganado en pie. Todo sería más fácil, menos problemas en el desplazamiento, menos riesgos al pasar por zonas tropicales —la mirada fija de Hernán lo hizo dar marcha atrás—. Pero así son nuestros carniceros, si no lo sacrifican allá, no les gusta.

Hernán pensaba que, efectivamente, era una gran estupidez usar los barcos donde podría viajar tanta gente a conocer mundo para transportar vacas, pero su padre no aprobaría el comentario.

—No va a comparar la carne congelada con la carne tierna, por favor.

—Efectivamente, y así es mi gente, le gusta lo mejor —orgullosa—. Vuestras vacas y nuestros carniceros, el mejor matrimonio para nuestro paladar.

Su padre esperaba de él ideas renovadoras, como las tantas que había aportado su hermano. ¿No sería mejor —más rentable, le diría—, ya que tenían esa manía los británicos, traer sus carniceros a Buenos Aires? Hernán podría llevarlos a lo de Mamita, a lo de María la Vasca, a lo de la Parda y a las romerías de la Recoleta. Y las pobres vacas no tendrían que soportar tamaño viaje para que las sacrificaran apenas llegar.

¿Jugaba Mr. Lasalle al golf? Perfecto, mañana a las siete, luego almorzarían en el club y seguirían conversando.

Pensaste que el único modo de ganarle sería renunciar a mí esa noche. Pero no sólo no me abandonaste, sino que me abriste otra puerta por la que entré encantado, conmovido. Y el inglés no te ganó.

A esas horas y en el barrio de San Nicolás, la presencia de aquel gran organito tirado por un caballo era un grito destemplado. El pulso del organillero no tembló ante la imponente mansión de la calle Perú, y giró la manivela.

Tal vez porque sus padres no estaban, cuando escuchó *Sobre las olas*, Inés Lasalle se animó a abrir la ventana de par en par y hasta asomarse al balcón. Expuesto a la luz de la farola, Miguel y esa sonrisa franca al descubrirla.

Nada le importó lo que le había dicho su madre cuando ella, ingenuamente, le contó su encuentro con Miguel Rinaldi en el paseo de Palermo: que qué diría su padre si se enteraba de que Inés habló con un joven que nadie le había presentado, que fuera la última vez.

Pero no fue la última vez porque el miércoles Inés le pidió a Asunción que la acompañara al parque. Y allí estaba Miguel, detenido en el mismo lugar donde conversaron cuando fue con sus primos, esperándola desde entonces, porque

sabía que ella iba a volver a pasar. Fue lo primero que le dijo, apenas se quitó el sombrero. Ya podían saludarse, ya no era un desconocido, se mintió Inés, sabía que el padre había instalado una fábrica de organitos y que Miguel trabajaba con él, y que le gustaba mucho hacer sonar su organito en el paseo de Palermo y que las señoritas hermosas, como ella, se detuvieran a escucharlo.

Asunción se había alejado por un sendero del parque. La tarde en que se conocieron, justo la llamó su tía cuando él iba a preguntarle su nombre, y todos esos días, le dijo Miguel, no supo qué nombre ponerle a esa imagen que era parte de todo lo que hacía, de esa música que acababa de transcribir y que le quería dedicar a ella.

—Inés Lasalle.

Y no sólo el nombre, dónde vivía, dieciséis años, cinco hermanos, dos varones mayores y dos niñas mellizas menores, y cuánto le gustaba la música a ella también, y las novelas que leía, y hasta dejó caer el apellido de la familia que daba una fiesta el sábado, con la secreta esperanza de que él también estuviera invitado y ella pudiera anotarlo en su carnet de baile. Pero Miguel no conocía a esa familia. Hacía apenas tres años que había llegado a la Argentina desde Nápoles, tenía muchos y nuevos amigos, pero no los que ella le nombraba. Entonces Inés nombró otros, y otros, pero Miguel no conocía a ninguno.

¿Y cómo iba entonces a verlo?, le preguntó a Asunción que, aunque tenía la misma edad que Inés, sabía más de amores y hasta tenía un pretendiente.

—No te preocupes, seguro que él te va a buscar.

Y así fue. Inés subió las escaleras a toda velocidad para buscar a Asunción, ella debía saber qué hacer.

Las dos muertas de risa en el pasillo, conteniendo la respiración, sí, lo había visto, qué esperaba Inés para ir a su encuentro, miedo de qué, no seas tonta, si tus padres no están, tu hermano tampoco, y las mellizas duermen. Todos durmiendo en la casa, menos ellas dos, como en las eternas siestas de verano, sólo ellas dos cuchicheándose novelas, pero ahora Miguel estaba ahí, no era Adolphe, ni Romeo, no era un personaje sino un hombre de verdad, enamorado de Inés, dándole una serenata, esperándola.

Inés no se animaba a salir, pero Asunción sí, ¿y si alguien la veía? ¿Y si llegaba Hernán? Asunción le diría que era su novio y que no se meta donde no le importa.

Una eternidad hasta que volvió Asunción, la cara arrebatada por la carrera, los ojos exaltados por la noticia: Miguel te espera mañana a las dos de la tarde,

detrás del Cabildo, nadie se va a dar cuenta de que no estás a la hora de la siesta.

Y Asunción, tan tímida antes del Oriental y esos besos que le robó, como si no fuera ella, abriendo el armario de Inés, una energía feroz, sacando un vestido y otro, Inés tenía que estar sublime cuando se encontrara con Miguel, tenía que deslumbrarlo.

Una pizca de miedo, y unas fuertes ganas de volverse tan osada como Asunción desde que conoció al Oriental en la fiesta del conventillo, y aventurarse por las calles sola con un hombre de voz grave que le dijera palabras conmovedoras, como las que SaintPreux le susurraba a Héloise, pero en castellano, y con ese acento tan gracioso que tenía Miguel.

Cenaron en lo de Hansen, bajo el techo de glicinas y madre selvas olorosas. Maco, solemne y mentiroso, propuso un brindis por el inicio de los negocios de Hernán: que sean tan prósperos como los de tu hermano. Irían a festejarlo a lo de la Vasca, no era cuestión de que la vida responsable le arruinara su otra carrera, la de bailarín de fuste.

El mundo canalla, mestizo y vivo de mis casas, tan lejano en sus códigos y pasiones al de sus hogares, los hechizaba. Tus amigos querían parecerse a los compadritos, pero vos sabías que no era cuestión de vestirse de negro, ni de ponerse un pañuelo al cuello, las miradas calientes que las mujeres dirigían a esos criollos de piernas ágiles y cuchillo pronto no se compraban. Sin cuchillo, sin peleas, sin más provocación que la de tu cuerpo bailando, vos habías logrado un lugar de admiración y respeto.

—No nos vas a fallar esta noche, Hernán.

No hizo caso de sus protestas, se fue antes de que llegaran sus otros amigos, que solían caer por lo de Hansen a eso de las doce.

—Probate éste, Inés.

Asunción extendió sobre la cama un vestido de moaré crema adornado con gasa bordada de lentejuelas.

—No, las lentejuelas jamás a la tarde —instruyó Inés.

—Qué importa la hora, el vestido es una preciosura.

—A vos te va a quedar mejor, a mí me hace muy pálida.

Si la veía Nuria, la madre de Asunción, armaría un escándalo como cuando

la sorprendió entrando de la calle con el vestido verde prairie con muchos lazos que le prestó Inés para ir a encontrarse con el Oriental.

—Me lo regaló la niña Inés —mintió.

—No te podés poner un vestido de rica y salir a presumir, no está bien, hijita.

Qué le importaba quitárselo y darle el gusto a su madre, ya había jugado el Oriental con esos lazos hasta la risa nerviosa y esa burbuja bailando enloquecida dentro de su cuerpo. Está bien, mamá, no lo haré más, le prometió Asunción.

Pero por qué no esa noche ese vestido, sólo para verse otra y tan ella misma, reflejada en la luna del espejo de Inés, soberbia, con su pelo negro, brillante, cayendo sobre la gasa, girar y girar con los brazos abiertos, embriagarse.

No lo sabías aún, Asunción, pero te engalanabas para conocerme.

—Vamos a la sala de música —propuso Inés—. Te enseñaré a bailar la mazurca y el lancero.

Los muros de la sala de música, tapizados en brocado, no las contienen: las risas escapan por el pasillo, agudas y susurrantes, y sorprenden a Hernán cuando se dirige a sus habitaciones. Se acerca sigilosamente y espía por la puerta entreabierta. Su hermana, Inés, gira y extiende la mano.

—Así, ¿ves? Hacedlo vos ahora.

Un azote dulce ese pelo azabache hasta la cintura que esconde y descubre una piel toda imán. Pero si es... ¡Asunción! ¿Cuándo ha ganado ese cuerpo y estatura? —se asombra Hernán—. Y en un salto, ahí está, tomándole la mano para que dé la media vuelta en la mazurca: girá ahora, muy bien.

—Idiota, nos asustaste —protesta Inés.

¿Bailando a esas horas? ¿Han bebido tanto como él? En ese caso, están preparadas para una experiencia que jamás olvidarán: les enseñará una danza nueva.

Probablemente Hernán ha bebido más de la cuenta, pero no es la única razón por la que se pone a silbar *El queco* y enlaza a Asunción —ojazos como moscardones, la sorpresa arrebatándole las mejillas— por la cintura. Es ella, su cuerpo ávido, quien lo impulsa.

Puedo ver todos los detalles. La luz difusa de la lámpara, el piano, las columnas, figuritas Maissen, el sofá y los sillones, los grandes ventanales velados por cortinados, esas diosas descabezadas compitiendo con bustos, el inmenso tapiz que enrollabas para desnudar esa madera de roble, soberbia, en la

que ibas a presentarme. Habrían de pasar muchos años antes de que me aceptaran en casas como aquélla, pero esa noche de 1897, con vos, Hernán, con tu silbido orgulloso, entré con toda naturalidad.

Inés tararea la melodía y gira. Asunción, elástica y concentrada, responde al itinerario delicado que la mano de Hernán dibuja en su espalda.

Estás preciosa, le susurra al oído. Y ella: que es el vestido de Inés, las lentejuelas y esas gasas vaporosas. No es el vestido, es un brillo distinto en su mirada, un aroma de mujer, y esa piel que presiente suave y tibia bajo la tela cuando las yemas de sus dedos presionan para indicarle que con ese roce, esa «marca» —explica— que el hombre hace sobre la espalda de la mujer, ella debe cruzar el pie y girar hacia la izquierda y luego hacia la derecha, para que él la recupere haciéndola girar otra vez hacia él. Estás hecha para el tango. El brazo de Hernán, firme, sosteniéndola, aproximándola a él en ese movimiento que se detiene un instante infinito. Un leve estremecimiento que no puede permitir que lo gane porque allí está su hermana, Inés, pidiéndole: ahora a mí, quiero probar yo.

Asunción tarareando el tango y los tres riendo porque Inés trastabilla y casi hace caer a su hermano. No, así no, así, mirá, y Asunción otra vez, ella que ya ha aprendido el paso, ella que ahora sonrío abiertamente, que ríe y se tambalea.

Una emoción generosa que te hacía mía, Asunción, ya en esos primeros pasos torpes, mareada como estabas por el sorprendente halago de Hernán. Un poco tarde, te decías con sorna, tu cuerpo amasado por las caricias del Oriental.

—No te caigas, así, muy bien.

Inés, detrás de Asunción, tratando de imitar el paso, exagerando, y Hernán silbando fuerte, las dos chicas cantando esa melodía que ya han hecho suya.

Mirame Hernán, dice Inés, pero difícil desprenderse de la sugestión de ese cuerpo leve y tan consistente que adivina lo que él le propone, como si llevaran años bailando, como si fuera la Tero o la Ñata, pero es Asunción, por eso él no la hace deslizarse sobre su pierna para acercarse a ella y besarla como desearía, no, sólo la mira, brillante y dócil a sus marcas. Tan ensimismado está que no percibe que Inés ha abandonado sus movimientos caricaturescos, ha detenido abruptamente su tarareo. Es Asunción quien lo despierta, desprendiéndose con brusquedad de su abrazo porque ahí, frente a Inés, están sus padres, seguramente más sorprendidos que ellos mismos.

—Pe... pero qué es esto... ¿Cómo se atreven? —dice su padre—. Cómo te atreves, Hernán, a traer esa música y a... —señala sin mirar hacia donde

Asunción ha ido a refugiarse, junto a Inés—. Esa música indecente.

—No sabía que la conocía, padre.

—Insolente —una furia frenada, la voz baja y los ojos achicándose, como si pudiera así apuntar con precisión a Hernán.

—Retírate, Asunción, ya hablaremos —ordena su madre y toma a su hija del brazo para salir con ella.

Cómo se atreve Hernán a llevar esa música de burdel a su hogar. Y esas... familiaridades con una criada... ¡delante de su hermana!

Hernán nunca ha considerado a Asunción una criada, tal vez porque está en la casa desde que nació, compañera inseparable de Inés, casi una hermana, ¿acaso no nos amamantó a los tres Nuria?

—¿Una hermana? Estás loco, Hernán. Una cosa es que demos un trato especial a los niños que han nacido en nuestra propia casa, que reciban una educación esmerada, otra es que la consideres tu hermana. ¡Hermana! Vamos, Hernán, ¿y por eso la agarrabas así? ¡Y bien agarrada que la tenías!

Y es más que el hastío por esos discursos, a los que ya está acostumbrado, sobre lo que debe o no debe hacer, es ese matiz de ironía que ha dado a su última frase lo que lo desquicia.

—Era un juego, padre, tampoco es para tanto.

Su padre debe creerle, él nunca... por favor, ni se le ocurriría. Y si se le ocurriera —advierte su padre—, que guarde las formas, que tenga la discreción que siempre tuvieron los hombres de su familia. César nunca haría eso. Hay muchas mujeres fuera de su casa, por qué buscarla allí mismo. Esa sonrisa, el gesto pícaro, aunque él puede comprender, un brazo sobre el hombro de Hernán, un tono bajo, cómplice: Asunción está a punto de caramelo, y qué tetas se ha echado, bien que la ha mirado él. Una confianza que hiere. Lo mejor será alejarla de la casa. Yo también he sido joven, le guiña un ojo, no hay que jugar con fuego.

Entre el encono y el desconcierto porque su padre le sugiere lo que él ni siquiera se atreve: no, padre, no es necesario, créame.

Y por qué entonces estabas tan perturbado.

Mejor irse ya, no darle a su padre la posibilidad de continuar por ese camino sinuoso: tengo que salir, padre.

—¿A esta hora?

—Sí, a esta hora.

La leve sonrisa de su padre, mientras se sirve una bebida, le confirma que él

no desapruera sus salidas nocturnas, aunque tanto lo critique delante de su hermano. Quizás hasta lo envidie.

—Buena farra, Hernán —y alza su copa.

Capítulo tres

Siete meses desde que cruzó el Río de la Plata, el Oriental no se podía quejar: dos pingos, pieza para él solo en el conventillo, buenas pilchas y algún que otro lujo, el cuchillo de plata y Asunción, la chinita de San Nicolás. No se equivocó al rumbear para Buenos Aires cuando la policía se puso molesta en Montevideo. Al fin el cadáver le había hecho un favor. La mayoría de los inmigrantes desembarcaban en Buenos Aires. No sabía de dónde habían sacado la cifra, pero si no era exacta, por ahí andaba: seiscientos mil extranjeros, dos machos por hembra. Su producto era un bien escaso, el Oriental no podía sino triunfar.

Sin embargo, los naipes con el Cortado y el incidente con Mamita —esa arpía— le estaban embarrando el terreno. Escupió con bronca: en cualquier momento hacía los petates y se volvía a Montevideo, a esa altura otras muertes habrían tapado la que debía. Pero al Oriental no le gustaba dejar las cosas a medias, y no iba a marcharse de Buenos Aires con esa fruta a punto de caer. Se relamió de gusto. Esa tarde adornaría la pieza con algún cachivache para estrenar a la chinita. Era rudo, pero tenía esos detalles.

Un incordio en ese momento las pretensiones de la Joaquina. Ni dormido se la llevaba a la pieza con él, como ella le pedía. Nunca le dijo que se había mudado solo al conventillo de Cochabamba. La dejó provisoriamente en lo de Talón, aunque ahí poco iba a sacar, la mitad que en lo de Mamita. Tenía que conseguir guita para que el Cortado aceptara darle la revancha. No menos de cincuenta pesos. Y la Joaquina que se le retobaba, esa mina lo tenía harto, debería buscar nueva mercadería. Si la pudiera convencer a la chinita de San Nicolás, pero aún estaba verde, iba a tener que ajustar unas cuantas clavijas para que sonara como debía. Estaba seguro —si algo conocía el Oriental era a las mujeres— de que Asunción sería una fiera en la cama. El solo evocar la imagen de cuando la apretó contra el árbol lo puso al palo. Hacía tiempo que no le tenía tantas ganas a una hembra. Ella diciéndole que no, que no, pero los pezones

erguidos en la yema de sus dedos y esa lengua que aprendía rápido a enredarse con la suya, que lamía su cara, su cuello, su oreja, con la misma urgencia que la boca del Oriental se abría paso hacia el pecho de Asunción. Fue la calentura, una calentura de aquéllas, la que la llevó a apartarlo, él ahí, boqueando como un caballo, y ella con las mejillas encendidas: que están a unos metros del portón, que si la pescan ahí, la matan. Entonces si fuera en otro lado... Ella misma se lo dio a entender.

De todos modos, de poder llevársela a la cama a conseguir que trabajara para él había un buen trecho, y el Oriental necesitaba guita ya. No, la chinita era una inversión a futuro. Todavía debería amasarla mucho más. Que le gustaba mucho pero que aún no tenía un buen trabajo, sólo eso le decía por ahora. Asunción, virgencita pero una brasa a punto de encender, le había soltado lo del casamiento la tarde que la invitó al circo y él le siguió el juego, ¿por qué no? Para cada mina un verso era su lema.

En cuanto probara el dulce —y faltaba muy poco— sería como con las otras: haría todo lo que él quisiera para no privarse de ese placer que él sabía dar a las mujeres.

Detrás del Cabildo, Miguel le había tomado la mano a Inés, y bajo la sombra del ombú, esa caricia tímida en su mejilla, y en el preciso lugar de la verja del fondo que el farol no alcanza, ese beso rápido en la boca y una efervescencia en el corazón. La quería mucho ¿sabía? Ella también, con toda su alma.

Entonces que no le dijera que no, por favor, que el jueves fueran juntos a la inauguración del tranvía eléctrico, quería compartir ese momento emocionante con ella. Inés había visto muchos tranvías, pero nunca había subido en ninguno. ¿En serio? ¿Cómo era posible? Mejor aún, más emoción, tomarían juntos el 76.

El 22 de abril de 1897, por primera vez, Inés subió a un tranvía a caballo.

—Un honor inmenso recibir en mi humilde coche a la más bella entre las bellas —la saludó el conductor piropeador.

Con su sombrero de flores, su elegante vestido, su ancha sonrisa, nadie podía sospechar que Inés había pasado la noche llorando. Ahora quería olvidarse de todo y disfrutar a pleno la osadía de ese atardecer, sentada al lado de Miguel, entre la gente. Qué bonitos los dibujos, qué simpático el guarda, y qué agradable este balanceo.

Una muchedumbre se había volcado a las calles cuando Inés y Miguel se

bajaron del 76. Buscaron un lugar a mitad de camino entre la calle del Ministro Inglés y los portones de Palermo.

—Ya viene —gritó un hombre, pánico y euforia.

Una gran jardinera roja, con un palo en el techo que echaba chispas al rozar el cable. ¡Anda solo, sin caballos! A Inés la sobrecogió ese vehículo que devoraba las distancias con tanta velocidad.

El hombre que estaba a su lado, con un extraño acento, dijo que esos cables eléctricos, todo el tiempo sobre ellos, eran un enorme peligro, la mujer fue aún más lejos: se derrumbarían las casas, y el tocado con una gorra verde: se incendiaría la ciudad entera. Tranquila, bonita, nada de eso sucederá.

Inés no le temía al tranvía eléctrico, no le temía a nada ni a nadie, si estaba con Miguel. Entonces habló con tu padre, Inesita, no más encuentros a escondidas, Miguel quería que todos los días fueran como ése, ellos riéndose, mirándose a los ojos, las manos enlazadas delante de cualquiera.

Ese sábado, en la fiesta del conventillo, el Oriental iba a conseguir llevarse a la chinita a la pieza. Más que intuición, era una fija, siempre funcionaba con las mujeres: bailar en sus narices con otra. Bailar como sólo el Oriental sabía hacerlo en ese conventillo. En cuanto Asunción lo viera con la Polaca...

El filo de un cuchillo sobre su cuello interrumpió los sueños del Oriental.

—La semana que viene, a más tardar —le hizo saber al oído un hombre del Cortado.

—Lo tendrá —respondió con seguridad, como si no le temblaran las piernas.

El hombre se alejó sin dejarle ni curiosarle las facciones.

Tanto empeño había puesto en que le diera la revancha, tan seguro estaba, y el muy ladino le quitó todo lo que ganó la Joaquina, y ochenta y cuatro pesos más que el Cortado le fió, pero cómo no iba a aceptar ese «vale cuatro», seguro que era bolazo, pura prepotencia, el ancho de bastos lo tenía el Oriental.

Sólo doce pesos en su haber y ya era miércoles. O los pingos... o el cuchillo. No le quedaba otra. Los naipes no se le daban bien.

Pero al entrar al conventillo, la exigencia de Josep, el administrador, de que le pagara los diez pesos de alquiler lo dejó con una sola posibilidad. No iba a enemistarse con el catalán, justo antes de la fiesta del sábado. Con una sonrisa sobrada, le extendió los billetes.

La idea había surgido un domingo, en la fiesta del recreo de La Boca.

—Dime, Miguel —preguntó Santos, señalándole la caja del organito—, ¿no podríamos hacer sonar un tango ahí dentro?

—Claro que sí, si usted nos ayuda.

Miguel lo había pensado alguna vez, fugazmente, mientras bailaba en un café de camareras, pero no se hubiera atrevido a planteárselo a su padre de no mediar el entusiasmo de Santos, un músico hecho y derecho, que vivía hacía años en Buenos Aires: ¿por qué el organito, alegría de los barrios, llevaba valeses, mazurcas y polcas y no la música nuestra, el tango?

Era la tercera vez que Santos visitaba a los Rinaldi en el taller de la calle Ombú al 700 y no podía comprender cómo funcionaba ese diabólico aparato. Él tocaba el piano y el violín y se daba maña con otros instrumentos, no debería ser tan difícil, pero ese cilindro con púas, movido por un manubrio, le resultaba complicadísimo. No sólo había que adecuar la música a la escala del organito, diatónica, sino también adaptarse al número de compases a grabar.

La perspectiva de hacer sonar el tango en el organito en las esquinas de Buenos Aires entusiasmaba más a Miguel que a su padre: esa música, don, tiene muy mala fama, en algún lugar cerrado todavía, pero en la calle...

—Esta tarde —lo interrumpió Santos, solemne—, recuerde lo que le digo, Genaro, será histórica.

Qué emoción sentiría Inés al escuchar un tango y enterarse de que fue Miguel quien lo adaptó al organito. Tal vez Santos, que conocía tanta gente en Buenos Aires, lo podía ayudar: hacía unos meses que hablaba con una chica, pero los padres no la dejaban tratarlo si no los presentaba alguien.

—Eso déjame a mí, ¿de qué barrio es la moza?

—San Nicolás, se llama Inés, Inés Lasalle.

Santos, boca abierta y ojos pasmados. ¿Se había enamorado de la hija de César Lasalle? Movía la cabeza hacia un lado y otro: no, muchacho, no es para vos —y con evidente fastidio—: con la cantidad de chicas lindas que hay, por qué justo te vas a encaprichar con una estúpida pituca que no te va a llevar el apunte.

Y Miguel: que no era ninguna estúpida, y que Inés también estaba enamorada de él, se lo había dicho ayer mismo cuando se encontraron.

Santos, entre risas estentóreas: ¡qué gustazo contarle al patrón de la Santa Inés que su niña se encuentra a escondidas con un organillero!

—Tampoco mi hijo es para avergonzar a nadie —lo increpó Genaro—. Si tan despreciable es un organillero para usted, ¿qué hace en mi casa?

—No me malinterprete, don Genaro, bien que me gustaría que Miguel y la tal Inés fueran muy felices —la mirada severa a Miguel—. Pero, para estar con ella, tendrías que raptarla, llevártela a Italia.

—Yo no quiero raptarla, quiero casarme con ella.

Pero en qué mundo vivía, muchacho, Lasalle jamás lo permitiría, ellos sólo se casan entre ellos, por eso salen tan imbéciles, y tan cretinos. Y si te metés en un lío con esa mocosa, mejor que te olvides de hacer algo en Buenos Aires. Ellos son los dueños de este país.

—¿Por qué? ¿Porque son argentinos? Si hoy hay más extranjeros que argentinos en Buenos Aires. ¿No estuvo usted cuando los italianos festejamos el aniversario de la independencia? Éramos miles y miles. Es tan de ellos como nuestro este país.

—A ver si lo entiendes: ellos son los dueños de la tierra, y vos, un gringo.

Genaro —la voz firme, el cuerpo erguido— quería que Santos lo supiera, no había llegado a la Argentina con las manos vacías, ni sin instrucción. En sólo tres años, había progresado enormemente, tenía una buena casa, un taller, y hasta estaba inscrito en la Unión Industrial, como industria en formación, cierto, pero sepa que el gobierno protege la industria, pronto tendría una fábrica, y su hijo era un muchacho honesto y trabajador que no tenía nada que envidiarle a nadie. No me gusta, con todo respeto se lo digo, don Santos, lo que está diciendo.

A Santos tampoco le parecía bien —la voz alta que no compadecía, el gesto duro— que un muchacho de diecinueve años estuviera tan en la luna, sería hora de que Miguel, y también usted —un esfuerzo por controlarse, por sonar amistoso—, asistieran a las reuniones en el Centro Socialista de Balvanera, donde se discutía la política del país, los derechos de todos.

A Genaro no le interesaba la política ni tener problemas con nadie. Santos quería darle una publicación, qué casualidad, justo tenía allí un ejemplar de *La Rivendicazione*, de los italianos del Fascio dei Laboratori.

—Léala, don Genaro. Enterarse, opinar, la única manera de hacer nuestro este país donde trabajamos y vivimos.

Iría, concedió Miguel, pero iba a seguir con Inés Lasalle.

En ese momento no era oportuno, los padres de Inés recibían visitas de Gran

Bretaña, y pasarían una semana en la estancia, pero al regreso, hablaría —le había prometido a Miguel en el tranvía—. Y ni una palabra de lo que le había anunciado su mamá: que Vicente Ponce sería invitado a la estancia, y verían con agrado que Inés simpatizara con ese joven.

—¿Es lo que temo, Hernán? ¿Me quieren casar con ese hombre?

—Probablemente, pero no está decidido aún, no te preocupes. Si te gusta otro, decime, y lo invito.

No le iba a gustar nadie, estaba segura. A menos que... Su hermano podía hacerle un favor. ¿Daban un paseo por el parque? Inés se colgó del brazo de Hernán: que mirara las flores que ella había plantado, ¿las había visto alguna vez tan bellas? No eran las semillas, era algo mágico que le sucedía con todo. Si le prometía no decir nada a nadie, Inés iba a contarle su secreto. Le daba gusto compartirlo con su hermano: estoy enamorada, Hernán, y él de mí, se llama Miguel, es tan simpático, tan buen mozo y tan dulce.

Pero desde cuándo, cómo, dónde... ¿Asunción les hacía de mensajera?, asombrado, escandalizado: cómo que Asunción también tiene novio. Inés no le contaría nada de Asunción, se le había escapado sin darse cuenta, pero Hernán tenía que prometerle que no le diría ni una palabra de que lo sabía. Prometido. Miguel y ella no querían verse a escondidas, pero cómo encarar a papá, Hernán podía ayudarlos: si es amigo tuyo, mamá no podrá oponerse. Podía encontrarlo en el taller de organitos en la calle Ombú, o en el paseo de Palermo. Por favor, Hernán, por favor.

La ve en el corredor, lustrando una estatuilla. Como relámpago en día nublado, le tiraría todas esas preguntas a la cara: quién es, cuándo se encuentran, hasta dónde han llegado, pero no, no va a traicionar a su hermana. Se detiene a su lado, sofocado por lo que calla, y bucea, desesperado, en los ojos de Asunción.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enojado? ¿Por qué me mirás así?

—Por nada. ¿Sabés que estás muy linda?

Ella le sonríe y lo mira, ¿como mirará a su novio? No, lo mira como a alguien que está ahí desde siempre, como si la noche que bailaron juntos el tango no hubiera existido.

—¿Cuándo seguimos las lecciones de tango? —no puede controlar esa mano que se anima y busca su talle, la otra en alto, intentando atrapar en el aire la

mano de Asunción, que se escapa, jugando, y su risa, esa risa nueva, y esos ojos negros, brillantes, los de siempre y sin embargo otros.

Al fin la enlaza, el corredor, levemente iluminado, abre la pista. Apenas la salida y la voz de su madre, sacrílega, desde la puerta que conduce a la sala.

—Hernán ¿no te has ido todavía? —intencionalmente ciega a esos cuerpos que saltan despavoridos—. Tu hermano y tu padre te están esperando en el club.

—¡Traer carniceros ingleses a Buenos Aires! Hernán está cada día más loco, es un irresponsable. Usted, padre, es demasiado tolerante con él. Debería obligarlo a instalarse en los campos de Santa Fe, que se foguee, que aprenda antes de mandarlo a negociar. Tanto criticaban a los terratenientes ausentistas, como Lezama o Anchorena, que habían muerto sin visitar nunca sus inmensos campos, y qué era su hermano Hernán sino un ausentista más. ¿Cuándo iba al campo Hernán? A montar su zaino o de fiesta con las mujeres. Pero de la cría de ganado, de las pasturas, no sabía nada de nada.

—Exageras, César, Hernán algo ha aprendido en el Instituto Superior de Agronomía, aunque no asista a los cursos con regularidad. Y lee mucho *El Campo* y el *Sport*, la *Gaceta Rural*. El otro día, citó el *Manual de Zootecnia* de Andrés Sauton. Y la negociación con O’Gorman no estuvo mal: las mismas condiciones que en 1896, pero más cabezas.

No por mérito de Hernán, sino por la excelente calidad del ganado. No era justo que sobre César pesara toda la responsabilidad, ¿cuándo podría derivar alguna tarea en su hermano si continuaba con esta actitud?

—Podría integrar la comisión de la Sociedad Rural para organizar la feria de Palermo, las relaciones públicas se le dan bien.

—¿Le parece que algo tan importante como la exposición de Palermo, el mayor mercado de razas del mundo, se puede dejar en manos de Hernán? Bien, podemos intentarlo, pero habrá que darle instrucciones muy precisas.

Hernán entró y se disculpó por la demora. La respuesta a la proposición de su padre enfureció a su hermano. Cómo podía decir que no le interesaban las vacas, una intransigencia sin posibilidad de apelación, esa burla: y qué entonces, ¿los caballos? ¿O sólo las mujeres?

No le faltaba razón a Hernán. Las carnes refinadas hoy estaban en boca de todos, eran símbolo del mayor prestigio, pero hasta hacía pocos años, fuera de un pequeño círculo de terratenientes, no le interesaban a nadie, ni siquiera era de

buen tono ocuparse de la cría de vacas, digna sólo del gaucho nómada, del indio. «Pobre ganadería, nunca dejará de ser lo que es», había dicho el senador Gache en 1886. César Lasalle se lo había contado a sus hijos. Cuando ellos fundaron la Sociedad Rural Argentina, en 1868, eran apenas cuarenta socios, años les había llevado convencer a los terratenientes de las ventajas de concentrar inversiones y esfuerzos en el sector rural. Ellos habían sido los artífices del cambio y la modernización del campo, ellos habían importado los mejores Heresford, Shorthorn, Angus, y obtenido las mejores cruzas. Y en pocos años habían conseguido que la Argentina superara a los Estados Unidos en la exportación de bovinos en pie.

—Pero ¿de quién sos hijo vos? —la mirada dura de César buscando la complicidad de su padre.

Hernán no quería vivir en el campo. Si hubiera nacido unos años antes, nadie vería ningún problema, al contrario, el campo era un obstáculo para la vida civilizada, «el campo, la estancia, ¿para que se embrutezca mas?» había escrito Mansilla en sus *Memorias*. Quizás un exceso, admitió, Hernán no tenía nada contra el campo, ni mucho menos contra las vacas, pero tampoco esa pasión desenfrenada de su hermano por las carnes refinadas.

Esa misma noche, en lo de María, la Vasca, observando bailar al compadrito Cimarra con Mireille, al inglés con la Vasca, a la tana Gina con el pardo Santillán, pensaste que otras cruzas, sobre las pistas de mis casas, iban a producir las mejores carnes refinadas. Y no te equivocabas.

—Qué querés entonces, ¿vender casimires en una tienda? —lo increpó César.

Pronto les transmitiría una idea, les prometió Hernán, estaba dándole forma aún.

Afuera ese tumulto de hechos inaprensibles, la confidencia de Inés, el novio de Asunción, la irrupción de su madre, la crueldad de César, pero basta trasponer la puerta cancel de calados y arabescos de la vieja casona de María, la Vasca, para instalarse en esa felicidad primaria, sin complicaciones. Allí, con ese ritmo canyengue y retozón que el tano Vicente sabe arrancarle al piano, y el pibe Ernesto al violín, está a salvo. Hernán paga dos horas de baile por adelantado. Con la Tero, el doble corte y el alfajor, la corrida garabito con Mireille, y con Manuela ese paseo con golpe y la asentada.

Una idea renovadora te pedía tu padre, tuviste muchas esa noche en la pista de María, la Vasca, pero con las burbujas del champagne y mirando el alto techo del salón, decorado por un pintor italiano, se te ocurrió aquella otra, disparatada, como te diría César, espléndida, según Inés.

Hernán había decidido no mencionar a Inés, en esa primera conversación hablaría sólo de negocios. Se presentó en el taller de organitos sin detenerse un instante en planear qué les diría. Con una sonrisa trató de sustraerse a la incomodidad que le producía la mirada recelosa de los Rinaldi.

¿Cómo había dado con ellos? ¿Quién le dio la dirección del taller?, quiso saber Genaro Rinaldi. Se ha informado, contestó ambiguamente, porque es un gran admirador del organito callejero y le interesaría invertir en ese negocio. Las manos dibujando en el aire, la voz brillante: una gran fábrica de organitos, con todo tipo de músicas, que pueda llegar hasta el último rincón del país.

—¿Qué quiere? —una animosidad latente—. ¿Cuál es su propuesta?, señor, ¿Lasalle dijo?

—Ninguna en concreto aún. Será necesario que me informen primero sobre los alcances y la rentabilidad del negocio —la mirada anonadada de los Rinaldi—. ¿Se pueden fabricar en su totalidad en Argentina o hay que importar piezas? —sus bocas selladas—. ¿Cuántos organitos podrían fabricarse por mes, por año?

—¿Qué sabe usted de organitos? —preguntó, hosco, Genaro.

Nada, apenas alguno que había escuchado en alguna calle, o en esa romería donde un organito despedazaba con su carraspera filarmónica melodías clásicas. Pero no podía decir eso, ni tampoco lo que Inés le había pedido, mucho menos que su presencia ahí era una reacción —probablemente precipitada— a la afrenta de su hermano. ¿Una idea renovadora? Organitos.

—No mucho, en verdad, sólo que veo un gran futuro a su negocio, y estoy interesado en asociarme.

Dio con la frase justa: sí, efectivamente, el joven Lasalle no se equivocaba, es un gran negocio. La hostilidad de Rinaldi cedía para transformarse en una vehemente ristra de datos, demasiados, imposibles de retener. Le bastaron los primeros para darse cuenta de lo absurdo de su proyecto, sin embargo Hernán insistió, se informó sobre el material de los rodillos, los costos de la mano de obra, la inversión necesaria para multiplicar por diez la producción. Iba a seguir pero la mirada suspicaz de Miguel lo frenó.

Trataste de imaginar a ese joven de pelo ensortijado, largo delantal gris, camisa arremangada, zapatos ajados por el uso y ese acento tan pronunciado, sentado en el comedor de tu casa: la mirada altiva de tu madre ignorándolo, el desprecio de César. Pero ese joven, de facciones dulces, había enamorado a tu hermana.

Hernán tenía que viajar la próxima semana, pero a su regreso ¿podría Miguel Rinaldi comer con él para seguir conversando? Por supuesto. Manos estrechándose y hasta una palmada campechana de Genaro en la espalda de Hernán: un gusto, amigo.

El bebé de Paquita y Nicola pasa de brazos en brazos, todos lo quieren alzar, darle besos con gusto a empanada. Es el primer bebé que nace de una pareja que se conoció en el patio de ese mismo conventillo donde ahora festejan su bautismo. Es un poco hijo de todos, de Josefa y Paco, de Samuel y Ruth, de Esthercita, de Luigi y Margarita, de Kurt y la Porota. Hasta el mismo Oriental, que es el último que se mudó, lo quiere alzar y hacerle mimos. Paquita no se lo niega, miradas suspicaces y Porota que recupera el bebé de los brazos del Oriental. Pero qué le va a hacer al nene, no exagere, Porota. Nadie sabe nada del Oriental, de dónde saca el dinero que tiene, que es mucho porque paga una pieza para él solo, trabajo no se le conoce, novia tampoco. Dicen que le arrastra el ala a la amiga de Paquita, esa que está sentada ahí, mirándolo embobada, la del vestido rosa. Parece sacado de una revista, qué fino, no creo que ella le haga caso al Oriental. Yo sí, la veo por mal camino.

Tampoco Josep, el catalán, el administrador del conventillo, mira con buenos ojos al Oriental, pero no lo echa porque paga con puntualidad la pieza más cara, la que da al zaguán, con ventana a la calle.

Pero ahora mismo, que se han puesto a bailar, Josep no le quita la vista de encima al Oriental que, como siempre, los deslumbra con su habilidad para bailar la jota tan bien como la polca o este tanguito al que las guitarras se animan.

La melodía era otra que la que habías bailado con Hernán, pero me reconociste enseguida. Una intensa vibración agitándote, el aire tibio en tus labios húmedos. El Oriental luciendo sus floreos en el patio de baldosas abrazado a esa flaca desteñida y en tu cuerpo ese temblor que te esforzabas en vano en aplacar. ¿Por qué con ella y no con vos? Se lo preguntaste más tarde, en

su pieza. Cómo iba a imaginarse que una pebeta como vos estuviera ya iniciada en esas lides. ¿Quién fue?, inquirió el Oriental, tenso como una cuerda. No deberías haberle respondido, Asunción.

Josep es el responsable de la moral del conventillo, por eso ahora camina furioso al centro del patio donde el Oriental hace sus cortes y quebradas.

—Ésta es una casa decente —vocifera, apartándolo de la polaca—, esos pasos están prohibidos.

Una sola guitarra distraída sigue cumpliendo los compases de ese tango y el que sigue, desligada de los gritos y las peleas, de todo lo que no sea esa música en la que tanta efusión pone.

—Gracias, hermano —le dice el Oriental, una palmada en el hombro—, aquí el único que tiene oreja eres tú.

Las voces se han acallado. Sólo un par de jóvenes y la Polaca mantienen su protesta por la actitud del catalán, los demás, aún aquellos que admiraron las figuras del Oriental, se han puesto de acuerdo en que no se puede bailar de esa forma indecente, delante de sus esposas, de sus hijas.

Apoyado contra la columna, la mirada fija en Asunción, el Oriental espera que ella responda a esa muda pero clara invitación a levantarse de la silla.

—Mirala, se hace la mosquita muerta y está yendo para la pieza del Oriental.

Esa noche, en la pieza del Oriental, al son de dos guitarras quedas, apostadas estratégicamente en el zaguán, comprendiste, Asunción, que tu vida tenía mi ritmo.

Capítulo cuatro

Hacía ya unos días que Nuria lo sabía, pero ella y la señora se habían puesto de acuerdo en no contárselo a Asunción. Los Lasalle estaban en la estancia, con los invitados de Inglaterra. Podían conversar más tranquilas, tenían todo el tiempo para que Nuria le explicara a su hija las ventajas de la decisión que se había tomado.

Cómo que iba a tener que irse, ¿sola? Claro, su madre era el ama de llaves, todas las tareas de la casa dependían de ella. La iba a extrañar tanto, pero no quería ser egoísta, quería que su hija aprovechara esa oportunidad que le brindaban los señores, los ojos esperanzados: ¡estudiar, como una señorita! Tendría una vida tan distinta a la suya.

Pero ¿por qué? Y un miedo atroz de que alguien pudiera saber lo que pasó en el conventillo, ¿su mamá?

—¿Quién se lo pidió? ¿Vos?

Ni a Inés se había atrevido a contárselo, cómo hablarle a una niña de esas manos que la guiaron en el tango y que, desde entonces, parecían seguir recorriéndola, de ese cuerpo fuerte incrustándose una y otra vez en el suyo, de esa flor húmeda entre sus piernas. Una mujer ya. La mujer del Oriental.

—No, se le ocurrió a la señora.

Desde aquella noche en que los sorprendieron bailando, su mirada resbalando sobre Asunción, como si no la viera, un esfuerzo denodado por ocultar ese veneno, demasiado para alguien tan insignificante como una criada, sólo un instante lo destiló por sus ojos, en el corredor, pero ni una palabra. ¿Lo habría decidido esa tarde, cuando la pescó en el corredor bailando tango con Hernán? Asunción hubiera preferido que la echara a los gritos, y no de esa manera solapada, repugnante, por tu bien, como le repetía Nuria.

—¿Por mi bien me echan?

—No te echan, no seas ingrata.

—¿Quién sabe lo que es mi bien? ¿La señora? ¿Y por qué tengo que irme a

Santa Fe? ¿No se puede estudiar en Buenos Aires?

Ni escuchaba las mentiras que le repetía su madre, la pobre las había creído. ¿Y por qué justo ahora me tengo que ir?

Por qué justo ahora, después de años de soñarlo, a Hernán se le había ocurrido mirarla así, como nunca antes, y enseñarle a bailar el tango. La furia despertando, Hernán tenía la culpa de que la echaran, trepando por su nuca, por él iba a perder al Oriental, rebotando en su cabeza, quizás Hernán mismo estuviera detrás de ese plan, sacudiéndole los brazos, las piernas, debió haberlos sorprendido abrazados al Oriental y a ella en la verja, y alojándose en su corazón, Hernán estaba celoso.

Furia, pero, de algún modo, también una delicia: Hernán celoso del Oriental, Hernán queriéndote tanto que prefería tenerte lejos antes que con el Oriental. No se lo ibas a permitir.

Las palabras que Miguel Rinaldi escuchó en el Centro Socialista habrían de marcarlo para toda su vida. Parecía mentira que, aunque ya llevaba tres años en la Argentina, él nunca se hubiera planteado la injusticia en la que vivían. Quizás porque Miguel no tenía una jornada de doce horas de trabajo, o porque su padre siempre estaba bendiciendo esta tierra que le había permitido tanto en tan poco tiempo.

Argentina, el granero del mundo, decían en Europa, pero ¿cuántos se beneficiaban de tanta riqueza? Las cifras de las exportaciones en 1896 lo impresionaron, y serían aún más elevadas en el 97. ¿Por qué habría de interesarle a un hombre que recibía millones de pesos oro por año por sus exportaciones invertir en su taller de organitos? ¿Cuántos cientos de miles de organitos creería Hernán Lasalle que podían fabricarse y venderse? La pregunta era tan ridícula que hasta le daría risa si ese sentimiento visceral, agrio, no se le impusiera. Inés le había mandado decir por Asunción que su hermano los iba a ayudar. Pero ¿no les estaría tomando el pelo a su padre y a él el otro día? Y en el caso de que fuera cierto tamaño disparate, ¿podría Miguel asociarse a alguien de su clase, después de lo que había aprendido? La esclavitud se había abolido en 1816 en la Argentina, pero los señores rurales parecían ignorarlo a juzgar por el tratamiento que daban a sus trabajadores.

Miguel no tenía la experiencia de esos alemanes, franceses, italianos, que tomaron la palabra en el Centro Socialista, pero salió de la reunión con la

convicción de que si se organizaban y le disputaban el poder a quienes siempre lo tuvieron, podrían cambiar las condiciones de la sociedad. La euforia le impidió pensar cómo armonizaría esos incipientes ideales con la mujer de sus sueños.

Esa mañana había afilado su cuchillo con esmero. No tenían ninguna cita en un lugar preciso, pero el Oriental sabía que los hombres lo encontrarían. Lo que no se imaginó es que el Cortado mismo iba a cruzársele. Y solo. Fue un alarde de guapo el caerse sin sus matones, casi como si le estuviera pidiendo que el Oriental le demostrara quién era. El dinero no lo tenía, pero sí el cuchillo. Y era más rápido que el Cortado.

—¿Quién te mandó enseñarme a bailar el tango? No te voy a perdonar nunca, Hernán.

—¿Cómo pudiste reprochárselo, Asunción? Fue Hernán quien nos presentó.

—No sé de qué me hablás.

—¿Quieren sacarme de encima? Me voy, pero donde se me dé la gana a mí, no donde me manden ustedes.

Hernán la retiene por el brazo. Asunción se sacude con fuerza de sus dedos y reanuda la marcha. Hernán la sigue y le pregunta: pero qué pasa, cómo que te vas, explicame. Cuando le contaste lo que te había dicho Nuria, te sorprendió la dureza en su expresión. Era absurdo suponer que Hernán lo hubiera planeado.

—Yo tengo una idea de lo que pasa, pero no te preocupes, vos no te vas de casa, Asunción, te lo prometo. ¿No te das cuenta —la voz se le estrangula— de que yo me muero si no te veo todos los días?

Un impulso de dejarte resbalar a esa confesión. Pero habías salido para buscar al Oriental, sabías lo que querías. ¿Lo sabías de verdad, Asunción, o te empujaron las circunstancias?

—Si es cierto lo que decís, convencé a tus padres. Y ahora, dejame, que si nos ven juntos quién sabe qué mentiras se van a creer.

Debería ir a buscar a Joaquina a lo de Talón. La Vasca le había prometido probarla. Pero mejor refugiarse en el patio del conventillo, entre niños jugando y

mujeres lavando ropa. Nadie sospecharía que el Oriental, risas, piropos y bromas, acababa de matar a un hombre de muchas mentas. Cuánto le gustaban esas horas de maridos ausentes, se sentía el dueño del conventillo. Si él fuera el chulo de todas esas minas, se divertirían mucho más que con sus maridos, les compraría vestidos seductores y perfumes y las hamacaría en el tango como sólo él sabía hacerlo en ese conventillo. Estarías feliz, murmuró al oído de Paquita, mientras le sostenía el bebé, y la chispeante risa de ella se lo confirmó.

Si la policía lo buscaba allí, estarían todas ellas y sus niños para demostrar que él nunca se había movido del patio. Pero no era a la policía a quien temía sino a los hombres del Cortado. Aunque ya no le hablarían como a un pendejo, ya sabrían que con él tampoco se jugaba. No le gustaría, sin embargo, terminar en una zanja de Buenos Aires, quizás debería alejarse por un tiempo, volver al Uruguay donde podría fácilmente recuperar alguna de las mujeres que dejó cuando huyó. Pero entonces perdería a Asunción... y a él nunca le gustó dejar las cosas a medias.

Una sonrisa se le dibujó en la cara cuando la vio llegar por el pasillo y detenerse, tímida, sin atreverse a entrar al patio. El Oriental le hizo un gesto para que no avanzara. Por suerte su pieza daba al vestíbulo. Tendría que irse para allá, sin que el hembraje se diera cuenta. Lástima. A él le hubiera gustado quedarse en el patio, recostado en ese colchón mullido, las mujeres del conventillo, cuando viniera a buscarlo la cana. Pero Asunción, esa fruta jugosa, lo esperaba, y él estaba sediento.

Hernán había planeado preguntarles por qué iban a mandar a Asunción a la provincia como si no le importara, al pasar, entre otros temas: los preparativos para la inauguración de la nueva sede del Jockey Club, los invitados a la estancia, la salud del tío Hernán, la idea de la fábrica de organitos, pero no pudo.

Se lo dijo a los gritos y no como una pregunta sino como una acusación, cuando aún resonaba la carcajada con que recibieron su idea del negocio de organitos. Se habían arrendado miles de hectáreas para ahorrar y Hernán quería invertir en organitos, ridículo. ¿No había escuchado hasta el hartazgo sus protestas por el proteccionismo del gobierno a la industria? ¿Le parecía poco y quería él mismo regalarles dinero?

—No vale la pena que le explique, padre, no entiende nada —dijo César.

Los que no entendían eran ellos, no tenían ninguna sensibilidad, estaban ahí

encerrados en la inmensidad de la pampa, en su pequeño mundo de vacas, invernada, británicos y club, y no se daban cuenta de cuánto había cambiado Buenos Aires, habían desembarcado cientos de miles de personas de todos los rincones del mundo, con distintos gustos y modos de vida, ¿no los veían? ¿Sólo eran manos para la alfalfa? Las cifras del censo de 1895 eran elocuentes: los extranjeros eran propietarios del 91% de las industrias y del 87% de los comercios, y la mayoría de los que trabajaban allí eran extranjeros. El empuje y la energía estaban en manos de los que hablaban un castellano defectuoso, de los que tanto te burlás, César. Había que abrirse a otras posibilidades, satisfacer un nuevo mercado.

—¿Cómo no lo hemos visto antes, padre! —la risa de César explotando en la biblioteca, estrechando los muros, ahogando—: un gran mercado para los organitos, tanto más amplio que para las carnes refinadas.

—Y ahora la quieren echar a Asunción.

Su plan hecho jirones, la mirada grave de su padre clavada en él: ¿y eso qué tiene que ver? Nada, cierto, nada, pero Hernán no va a permitir que decidan por Asunción, sin siquiera preguntarle lo que quiere, como si fuera algo propio, como si fuera ganado.

—Las mujeres tienen una gran intuición —su padre a César, como si él no estuviera allí—, por algo tu madre quiere alejar a Asunción de esta casa.

Inútil, hubiera sido preferible no abrir la boca. Huir, buscar a Inés, sería más eficaz que ella se lo pidiera a su madre.

El niño —le había contestado primero—, Hernán, cuando el Oriental la apretó. Pero no hizo la relación hasta ahora, cuando lo ve en la pista, enroscado otra vez con la Joaquina. ¡El que estrenó a su chinita en el tango es el mismo bacán con quien se había enfrentado en lo de Mamita! Siente que la sangre le sube a la cabeza, que las sienas le estallan. Las parejas se han apartado de la pista para dejarlos solos y aplauden cada una de sus piruetas pretenciosas. Por esa razón le había arrancado a la Joaquina aquella noche, para mostrarle a toda la concurrencia que él la sacudía mejor en el tango, pero la madama se lo había impedido. ¡Y ése es quien se ha permitido sobar a su chinita! Asunción le juró que no, que nunca, que sólo una noche le enseñó los pasos de tango, un juego. La pierna de Hernán entre las de Joaquina, una medialuna que ella sigue, entre exclamaciones de admiración y aplausos. El cuerpo tenso del Oriental pide

acción.

En lo de la Vasca, se lo ha dicho el inglés Carlos Ken, su macho, nada de trifulcas. Pero qué le importa, ya le ha sacado la guita a la Joaquina, y no le verán más el pelo. Joaquina se desliza, Hernán inclina el torso morosamente hacia ella, pero no llega a besarla, porque el Oriental lo sujeta, con violencia, de los pelos.

—Y ésta por Asunción —le dice entre trompada y trompada, no puede arriesgarse al cuchillo esa noche, ni falta que hace con ese mantequita.

El Inglés ha logrado separarlos, es Hernán ahora quien lo busca, pero unos hombres lo retienen. El Oriental se sacude la ropa, como si de polvo se tratara: búsqúenle un doctor, no sea que al niño se le estropeen los visajes de la decencia.

La pequeña maleta escondida bajo la cama, las horas lentas y esa carta tan difícil: mamá, perdoname, me voy. Y ahora agrega, a la luz de la vela: no sufras por mí, soy feliz. De todas maneras, su madre no ha aprendido a leer como ella, será Inés quien se la lea y Asunción ha autorizado que le diga lo que haga falta para que no la busquen... y para consolar a mi mamá. Inés y Asunción se han puesto de acuerdo, se han abrazado y deseado la mejor de las vidas, llorando las dos. Cómo la va a extrañar, Inés debería hacer lo mismo que ella, nunca la dejarán casarse con Miguel.

Los ruidos la sobresaltan. Voces, pasos, un grito ahogado... ¿a esas horas?

No ha pegado los ojos en toda la noche. Cinco campanadas ha dado el reloj cuando Inés entra a su cuarto y le hace señas para que salga. Un murmullo agitado: han herido a Hernán, no se lo pudo decir antes porque estaban todos allí: los amigos que lo trajeron, sus padres, el doctor. Inés se despertó por las voces asustadas, llegó con la cara llena de sangre, los ojos morados, golpes en todo el cuerpo, ha tenido suerte, dijo el médico, podría estar muerto.

—Quiero verlo antes de irme, por favor, Inés.

Sus padres ya se han retirado a descansar. Inés irá antes para asegurarse de que no haya nadie, que Asunción espere su señal.

El corazón se le encoge cuando lo ve en la cama, con todo un lado de la cara vendado. Se acerca en puntas de pie para no despertarlo. Una súbita ternura le mueve la mano, apenas rozar la mejilla de Hernán, sin que se dé cuenta.

Saltaste cuando su mano apretó la tuya con fuerza y emoción: ¡Asunción!

Sólo tu nombre, pero sentiste cuánto más te estaba diciendo.

Las primeras luces del día se anuncian por la ventana. No puede quedarse un minuto más. Desprende su mano de la de Hernán, y no permite que la retenga. Camina hacia la puerta con decisión, se da vuelta a mirarlo, vuelve sobre sus pasos, sus labios se apoyan un instante sobre la boca partida de Hernán, y sin darle oportunidad de reaccionar, sale.

—Fue por vos, Asunción, el Oriental...

Pero Asunción ya no está. En la plaza, un hombre alto, una elegancia canalla, la espera para llevarla del otro lado del Río de la Plata, a la Banda Oriental.

Miguel le extendió a Santos la nota de disculpa que le había hecho llegar Hernán Lasalle para anular la cita que tenían.

—Mirá si las razones para plantarte van a ser ajenas a su voluntad —se burló.

—Quién sabe, tal vez sea así.

Tampoco Miguel estaba dispuesto a perder tiempo en cavilaciones inútiles. El problema era que no sabía cómo comunicarse con Inés, había pasado varias veces por la casa y no había visto a la chica a quien le dejaba los mensajes.

Santos no comprendía cómo, con todo lo que habían hablado después de la reunión en el Centro Socialista, Miguel podía seguir encaprichado con esa pituca. Y que los contratos miserables, y las horas de trabajo, y la explotación.

—Inés no es su padre —se defendió Miguel—. Viviremos a nuestra manera, no a la de ellos.

No quería escuchar más a Santos, prefería trabajar, se habían reunido para poder incorporar el tango al repertorio del organito. Tendría que hablar con Inés para saber hasta dónde era capaz de defender sus sentimientos.

La cita la llevó Inés misma al paseo de Palermo, escrita en un papel que dejó al lado de Miguel, sin que su tía se diera cuenta de nada.

—Qué suerte que te animaste, linda —sus ojos tan queriéndola, sí, seguro que Miguel estaría de acuerdo—. Te extrañé tanto.

También ella, qué alegría verlo, tanto que contarle: Hernán herido, la huida de Asunción con su amor, la pretensión de sus padres de casarla con un tonto de capirote. Pero ella no les haría caso, por supuesto que no, ella quería a Miguel,

con toda su alma. Tomó aliento, desaceleró, bajó el tono de voz: lo estaba madurando desde que Asunción le contó sus planes con el Oriental, y estaba segura, muy segura. Fue lo único que la sostuvo cuando se enfrentó a su padre: no me casaré con Vicente Ponce.

¿Qué le estaba proponiendo Inés?, encrespado: ¿huir de Buenos Aires?, escandalizado: ¿raptarla?, ofendido: ¿esconderse porque Miguel no es uno de ellos?, tan poco suya esa sonrisa penosa y burlona... ¿Ser su amante y no su esposa?, ¿prefería vivir en corredores oscuros cuando afuera está el sol?

—Pero Miguel, yo lo pensé cuando Asunción...

A ver si lo comprendía: yo jamás aceptaría que hicieras lo mismo que Asunción, te amo, sos la mujer de mi vida, quiero casarme con vos —y entonces por qué la miraba así, taladrándola— pero vos te avergonzás de nuestro amor, querés huir, ocultarme. ¿Lo quería con toda su alma como le decía? Entonces que abandonara las mentiras a su familia y exigiera a su padre que lo recibiera para pedir su mano. Que le anunciara que Miguel Rinaldi sería su marido.

Cuando se despidieron en la esquina de Perú, Miguel era el de siempre, tierno: sentía haberse enojado tanto; gracioso: era napolitano él, sangre caliente; comprensivo: entendía que para Inés fuera difícil; optimista: pero ya vería que si hablaba con claridad y valentía con sus padres, ellos serían marido y mujer; cariñoso: la quería mucho.

Capítulo cinco

A Luis le quedan dos semanas en París. Sólo dos semanas. Un gusano en su estómago se retuerce. ¿Y si la productora rechaza el proyecto de los documentales? Philippe le ha dicho que si están interesados, lo que cree probable, tendrán una reunión en unos días. El gusano es ya una boa. Debería seguir moviéndose, buscar otros contactos, pero Philippe no está de acuerdo: sería poco serio. Una orden, más que un consejo. Philippe ya ha ofrecido el proyecto de Luis a un colega de otra productora, y deberán esperar su respuesta.

Por un lado, lo alivia dejar de tocar puertas, hacer llamadas a conocidos de amigos, por el otro, lo angustia la idea de no estar haciendo lo suficiente. Si no logra vender los documentales en Francia, no podrá darle dinero a su hijo y su ex mujer le seguirá reclamando, diciéndole que es un inútil y un irresponsable por haber renunciado a la agencia de publicidad, donde al fin y al cabo te pagaban todos los meses, y buena guita, pero te creíste no sé qué, puro delirio y tres años después, mirá cómo estás, una ruina.

No fue un delirio dejar el trabajo, ésa era la única vida que tenía y cuándo iba a filmar sus películas, las que Luis inventaba y soñaba y escribía con un absoluto convencimiento de que eso era lo que deseaba y debía hacer, y cómo lograrlo, cómo, me querés decir, Silvia, si estaba encerrado en la agencia catorce horas por día, y en esa casa donde estaba Fede, pero también el reproche constante, la queja porque él no era lo que Silvia esperaba. Entonces la propuesta de Alberto de asociarse y fundar una productora, dos proyectos seguros, los contratos ya firmados, y en una misma semana Luis dijo basta a la agencia y basta a Silvia, sos loco, cómo te vas a ir así, no te van a indemnizar. No le importaba nada que no lo indemnizaran, tampoco nadie lo iba a indemnizar por los años de soportar sus recriminaciones, iba a poder filmar sus propias películas, como cuando conoció a Silvia y nació Fede, ¿ya no se acordaba ella de cuánto le habían gustado sus dos cortometrajes? No, no se acordaba, o poco importaba, él no había sabido adaptarse a los tiempos que vivían. Silvia tenía razón, él no era

como tantos que se forraron en los noventa en Buenos Aires, como Silvia misma con la investigación de mercado: que se fuera si se le daba la gana, con toda su ridícula certeza a costas.

Sí, entonces Luis tenía la certeza, pero tres años después de ir arañando el día a día para apenas poder pagar lo elemental sin crear nada, ya no la tiene. Dónde ha ido a parar su película, esa que ha olvidado entre los mil proyectos que se cortaron en esos tres años, y cada vez peor porque quién te va a dar un mango en la Argentina para filmar con la recesión que hay. Nadie, nadie. Todo está muy mal, si hasta Silvia y sus amigos, los adaptados, están casi en la lona porque nadie los contrata, pero en su caso pura irresponsabilidad, él mismo se lo buscó cuando renunció a la agencia, de la que de todos modos lo habrían despedido por reducción de personal, no te das cuenta, Silvia, si no te doy más plata es porque no tengo.

Le quedan dos semanas. La boa instalada, comiéndolo. Cómo explicarle a Philippe, una puerta —entre las muchas que tocó— que se abrió generosamente, que él no puede permitirse llegar a Buenos Aires con las manos vacías. Cierto que nadie le pidió que fuera a París, fue una decisión suya. Una intuición de que en Francia iba a poder salir del pozo, vender algún proyecto, ¿y qué si es tan cierta como la de dejar la agencia de publicidad para filmar sus películas? Se ríe, ya no necesita a Silvia para sentirse como un trapo de piso, serán los años de asimilar su estilo alentador.

No es que se alegre de que a Silvia le vaya mal ahora, pero en algún lugar reconoce que le complace este decaer de toda esa gente que se creyó la fiesta menemista y encontró el filón para aprovecharla, sin preguntarse ni siquiera para quién estaban trabajando. Una casa en el country, auto nuevo, esquí en Las Leñas, viajes a Miami a comprar pelotudeces, dólares, dólares, dólares tan verdes como el moho que les fue creciendo por dentro, ahogando cualquier frescura, porque en algún momento, no sólo Silvia, sino tantos, creían en otras cosas, tenían ideales. Pero él lo decía de envidioso, según Silvia, porque no había sabido adaptarse, ni siquiera supo aprovechar los créditos.

—En cualquier momento se va el dólar a la mierda, y quisiera saber cómo vamos a pagar todo eso, Silvia.

Pero antes que el dólar se fueron ellos a la mierda, ni un contrato, nada. La Alianza ganó las elecciones, y el dólar sigue ahí, igualito que el peso, en eso tenía razón Silvia. La diferencia es que Luis no tiene un mango pero tampoco debe, y ella sí, porque Luis firmó todos los papeles que el abogado de Silvia

quiso, todo para ella, el departamento, la casa en el country con crédito incluido, vos quedate con tu productora y tu arte, le dijo, y yo me haré cargo de los créditos también. Ahora parece haber olvidado esta última frase porque cada vez que lo llama por teléfono le recuerda la cuota del country. ¿Vender la casa?, estás loco, ¿y Federico?, ni siquiera podés pensar en tu hijo, allí están todos sus amigos.

A veces Luis le echa la culpa de su fracaso matrimonial a Menem y sus secuaces. Pero sabe que si ahí estuvo diez años es porque muchas Silvias, y otros peores, quisieron creerse ese sueño —esa pesadilla— que les vendió. Luis nunca entró, no sabe cómo pero no entró, si no, no hubiera dejado la agencia que le garantizaba tantos miles de dólares anuales como oprobios. Creativo se llamaba su cargo. ¿Qué creaba? Nada. Pero desde que lo dejó, cuántos archivos en su computadora, ideas ya rancias, aburridas de esperarlo y él, afuera, inventando maneras de ganar dinero, de mantener la productora.

¿Son las vicisitudes del país o ese vacío interno lo que le impide estar en su película? Y no hay piedad: si tuviera esa pasión que lo habitaba cuando filmó su primer corto, ya habría encontrado la manera.

El teléfono suena mientras se pone el impermeable. No atenderá, con el humor que tiene mejor no hacer relaciones públicas o descubrirán quién es él de verdad. El teléfono insiste, ¿y si es Fede desde Buenos Aires?

¿Ana? Ella le recuerda, en un francés susurrado y seco, que es la chica que encontró en Le Latina, se estaba preguntando si no podrían tomar una copa antes de que vuelva a su país, quisiera hacerle algunas preguntas...

No es urgente, se defiende Ana cuando Luis propone un encuentro en una hora en el café de Flore. Tampoco para él lo es, y en español: pero me gustaría mucho verte.

Se ducha y elige con esmero la ropa que va a ponerse, la boa, el gusano, derrotados. Algo bueno, excitante, está a punto de ocurrir en su vida.

—*En el fondo, Luis es un optimista, como su abuelo. Son los tiempos que le toca vivir lo que lo sumen en esa desesperanza.*

Se lo contó su abuela Rosa: Hernán Lasalle, uno de los primeros bailarines de tango, era hermano de leche de la bisabuela de Luis.

—¿Hermano de leche? —se asombra Ana.

—Significa que los amamantó la misma mujer. Era habitual, entre los ricos,

porque no creo que los pobres pudieran pagar un ama de leche. O sea que somos un poco parientes vos y yo.

—¿Parientes?

—No de sangre, pero hubo un mismo pecho que alimentó a nuestros ancestros.

—Ancestros, qué palabra.

—Bueno, ancestros tenés vos, no yo. Son los ricos quienes hablan de sus ancestros. Tu familia...

—No digas mi familia...

—¿No me decís que puede ser tu bisabuelo, que tu padre te dijo que bailaba el tango?

—Pero yo ni los conozco, no son mi familia.

—Yo tampoco conocí a mi bisabuela, la hermana de leche del tuyo, y sin embargo es mi familia, la madre de mi abuelo, como Hernán es...

—Pero es distinto.

—¿Por qué? No entiendo.

—No importa, seguí contándome, me interesa.

—Como te decía, mi bisabuela nació en la casa de tu... de los Lasalle, y durante toda su vida, estuvo muy ligada a ellos. Incluso —y Luis se ríe— hay una cierta sospecha... Pero no, no voy a difamar a mi pobre bisabuela y a tus ancestros por las cosas que se le ocurrían a mi abuela Rosa.

—¿Qué le dijiste a Luis sobre mí, Rosa? —pregunta Asunción.

—No me acuerdo, yo le agregaba condimentos a las historias que le contaba, para hacerlas más atractivas.

—Pero cuál era la sospecha, decime, total, a quién le importa, si están todos muertos.

—¿Muertos? Eso es lo que Ana cree, en Tango somos inmortales.

—Ella sospechaba, recuerdo que me lo contaba en un murmullo, pidiéndome que no se lo dijera a nadie...

A Ana le produce una cierta envidia esa sonrisa con que la evoca: ¡qué vieja maravillosa... las historias que me contaba! No cuentos, como a los chicos, sino cosas que sucedieron, quizás enriquecidas por su imaginación. Mi infancia estuvo marcada por los personajes y los escenarios que ella me transmitía con minuciosidad. ¡Los escenarios! Eso había sido lo suyo.

—Pero Luis, no me contás cuál era el secreto, lo que ella sospechaba.

—Tatán tatán, preparate Ana, porque lo que te voy a decir puede ser clave...

Ana quisiera pedirle que no haga estas interrupciones, que lo diga ya, de una vez, pero no lo hace, el entrenamiento del tango, ese detenerse ahí a la espera de que el hombre haga el gesto que la pondrá en movimiento.

—Parece que tu abuela te enseñó sus trucos —disimula— para mantener el interés.

—Mi abuela me enseñó muchas cosas, a admirar a las mujeres por ejemplo.

Ana rehúye la mirada, no está ahí para ser seducida sino para averiguar algo de esa familia de donde viene su padre, ella misma. No sabe exactamente a qué se debe esta curiosidad —morbosa quizás—, pero desde su conversación con Luis el otro día, varias veces se le ha precipitado esa sonrisa de Luis al nombrar a Hernán Lasalle, el otro, y ella se pregunta cómo es posible que alguien de esa familia, todo sombra, pueda ser evocado con simpatía. Tal vez, piensa ahora, sólo porque es un personaje de los cuentos de la infancia de Luis, como Ana recuerda el osito Pimpín de los cuentos de su papá. De todas maneras, mejor preguntárselo a un desconocido que a su padre. Por eso decidió llamar a Luis.

—*¿Sólo por eso? No le creo. A Ana le gusta Luis.*

Aunque le gustaría abandonarse a esa mirada, sentir sobre su piel esas manos que Luis mueve exageradamente, Ana ha decidido no abrir esa puerta, quizás una defensa a ese mundo del que ella nada quería saber hasta hace unos días y del que Luis forma parte. Consultarlo como a una biblioteca, como cuando pide datos a un buscador de internet.

—Ahora en serio te digo, me lo enseñó porque era una mujer extraordinaria, sobre todo si tenés en cuenta la época en que vivió.

—Me estabas por revelar algo de tu bisabuela, no de tu abuela, te recuerdo. Después, si querés, me contás sobre tu abuela.

—¿Te gustaría? A mí me encanta hablar de los cuentos de mi abuela. Pero ya ni lo hago, hasta eso he perdido.

Una mancha se instala, fugaz, en la mirada de Luis, él la sacude con la mano, como si fuera una mosca, para volver a la sonrisa. Es encantador, mucho más simpático que Paul. Et très beau.

—Bueno, Anita, ha llegado la hora de revelarte el secreto. Mi abuela sospechaba que quizás su marido, mi abuelo, era hijo de Asunción y de... Hernán Lasalle.

—*Pero ¿cómo le podés haber dicho eso? —reacciona Asunción—. ¿Por qué?*

—*A veces la mentira puede corregir lo que la realidad tiene de falso.*

Tampoco se lo afirmé —se defiende Rosa—, lo sugerí como una sospecha. Y a Luisito le encantó.

—A mí también me gusta —dice Hernán—. Pudo ser cierto, si las circunstancias no nos hubieran limitado. Si hubiéramos seguido bailando aquel tango...

Una exclamación brota de Ana, por qué puede importarle tanto con quién tuvo hijos su bisabuelo, del que hasta hace muy poco no había escuchado hablar. Es la manera que tiene Luis de tenerla pendiente al borde de la valla para dar el salto.

—Entonces, vos y yo... —su sonrisa crece a una risa clara—. Pero mirá dónde vengo yo a encontrarme a un primo... en Le Latina.

No, no, no, nada de primo, él no es pariente de Ana, esa sospecha sería un invento más de su abuela. El padre de su abuelo era un compadrito al que le decían el Oriental.

—Y entonces ¿para qué me viniste con esta historia si ahora no querés que la crea?

—Para que me prestes atención, para que te rías, te ponés tan linda cuando te reís.

No lo va a dejar seguir, no, que le cuente por qué su abuela sospechaba eso, pero la verdad, la verdad, la verdad.

No sabe, no recuerda que le haya dado alguna razón. Quizás le hubiera gustado que fuera así. Lo quería a Hernán.

—Sí —dice Rosa—, por eso se lo debo haber dicho.

—Pero tu abuelo no se llamó Lasalle, entonces Hernán era un cretino, como todos ellos, que lo negó toda su vida —y se frena justo antes de decirlo: como mi abuelo negó a mi padre, a mi hermano y a mí. Luis la mira intrigado—. ¿Cómo se llamaba el compadrito?

—Ni idea, era uruguayo.

—¿Cómo se llamaba tu abuelo?

—Montes, Juan Montes...

—¿Sos nieto de Juan Montes? ¡No te puedo creer! ¿O es otro invento de tu abuela que lo admiraba?

—No, en serio, mi abuelo era Juan Montes.

—Entonces, ¿el compadrito se llamaba Montes?

—No, la historia es larga, y no es la de mi bisabuela la que te interesa sino la de Lasalle.

—Contámela lo mismo.

—Los detalles no los sé, pero... debió de ser en los últimos años del siglo, ella huyó de la casa de los Lasalle, con su compadrito.

—Ésa es la versión oficial, seguro que la echaron de la casa de los Lasalle porque estaba embarazada de Hernán —sostiene, categórica, Ana, inmersa en esa historia que va haciendo suya.

—Es gracioso, Ana, ¿no te parece que estamos al revés?

—No te entiendo.

—Debería ser yo quien putea contra esa familia y no vos, al fin vos te llamás Lasalle. Y Hernán era de los tuyos, un gran milonguero. A mí me cae bien Hernán.

—Porque a tu abuela le caía bien, vaya a saber por qué.

—Es una buena razón, si ella lo quería, no sería un hijo de puta. Mi abuela era una mina de armas tomar, una anarquista que luchó por lo que creía, la echaron del país.

—¿Anarquista?

Luis, la mirada perdida, como hablando consigo mismo: anarquistas, socialistas, las primeras resistencias al poder. Me gustaría leer más sobre esa época, a ver si encuentro alguna clave para entender cómo llegamos a esto... a esta mierda en que se convirtió nuestro país.

Y de ahí, sin poder parar, esa catarata de frustraciones, la mirada torva, el pliegue de su frente acentuado, y esa inmensa carga de rencor, de desasosiego, envejeciéndolo años en apenas unos minutos. A Ana le gustaría hacerle alguna pregunta sobre esos años infames, como los llama Luis, le interesa, pero prefiere arrancarlo de ahí, como hace con su padre cuando la sombra del pasado lo invade. Lo interrumpe con violencia en mitad de una frase que no guarda ninguna relación con su pregunta: Y tu abuelo, por fin, ¿por qué se llamaba Montes? ¿Era el apellido de su madre? ¿O me vas a dejar con la intriga?

Y sí, en apenas un instante, ahí está Luis, atractivo y seductor.

—Si te voy a contar por qué se llamó Montes, preferiría hacerlo con una buena comida y un buen Bordeaux. ¿Nos vamos?

Capítulo seis

Asunción supo que Juan llegaba cuando el viento que cruzaba el Río de la Plata le abrió la ventana. El dolor duró apenas un instante, pero tan fuerte.

Quién sabe a qué hora volvería el Oriental, si volvía, porque desde que a ella se le redondeó el vientre, cada vez se lo veía menos por la pieza. Hasta cuatro días llegó a faltar.

¿Dónde buscarlo a esa hora de la noche? Ella no quería ir sola a la comadrona. Asunción puso agua para el mate y antes de que hirviera, otro dolor agudo. Pero si la comadrona le había dicho que iba a nacer en diciembre, y octubre no había terminado.

Iría hasta la esquina, prefería no despertar a la dueña de la pensión. Siempre que doña Carmen le hablaba mal del Oriental, Asunción lo defendía: él era así, salía por las noches, como casi todos los hombres, pero a ella la quería mucho, si no, no hubiera dejado todo en Buenos Aires para fugarse juntos. ¿Y por qué no se casaba entonces con Asunción, como hacen los hombres de bien?, replicaba doña Carmen. Y Asunción la dejaba con la palabra en la boca, cómo explicarle a esa mujer mustia la elocuencia de las manos, de los besos del Oriental, el calor de ese cuerpo contra el suyo cuando bailaban tango. Antes.

¿Cuánto hacía que no te llevaba a esas parrandas con sus compadres, donde se enroscaban en mí hasta el alba? Meses.

Pero todo cambiaría con el nacimiento, el Oriental ya le encontraría el talle que había perdido y volvería a sentirla como antes, a hacerle la medialuna, la corrida, y a lucirla ante los hombres, como le gustaba.

—Así no puedo, china, estás toda igual, no hay por donde agarrarte —la despreció, cuando ella insistió en bailar en la fiesta del casamiento de sus amigos.

Una pena que el Oriental no pudiera sentir esa delicia del hijo creciéndole en el cuerpo, Asunción lo disfrutaba tanto. Un sobresalto dulce ese movimiento.

—Mirá —le dijo una mañana, eufórica, y llevó la mano del Oriental sobre su

vientre—, ¿sentís esa burbujita que sale y entra en mi panza?

La vida ahí, dentro de ella, saludándolos y la mano del Oriental huyendo, espantada. Dejate de estupideces. Tal vez por ser hombre no lo podía gozar como ella, no pasaba en su cuerpo, lo disculpó, pero cuando naciera su hijo, estaba segura de que el Oriental iba a quererlo tanto como ella, y abandonaría esa idea absurda de que Asunción debía trabajar de eso, lo mismo que hacía con él, pero con otros. Se habían peleado mucho aquella noche que la llevó a lo de la mulata Taica.

Era cierto que te dio gusto bailar me con ese gringo, los ochos, los molinetes, su cara acercándose a la tuya, pero cuando te metió la mano en el escote, lo mordiste.

¿Dónde se había metido el Oriental? Estaba afuera, en la puerta. Andate con el gringo, le ordenó, ¿estás loco?, un beso húmedo en su nuca, en la oreja, la voz ahuecándose: tú te vas con él, chinita, yo te espero en casa, y cuando vuelvas, te voy a hacer mucho más, al cielo cien veces te voy a llevar.

Nunca corrió más rápido. El Oriental la alcanzó en la esquina, y le cruzó la cara de un sopapo cuando Asunción lo insultó. Estuvieron días sin hablarse, sin tocarse.

La sed de él te abrazaba cuando las guitarras me hicieron sonar en el patio de la pensión, bastó una sonrisa, su mano extendida para que todo desacuerdo se diluyera en un abrazo en dos por cuatro. En mí no hay rencores.

Qué te cuesta, chinita, si no es nada, tú no pienses, hacelo, sos mía y nadie te va a robar. Podrían pagar todo lo que debían, insistía, la lengua en su cuello, ahorrar, la mano descubriendo entre sus muslos ese punto cabal de placer, no me digas que no. Más adelante él encontraría un trabajo bueno, no esas mierdas que le ofrecían, desabotonándose el pantalón, y entonces sí podrían formar una familia. No importaba si Asunción le creía o no, las bocas juntas y esa vibración en todo el cuerpo, él poseyéndola, ella misma poseyéndose.

Cuando él la intimó: o lo hacía o la abandonaba, ella le pidió un tiempo para pensarlo, cómo renunciar a esa tibieza que sentía al despertarse y verlo allí, dormido, a su lado. Tendrían que postergar esos planes: Asunción esperaba un hijo. No, mi amor, cómo te lo voy a hacer a propósito. Sí, después, más adelante, te lo prometo.

Pero si el Oriental se había quedado a su lado esos meses, aunque ausente y brusco, era porque la amaba, se animó Asunción, ya cambiaría de idea.

El dolor la sacudió, ardiente, feroz. Y radiante: su hijo iba a nacer. Se puso el

chal que le regaló Inés sobre los hombros —ah, si estuviera Inés, ella no tendría miedo— y salió.

En la esquina, donde el Oriental solía pararse con sus amigos, no estaba. Dos cuadras para llegar al despacho de bebidas. El dolor la dobló en dos, el vientre duro y algo empujando con fuerza para abajo. Asunción se recostó contra la pared. ¿Podría llegar? A veces paraba en lo de Rosendo, el bizco. Que lo encuentre, que lo encuentre. Un paso y otro más, tuvo que detenerse, ardía, quemaba, pujaba.

¿Se siente mal, señora?, le preguntó ese hombre que se cruzó y ella dijo no, pero ese dolor punzante debió instalarse en su cara, porque el hombre la sostuvo y ella se abandonó a ese torso, como en el tango.

—Va a nacer.

La comadrona no sabía quién era Esteban, pero no había tiempo para explicaciones. Le indicó una silla para que se sentara, mientras Asunción entraba a la pieza.

No soy nadie, le hubiera querido decir cuando salió la comadrona a enseñarle el bebé: machito y perfecto, pero se calló. Su mujer estaba dormida, si quería, podía pasar a verla, pero no la despierte, don...? Y él dijo Esteban, y entró en puntas de pie a ver el rostro plácido y agotado de esa mujer que la comadrona creía suya y de la que no conocía ni el nombre.

—Ande, ácelo, que no muerde —dijo la comadrona y él lo alzó, y lo miró con una ternura que no sabía de dónde le brotaba.

—Es guapo, como su madre —dijo Esteban.

—¡Gallego! —se asombró la comadrona—, creía que era paisano, como Asunción lo llama el Oriental. Para los del otro lado del Río de la Plata todos somos orientales.

No tuvo ni la posibilidad de corregir: asturiano, no gallego. Ahora mejor sería que se fuera y volviera a la mañana a buscar a Asunción.

Esteban le agradeció y salió de allí rápidamente antes de que se descubriera el engaño. ¿Por qué se había hecho pasar por su marido? Quizás porque el desamparo que mostraba la mujer le hizo pensar que no tenía hombre. Ella nunca lo mencionó, apenas la dirección de la comadrona, y esos ojos desesperados con que lo miró cuando creyó que iba a nacer allí, en el carruaje.

Ahora debía buscar a su hombre y decírselo.

Le costó mucho menos de lo que pudo imaginar ubicarlo. Apenas dos lugares en donde solía parar el Oriental, buena sabandija, como le dijo don Llende, el de la pulpería.

En lo de la mulata Taica la milonga está en su apogeo cuando entra Esteban. El Oriental está ocupándose en una pieza con una mujer, ¿quiere él bailar hasta que salga? Tiene unas chinitas, buenas pa'l baile y... No, él no sabe bailar, ha llegado hace poco de España, se disculpa, y se siente estúpido preguntando si no sabe a qué hora va a desocuparse el caballero. La carcajada de la mujer lo alienta poco a darle el motivo de su urgencia. Ella no interrumpe a sus clientes y si tiene algún entrevero con el Oriental, que sepa que ésa es una casa decente donde la gente viene a divertirse, a bailar y no a pelear, que ya se lo ha dicho al Oriental: las armas afuera. La mujer lo palpa para ver si lleva un cuchillo, y llama a Hortensia: enseñale a este gallego, con paciencia.

Esteban no atina a negarse, y allí está, dando torpes pasos que hacen reír a la concurrencia.

—¿Me estaba buscando? —le pregunta un hombre alto, guapo, con rasgos aindiados.

Se desprende del abrazo de Hortensia, le indica un lugar fuera de la pista: está ahí para anunciarle que su mujer acaba de parir, que está en la casa de la comadrona, adonde el Oriental tendrá que ir a buscarla a la mañana. Esos ojos que destellan, pungentes, clavados en Esteban, lo apuran a explicarle las circunstancias en las que él se vio envuelto esa noche.

—¿Usted sabe dónde está la casa de la comadrona? —le dice el Oriental, mientras abraza a la mujer que se ha acercado.

Sí, es la calle... Pero el Oriental no lo deja terminar, una sonrisa socarrona: entonces vaya a buscarla usted que es tan comedido. Y se aleja entreverando sus pasos a los de la mujer.

Esteban, de pie, al borde de la pista, se ha quedado estupefacto. La gente se aparta para dejar bailar al Oriental y su compañera, que despiertan exclamaciones de admiración.

Siente que la rabia le trepa por el cuerpo, crece, toma consistencia, se vuelve física y se concentra en ese puño que cierra con fuerza. Sus pies avanzan al centro de la pista donde el Oriental luce su hembra en una quebrada. Lo coge del brazo y lo aparta con brusquedad: ¿me ha comprendido usted? Su mujer...

El Oriental saca un cuchillo. Matarme no va a cambiar las cosas, su mujer y su hijo estarán de todos modos esperándolo, mientras el cuchillo se acerca con morosidad, con placer, al cuerpo de Esteban, lo roza apenas con la punta, desde la cintura al corazón.

La concurrencia parece alentarlo con su silencio expectante. Las guitarras se han callado. No se oye ni la respiración de los dos hombres enfrentados, ahora en silencio, cuando se acerca la mulata Taica: ya le ha dicho que no quiere cuchillos en su casa. El Oriental la aparta de un empujón, callate, bruja, pero una enorme figura, salida como de la nada, se impone y la Taica recupera su equilibrio y la cólera en su voz: el gallego no tiene cuchillo y si lo tocás, te costará caro.

El Momo, el hombre de la Taica, no habla, sólo exhibe sus casi dos metros y una mirada amenazante que el Oriental no ha debido ignorar porque ha apartado el cuchillo del cuerpo de Esteban.

—No te carneo para no faltarle al respeto a la Taica —esa bellaquería inútil—, pero andá, metete en tu pocilga.

La Taica insiste en que se vayan, que esto no es Buenos Aires, el Oriental toma del brazo a la mujer que está con él, la arrastra: tú te venís conmigo. Hace rato que quiero rumbear para otros pagos, donde haya más valor.

Cuando Juan se prendió de su pecho, Asunción se olvidó de ese vacío doloroso en su cama, de las palabras del hombre que la fue a buscar: que el Oriental había aceptado un trabajo en otra parte, de lo que le dijo doña Carmen: que ya le había advertido que era un mal bicho, sólo existía ese ruidito rítmico al succionar, esa calma dichosa en la que se instaló.

¿Qué haría ella ahora? No sabía, pero su hijo ahí, su Juan, le decía que ella lo iba a solucionar.

Tendría que pagarle a doña Carmen, ya le debía tres meses. Le ofrecería limpiar toda la casa, y coserle ropa, para ir saldando la deuda, hasta que encontrara trabajo. Podría escribirle a Inés, ella la ayudaría.

No sabía nada de ella desde que se fue. Inés le había dicho esa noche, mientras la ayudaba a empacar, que la envidiaba por el coraje que ella misma no tenía para enfrentar a su padre. Quizás lo tuvo y en ese momento sería la mujer de Miguel Rinaldi. Aunque difícil en esa familia. Pese a todo lo que ha pasado, Asunción pensó que Inés tenía razón: ella sí pudo hacer lo que quería. Y lo

vivió, y lo gozó. El Oriental la abandonó, pero ahí estaba Juan. La vida misma.

¿Y Hernán? Una leve ternura al recordar la última noche que lo vio. ¿Qué hubiera pasado con Hernán? Aunque fuera cierto lo que le mostró esa noche, que la quería, jamás podría haber vivido con ella.

En el fondo, los compadecía: son ricos, bellos, aparentemente todo lo pueden, pero están más prisioneros de lo que estará nunca su hijo.

Esteban le propuso casarse y registrar al niño en la libreta de familia, pero Asunción le dijo que era muy pronto, apenas se conocían, y el padre del niño podía volver en cualquier momento, ¿cómo iba a anotarlo como su hijo?

No era sólo por Asunción, Esteban se encariñó con Juan desde el día que los fue a buscar a la casa de la comadrona. Si Asunción quería seguir esperando a ese traidor toda su vida, allá ella, el niño no podía esperar más tiempo para tener un nombre.

Ya tenía seis meses cuando Esteban lo inscribió en el Registro Civil: Juan Montes. Sonaba bien ¿no es cierto?

—Sí, muy bien —le dijo Asunción, los ojos húmedos—. Gracias, Esteban.

Parecía quererlo cuando le sonrió de esa manera y le dio un beso. Por qué entonces no se casaba con él. Aún no, no estaba segura. Tampoco cuando por fin se quedó a dormir con Esteban, después de festejar el primer cumpleaños de Juan. Ella tan cariñosa, tan... ardiente como se mostró esa noche, pero no, todavía no. ¿No era absurdo que Juan y ella siguieran viviendo en la pensión cuando la casa que Esteban había alquilado era suficientemente grande para los tres?

Por suerte, cada cliente lo recomendaba a otros. No es suerte, lo corrigió Asunción, te buscan porque sos el mejor afinador de pianos. Y si lo admiraba, y podían compartir tan buenos momentos juntos, entonces ¿por qué no? ¿Seguía esperando a ese sinvergüenza?

Tres años le llevó a Esteban convencer a Asunción para que se instalaran en su casa.

—Provisoriamente —le dijo ella, lastimándolo—, hasta que pueda ganar más con la costura.

Esteban no permitió que ese comentario le opacara la alegría de tenerlos con él. Había sido él mismo quien la animó a no aceptar otro trabajo que no fuera coser, era una artista con la aguja y las tijeras Asunción. Si había dicho

provisoriamente fue sólo para defenderse, la experiencia con ese malvado la había marcado mucho. A veces tenía reacciones raras, como cuando se enfadó tanto por una tontería, días sin hablarle, sólo porque él no había querido bailar con ella un tango en la fiesta de Navidad. A Esteban no le gustaba esa música. Pero eran cosas sin importancia, la vida con Asunción y Juan era plácida y agradable.

Música salvaje me llamaba Esteban, quizás porque la llevaba clavada al recuerdo del cuchillo del Oriental. No es para nosotros, Asunción, te dijo esa Nochebuena. ¿Cómo ibas a compartir tu vida con un hombre que te excluía de mí? No será para vos, le contestaste, enojada.

Y ese niño era un sol. Siempre contento. Tan sensible y tan inteligente. Esteban, de cuando en cuando, lo llevaba con él a su trabajo, era increíble la atención que Juan prestaba a sus explicaciones. La primera vez tenía menos de tres años y fue sólo una manera de distraerlo, de intentar que no gritara o corriera como cualquier niño de su edad, hasta que Esteban terminara de afinar el piano. Lo había alzado un momento para que pudiera admirar el piano abierto, Juan todo silencio y asombro. Sólo protestó cuando lo apoyó en el suelo. Juan mismo se trepó al taburete para no perderse detalle del espectáculo: las herramientas, las teclas y las cuerdas que van acordándose, los ojitos negros brillando y esa emoción esencial con los sonidos. Su dedito golpeando el diapasón: *la, la*, repetía. Entonces Esteban lo llevó otra vez, y otra más, y le explicó todo lo que sabía. Juan metiendo la mano y atreviéndose a una melodía, manipulando una herramienta, y ahora, hasta haciendo juntos las pruebas una vez terminada la afinación, como si Juan no tuviera solamente cinco años. Los afinadores, les llamaban en broma sus clientes, pero él sabía que era cierto.

Esteban se sentía considerablemente feliz. No era la manera en que él había planeado su vida, le hubiera gustado tener una mujer de verdad y no de vez en cuando, y más hijos. Pero Asunción algún día se daría cuenta de que no todos los hombres eran como el Oriental, y ella misma pediría casarse con él y ser una familia cabal.

Era un buen hombre, y seguramente hubiera cambiado de parecer respecto a mí cuando escuchara lo que Juan habría de componer años después de que él lo iniciara en la música. Parecía un capricho lo tuyo, Asunción, pero no lo era. Más de una vez lo incitaste a bailarme. Te hubiera gustado que te contestara: ahora no, pero quizás algún día. Quizás algún día, como le decías vos, pero nunca te casaste con Esteban. Te arrepentiste, pero ya era tarde.

Asunción tuvo el deseo de escribirle una carta a Inés cuando nació Juan. Pero al final no lo hizo, consideró que lo mejor sería quedarse sólo con el recuerdo de los años inocentes. Sin embargo, cuando en 1907 esa bala del policía de Montevideo atravesó el cuerpo de Esteban, su querido Esteban, su compañero, el maravilloso padre para su hijo, ese pan de Dios, Asunción sintió que se rompía en mil pedazos: Inés querida, ojalá te llegue esta carta a donde estás viviendo.

En Buenos Aires también podría haberle pasado, también allí reprimían en las manifestaciones y había tiros. Pero a Asunción no le importaba lo que le dijeran, para ella era la Banda Oriental, y no la brutal agresión ordenada por el jefe de policía, Jorge West, quien había asesinado a un hombre inocente, trabajador, honesto, sólo por sumarse a un pedido de justicia de sus compañeros anarquistas, y ella no quería arriesgar la vida de su hijo.

El 12 de febrero recibió la carta y la encomienda de Inés, el 14 Juan y Asunción embarcaron hacia Buenos Aires.

Capítulo siete

No sabe bien cómo, ni por qué, pero Ana aceptó la propuesta de Luis. Colaborará con él en esa película que nació allí, en el Café de Flore, conversando con ella, ¿te das cuenta, Ana?, lucecitas en su mirada, sabés los años que no sentía este entusiasmo. ¿Podés imaginarla? Tu familia y la mía, los dos extremos de la escala social, bailando un tango de más de un siglo, con sus figuras y estilos, sus cortes y quebradas, sus invitaciones y desplantes, sus marcas. Tenemos que hacerla juntos.

—*Vamos a aparecer todos entonces en la película de Luisito: Hernán, Asunción, Juan, Mercedes, yo.*

—*Yo no —compungida, Carlota—, no pertenecí a ninguna de esas dos familias.*

—*Quizás sí. Si investigan la vida de mi padre —la anima Mercedes—, te van a encontrar.*

Pero cómo iba a colaborar, Ana no escribe, ni filma. Podría investigar, es lo suyo, ¿no? Algo sabe de tango y lo baila como una diosa. Y lo más importante: acompañarme en este sueño que ya es mi película, animate, no te vas a arrepentir, lo sé.

Lo que Luis quiere le trabaja por dentro, le inventa aristas. Y ahora Ana, con el papel en blanco, intentando borrar algo antes de ir a ver a Remi para contarle su proyecto. ¿Su proyecto? Por suerte lo que Luis busca puede armarse como un proyecto de investigación, porque ¿qué diría de lo que en verdad la mueve? Quiero saber quiénes eran, qué pensaban, qué hacían y cómo llegaron a ese punto que tanto odio y dolor produjo en mi padre.

Ya le dijo que sí a Luis la otra noche, pero pondrá las cosas en claro: ella tiene algunos elementos y puede investigar mucho más, pero ni remotamente va a dedicarle un tiempo excesivo, está bastante ocupada. Y a Buenos Aires no piensa ir, así que será Luis quien investigue en Argentina y ella en Francia. Pueden mantenerse en contacto por mail, hasta que él vuelva a París. Mientras

tanto Ana tratará de que acepten su proyecto y le concedan una beca para investigar. «Una danza singular, Buenos Aires y París», así lo presentará.

Su madre no entendía cómo Luis podía llamarla desde París para preguntarle por Hernán Lasalle, a quien ella no conoció. Lo necesito para un trabajo, decime todo lo que te acuerdes de esa época.

Los años y los personajes mezclándose, su abuelo niño, su abuelo en Nueva York, en París, el que le dio trabajo en la academia de baile, no recuerda su nombre, Arolas que lo incorporó a su orquesta, el asturiano afinador de pianos, Hernán Lasalle, el que bailaba tango, su hermana Inés, la madre de Mercedes ¿te acordás de ella? Venía bastante a casa.

Si sólo con esta conversación con su madre ya podía ver escenas, movimientos, luces, sonidos, hasta dónde podría llegar cuando viera las fotos, cuando hablara con gente, cuando se metiera en la historia a fondo.

El organillero no se lo mencionó su madre, pero ahí estaba ya y sería socialista, seguramente. La hermana de Hernán tenía ya una cara, y hasta un modo lánguido y distante. Arolas, el tigre del bandoneón, con su pantalón a rayas y su saquito entallado. Su abuela Rosa en el conventillo y cantando en el barco cuando regresó de Galicia.

Con la excitación de las imágenes que corren a toda velocidad, Luis decide llamar a Alberto, su socio en la productora. Quiere compartir su alegría, brindar ya por su película. Una saga de dos familias muy distintas, la de Ana y la mía — le explica a Alberto—, y todo su entorno, enhebrados por el tango.

—*Su entorno, dice Luis. Vas a aparecer, Carlota.*

—*¿Creen que me encontrarán?*

—*Si no te encuentran, Carlota, van a inventarte.*

Alberto no entiende nada, quién es Ana. La conoció aquí, en una milonga, y es descendiente de... es muy largo, se lo contará a la vuelta. Lo que quiere transmitirle es que ya está, ya la encontró, ese tango es la historia de Buenos Aires, con todo su cóctel explosivo de criollos e inmigrantes, luchas, vacas, traiciones y pasiones, la estoy viendo ya, esta noche misma me pongo a escribir el proyecto para entregárselo antes de irme. Pero Alberto está en Buenos Aires, con ese moho ahogándolo, como a él mismo hasta hace unos días: no fuiste a París para delirar, si los franceses no nos tiran la guita, explicame cómo vamos a sobrevivir vos, tu hijo, mi mujer, mis hijos, yo, en los próximos meses. Curtite a

la minita que tanto te entusiasma, hablen de la parentela que se les dé la gana, pero vendé el proyecto de los documentales.

Luis lo tranquiliza: harán los documentales, y se despide. Ya entenderá. Alberto es un gran tipo, un tipo que creía, que debe creer todavía, aunque tanto cemento le han tirado estos últimos años. Como a él mismo, pero ya no, ya está en su película, que está esperándolo allí, en su computadora portátil.

Estuvo a punto de no traerla, a Luis le gusta viajar liviano, y ahora, mientras la enciende, piensa que si la trajo es porque de algún modo intuía lo que está pasando en este momento: esas mariposas en el estómago, esa excitación ante la computadora esperando que él plasme sus imágenes, que él vaya sacando la historia que quiere contar en su película. Las yemas de los dedos y esa caricia enérgica a cada letra, las letras anudándose en palabras, las palabras en frases que van tejiendo una compleja tela de imágenes y sonido, movimientos e inmovilidades, miradas y silencios. Y ahora ese crucial momento que es definir dónde empezar la historia. ¿Por los mayores? ¿Por el personaje central, en los años veinte? ¿O por los contemporáneos, ellos mismos, Ana y él?

Las piernas de una mujer joven bailando tango. Sí, la película empezará con Ana bailando en Le Latina. En otra escena, la mujer mira una foto antigua, la estudia, le produce sensaciones contradictorias. Es su bisabuelo, Hernán Lasalle, alguien de la familia que quedó en el país del no me acuerdo, como es para Ana.

Cuando Luis le comentó que quería presentar un nuevo proyecto en la reunión del día siguiente, Philippe se molestó. Él había interesado a la productora en su proyecto de los documentales, para eso le darían dinero, no es un juego, Luis. Philippe tenía razón, él está en París, no en Buenos Aires, no puede improvisar sobre la marcha sin escándalo.

Más tarde, mientras comen, ya en otro tono después de haberle dado su palabra a Philippe de que en la reunión va a hablar de lo que habían acordado, le explica cómo la sociedad en la que vive Luis lo lleva a saltar de un proyecto al otro, de una trampa a otra, la técnica del tentempié: mantenerte siempre de pie pese a los golpes, los cachetazos que recibís todos los días, porque todo cambia y lo que te aseguraron ayer hoy ya no es, entonces buscar atajos, adaptarse al instante a las circunstancias que se modifican todos los días, porque si no hacés, no comés. Por eso él pensó que, ya que tenía una posibilidad, mejor no desperdiciarla. Está entrenado, puede realizar los documentales y escribir la

película, cumplirá con lo pactado, que no se preocupe, escribirá en los tiempos libres.

—*Yo también hacía de todo, aceptaba cuanta actuación me propusieran — dice Juan—, pero a otra edad. No nos dábamos cuenta entonces, pero en los años veinte éramos muy afortunados. Pobre Luis, debe ser tan frustrante no tener tiempo para crear por perseguir la subsistencia.*

—*Pero Luis no se va a dejar arrasar por las circunstancias, es como vos, Juan, terminará haciendo lo que desea.*

Philippe lo anima: ya van a salir de esta crisis, y sus proyectos van a ir adelante, ya verá, por qué no le cuenta ahora cuál es esa nueva idea que tiene.

Y no sabe bien cómo, porque lo que ha escrito la noche anterior es absolutamente insuficiente, pero como un tren que inventa su propia vía al andar, va creciendo esa película que a la hora del café ya están viendo los dos.

¿Por qué comenzar por su padre? Tiene la biblioteca de la universidad, todos los documentos que aparecen en el buscador de internet, especialistas en tango, y Luis podrá contarle seguramente mucho más, él se lo ha dicho esta tarde con un agitado entusiasmo, su voz corriendo a toda velocidad, las imágenes desplazándose, y él persiguiéndolas a todo galope, tratando de abarcarlas todas, yuxtaponerlas y combinarlas. Tan distinto el entusiasmo de Luis de lo que ella siente, algo más escondido, menos alegre, una curiosidad morbosa de asomarse a la historia de esa familia, los antepasados de ese hombre que los dejó abandonados a su suerte, que no quiso ayudarlos «porque no soy cómplice de subversivos». Se lo contó su mamá tantas veces que parece que ella misma hubiera escuchado a su abuelo César decir esa frase. Pero no te confundas, Ana, subversión es una linda palabra, aunque tu abuelo la diga como un insulto, subversión es revolución.

—César salió a Leonor —afirma contundente Asunción.

A las ocho tengo una cita cerca de aquí —pretextó—, entonces pasó un rato a visitarlos, que novedades de su hermano, mucho loquito en tu consultorio, mamá, y ah, papá, te quería preguntar ¿vos sabés quién es Juan Montes?

—Un compositor de tangos —sin levantar la cabeza del diario.

—¿Y lo conociste?

Por qué provocarlo, por qué llevarlo a recordar lo que no quiere, si lo conoció será por su familia. Su padre la mira detenidamente, querrá saber qué

está indagando: no, yo no. No me acuerdo. ¿Por? Por nada, miente, quería saber si cuando eras joven escuchabas su música, si era conocido. Hernán ha vuelto al diario y Marie aprovecha para largar una de las suyas: no estábamos para tangos en nuestra juventud, nos preocupaban otras cosas, militábamos. Hernán ha levantado la vista del diario y la mira intrigado. ¿Juan Montes, dijiste? Sí, Juan Montes. En su casa se escuchaban sus discos, efectivamente, a su padre le gustaba.

—Tu padre bailaba muy bien el tango, me dijiste.

Marie la mira, reprobándola, ¿no sabe acaso que a su papá le duele hablar de su familia? Pero ella quiere saber, lo necesita, se llama Lasalle, después de todo, ignorará a su madre.

—Sí, cuando no era un hijo de puta todavía, bailaba muy bien el tango, después quizás también, no sé, porque desde el 75 no lo he vuelto a ver —y se va pero se detiene en el vano de la puerta—. Y sabés, Ana, qué casualidad, mi padre conocía a Juan Montes. Pero no eran amigos, nadie que no fuera una basura con poder podía ser su amigo.

Ana quisiera abrazarlo, pedirle perdón por la violencia que ha despertado, pero prefiere callar, decirle a Marie que lo siente, que no pensó, y su madre que no se preocupe, ya se le va a pasar, cómo iba a imaginar Ana que el innumerable conocía a Montes.

No sólo se lo imaginaba sino que eso era lo que quería averiguar. Pese a la pena que le produce haber entristecido a su papá, se siente mejor. Una cuestión de equilibrio, un no partir de cero, si el nombre de Hernán Lasalle significa algo en la familia de Luis, en la familia Lasalle algo significa el nombre de Juan Montes.

El vino, la bourguignon, los pocos personajes reales cuya existencia conocen entremezclándose con los que Luis ya está inventando. Ana encontró en internet muchísimos documentos sobre Juan Montes, sabe hasta dónde llegó en la música y lo que Luis le contó el otro día, pero necesita más. Del Oriental Luis ni siquiera conoce el nombre, no sabe si alguna vez su abuelo lo habrá buscado.

En los últimos años de su vida, qué curioso, no antes, le había dicho que le debía mucho a su padre, pero no se refería al Oriental, sino al asturiano. Aunque mi bisabuela nunca se casó con él, misterios que se llevaban a la tumba, como decía mi abuela.

—No se casó con él porque seguía enamorada de Hernán —aventura Ana—. En esa época los amores eran para toda la vida.

—Como te lo imaginás parecido a tu papá, creés que mi pobre bisabuelita, como todas las mujeres de la época, estaban enamoradas de Hernán Lasalle —Ana intenta una sonrisa que no le sale—. Pero no es así, pese a las versiones de mi abuela. Y de Hernán, ¿buscaste algo?

—No, él qué importancia tiene en el tango, sólo lo bailaba.

—*¿Sólo lo bailaba? —dice Carlota—. ¿Y le parece poco? Perdoname, Hernán, pero me cae mal tu bisnieta.*

Luis piensa que Ana se equivoca en menospreciarlo: no particularmente Hernán, pero varios como él influyeron en que el tango saliera de los burdeles y piringundines, y se llegara a bailar en todos lados. Pero Ana no está de acuerdo, el tango es la música del pueblo, le irrita el comentario de Luis.

—No hay más que fijarse a quién estaban dedicados muchos de los primeros tangos conocidos.

—De todas maneras, el personaje principal va a ser Juan, ¿no?

Luis no cree que el verdadero protagonista de su película sea Juan, ni Asunción, ni Hernán, ni el organillero napolitano, ni el compadrito, ni la milonguera que no va a faltar, sino el tango, el tejido de todas estas complicadas relaciones, el abrazo de las diferencias.

—Juan estudió música con el asturiano. ¿Y después? ¿Cuándo se inició en el tango? —pregunta Ana.

—Siguió estudiando de prestado durante un tiempo, hasta que tuvo sus propias clases.

—¿De prestado?

—Sí, escuchaba las clases de la hija de tu... ¿tía abuela sería?, la hija de la hermana de Hernán Lasalle, se llamaba Mercedes. Yo la conocí.

—¿Mercedes? —y una loca avidez por saber—. ¿Mercedes qué? ¿Vivía en Montevideo la hermana de Hernán?

—No, cómo se te ocurre, viviría en el barrio del Socorro, en Buenos Aires.

Luis siente que una suerte de corriente afectuosa, de complicidad tácita corre entre ellos. Van a tener que irse, mañana quedó en ver a Philippe: voy a convencerlo para que produzca nuestra película, ¿vamos juntos?

—Mañana yo no puedo, vuelve mi novio de Londres.

Mientras caminan por la calle, Luis ya no tiene ganas de reírse ni de hacer bromas.

—¿Te pasa algo? —le pregunta Ana.

No, nada, ¿no era que había cortado con su novio? Ana niega con la cabeza. Se lo dijo el día que se conocieron. Puede ser, cuando Paul no la llama se enoja, pero luego se da cuenta de que él es una persona muy ocupada, con una verdadera pasión por lo que hace, y ella se comporta a veces como una chiquilina. Ahora está bien con Paul, y mañana han planeado una soirée muy especial.

—Si por alguna razón cambiás de planes, avisame. Me voy el domingo.

La llamaba desde una cabina, no podía esperar llegar al hotel, le dijo. Estaba eufórico: Philippe está interesado en nuestra película, quiere que le escriba algo lo antes posible. ¿Cuándo nos vemos?

Esa noche no, ya se lo ha dicho. Podían combinar para el día siguiente, aunque ella tiene un compromiso.

—Entonces no te interesa nuestra película.

No sabe si le da rabia que le hable así, como si ella estuviera obligada a dejarlo todo y ponerse al servicio de la película de Luis, o sentirse halagada de que la incluya, de que la llame nuestra película. No lo tiene claro, pero el sábado a la noche, tarde, demasiado tarde, cuando llega a la casa de Paul, después de horas de hablar con Luis, está muy contenta.

—Un trabajo complicado pero interesante —explica a su novio, y no va a detenerse a averiguar por qué siente que está ocultando algo, que está mintiendo.

El avión despegó y Luis sonríe. Vender los documentales era todo lo que se había propuesto en ese viaje. Nada en comparación con lo que se lleva. Y Ana. Ana hablando con él, Ana bailando, las piernas de Ana, Ana sonriéndole como le sonrió anoche.

—*Luis se está enamorando de tu bisnieta, Hernán —dice Asunción—. ¿No te conmueve?*

—*Ojalá Ana no le haga lo mismo que vos a mí. Y tenga que esperar llegar a Tango para vivirlo.*

Pero mejor no darse mucha manija con esa mina, y no sólo porque tiene

novio, no, fundamentalmente porque no puede distraerse de su película, ahora que por fin le volvieron las ganas, ahora que de nuevo se siente creativo, ahora que tiene la convicción de estar trabajando en algo que puede satisfacerlo en todos los sentidos, y hasta ganar plata para mantener a Fede, y hacer callar a Silvia... y viajar a París a visitar a Ana.

No lo ha leído en ningún libro, no ha mirado ninguna foto de época, ni siquiera es lo que ha quedado en investigar, pero Ana la está viendo, tan nítida como si la tuviera frente a sus ojos. Una sala de música tapizada en seda color malva, un piano de cola, una niña de diez, once años, igualita a ella, a su edad, pero con bucles, qué bonito su vestido con entredoses, un profesor joven, con gafas, y atrás, a un costado, arrebuñado en el sillón, Juan, sus brillantes ojos negros. ¿Qué toca Mercedes? ¿Una mazurca, un vals?

Segunda parte

Guardia Vieja

Capítulo ocho

Entrar en esta sala de música tapizada en seda color malva es ya un placer. Y va más allá de la exquisita decoración, los objetos admirablemente dispuestos, la luz sutil que se filtra por las ventanas, el magnífico piano de cola. Jordi Torrents ha conocido varias salas de música fastuosas desde que se convirtió en el profesor de moda de las niñas de la sociedad porteña, pero en ninguna se siente tan bien, tan cómodo, como en ésta. Por eso, aunque sabe que no corresponde, Jordi se deja llevar por su deseo, va a interpretar para sus alumnos... una música nueva. Las notas de *El choclo* salen como estampida, sucediéndose una a otra, dispersándose por la sala.

Es esa niña, Mercedes Ponce y Lasalle, tan distinta de sus otras alumnas, quien impone esa atmósfera de libertad en su pequeño mundo, ritmado por leyes ajenas, que ella adapta o infringe con total naturalidad.

En la primera clase, Mercedes le informó que Juan, un amigo, iba a presenciar la lección. En la tercera, le pidió a Juan que se acercara al piano para que Jordi le explicara cómo debía colocar los dedos en un arpeggio. Ha pasado más de un año y ya nadie cuestiona que él sea el profesor de los dos niños, ni siquiera esa mujer agria, Mademoiselle Duval: ¿qué hacía el hijo de la modista en la clase de piano? Mercedes había logrado silenciarla, después de aquella tarde en que invitó a su madre a presenciar la clase y escuchar tocar a Juan. ¿No es un genio, mamá? La señora de Ponce, qué guapa es, sonrió dulcemente, y a fin de mes le pagó el doble de sus honorarios.

Es ese niño, Juan, talento y tesón, una esponja que absorbe con voracidad todo lo que él le enseña, esa felicidad diáfana que transmite cuando toca.

Nunca se le hubiera ocurrido a Torrents tocar un tango en una casa de familia, una intrusión inadecuada que puede costarle el puesto, pero son esos dos niños tan especiales, su complicidad, su ingenua sabiduría, quienes lo impulsan a seguir con *La guiñada* de Agustín Bardi.

Están los dos de pie, uno a cada lado del piano, cuando Jordi toca los últimos

acordes y los mira curioso. Lo sabía: esos chicos no pueden ser indiferentes al tango.

—¡Es precioso, como una ola explotando! —todo le queda chico a esa mirada, presa dentro de un cuerpo de una niña de once años—. Proméтанos que nos lo va a enseñar, por favor.

Y Juan, con dichosa seguridad: yo quiero tocar esa música.

—Si os portáis muy bien, algún día os traeré una partitura —el dedo índice sobre los labios en señal de silencio—. Pero ni una palabra, será un secreto entre los tres.

Un organito callejero rompió el silencio del barrio del Socorro. Inés se asomó a la ventana para comprobar que el organillero no era Miguel Rinaldi.

Tal vez fuera sólo esa nostalgia que se colaba a las tardes de otoño lo que le cerraba la garganta. ¿Cómo podía añorar una vida que ni siquiera sabía lo que le hubiera deparado?

—La vida no es como la soñábamos entonces —le había dicho Asunción el otro día.

Y no le faltaba razón, a juzgar por su experiencia.

Pero qué importancia tenía saber cómo habría sido la vida si se hubiera casado con Miguel. Inés, a su modo, había convivido con él. Paseando por las calles de Buenos Aires del brazo de Miguel, riéndose como cuando conocieron el primer tranvía eléctrico, bailando con Miguel, comiendo con Miguel y sus hijos en un parque. Y en la terraza de su casa en Mar del Plata, mirando el mar, esas conversaciones dulces y exaltadas.

Miguel se había colado en una de las prolongadas ausencias de Vicente: seguís siendo la más linda del mundo, le dijo, y aquella noche la amó con tierna ferocidad, y al día siguiente, se emocionó cuando Inés le tradujo, en voz alta, algunos de los *Cuentos crueles* de Villiers de l'Isle-Adam. La culpa la agujoneó el día en que su hijo Francisco dio sus primeros pasos. Inés quiso que Vicente lo viera pero él no estaba, y se dejó resbalar a esa imagen: Miguel extendiendo los brazos y llamando a su hijo hasta él, los dos tan felices... ¿Cómo podía soñar que su niño tenía otro padre, ella otro marido? Se armó de coraje y lo confesó, el padre le dio tres padrenuestros y tres avemarías por penitencia, quizás ni la había escuchado, pero Inés decidió que era un pecado venial y cada vez que se iba, sin quererlo, a esa vida con Miguel, rezaba la misma penitencia. Hacía años que ni

lo hacía, Miguel formaba parte de su vida, como las novelas que leía, los niños, las fiestas, los días de recibo, la misa dominical, los viajes a la estancia, los veraneos en Mar del Plata, su esposo. Ella podía compartirlo todo con Miguel.

—Con tu Miguel —le había dicho Asunción cuando lo supo—. El que te inventás, porque quién sabe cómo será ahora Miguel, tan lejos del joven organillero del que te enamoraste hace años.

Lejos también de esa exigencia desmesurada de la última cita, cuando Miguel la conminó a que se enfrentara a su padre. Inés sabía que era inútil, que su padre jamás aceptaría el pedido de mano, ni siquiera hablaría con él. Ella borró de su memoria aquel encuentro, se quedó con la sonrisa en el parque, con esos besos furtivos, y el calor de su mano, para construir su compañero imaginario. Y le parecía bien, su sueño de Miguel la había ayudado mucho, ya no sufría por la actitud de Vicente, como en los primeros tiempos. Una tristeza digna, de buen tono.

¿Lo quería aún?, quiso saber Asunción y ella alzó los hombros: sí, de algún modo, es mi marido. Pero era cierto lo que pensó en la cena en que homenajearon a Vicente: a ella no le interesaban en absoluto sus actividades. Ya no, lo intentó en algún tiempo, pero desde que él dejó de entrar a su cuarto, de buscar su contacto, Inés poco a poco fue asimilándose a la indiferencia de su marido. Cuántas veces: ¿me escuchás, Inés? Y ella: que por favor se lo repitiera, estaba distraída, leyendo.

Ya nadie reclamaba nada: ni ella su presencia, su cariño, ni él que participara en las actividades de beneficencia como las otras damas, ni que fuera más sociable. Un esmero en la medida permitió establecer entre ellos una rutina de cenas, fiestas, compromisos sociales imprescindibles y un día de recibo al mes. Que Inés casi no hablara en esas reuniones ya no se cuestionaba. Ella era así: rara, lo decían todos.

No opuso la menor resistencia a que fuera Emilia, el ama de llaves que había designado su suegra cuando se casaron, quien decidiera casi todo en su casa. Le resultaba cómodo hasta que llegó Asunción de Montevideo, Inés trataba sólo con el jardinero y con Mademoiselle Duval, la institutriz, como si las plantas y la educación de sus hijos fueran la única cuota de poder que le correspondía a la señora de Ponce.

Emilia la miró con reprobación cuando Inés le propuso contratar a Asunción para coser todas las tardes lo que hiciera falta. No había ninguna necesidad, esa tarea la hacía María, una de las mucamas de adentro.

—Asunción será mi modista particular, va a venir todos los días —se impuso Inés—. Encárguese de que reciba un buen sueldo.

Fue la primera vez que tomó una decisión en la organización de su casa. Entusiasmada, como cuando hacía una travesura, Inés hizo planes: compraría vestidos importados exclusivos, diría que se los había hecho Asunción, le pediría a Hernán que le enviara todas las revistas de moda francesas, y Asunción se pondría ya a imitar los modelos, en absoluto secreto, irían juntas a comprar las más originales telas y pronto Asunción podría salir de la pensión donde se había instalado con su hijo y poner una casa de alta costura.

Fue Asunción quien la disuadió: a ella le bastaba con el trabajo de costura que hacía en su casa. Y tampoco quería, que no lo tomara a mal, que Inés pasara tanto tiempo en el cuarto de costura, le encantaba hablar con ella, pero le traía problemas con los que trabajaban en su casa. Asunción pasaría todos los días a verla un rato, antes de irse, por la biblioteca.

Te sorprendí en el pasillo cuando ibas a ver a Inés. Como un certero lazo te detuvo el sonido del piano que salía de la sala de música. Te quedaste perpleja, como si *La guiñada* careciera de nexo con la realidad que te rodeaba. La casa entera sucumbía, dejaba de ser un refugio. Tu corazón dio un vuelco. Allí estaba tu hijo, tomando su lección de piano.

Asunción todavía estaba temblando cuando entró a la biblioteca. Decidió no decirle nada a Inés, pero supo que aquel tango en los corredores de la residencia Ponce podía romper el delicado equilibrio que había logrado su vida. Tenía un buen trabajo, un cuarto amplio en una pensión de la calle Alsina, educación para Juan, toda Buenos Aires para pasear los fines de semana, y las cálidas charlas con Inés, que tanto bien le hacían. Pero no había sido fácil hacerse un lugar en aquella casa y no quería perderlo. Tuvo que sortear con habilidad y mucha paciencia caras largas, exigencias, envidias, y más de una mezquindad que evitó transmitirle a Inés.

Que el profesor de piano le diera clases también a su hijo ya había traído bastantes problemas, la francesa bruja y Emilia, el ama de llaves, habían puesto el grito en el cielo, qué no dirían ahora si se enteraban de que el catalán estaba tocando tangos. Cualquiera día iba a haber un problema y no quería que su hijo se viera involucrado, esas chismosas, metiendo sus narices siempre donde no debían, eran capaces de echarle la culpa a Juan.

No pudiste evitar evocar aquella noche en la sala de música de los Lasalle: nada volvió a ser igual desde entonces. ¡Por suerte, Asunción! El recuerdo de la mano de Hernán en tu espalda y tus pasos torpes te distendió.

—¿Te acordás cuando tus padres nos pescaron bailando tango? —le preguntó a Inés.

—Claro que me acuerdo, cómo nos divertimos esa noche. Pobre Hernán, le echaron la culpa de todo.

—No, me hicieron responsable a mí, por eso quisieron... mandarme afuera, porque me vieron bailando tango.

—Te equivocás —dijo Inés, con voz queda—. No fue por el tango... sino por Hernán.

Un silencio incómodo, Inés perdió su mirada en el jardín, como si quisiera ausentarse de su propia frase, y Asunción no se atrevió a preguntarle qué quiso decir.

—¿Tenés noticias de Hernán?

Sí, le había escrito. No iban a viajar por ahora, Leonor no quería dejar París. ¿Se lo había dicho? No le gustaba su cuñada, la conocía poco, pero Inés no creía que Hernán fuera feliz con ella.

Le había contado sólo que Hernán se había ido a vivir a París, poco después del trágico accidente que le costó la vida a su hermano César. Allí se había casado con la hija del embajador argentino en Francia.

—¿Por qué pensás que no es feliz?

—Lo conozco mucho. En sus cartas, sólo esa suerte de actividad social febril en la que viven, ni una línea dedicada a sus sentimientos.

Tal vez no se lo transmitiera a Inés, pero debía quererla, si no, no se hubiera casado con ella. Inés sonrió con amargura: ¿acaso Vicente se casó con ella porque la quería? Pero tenía razón, Hernán no era como su marido, debía haberse enamorado de Leonor en algún momento, aunque no recordaba que se lo dijera nunca, ni cuando le anunció su boda. Y Hernán siempre le había hablado a Inés de sus amores, desde que se enamoró de vos y hasta que se casó.

Fue sólo una frase en medio de otras, como si no tuviera ninguna importancia, y siguió: Paulina, esa chica que conoció en las carpas de la Recoleta, después la viuda del boticario, y Françoise... siempre amores imposibles. ¿Te conté lo que pasó con Françoise? Me la presentó en la Richmond, fuimos a tomar el té, yo ya estaba casada...

Hernán te lo había mostrado la noche que huiste con el Oriental, pero

escucharlo así, dicho por su hermana, fue una revelación. No querías que Inés percibiera la emoción que te había producido su comentario, sin embargo necesitaste que te lo confirmara.

—¿Hernán se enamoró de mí? —la interrumpiste.

Habían hablado de casi todo, pero Inés nunca te lo había dicho, quizás por pudor.

Lo dejó salir lentamente, como si aún le doliera lo mucho que había sufrido Hernán cuando Asunción se fue a Montevideo, los meses que pasó planeando un destino diferente. Dejó la casa, responsabilizaba a su padre y al pobre César de que Asunción se hubiera escapado con el Oriental, quería ser un hombre anónimo en cualquier lugar de la ciudad, conseguir un trabajo y esperarla. Estaba seguro de que Asunción volvería cuando se diera cuenta de quién era el Oriental, y entonces sí podrían vivir el amor. Fue Inés quien lo convenció de que volviera a casa, le dijo que Asunción le había escrito, que se había casado con el Oriental, que estaba esperando un hijo y que era muy feliz.

—¿Y por qué le mentiste?

—Porque... —titubeaba, buscando una palabra imposible—. Porque...

—¿Porque creías que yo nunca iba a dejar al Oriental?

—Porque nunca iba a poder casarse con vos, como yo no pude casarme con Miguel.

Y te abrazó, como disculpándose por la crudeza con que te había marcado un lugar que no ignorabas, es más, lo tenías mucho más claro que Inés.

Inés la miró a los ojos, se había equivocado ¿no es cierto?, tanto protestar contra sus padres y era igual. El otro día se preguntaba qué haría si su hija se enamorara el día de mañana de... no sé, del profesor de piano, por ejemplo. ¿Tendría Inés el valor de oponerse a su marido y defender la elección de su hija?

Asunción se rió, nerviosa, ¿lo habría escuchado Inés tocar tangos? ¿Lo sabría ya?

¿Por qué te afectaba tanto que Torrents me tocara en su casa? ¿Qué temías? Me dolió esa reacción tuya, Asunción, ese intento de ocultárselo a Inés. No soy hereditario, pero si Juan hubiera tenido algo que ver con lo que escuchaste en el corredor, deberías haberte sentido orgullosa. ¿No estuve acaso en el inicio de ese abrazo donde concebiste a tu hijo? Contagiada de la estrechez de algunos habitantes de aquella mansión, te habías olvidado de quién eras, y cuánto me habías gozado.

Asunción trató de disimular su turbación con una broma: ¿no serás vos la

que estás secretamente enamorada de ese joven catalán tan buen mozo?

—¿Lo has visto? —sonrió Inés—. Es de una belleza extraordinaria. ¡Y tan sensible!

Era absurdo tu temor, Inés no era como sus padres, ni mucho menos como su marido, Vicente. Para él era inimaginable, inadmisibile, que en su propia casa sonara la misma música que horas más tarde habría de escuchar en lo de Laura.

Vicente Ponce es un habitué de la casa de la calle Paraguay. Más que por las mujeres, va a lo de Laura por las conversaciones con los hombres, que siempre le aportan algo interesante para sus negocios. En su último viaje a París se lo había dicho a su cuñado: lo de Laura es una excelente fuente de información, allí los hombres se sienten más relajados, y la información, Hernán, es poder, deberías aprenderlo. Todo invita a hablar: el alcohol, las mujeres, el mismo brocado borravino de sus muros, sus amplios sillones, los gobelinos, y hasta esa piel de oso blanco, que ninguno de ellos pondría en sus casas pero que, sin duda, allí es un signo más de originalidad.

La originalidad de Laura, esa mujer magnífica, astuta, inteligente, que maneja su negocio con una habilidad de la que carecen tantos hombres de su entorno. Su cuñado mismo, Hernán, es un inútil, ni siquiera aprovecha los extraordinarios contactos que tiene en París para hacer negocios. Jamás Laura cometería en su salón los errores de Hernán.

—¿Así que no vas allí por las mujeres? —esa risa de Hernán que siempre lo crispó—. Vamos, Vicente, me recordás a mi padre, con razón te eligió para que te casaras con mi hermana.

Y bien que hizo, si fuera por Hernán qué hubiera sido de la fortuna de los Lasalle. Fue Vicente quien renovó con mejores condiciones los contratos con los británicos. Y ahora se asociará con los norteamericanos en la industria frigorífica. Al norteamericano lo conoció en lo de Laura. En el marco del club hubiera sido imposible, pero para ir a lo de Laura sólo hace falta tener mucho dinero. Sí, Vicente le debe mucho, la considera su amiga. Una buena amiga. Ella lo sabe, por eso se permite interrumpir la conversación de Vicente con esos caballeros y llamarlo aparte.

—Necesito que me haga un favor, Vicente.

El Negro Mendizábal arrancaba pasiones al piano que se enroscaban a los cuerpos de los hombres y las mujeres que me bailaban. Y allí estabas, Carlota,

espiondo, escondida en el rellano de la escalera, tu cuerpo tenso y el corazón palpitando bajo tu largo camisón blanco.

—Dígame, Laura.

—Convenza a su amigo Fermín de que baile con cualquiera de estas hermosas muchachas, dígame lo necesario, pero que no insista, por favor.

—Que no insista con qué.

Laura baja el tono de voz, un murmullo grave que apenas sobresale del sonido del piano: No sé cómo ha podido suceder, el cortinado estaba abierto, ya averiguaré quién lo hizo. Fermín ha visto a mi hija asomada a la escalera y se ha obstinado en bailar con ella.

Vicente, asombrado: ¿su hija? No sabía que Laura tuviera una hija.

No, ella nunca lo dijo, no le parece adecuado hablar de su vida privada. Ella quiso preservar a su hija, le había costado una educación esmerada en Mendoza, donde vivía con la madre de Laura. Pero, desgraciadamente, su madre falleció en abril, y ella tuvo que traer a Carlota a Buenos Aires. Piensa internarla en un colegio de señoritas..., ya está haciendo gestiones.

—¿Y su padre? —pregunta Vicente.

De él no quiere hablar, un español con quien Laura se casó muy joven, volvió a su tierra y las abandonó. La niña duerme del otro lado de la casa, Laura le ha prohibido acercarse a los salones —un leve temblor le levanta la ceja—. Ya la he regañado con rigor y ha vuelto a sus habitaciones.

Agachada como estabas, Carlota, apenas veías recortes, fragmentos de algo que aún no sabías lo que era pero que deseabas intensamente. Lisette, disimuladamente, abrió más el cortinado y pudiste observar a las parejas de cuerpo entero. No te importó nada el sermón de tu madre, con el poder que te daban esas ganas de mí, te pusiste de pie, y miraste el interior de esa sala que se te vedaba. Ya eras mía, quizás más que nadie en aquella casa, ¿por qué esconderte?

Vicente levanta los ojos y tras el cortinado abierto, en la escalera, lo sorprende esa niña-mujer con su largo camisón blanco, el cuerpo asomado sobre el pasamanos, como si fuera a volar sobre el salón. No le dice nada a Laura, no sólo para evitarle el disgusto sino porque no quiere privarse de esa imagen que lo hechiza.

Todas las noches, desde que llegó a la casa de su madre, esa música, que

traspasa puertas y pasillos, le inquieta el cuerpo y Carlota da vueltas en la cama sin poder dormir. Ahora puede ver esa mano que marca la espalda de Margarita, pero no sabe qué movimiento produce en ella, porque ahora son otros los cuerpos que descubre el pequeño espacio que recorta el cortinado.

Hace más de un mes que Carlota está en la casa de su madre, y conoce a las muchachas porque llegan antes de esas reuniones donde se baila. Casi ninguna le habla, Laura debe haberlo prohibido, apenas un hola linda, y nadie responde a sus preguntas. Carlota no comprende en qué consiste el trabajo de su madre, se lo ha preguntado. Las respuestas de Laura son evasivas: una ampliación del negocio. Pero qué tiene que ver esa música, esas jóvenes voluptuosas, con la repostería que, según le dijo siempre su abuela, era el próspero negocio de su madre en Buenos Aires.

Lisette, en verdad Elisa, es la que más se ha abierto con Carlota. Lisette es un invento de tu mamá, ¿cuándo iba a soñar Elisa conocer tanta gente fina y beber champagne francés, comer ostras y trasladarse por la ciudad en victoria? Jamás.

Elisa conoció a Laura en el café de la estación de Constitución, hace dos meses, cuando llegó a Buenos Aires. Desde entonces su vida es un sueño, ahora ella es Lisette, habla mucho más bajo que en su pueblo, tiene esos maravillosos vestidos que hacen fru-fru cuando camina, se mueve como una gata, y hasta tiene un profesor de francés. Todo se lo debe a Laura, por eso la quiere tanto.

Carlota debió jurarle que nunca diría que fue Lisette quien le dejó el cortinado semiabierto para que viera lo que esa danza que toca el negro Rosendo al piano produce en el torso de los amigos de su mamá, en sus pies, en sus manos, ah, esas manos en mi espalda que me giran y giran y hacen que me crea de ellos lo que después no son. Carlota no entendió lo quería decir, pero Lisette no se avino a explicarle. Ya bastante con permitirle mirar, un riesgo que asumía porque se conmovió cuando Carlota le contó que esa música le estremecía el cuerpo. A Lisette le produce cosquillas en la piel, y con la mano del hombre marcándole los ochos: ah, es el paraíso.

Y Carlota quiere conocer ese paraíso.

No me la niegue, Laura, por favor, insiste Fermín. Antes de que Laura se dé cuenta, Vicente se dirige al cortinado y lo cierra.

Laura se acomoda una y otra vez su lujosa casaca de encajes y cintas, esa noche parece haber perdido su consabido aplomo: Le he dicho que no es posible,

Fermín.

Vicente logra convencer a Fermín de que baile con la bella Lisette y se acerca a su amiga: sería prudente alejar a su niña de la casa. ¿Cuántos años tiene? Catorce. Laura quiere que su hija se eduque como una señorita, que pueda hacer un buen matrimonio —su voz arañada—, pero no es fácil, las monjas le han negado su admisión. Un bochorno por el que Laura no quiere volver a pasar. Y esa sonrisa espléndida expulsando toda sombra: aunque tengo buenos amigos, que, probablemente, puedan ayudarme.

Debió haber sido una belleza en su juventud, y aún ahora, un súbito deseo de revolcarse con Laura sobre esa piel de oso que adorna su salón, pero por supuesto, Vicente no cometerá el error de proponérselo. Ni ella de aceptar: es la madama de más prestigio en la ciudad. Sólo mirarse fuerte, como dos fieras en acecho, y una voz serena: que lo deje en sus manos, él conoce un colegio, en Santa Fe, a poca distancia de uno de sus campos, y le dirá a las religiosas lo necesario para que su hija sea admitida y educada como corresponde. Mientras tanto, prepararán su lugar en la sociedad.

Con el mismo interés que pone en sus negocios, Vicente Ponce va a hacer todo por cumplir la palabra dada a su amiga. Laura y su hija serán invitadas a la inauguración del nuevo teatro Colón, como cualquier persona de bien. Si alguien pregunta, él sabrá qué decir. A quién le interesará negar o poner en duda su versión sobre la mujer que a tantos y tanto conoce de esa misma sociedad.

Asunción iba a esperar al domingo, cuando fueran a pasear, para preguntárselo. Entre otras cosas, para disimular: qué había aprendido en la escuela esa semana, ¿necesitaba algún útil?, y en la clase de piano, ¿estaba estudiando algo nuevo? Y si Juan se resistía a contárselo, buscaría otros caminos. Debía hablar con él, advertirle.

Pero Juan la sorprendió el viernes, con esa sonrisa maravillosa que la derretía: mamá, escuché una música que me pone requetecontento. La tocó Jordi en la clase. Y desde entonces la tengo acá —y se señaló el corazón—, y acá —y la cabeza—, y en todo el cuerpo.

La emoción que te produjo arrancó de cuajo todos tus temores.

—¿Un tango? —le preguntaste, cómplice.

Y él que sí, que cómo sabías.

—Lo adiviné, por la alegría.

Capítulo nueve

Una manzana completa ocupaba el nuevo edificio del teatro Colón, orgullo de los amantes de la ópera, desde que estaba al lado norte de la Plaza de Mayo. Ahora sí el Colón tenía la medida cabal de las pretensiones de los porteños. Con sus amplias balaustradas, sus espaciosos foyers, su auditorio de seis galerías, sus sofisticadas instalaciones en el escenario y en el sistema de iluminación, podían afirmar, sin exagerar, que Buenos Aires tenía el teatro de ópera más moderno del mundo. Un furor compartido por todos y cada uno de los porteños que se habían dado cita aquella noche de junio de 1908 en que lo inauguraron.

Raso negro con encajes chantilly, raso bouton d'or y cintas color crema, terciopelo color heliotropo, muaré verde nilo con bordados estilo Luis XV, gasa gris perla con moño color salmón, traje broché sobre fondo color rosa adornado de perlas, muselin chiffon y plumas. Escotados, trepados, lujosos, sofisticados y estudiadamente sencillos. Ricos tules, gasas, encajes transparentes, flores naturales en los hombros. Esmeraldas y brillantes. Al día siguiente *La Prensa* les pondría nombres y apellidos.

—¿A quién saludás? —preguntó Lucía Quirno Costa, afanada en enfocar con sus impertinentes el lugar donde miraba su marido, Fermín Iriarte—. Es increíble pero ya no se conoce la gente, deberían cerrar el puerto, ¿quiénes son esas dos? ¿Son extranjeras, Fermín?

Vicente, gran sonrisa y una mano levantándose en señal de saludo: es la viuda de un hacendado de provincias y su hija.

¿Vos las conocés, Inés? Sí, las conoce, respondió Vicente, pero es tan distraída que un día de éstos no te reconoce ni a vos. Mirá, allí está el presidente, Figueroa Alcorta, tratando inútilmente de distraer la atención de Fermín, que no despegaba la mirada de Carlota. Pero no era sólo Fermín, como bien podía observar Vicente desde su palco, Carlota, vestida de verde eléctrico, con su pelo ondulado suelto, volvía cabezas desde las primeras filas de la platea.

—No es un vestido adecuado para una niña, ¿no te parece, Inés?

Inés estaba leyendo el programa de la ópera, no sabía de quién le hablaban.

—Yo estoy segura de que no las vi nunca en mi vida, ¿vos de dónde las conocés, Fermín?

Que se apagaran las luces y comenzara de una vez por todas la ópera. Contanos, Inés, seguro que has leído todo sobre Aida —recurrió a su mujer.

—Aida la interpretará la soprano Lucía Crestani, y el tenor Amadeo Bassi...

Las luces bajaron y con ellas los murmullos. Vicente indignado con la imprudencia de su amigo, que seguía enfocando con sus impertinentes la platea. En el entreacto, camino al suntuoso café, en voz muy baja, le llamó la atención: ¿acaso quería un escándalo? Fermín se rió, había sido muy ingeniosa la versión de la viuda de provincias y su hija, era una provocación más de Laura llevar a su pupila a la inauguración del teatro Colón, como exhibirla en camión en la escalera, para valorizar la mercadería. Pero a Fermín no le importaba, la tendría, cualquiera fuera su precio.

Supo por Laura, al día siguiente, que Fermín se había presentado en su casa a la mañana, y le había exigido que le entregara a la joven. Ella no le había dicho que era su hija, sólo Vicente lo sabía y contaba con su discreción. Lo atendió amable pero con firmeza: la niña no trabajaba, era su ahijada y estaba pasando una temporada en su casa, pero Fermín estaba totalmente fuera de sí, le había ofrecido una gran suma de dinero, y hasta pretendió pasar los límites del salón para buscar a Carlota.

—Fermín es un hombre caprichoso y acostumbrado a tener todo lo que quiere —dijo Vicente.

Laura lo conocía bien, había satisfecho más de un antojo de Fermín. Varias de sus pupilas habían estado en su piso el día y a la hora que él deseaba siempre perentoriamente. Pero en fin, fuera de algún apuro desmedido, Fermín cumplía con las normas de la casa, era un buen cliente. No podía prohibirle la entrada a su salón sin que se resintiera su clientela, pero algo tenía que hacer...

—Alejar a la niña de la casa, cuanto antes.

Dentro de unos días Vicente debía partir para Estados Unidos y dejaría el problema resuelto, le daba su palabra a Laura. Carlota podía tomar el tren hasta Santa Fe, mañana mismo, si le parece bien, un empleado iría a buscarla a la estación. Las monjas nada le negarían a Vicente. Laura podía tranquilizarse: su hija estaría en buenas manos.

Carlota llegó en el tren de mediodía. Vicente había dejado órdenes para que la instalaran y la atendieran, él vendría al día siguiente.

Todo le pareció maravilloso en el casco de Las Pléyades, el cuarto, el inmenso parque poblado de la más rica variedad de árboles y plantas, la gran galería con sus arcadas, la comida que le sirvieron en un espacioso comedor, la amabilidad con que la trataron: ¿quería descansar, que le prepararan un baño, dar un paseo en sulky por la estancia, montar a caballo, se le ofrecía algo más? No, gracias, sólo quería caminar.

Pudo pasear a gusto bajo los paraísos, internarse más allá del parque, conversar con ese chico tan simpático que tocaba la guitarra, y con el hombre que le mostró los caballos, curiosear, más tarde, ese aparato raro con una corneta, y todas las lujosas habitaciones de la casa, imaginándose ella misma viviendo allí, organizando bailes como en la casa de su madre en ese salón con tapices que hacían soñar, y en verano, en la galería. ¡Qué placer bailar aquí con la brisa cálida de una noche de verano!

Fue lo primero que le dijo a Vicente, aun antes de saludarlo, cuando la sorprendió girando y girando con los brazos abiertos y riendo a solas en la galería. Fue él, sin embargo, quien dio explicaciones: finalmente pudo desocuparse antes, por eso llegó a la noche. Entremos, Carlota, hace frío.

Revoloteando como una mariposa nocturna alrededor de Vicente: estaba tan contenta, lo había pasado tan bien. ¿Me puedo quedar unos días más en su estancia?

—No, de ningún modo, debes ir al colegio. Te llevaré mañana mismo. Yo debo viajar la semana próxima y me he comprometido con tu madre a confiar tu educación a las monjas escolapias.

—Sólo unos días, ¿qué le cuesta? —el poder de su sonrisa estaba actuando sobre ese hombre adusto cuyas facciones se relajaron, cuánto más lograría si supiera imitar lo que Lisette le había enseñado la otra tarde, ahuecó la voz—: ¿usted cuándo se tiene que ir? —un alarde de pestañas—. ¿No lo podemos dejar para último momento? En ese convento voy a estar encerrada mucho tiempo —su mirada mojada apuntando con certeza al blanco—. Por favor, señor Vicente, yo sé que usted me va a dar ese gusto.

Era una niña. Era la hija de Laura, su amiga, no podía Vicente sentir tal agitación, ese deseo impropio, esas ganas de decirle que sí, que se quedara todo lo que quisiera en su estancia, él también se quedaría, no iría a Estados Unidos, ni trabajaría.

—Por favor, Vicente —había suprimido el señor—, concédame una última alegría, antes de dejarme con las monjas.

—Ya veremos, ahora preparate para la cena.

La tenue luz de los candelabros resalta ese verde insolente del mismo vestido que llevaba Carlota en el teatro Colón. Disfrazada de mujer, o quizás ella ya... sí, si no, no lo miraría de esa manera, ni le diría: me gustaría beber algo.

Al día siguiente la llevará al convento, pero esta noche ¿por qué no darle el gusto? Ya estaba en las intenciones de Vicente, aunque no se lo confesara a sí mismo, por qué si no había vuelto al despacho, antes de salir de Buenos Aires, para buscar los dos discos de tango que le había regalado Hernán en su último viaje a París.

¿Quiere Carlota escuchar música? Le señala el fonógrafo Pathé. Sí, le encantaría, los ojos como luciérnagas, ha estado mirando a la tarde ese aparato, pero no sabía que allí sonaba música. Cuánto le gustaría escuchar un tango, y que Vicente le enseñara a bailar.

—No hay discos de tango en la Argentina —una leve sonrisa, un guiño de ojo, y una voz secreta—. Pero yo sí tengo, dos, editados en París el año pasado.

Carlota saltando, como una niña ante juguete nuevo: qué suerte, al fin voy a poder bailar. Esa expresión borracha de Vicente, aunque apenas ha bebido: él es un mal bailarín, y ella: que por favor, es su última noche.

Una risa que no debería tener una niña pero que ella inventa para Vicente. La púa sobre el disco y un cuerpo menudo y pulposo entre sus brazos que lo incita a bailar de una manera que él no conoce porque nunca, nunca ha hecho —aunque los vio muchas veces— un molinete, ni ese paseo de lado, el doble corte y hasta un taconeo presuntuoso. El brazo súbitamente experto, cuerpos que se rozan, que se tocan, y desde la cadera a los pies, un juego de desencuentros contrarios que los unen entrañablemente. La mano de Carlota en su cuello, su voz perfumada: qué feliz estoy, gracias.

Con la luz de la mañana lo sorprendió la imagen de esa niña, recostada a su lado, esa sonrisa que no se le borraba ni dormida: qué bella era.

No recordaba ya cómo había llegado tan lejos, sí la certeza que tuvo en un momento de que Carlota ya no era una niña, que esa manera de adherirse a él,

esos gemidos de placer, esos besos profundos, la exaltación con la que respondía a sus caricias eran las de una mujer con experiencia, aunque Laura lo ignorara. Pero cuando descubrió, ya tarde, que él era el primer hombre en su vida, Vicente no se detuvo, no, el saberla virgen aumentó su pasión: Carlota lo había elegido a él para convertirse en mujer. Una imprevista ternura fue guiando sus manos, su cuerpo, su sexo, sus palabras: no temas, pequeña, no te voy a hacer daño, vas a ser mía sólo cuando me lo pidas.

Nunca se había sentido así, ni la noche de bodas con Inés, ni tampoco con las dos chicas del campo que desvirgó cuando era joven. Su maestro, su amo, su hombre, el que la haría gozar hasta el límite. Y más allá de los límites.

No era propio de él, que siempre elegía mujeres con experiencia para sus aventuras, ¿por qué esa fiebre que no pudo detener hasta que lo venció el sueño? Miró a Carlota y se le precipitó inoportunamente la imagen de Laura, debería llevarla al colegio esa misma mañana. Como si escuchara sus pensamientos, Carlota se despertó y tiró por la borda las convicciones de Vicente. La voz aterciopelada por el sueño: que fuera un ratito más a la cama, quiero más mimos, vení.

No fingías, estabas contenta en los brazos de Vicente, habías podido liberar tu cuerpo de esa sensación que llevabas presa hace unos meses. Hacer el amor con él fue tan natural como los ochos. No te acordabas ya del colegio que te esperaba, ni de tu madre, no existía nada que no fuera la alegría de esa vida que se te abría.

Carlota ni siquiera pensaba en las consecuencias de lo que estaba viviendo, sólo lo disfrutaba, paso a paso. Le daban risa los cuidados de Vicente, el terror de que alguien pudiera sorprenderlos en su cuarto, las mil recomendaciones que le daba cuando se ausentaba por unas horas: que no salga, que no hable con nadie, que deshaga su cama como si hubiera dormido allí.

El fonógrafo no dejó de sonar las diez noches encendidas en las que ustedes me dieron vida en el abrazo. Siempre la última noche, según Vicente. Pero no te equivocabas, no sería la última.

¿Por qué tenían que irse si descubrían a cada instante nuevas formas de gozar?, reclamó Carlota. Hasta andando a caballo esa mañana, no podía negarle cuánto se habían divertido. Su risa estallando al recordar lo poco que le importó a Vicente que un mozo estuviera cerca, cuando Carlota se cayó del caballo y se

fingió muerta para jugar, él, desesperado, pronunció todas esas palabras ardientes, y cuando la descubrió viva, esos besos ansiosos en su mejilla, en su pelo, en su boca. Carlota ya sabía cómo hacerle olvidar el mundo que lo rodeaba, el mundo que lo esperaba. Y no le importó nada que después la hubiera regañado como a una niña, ella comprobó esa mañana cuánto la quería y no se iba a olvidar.

—Pero no podemos seguir viviendo así, Carlota, no corresponde —de pronto viejo, sombrío—. Yo soy un hombre casado, con una familia, una posición, muchas responsabilidades.

—¿Y yo tengo que estar encerrada en un colegio de monjas por tus responsabilidades?

Ella también era una responsabilidad que Vicente había asumido, le había prometido a su madre dejarla con las monjas, le recordaba.

Ah, sí, muy importante la responsabilidad ante su madre, reaccionó ácida, ¿y con ella? ¿Y con él mismo? ¿Quién asumía la responsabilidad de esos abrazos, de esos días y noches de bailar y comerse a besos y disfrutarse y reírse a los que Vicente quería poner fin?

Estabas furiosa, él no podía comprender, Carlota, tu justo planteo. Pero lo que habías aprendido, la fidelidad a tu goce, no la perderías por la decisión de ningún hombre. Tuviste que aceptar lo que te propuso: volver a la casa de tu madre, Vicente ya había aceptado no llevarte al convento. No podías imaginar entonces cuánto más habría de aceptar. Era apenas un paso de un largo camino.

Se pusieron de acuerdo en que los dos sostendrían ante Laura que él la había dejado en el convento y que, una semana después, había tenido que ir a buscarla porque las monjas le dijeron que Carlota lloraba sin cesar, que se negaba a comer, a seguir cualquier instrucción.

Vicente había retrasado muchos días su viaje, lo que era una imprudencia para sus negociaciones con los norteamericanos, debía partir de inmediato. Que no llorara, Carlota, se encontrarían en cuanto él regresara, le prometió, aunque ya había tomado la nítida decisión de cortar con esa locura. Quizás cuando Carlota fuera mayor, estuviera casada, podrían vivir otra magnífica aventura, pero ahora se alejaría prudentemente de lo de Laura hasta arrancarse a Carlota de su mente. De su cuerpo.

Durante los tres meses que Vicente estuvo fuera de la Argentina luchó con

ahínco por borrar esa imagen que insistía en colársele en las conversaciones con los norteamericanos, en sus noches a solas en el hotel, hasta en los fogosos encuentros con la esposa del cónsul argentino en Nueva York.

Sus negociaciones habían respondido a sus expectativas. La inyección de capital en su frigorífico iba a ser inmediata, aun cuando no fuera posible fijar la fecha en que pasaría definitivamente a control de los norteamericanos. El secreto iba a ser cuidadosamente guardado hasta que Vicente pudiera atar los muchos y delicados cabos que estaban en sus manos. Nadie sospechaba en Buenos Aires el verdadero motivo de su viaje a Estados Unidos. Se había asegurado la coartada perfecta: el ministro Quintana lo había felicitado, apenas llegar, por sus gestiones con la banca de los Estados Unidos.

Todo estaba bien, en orden, sólo ese desasosiego, el saber a Carlota tan cerca y no poder verla, tocarla, lo perturbaba. Pero en su casa, cenando con su esposa y sus hijos, asimilando las novedades de estos meses, se sentiría tranquilo, seguro.

Un Vicente amable, interesado en las lecturas de Inés, en los estudios de sus hijos, debió sorprender a su familia. Le ha sentado muy bien este viaje, padre, le dijo con una bella sonrisa su hija Mercedes, esa niña hosca, incomprensible. Y su hijo Francisco: que le gustaría acompañarlo algún día a la invernada. Cómo no, con mucho gusto. Era evidente que Francisco tenía su empuje, en pocos años podría secundarlo. Todos tan amables. Hasta Inés, alentada por su atención, estaba casi locuaz, había intervenido espontáneamente en el breve diálogo que mantuvo con Francisco y ahora le contaba alguna tontería sobre el inútil de su hermano Hernán, que Vicente soportó estoicamente.

Esa noche quería estar en paz, refugiarse en su magnífica casa en la calle Juncal, recostarse sobre el colchón confortable de su familia, hasta, quizás más tarde —se le ocurrió de repente—, visitara a su esposa en su dormitorio, quién sabe si, después de tanto tiempo, le produjera alguna emoción, cualquier cosa menos ir a lo de Laura.

Besó a sus hijos cuando se retiraron a dormir.

—Buenas noches, Vicente —dijo su mujer.

—Quedate, Inés, hace tiempo que no conversamos —le pidió mientras se servía una copa en el salón.

No se interrogó por su escéptica sonrisa, él había decidido cambiar de actitud

y eso bastaba. Ella se dejó caer, con languidez, en uno de los sillones. La fugaz vivacidad que había mostrado durante la cena, delante de los niños, se había extinguido.

—¿Cómo han ido tus negocios? —preguntó con una amabilidad labrada por la voluntad.

No quería hablar de trabajo, había vuelto agotado, mejor que le contara algo ella. Inés perdió su mirada en el tapiz, como si tuviera que hacer un enorme esfuerzo para encontrar una palabra. Vicente trató de no impacientarse con su silencio, haría más aún, la ayudaría a hablar si era necesario, había decidido contar con su mujer e iba a sortear todas las vallas. Le sacó un tema cualquiera: qué tal la boda de Alcira Lynch con Patricio Cambaceres, fastuosa, se imaginaba. Que hablara, aunque no quisiera, que se comportara como una mujer normal ahora que él tenía las mejores intenciones.

Sí, estuvo bien. ¿Eso era todo?, presionó, ¿era incapaz de transmitirle algún detalle?, a punto ya de perder la paciencia: siempre hay algo que se comenta. Lo que más se comentó —dijo por fin Inés— fue la ausencia de los Iriarte, Lucía no quiso ir sola. ¿Sola? Fermín la abandonó. ¿Qué quería decir? Que se fue de la casa y no piensa volver, vive amancebado con una jovencita.

No podía creer lo que estaba escuchando, a él nada le importaba esa boda, sólo había buscado que Inés y él pudieran mantener una conversación, como cualquier matrimonio normal, lo que menos esperaba era esa puñalada. La rabia subiéndole por el cuerpo como una lava ardiente y él dejándola caer sobre Inés: cómo podía hacerse eco de chismes ruines, esas calumnias, dichas con tal liviandad, son impropias de su mujer. Pero si Vicente se lo había pedido.

Estaba seguro de que lo de la joven era un invento de Lucía, Inés no debería repetirlo, Fermín es un hombre de bien. La mirada ausente de Inés, como si ya no estuviera allí, lo sacó aún más de quicio. Agitado, furibundo: ¿y quién era esa jovencita?, la voz creciendo al alarido, que se lo dijera inmediatamente. Inés se puso de pie.

—Contestame, me vas a contar todo lo que escuchaste de esa historia infame —le exigió.

Inés lo miró un largo momento y con una voz deliberadamente calma: a mí no me interesa lo que hace Fermín, ni tampoco Lucía, mucho menos esa joven, a quien ni conozco. Y ahora, con tu permiso, voy a retirarme a leer.

Las ventanas del salón estaban abiertas y se coló la melodía metálica de un organito. ¡*Felisa!* El mismo tango que los enredó en un abrazo de días y noches.

La intensidad del dolor lo aturdió, intentó sacudirlo en ira. ¿Qué era ese ruido?, podía explicárselo Inés. ¿Ya había sucedido antes? ¿Así velaba ella por su familia? ¿Permitiendo que entrara música de burdel a su propia casa?

Inés podía haberse ido, pero allí estaba, detenida a pocos pasos del balcón, una mueca extraña y un temblor ligero que no le pasó desapercibido. De pronto Vicente sintió el ridículo de ese ataque verbal al que se aplicó con persistencia y placer.

—Lo siento, estoy cansado por el viaje y esa música en la puerta de mi propia casa me ha alterado. ¿Me disculpás, Inés?

No esperó su respuesta, abrió la ventana de par en par y le gritó al hombre: váyase inmediatamente de la puerta de mi casa. Pero el insolente no sólo no obedeció, sino que se permitió responderle que la calle era pública y no privada. ¡Tano tenía que ser!, buscó la complicidad de su mujer, pero Inés ya no estaba.

Vicente cerró todas las ventanas antes de salir, aunque ya no hacía falta, el silencio se había restablecido en el barrio del Socorro.

La sensación de bochorno lo invadió al imaginar que Laura podía estar al tanto de lo que pasó entre él y su hija. Pero ella lo saludó con la amabilidad de siempre. ¿Cómo abordar el tema de Carlota sin que nada denunciara el infierno que estaba viviendo? ¿Cómo contarle la novedad sin descubrir esa desesperación que lo roía? Laura lo sorprendió: sí, sabía que su hija estaba con Fermín, él mismo se lo había dicho, prefería que no se comentara por el momento, aunque le diré la verdad, Vicente, el amor de Fermín por mi hija me conmueve. Pero si era apenas una niña, ¿cómo no estaba indignada?, ¿no quería un buen matrimonio para ella?

—Por supuesto, Vicente, que no apruebo lo que ha sucedido, pero el amor tiene caminos tan singulares. Yo, mujer al fin —ese mohín estudiado—, no puedo evitar admirar la valentía con que Fermín lucha por el triunfo del amor sobre cualquier convención.

Se colgó del brazo de Vicente y mientras atravesaban la sala le contó que Fermín, simpatizante de Roca, estaba de acuerdo con el divorcio.

—¿Fermín roquista? —la interrumpió Vicente, indignado—. Lo diré ahora porque le conviene lo del divorcio, que propiciaba Roca. Nosotros jamás hemos votado al PAN. «Los bárbaros del norte», decían nuestros padres cuando llegó con sus salvajes a Buenos Aires en los ochenta. Y en su segundo gobierno,

también fuimos abstencionistas.

Recordó inoportunamente —pero lo calló— las mil ovejas Lincoln y las dos manadas de yeguas que su padre le había regalado al hijo de Roca, y el caballo de pedigrí que le obsequió a Roca el padre de Fermín. De los treinta millones de hectáreas ganadas a los indios, veinte iban a pasar a dominio privado, era importante que quedaran en buenas manos. Doscientos setenta mil compró el padre de Fermín. Pero no era la razón por la que él se decía roquista, no, sino una mucho más banal. Vicente lo había escuchado en el club. Roca había vuelto de Europa amancebado con una polaca, y pretendía imponerla a la sociedad como su mujer.

Laura no entendía nada de política, pero sí de amores, y si Fermín pensaba irse a Europa con Carlota, instalarse en Biarritz hasta que pudieran casarse —allí las costumbres son otras—, era porque realmente la amaba. Ah, vieja zorra, ése es tu sueño, visitar a tu hija rica en Francia, pensó Vicente, pero sólo dijo: jamás obtendrá el divorcio, perderá su prestigio, probablemente su fortuna.

Su intención era asustar a Laura, pero apenas obtuvo una sonrisa cínica y ninguna complicidad con ella para exigirle a Fermín que devolviera a Carlota. Le hubiera gustado decirle que él mismo pudo quedársela y no lo hizo porque él sí tenía sentido del honor, de la amistad. ¿No se quedó con Carlota por sentido del honor, por la amistad con Laura? Su propia pregunta lo enfureció.

Bebió una copa con John Duncan, trató de enterarse si existían rumores sobre sus negociaciones en Estados Unidos, era útil tener a Duncan de su parte. Lo único que podía calmar a Vicente en este momento, alejarlo de su obsesión por un rato, era seguir tejiendo esa trama de sinuosidades con las que engrosaba año a año su fortuna.

Cuando escucha el trío de violín, flauta y guitarra en La Marina, Carlota siente que sus pies se mueven solos debajo del vestido. Lástima que no puedan bailar, ¿no?, pero igual está muy contenta, ese lugar es un sueño. Fermín levanta ligeramente el labio —ese gesto que la crispa—, imprimiendo a su cara una expresión de asco: la música todavía, pero el lugar es... dégoûtant. Se lo han recomendado, pero quizás sea un error, hay varios cafés donde se toca tango en la esquina de Suárez y Necochea.

Al día siguiente, el Royal. Fermín no quería, pero Carlota lo convenció. Llevaban días encerrados en el departamento porque Fermín quería evitar

encontrarse con conocidos. Qué mejor que los cafés de La Boca, ese barrio que le levanta el labio, allí no iría su familia, ni sus amigos.

Violín, guitarra, flauta, y ese bandoneón, el de Arturo Bernstein, que se le mete dentro y la llama a la pista. No, cómo van a bailar en ese lugar, dice Fermín, no se da cuenta, Carlota, esas que bailan son mujeres... de la vida.

Nunca habías escuchado un bandoneón. Todo tu cuerpo, como un fuelle, abriéndose y cerrándose a mi ritmo. No conocías sus nombres aún, pero los veías: Antonina, la chata con el flaco Enrique, la tanita Luciana con el Escoberito. Y Fermín negándose a bailar. Abanico, doble ocho, alfajor, medialuna. ¿Cómo te ibas a quedar sentada, mirando?

Carlota se levanta con determinación de la mesa y se acerca a la pista donde las parejas se engolosinan con ese tango canyengue y retozón. El hombre se para frente a ella, y mueve la cabeza hacia el costado.

Con la mano experta del moscovita en tu cintura, tu cuerpo abierto a su intención, te iniciaste por fin en una de mis pistas. Los tablones desvencijados del Royal, un tapiz rojo que bordaste de arabescos, ágil, sensual y majestuosa. Supiste, supimos los dos, en ese instante, que nada ni nadie te arrancararía de esas tablas en las que vos y yo íbamos a darnos vida.

Se había propuesto no ir más a lo de Laura, pero no tenía otro modo de tener noticias de Carlota, a Fermín parecía habérselo tragado la tierra. Los chismes que le contaron en el club no le aportaban nada nuevo, tampoco por la asocial de su mujer podía tener alguna pista. Pero Vicente Ponce no era un hombre que aceptara las cosas torcidas, él las enderezaba. No iba a permitir que esa mocosa que lo había utilizado, que se había burlado de él —ésas eran sus últimas conclusiones—, se saliera con la suya.

Estaba hablando con Duncan del posible acuerdo entre los frigoríficos para fijar el precio de la carne cuando vio entrar a Fermín. Apenas se disculpó por dejar al inglés con la palabra en la boca.

La concurrencia aplaudía el estreno de un tango de Grecco cuando Laura le pidió a Fermín que por favor hablara en voz más baja. Vicente lo tomó de un brazo y lo sacó de la sala.

Carlota se había escapado, Fermín estaba allí para ver si había vuelto a la casa de su madre, y obligar a Laura a buscar a su hija, donde fuera que estuviese.

Vicente fue contundente: lo primero que debía hacer Fermín era regresar con

su familia, ¿estaba loco, iba a perderlo todo por una cualquiera?

Su mirada fulminante le hizo saber que no era el camino adecuado, probablemente Carlota le había contado lo que pasó en su estancia. Vicente podía comprender su pasión por Carlota, le dijo, cómplice, pero no su actitud suicida de tirar todo por la borda por una niña que aún no sabe lo que quiere. Él lo ayudaría a dar con ella, pero Fermín tenía que prometerle que volvería a su casa, el dolor de su mujer, la vergüenza de su familia...

—¿Dónde crees que puede estar Carlota?

—No sé. Desde que fuimos a los cafés de La Boca, ella cambió, lo único que quería era estar allí, todas las noches. No entiendo por qué. ¡Es tan vulgar la gente que frecuenta esos lugares!

Vicente lo ignoraba, no conocía esos cafés, pero el mismo nombre de La Boca le producía fastidio, de allí saltó a la Cámara de Diputados ese socialista, Alfredo Palacios. Nunca estuvo de acuerdo con la reforma de 1904 que dividió la capital en circunscripciones permitiendo a los barrios elegir sus representantes, qué podían elegir los ignorantes que se hacinaban en La Boca. ¿Fue Fermín quien la llevó?

—Sí, porque en esos cafés se toca tango, en algunos hasta se baila, y Carlota es loca por el tango, no entiendo por qué.

¡Por él!, la esperanza saltando, por Vicente, por los días que se amaron bailando tango en la estancia. Su corazón latiendo fuerte: Carlota lo extrañaba, por eso buscaba el tango, lo quería todavía. Tan fuerte el descubrimiento que le resulta difícil seguir el discurso plañidero de Fermín: él le daba todos los gustos, todos, cómo ha podido abandonarlo, pensaba llevarla a Europa, estaban tan felices... Aunque los últimos días discutieron porque él no aprobaba algunas actitudes de Carlota... no debió ser tan duro con ella. ¿Sollozaba? La fue a buscar a todos lados pero era evidente que esa gentuza se había puesto de acuerdo para ocultarle su paradero.

Le costó más de una hora, pero al fin, Vicente logró arrancarle a Fermín el nombre de algunos lugares que le gustaba frecuentar a Carlota, y el de ese periodista alemán, Klaus Bühl.

¿Periodista? Agitador debía de ser, pero Fermín era un zopenco que no se daba cuenta de nada, Vicente pensaba que la ley de residencia debió ser mucho más dura, apenas habían echado a un puñado de hombres, pero si no estuvieran aún esos revoltosos extranjeros llenándole la cabeza a los inmigrantes, no habría huelgas en el puerto, ni protestas por doquier. Hasta los inquilinos hacían huelga,

habrase visto. El país debería hacer lo que él en sus propiedades, el que no está de acuerdo, fuera, de inmediato.

En pocos días, Carlota había aprendido mucho de sus nuevos amigos, especialmente de Klaus, ese alemán que enardeció a la concurrencia en la reunión del Partido Socialista a la que fue invitada. Sus palabras destilando más brillo que los diamantes que le había regalado Fermín, de ellos dependía el futuro, de su organización y su acción política, incendiando miradas y puños en alto, porque o la clase obrera permanece inerte y sigue cada día más esclavizada o se levanta para defender sus intereses inmediatos y preparar su emancipación del yugo capitalista.

Carlota había bebido sus palabras en aquel acto como Klaus bebió más tarde sus besos en el zaguán del conventillo donde ella se había instalado. No entendía cómo lograrían esa sociedad donde la distribución de la riqueza fuera equitativa, pero estaba convencida, como todos los que lo escuchaban, que tarde o temprano iban a triunfar. Y ella quería ser parte de ese poder.

Y querías tener toda la libertad para vivirme. Las amigas de Klaus con las que compartías la pieza en el conventillo no iban a controlarte, como tu madre, como Fermín.

Capítulo diez

Eran casi las dos de la madrugada cuando Vicente entró al café Royal. La débil luz de las lámparas a kerosene y el humo de los cigarrillos oscurecía aún más esas caras toscas, monótonas en su diversidad. Sudores humanos mezclados con una rancia fritanga. Bebían, hablaban, reían, fumaban, chillaban, apiñados en torno a mesas tambaleantes. Qué asco le daban. ¿Cómo podían atraerle a Carlota esas gentes? Buscó su pelo negro, luminoso, ondeado, entre esa multitud de pelos de todos los colores, secos, brillantados, grasientos, buscó su talle fino entre esos cuerpos vulgares, olorosos, vestidos con descuido.

Tal vez por el contraste que ofrecían sus camisas impecables, el corte de sus trajes, sus habanos, detuvo su mirada en Martínez Vivot y esos otros dos hombres, sus amigos seguramente, riendo y hablando a los gritos, tan borrachos y tan patéticos como ese salvaje tocado por una gorra, y las mujeres multicolores que estaban con ellos. ¡Payasos! Luego, en el club, se quejan de los gringos, y aquí confraternizan en su zoológico, se indignó Vicente. Evitaría que lo vieran. Tarde. Gonzalo lo reconoció, se acercó y lo invitó a reunirse con ellos, tenían un buen champagne francés que les compraba el patrón del café para ellos, y unas hembras de lujo.

Estaba de espaldas cuando Vicente pasó, pero la reconoció por su risa. Esa risa generosa, de pájaros sueltos, que tanta alegría le había contagiado en los días felices, lo azotó como un látigo. Tuvo que contenerse para no tomarla del brazo y arrancarla de ese café con toda la violencia que sentía. Desde la mesa de Gonzalo podía verla de frente, mirame, mirame, le ordenaba en silencio, la ira a punto de estallar.

—¿Los conocés? —lo sorprendió Gonzalo, y antes de que inventara una excusa—. Es Bernstein, el alemán del fuelle.

—Lo escuché en algún lugar —mintió.

Es extraordinario, lástima que Vicente haya llegado tarde, y orgulloso: es amigo mío, te lo presento.

—Bernstein, aquí, un admirador suyo, Vicente Ponce.

Carlota estaba del otro lado de la mesa, no había justificación alguna pero Vicente se apresuró a estrechar todas esas burdas manos hasta ponerse frente a ella. Si fue miedo, duró sólo un momento, porque Carlota tenía una sonrisa desafiante cuando le extendió su mano para que él la besara.

Apenas el leve roce de sus labios contra la piel de Carlota y volvieron como un ramalazo todos los besos, las caricias, su cuerpo desnudo reclamándolo, la dulce humedad de su sexo. Vicente tuvo que soportar todavía estrechar esa mano fuerte del hombre que estaba a su lado, ¿Bühl? No escuchó su nombre por el zumbido de las imágenes de Carlota extendida en el pasto, cuando cayó del caballo, escondiéndose entre las sábanas para que él la descubriera, su sonrisa de miel. Mudo e inmóvil, absurdo, permaneció allí, frente a ella, hasta que Gonzalo vino a buscarlo para llevarlo a su mesa. El hombre rubio lo miraba con animosidad cuando Vicente inventó una sonrisa y se despidió.

Atado de pies y manos, ninguna posibilidad de hablar con Carlota, de arrancarla de allí sin escándalo. Aunque Gonzalo y sus amigos estaban tan borrachos que ni recordarían al día siguiente, se animó Vicente, pero qué excusa dar ante la gente de la otra mesa. Poco le importó lo que pensarán cuando vio al rubio pasar su brazo sobre los hombros de Carlota y besarla en la mejilla. No iba a tolerar esa provocación. En un instante estaba a su lado.

—Te venís inmediatamente conmigo.

—¿Quién es este tipo, Carlota?

—Un amigo de la madre de esta niña —cortó, autoritario.

Cuando el alemán se levantó, amenazante, Carlota le dijo: dejame hablar con él. Se colgó del brazo de Vicente, con toda naturalidad, y se apartaron de la mesa.

La discusión no duró ni cinco minutos: Carlota no pensaba ir con Vicente a ningún lado, antes sí, pero él no quiso ¿recordaba? Y ahora era ella la que no quería, ella la que tenía inconvenientes, y si insistía en molestarla, iba a pagarlo muy caro. La furia contenida: ¿cómo iba a amenazar ella, una chiquilina, a un hombre como él? Vicente no quería escuchar una palabra más. La tomó del brazo con fuerza y pretendió arrastrarla, pero no llegó a sentir demasiado la resistencia de Carlota porque la certera trompada del alemán lo dejó tirado en el suelo.

El odio que Vicente sentía cuando se levantó lo convenció de que podía enfrentarse con el alemán y con cualquiera que estuviera en ese lugar infecto.

Carlota trató de interponerse, pero él, o quizás el mismo alemán, la apartó. Y pronto fue otro puño, Vicente, como un muñeco tirado de un lado a otro, patadas, gritos de mujeres, otros hombres pegándose entre sí, Gonzalo y sus amigos, la cara ensangrentada del alemán buscándolo y Vicente descargando en ella toda su rabia, un dolor intenso en su pecho que lo quebró en dos, todo negro, azul, rojo, una voz recia imponiéndose: basta, basta, déjenlo.

Cuando abrió los ojos, vio a ese hombre desconocido que le preguntaba amablemente si se podía incorporar. Lo ayudó a ponerse en pie: mejor se va a su casa, don. Vicente alcanzó a ver a ese grupo que se mantenía a una cierta distancia, alguien quiso avanzar y el hombre con el pelo negro rizado y acento italiano se lo impidió. Lo acompañó hasta la calle y caminó a su lado.

—¿No quiere un médico, don? Puedo acompañarlo a la asistencia pública.

El dolor era punzante. No, estaba bien, quería su coche. No estaba en condiciones de conducir, él mismo lo iba a acompañar a ver un doctor. No. A su casa, entonces.

No hablaron en todo el camino. En la puerta de su casa, Vicente le agradeció, si necesitaba algo, cualquier cosa, podía ir a verlo cuando quisiera, aquí estaba su tarjeta. Buenas noches.

El hombre murmuró algo que Vicente no entendió.

—¿Cómo dice?

—Nada, no tiene importancia. Buenas noches.

Mejor que no lo haya escuchado cuando le repitió su propia frase: «tano tenía que ser» con la que Ponce había pretendido insultarlo. Qué sentido hubiera tenido recordarle que fue a él a quien echó de la esquina de su casa, se dijo Miguel Rinaldi mientras abollaba la tarjeta de Vicente y la tiraba a la calle. ¿Acaso iba a cambiar algo? Si había impedido que su amigo Klaus fuera aún más lejos y lo matara fue porque, a esa altura, era una lucha muy desigual. Tampoco había que ensuciarse las manos con sangre por una cuestión ajena a sus luchas, por una mujer.

Se rió de sí mismo, ¿no fue quizás por una mujer, por Inés, que él impidió que mataran a Vicente Ponce?

¿Cuántos días llevaba Inés allí, sentada en el sillón próximo a su cama?

Cinco, seis. Desde que se fue el médico, aquella noche. Vicente había dicho que se defendió de unos ladrones y ella nunca le preguntó nada sobre el incidente. Era tan rara su mujer. Le cambiaba las vendas, le acomodaba los cojines para que estuviera más cómodo, le acercaba la bandeja con la comida, le daba los calmantes, y ni una palabra. Leía, leía, leía.

¿Sabía ella si Fermín había vuelto a su casa? No. Por favor, que lo averiguara, estaba preocupado. Inés abrió la boca para decir algo que no dijo y salió del cuarto.

Entró a los cinco minutos, se acercó.

—Fermín volvió con Lucía —y sin más, se sentó en un sillón y abrió su libro.

Bien. Una piedra menos en el camino. Ahora sólo tenía que encontrar una estrategia adecuada para recuperar a Carlota, nunca más la improvisación. No lo iban a detener esos pobres diablos.

Para distraerse planeó una vez más la reunión que tendría con los dueños de los otros frigoríficos, sabía qué decirles para obtener el acuerdo que les permitiría controlar el mercado internacional. Pero debería manejarse con cautela: Molinari le había dicho que los británicos estaban pidiendo la intervención de las autoridades argentinas para impedir lo que llamaban intentos monopolistas y prácticas reñidas con la honestidad comercial.

Con los primeros rumores de la posible venta del frigorífico La Plata a los norteamericanos de Swift, Vicente lo vio claro: Estados Unidos iba a tratar de recuperar la posición que había perdido en el comercio de las carnes invirtiendo en la industria frigorífica argentina. Ésta fue la única razón, y no ninguna de las que hacía gala en el club, que lo llevó a vender tierras para comprar dos frigoríficos menores y fundar rápidamente *La blanca y celeste*.

Los colores de la bandera argentina, una cursilería de nombre, una boutade. Sabía desde el primer día que iba a vendérsela a los norteamericanos en cuanto hubiera dado los pasos necesarios para multiplicar su inversión y garantizarse, de paso, un excelente precio a su producción en los años venideros. Pero era inútil —e imprudente— explicárselo en aquel momento a Hernán. Por primera vez su cuñado reaccionó ante una decisión de Vicente. ¿Cómo había vendido esas tierras sin consultarlo? ¿Acaso había olvidado que pertenecían a la familia Lasalle? ¿No estaba llevando demasiado lejos la administración? La industria frigorífica, Hernán, es el negocio del futuro. Pero si no lo entendía así, no importaba, Vicente le devolvería en un año o dos el dinero que había utilizado,

con intereses y todo, y ya podría Hernán volver a comprar las tierras de su familia, que tanto lamentaba su pérdida, y mordaz: hasta podrías ensayar hacerlas productivas. Pero que quedara claro que Hernán no era socio de *La blanca y celeste*. Por supuesto.

Le devolvió todo el dinero con los beneficios del primer año, y en apenas tres años —te lo dije, Hernán— *La blanca y celeste* se ha convertido en el segundo exportador de carne congelada. En 1907 hizo enormes ganancias con el chilled. Hernán se rió, se alegraba por él, ya ni se acordaba de aquella conversación que para Vicente fue tan significativa.

Sus socios del norte estaban de acuerdo: no había que levantar la perdiz, lo mejor era que siguiera actuando Vicente, un argentino. En cuanto tuvieran el acuerdo de los pequeños frigoríficos para fijar el precio de la carne congelada, y arreglara un par de cuestiones con los políticos, vendería *La blanca y celeste* al consorcio norteamericano. Primero, hablar con el ministro de Hacienda: la prueba de la falsedad de las quejas de los británicos era él mismo, un criollo de muchas generaciones. Además, entre nosotros, déjelos que se peleen entre ellos, la lucha de los colosos favorecerá nuestras exportaciones.

Planeó minuciosamente cada paso que daría, estaba seguro de ganar en todos. Pensó algo extraño: le gustaría hablar de esto con Carlota, sentir su admiración, sus ojos brillando de orgullo, los brazos en su cuello, el festejo a lo grande de cada éxito de Vicente.

Miró a Inés, a su lado, leyendo. Nunca se le ocurrió, ni siquiera en los primeros tiempos de matrimonio, contarle nada de sus negocios. Tampoco a Inés le interesaba, pero con Carlota, estaba seguro, sería muy diferente.

Quizás porque estaba postrado hacía días, debilitado, Vicente reconoció que necesitaba una mujer con quien compartir todo lo que él era capaz de hacer. Inés podía quedarse en su casa, con sus hijos, sus libros, la admiración por el inútil de su hermano, y esa modistita con la que pasa horas hablando, según le contó Emilia, su buen nombre sin riesgos, pero él —lo decidió en ese mismo momento— buscaría un lugar donde sentirse cómodo, donde gozar. Un lugar para él... y para Carlota.

Cuando Carlota se escapó del piso de Fermín, Klaus le pidió ayuda a Ingrid, una joven alemana, militante de la UGT. Ella compartía una pieza del conventillo «Las catorce provincias» con dos jóvenes gallegas. Se apretarían un

poco y Carlota tendría una cama allí, todos la ayudarían hasta que consiguiera trabajo.

La historia de Carlota había conmovido a las muchachas, pero la segunda vez que volvió sin el trabajo que alguna le había conseguido, comenzaron las tensiones: cuánto tiempo más vas a pasar viviendo de arriba, le dijo la gallega Susana. Ingrid la defendía: debían darle más tiempo, era una niña aún, y había vivido entre algodones con su abuela, luego la madre y su prostíbulo de ricos, el cerdo capitalista que pretendió comprarla con su dinero, ellas debían ayudarla a recuperar una vida digna, Klaus, a quien todas admiraban, se lo había pedido. Pero si no pagamos el alquiler nos van a desalojar, Klaus. Y él entonces puso la parte del alquiler correspondiente a Carlota: tienes que conseguir trabajo, querida.

Lo intentó pero no funcionaba. Carlota ponía la cinta en cada uno de los sombreros como se lo habían indicado, pero le quedaba torcida, siempre torcida, y sólo por eso, te juro, Susana, sólo por una estúpida cinta que además va tan arriba que quién va a darse cuenta de que está torcida, me gritaron, me insultaron y ni siquiera me dejaron terminar la semana de prueba. En la fábrica no le pasaría lo mismo, la animó Ingrid, ahí los compañeros de la UGT iban a impedir que se la despidiera arbitrariamente.

Poner el aceite lubricante en la botella no era lo malo, tampoco ese negro viscoso que se le adhería sin piedad a las uñas, lo peor era empezar todo aquello a las seis de la mañana.

Esos horarios eran incompatibles con las noches que querías vivir sin límites. En los cafés de La Boca, los dos, vos y yo, estábamos creciendo. Tu voz iba perdiendo sus matices infantiles para tomar modulaciones de mujer, la mía se alejaba de los agudos de la flauta, para hacerse más grave, más lenta, con el bandoneón. Poco a poco, y aunque con recaídas, iba quedando atrás la adolescencia para entrar en el fragor de una juventud plena. ¿Cómo dejar mis lugares porque al día siguiente tenías que trabajar?

—Quedémonos otro rato, por favor, Klaus, hasta que terminen de tocar, yo nunca tengo sueño.

La despidieron el tercer día que llegó a mediodía y no fue a pedirles nada a los compañeros de la UGT, ya encontraría otro trabajo, a una hora menos escabrosa.

El quinto piso del edificio que acaba de estrenarse en la avenida de Mayo al 1100 aún estaba libre. Una excelente compra: el proyecto original de la fachada había sido realizado en París y adaptado al terreno, la herrería artística de los balcones no tenía nada que envidiarle a las de la avenue Foch, un ascensor provisto por la mejor casa de Nueva York y esa delicada cúpula en forma de bulbo que se prolonga hacia arriba. Techos estucados, paredes fileteadas, mármoles y una luz extraordinaria en todos sus amplios ambientes. No discutió el precio: era el marco adecuado a la belleza de Carlota.

Vicente compró cuadros, arañas, tapices, muebles, cortinas, un fonógrafo Pathé importado de Francia y todos los nuevos discos que acababan de editarse.

El hombre que seguía a Klaus Bühl le confirmó que el sujeto vivía en el barrio de Barracas, en una casa de alquiler que compartía con otro hombre, de origen alemán, apellidado Bernstein, que tocaba el bandoneón. ¿Estaba seguro de que en la casa de Bühl no vivía una joven? Sólo tres noches pernoctó en el domicilio de Bühl y Bernstein una muchacha rubia, de origen inglés, que trabaja en una florería. Entonces no era Carlota. Vicente contrató a una española para que se encargara de la organización del piso. Que Carlota aún no estuviera allí era sólo una cuestión de tiempo, en cada lámpara, cada objeto exquisito que elegía, Carlota.

Lo habían visto otras veces, no sólo en el Royal, también en La Marina, y una vez en el Salón San Martín de la calle Rodríguez Peña. Sentado solo, bebiendo. Nunca una provocación, un acercamiento. No había por qué preocuparse, era un loco, le había contado Carlota. ¿Un loco? A Miguel Rinaldi le inquietaba esa presencia más que a Klaus Bühl. ¿Qué hacía Vicente Ponce en esos cafés? Como tantos otros cajetillas, por qué te asombra. No, su actitud era distinta, tampoco podía decirse que era un apasionado del tango, apenas aplaudía, nunca bailaba, ¿los vigilaba?

Lo dijo así, en plural, aunque Miguel no tenía duda de que Ponce estaba allí por Carlota, su mirada ansiosa no la abandonaba un instante. Ella no parecía preocupada, todo lo contrario, Miguel le sorprendió una sonrisa la otra noche, cuando descubrió a Ponce al fondo de la sala.

No quiso decírselo a Klaus, ya había intentado alguna vez advertirle: sería prudente que no se tomara tan en serio su romance con esa chiquilina, podría sufrir, y él había reaccionado mal. ¿No era un prejuicio burgués atribuirle

maldad sólo porque Carlota era hija de una madama? Una chica que había tenido el valor, a los quince años, de escapar de una vida corrupta para luchar por su propio destino era una promesa. Y la inteligencia de Carlota, la sensibilidad ante el dolor ajeno, la fortaleza de esa joven que ha pasado sin transición de vivir en el lujo a la estrechez de una pieza de conventillo, y la alegría con que estrena una vida pobre pero digna.

Parece mentira que un luchador, un hombre de su lucidez —le había dicho la gallega a Miguel—, estuviera tan enamorado de una mocosa holgazana que lo único que le interesaba era salir de noche. Pero si Klaus había estado el último mes en Rosario cubriendo la información del congreso socialista, ¿salía sola Carlota? A veces con Ingrid, otras sola, o quién sabe con quién: no era Susana quien iba a controlarla, si a Klaus no le importaba...

Miguel pensó que la gallega lo estaba utilizando para que él se lo contara a Klaus, era evidente que tenía celos de Carlota. Pero la frase quedó repicando, por eso esa noche, cuando decidieron darse una vuelta por La Marina después de la agitada reunión en el Centro Socialista, Miguel pasó una mirada por la concurrencia y le alivió no ver a Carlota. Klaus lamentaba que la hora a la que fueron no le hubiera permitido invitarla, a ella que tanto le gustaba el tango.

—Entre los viajes, la redacción del periódico y las reuniones políticas descuido a Carlota, pobrecita.

—¿Y por qué no la llevás a vivir con vos? —le preguntó Miguel cuando se topó con la mirada de Vicente.

Cómo iba a hacerle eso a esa muchacha, con la historia terrible que tenía, no, Klaus le daría tiempo a crecer, a formarse, a luchar por su vida, a convertirse en una mujer, y cuando estuvieran en igualdad de condiciones, si ella lo elegía libremente, entonces sí podría ser su compañera en la vida. Mientras tanto seguirían viéndose, cuando sus actividades se lo permitieran, tampoco él estaba en condiciones, con la vida que llevaba, de tener una mujer. En este momento lo primordial era la acción política, y Carlota lo entendía, no sabía Miguel cuánto interés lo había escuchado cuando él le explicó cómo habían logrado imponer a Palacios como diputado. Que no lo tomara a mal, le dijo Miguel, pero no me parece prudente que le cuentes a Carlota los pormenores de nuestras acciones, es aún muy joven, muy ingenua, puede comentarlo. Te equivocas, pero tranquilo, no le diré nada que no sea público, y ahora silencio, que el trío de Roberto Firpo hace sonar los primeros acordes de su tango *El compinche*.

Miguel, aunque se guardó de decírselo a su amigo, no tenía ninguna

confianza en esa chica, y la presencia de Ponce aumentaba su intranquilidad. Lo vio ponerse de pie, dejar unas monedas e irse. Miguel se despidió de Klaus, pretextando cansancio, y lo siguió.

Lo ve entrar y salir a los pocos minutos del Royal y del Teodoro. Ahora La Turca. Miguel deja pasar un buen cuarto de hora, y entra sigilosamente, disimulándose entre la gente. Cierra los ojos, cegado por esa oscuridad humosa en la que no puede distinguir una forma de otra. Los abre lentamente, como para darles tiempo a hacer su camino en esa marea humana que arrea el tango.

Avanza hasta un rincón desde donde puede verse una pista improvisada en la que unas pocas parejas lucen sus cortes y quebradas.

Ya conoce al moreno que baila con Carlota, es uno de los guardaespaldas de Benito Villanueva. A pocos metros, clavado a los tablones, la mirada que adivina arrebatada: Ponce. Todo muy rápido: Carlota y el moreno, estáticos, esperando el arranque de otro tango, Vicente acercándose con paso seguro, murmurando algo al oído de Carlota y yéndose, el moreno increpando a Carlota, soltando el abrazo, ¿un insulto?, Carlota sola en la pista, detenida como sin saber qué hacer, y la mano de Vicente extendida, intentando rescatarla, llevársela de allí, pero Carlota no, Carlota no se mueve de la pista, quiere bailar ese tango, con Ponce, si el moreno la ha abandonado.

De pronto una agitación de voces, manos y cuerpos, una pelea estalla delante de Miguel, el tiempo de recuperarse del empujón con que pretenden sumarlo a la gresca, el salto al costado, y los ha perdido, Carlota y Ponce ya no están en la pista.

¿Por qué esa urgencia de actuar?, ¿por qué tiene que impedir a toda costa ese encuentro?, Miguel se abre paso entre la gente, buscándolos, ¿por su amistad con Klaus?, ¿para salvar a Carlota?, la fiebre que produce en la gente el trío del tano Genaro Espósito se ha adueñado también de Miguel, ¿para evitar que Vicente Ponce se salga con la suya como cuando se casó con la mujer que él amaba? Ese bandoneón que rezonga ¿cómo puede tener a Inés toda para él y buscar a otra? Sale a la calle. Gana la esquina, y mira en todas las direcciones pero no los ve. Vuelve a La Turca. Empuja, atropella, los tiene que encontrar.

En el pasillo que conduce a la cocina, Carlota apoyada contra el muro y la sanguijuela enfrente. Siente impropia la agitación en su voz en medio de aquellas voces quedas, aquellas sonrisas tenues.

—¿La acompaño a su casa, Carlota? —una pregunta que suena a orden.

—¡Miguel, qué sorpresa! ¿Se conocen? —y esa risa de cristal—. Claro que se conocen, de esa noche que mejor no acordarse —ninguno de los dos extiende la mano—. Estaba pidiéndole a don Vicente que tranquilice a mi madre —una mirada intrigante—. Dígale que quizás le haga una visita... un día de éstos. Si me quiere tanto como dice no es bueno que sufra. ¿No le parece, Miguel?

Una leve sonrisa distiende por un instante la expresión de hierro de Ponce, Carlota está pasándole un mensaje en clave. ¿Y si se equivoca, y ella sólo ensaya un modo de sacarse el peligro de encima con una falsa promesa?

—¿Vamos? —insiste Miguel.

Como dándole la razón, Carlota se prende de su brazo: buenas noches, don Vicente.

Esa mañana le escribió una carta a Williams para confirmarle su éxito en la reunión con los dueños de los frigoríficos. También su encuentro con el presidente, Figueroa Alcorta, había sido fructífero, el ministro de Hacienda le daría largas al reclamo de los ingleses: no había pruebas de lo que decían, las autoridades argentinas no podían prohibir el ejercicio de actividades comerciales amparadas por la Constitución, pero estarían atentos.

Decidió ir a pie hasta el piso. Sentía su cuerpo ágil y joven. María, siguiendo sus instrucciones, había deshecho los paquetes que llegaron a la mañana, y todo estaba ya guardado en el armario de la señora.

Vicente acarició la seda azul, el raso blanco, la gasa verde, sus dedos recorrieron morosamente los vestidos, deteniéndose en el extremo de la falda, en el escote. Supo entonces que faltaba poco. No volvería a pisar esos cafés pestilentes de La Boca.

La dirección de Carlota se la había dado el informante que siguió los pasos de Klaus Bühl. Lo había visto salir del conventillo y volver a la madrugada, varias veces, con una joven morena. Pensó en hacerle llegar la dirección con un inmenso ramo de rosas, pero lo descartó. Mejor no llamar la atención. Un simple sobre, una tarjeta con la dirección, a cualquier hora, cualquier día. María tenía órdenes de recibir e instalar a la señora.

Esa tarde Carlota tomó el tranvía y caminó hasta la avenida de Mayo al

1100, sólo para mirar el edificio desde fuera. Que hubiera allí un lugar todo para ella, aunque no pensara ir, le gustaba.

Como te había gustado, aunque no te atrevieras a decírtelo, que Vicente, a pesar de la paliza que le habían dado, hubiera vuelto a los cafés de La Boca, sólo para verte. ¿Te quería? Su mirada de deseo te abrazaba mientras escuchabas, admirada, las siempre lúcidas palabras de Klaus.

Tuvo ganas de contárselo a Ingrid, cuando la consoló por lo mal que la había tratado la gallega la tarde de la fiesta en el conventillo. Susana tenía razón en exigirle que consiguiera trabajo pronto, le dijo Ingrid, pero estuvo injusta cuando le reprochó a los gritos que bailara: vos no tenés derecho a estar en la fiesta, estás aquí de prestado. Que no le hiciera caso, era mentira que todos allí odiaban a Carlota y querían que se fuera. Sobre todo las mujeres, le había dicho Susana, porque Carlota está siempre tratando de robarles el marido o el novio, a ver si consigue algún tonto que la mantenga.

—Yo no pienso robarle nada a nadie, Ingrid, pero si a ustedes les da vergüenza compartir la pieza conmigo, yo me puedo ir de aquí cuando quiera.

Y si no dijo más es porque temía que Ingrid le soltara aquello de que no es digno aceptar las migajas de los poderosos. De todas maneras no pensaba aceptarlo, porque aunque no entendiera bien lo de «la organización científica de la producción» y «la elevada moral social», Carlota quería formar parte de ese pueblo trabajador que iba a lograr que muchos más vivieran bien, tal como había simplificado Ingrid para que comprendiera las muchas palabras que había escuchado en la reunión del Centro Socialista.

—¿Vergüenza? ¿Por qué? ¿Porque te gusta bailar? ¿Acaso no vamos juntas a bailar a veces? No le hagas caso a Susana. Lo que sí sería bueno para todos, Carlota, es que encontraras un trabajo con el que te sea posible cumplir.

—Bailar. No faltaría nunca. No te rías, Ingrid, es un trabajo, hay mujeres a las que les pagan sólo por bailar.

—¿Sólo bailar? Ay, Carlota, qué ingenua.

De todo lo que Ingrid le explicó, lo único que la dejó pensando fue lo de la falta de libertad.

Libertad, esa palabra que habías escuchado tanto en estos últimos meses y que para vos cobraba un sentido distinto, porque no era sólo un anhelo, como en tus amigos, sino una realidad. En algún momento te desilusionó que Klaus no te propusiera vivir con él, ¿no te quería?, ¿no te deseaba?, pero a los pocos días de estar en el conventillo, descubriste el placer de salir y entrar sin tener que dar

explicaciones.

Caminar sola por la calle, tomar mate con los carpinteros anarquistas de la pieza del fondo, tan simpáticos, y esas charlas con Rosa, la niña que cantaba tan bien, ojalá fuera mayor para poder salir juntas. Ir a los cafés de La Boca, escuchar los grandes músicos: los hermanos Grecco, Villoldo, Lomuta, el tano Genaro, Castriota, Ponzio, Firpo. Y bailar, bailar, bailar.

Quizás Ingrid tuviera razón: si aceptaba que le pagaran por bailar, debería hacerlo con cualquiera, un torpe tanguendo, o alguno que la cargoseara, y ya no sería ningún placer. La otra noche, en Las Flores, Carlota había abofeteado a un hombre que le tocó el culo mientras bailaban. Bien hecho, la había felicitado Sarita Bicloruro. Ella no se anda con vueltas, cuando alguien la molesta, saca el cuchillo que guarda en la liga.

Carlota no comprendía por qué Klaus tenía tantas reuniones con los anarquistas. ¿No los había escuchado tantas veces despotricar contra ellos? ¿O había entendido mal?

Más allá de las profundas diferencias que los separaban —le explicó Klaus— había que hacer un frente común. No importaba que los anarquistas dijeran que ellos denigraban las luchas sociales por su subordinación al partido, ni que los ácratas hubieran boicoteado todo intento de unificación de las organizaciones sindicales, este Primero de Mayo, la UGT y la FORA convocarían juntos a todos los trabajadores a la plaza Lorea, y harían sentir a los vendepatria el poder de los trabajadores.

¿Iba a ir Carlota? Sí, ¿él la pasaría a buscar? No. No podían ir juntos. ¿Por qué? Tampoco podía contarle todo, si ella estuviera integrada a los trabajadores, agremiada, afiliada al partido, iría con sus compañeros.

Sospechaste que, como las chicas en el conventillo, también Klaus sentía vergüenza de mostrarse con vos. Quisiste saberlo.

Si no la llevaba a la concentración, que fueran juntos más tarde a un café nuevo, El Griego, iba a tocar un quarteto que es... Klaus no la dejó terminar la frase: qué frivolidad, estaban hablando de la movilización de un pueblo y ella pretendía que fuera a un café nuevo. Después de la concentración él estaría escribiendo un artículo sobre lo que pasó a la tarde, o resistiendo a la represión que, muy probablemente, se descargaría sobre ellos y no escuchando tangos.

—Y si puede ser peligroso, ¿cómo me decís que vaya sola?

—Andá con las muchachas.

—Te importa más el partido que yo, entonces.

Klaus te confirmó, en un tono encrespado, que por supuesto era mucho más importante lo que debía hacer por toda una sociedad que por una mocosita caprichosa.

Pero no quería gritarle así, que lo disculpara, estaba nervioso por todas las responsabilidades que pesaban sobre él, y Carlota, con su actitud infantil, lo había descontrolado. Un café, un cuarteto. Lo único que parecía importarte era el tango, sí, Klaus lo veía claro, el tango era como el opio para Carlota.

Te pareció que me insultaba, o te insultaba, llamándome opio, y quisiste saber si de verdad disfrutaba de mí, o era sólo una postura para quedar bien con sus amigos, una forma de hacerse el argentino, él, que pronunciaba tan mal. Estabas furiosa, te burlabas: la grrubia, decís, el cochen, y luego fue esa catarata de insensateces sólo para agredirlo: hablás pésimo, y después te pasás horas criticando a los extranjeros que se adueñan del país, vos también sos extranjero. No conocías esa expresión de Klaus, pero ya no podías parar.

—Vos fingís que te gusta el tango pero en realidad te parece que es el opio de los pueblos.

Carlota mezclaba todo, le dijo Klaus, no valía la pena ni intentar explicarle. Un esfuerzo denodado por tranquilizarse: estaba seguro de que cuando ella ingresara en una vida normal... Y Carlota: decime la verdad, no te gusta el tango. Pero qué tenía que ver el tango con... ¿Vas a ir conmigo a la plaza Lorea?

Klaus la besó en la frente, giró sobre sus talones y la dejó allí, parada en medio de la plaza, tan sin saber qué hacer como en la pista de La Turca. La imagen de la mano de Vicente rescatándola, sus palabras enamoradas, pero ella no quería perder a Klaus, ni esa vida que buscaba dando manotazos errados, por eso lo siguió, corriendo, que por favor la ayudara, que le enseñara él cómo hacerlo, sus manos aferrándose a los brazos de Klaus, su cuerpo frente al suyo, los ojos brillantes. Y él, mirando de un lado a otro, molesto, desprendiéndose de los brazos de Carlota como de un yuyo.

—Carlota, por favor, comportate.

El sol escandaloso iluminándote tan ridícula como te sentías cuando Klaus te tomó del brazo y te exigió que te quedaras quieta y te callaras.

Él la acompañaría hasta la esquina de su casa, y luego se iría a cumplir con sus obligaciones, que eran muchas. Y sólo él calmándose con cada palabra didáctica que Carlota no escuchaba ya, porque sólo su abrazo podría haberla

calmado.

—Ya estoy bien, no es necesario que me acompañes, no voy a volver a seguirte, prometo.

Una sonrisa de premio, un besito en la mejilla, y tomó otra dirección.

No fue esa discusión con Klaus, ni tampoco la que tuvieron unos días después, cuando él la encontró tan tarde en La Marina, conversando con los músicos, ni el miedo atroz que pasó en la plaza Lorea cuando vio cómo la policía mataba salvajemente a esos jóvenes, ni el problema que tuvo con el encargado de la confitería donde trabajaba, ni la cada vez más insoportable convivencia con Susana, lo que dirigió sus pasos aquella mañana de junio a la avenida de Mayo. Fue despertarse y saber que su vida le pedía un cambio. Ahí estaba el ofrecimiento de Vicente, y allí fue, sin ninguna reflexión.

Le dejó una nota escueta y cariñosa a Ingrid para que no se preocupara. La iba a extrañar, pero tampoco Ingrid la iba a retener.

Cuando salía, Rosa saltando a la sogá y su madre en la puerta: cuántas veces le iba a decir que no jugara en la vereda. Carlota la abrazó con ternura.

—Me voy, Rosa, no te pongas triste, te voy a venir a visitar —su madre seguía llamándola—. Y no le hagas caso a nadie más que a vos misma. ¿Prometido?

—No lo vivas como una traición, Klaus, un fracaso, una pérdida —le dijo Ingrid—. Yo conozco bien a Carlota y estoy segura de que esa muchacha lleva consigo lo que hemos sembrado. Nunca olvidará, lo hemos hablado largamente, lo que vio en la Plaza el Día del Trabajador. Carlota aprendió más esa tarde siniestra que en todos los discursos que escuchó entre nosotros. Tiene que hacer su camino, quizás no el que imaginaste, Klaus, pero tampoco la condenes como si se hubiera muerto.

Capítulo once

La primera reacción de Hernán cuando leyó la carta de Guerrero fue reírse. ¿A qué oscuras maquinaciones respondería esa propuesta? ¿Por qué él, que vivía en París, sería la persona indicada para presidir la Sociedad Rural Argentina? Su nombre habría surgido de la galera, en las sinuosidades tejidas por aquellos con quienes compartía sólo un apellido patricio. Ser hijo de uno de los visionarios que fundaron la Sociedad Rural Argentina cuando nadie prestigiaba la actividad del campo sino el comercio, y hermano de quien había sido el miembro más joven de la comisión directiva, era su único mérito.

Sacudió la carta sobre la alfombra, como si pudieran caer las mentiras adheridas al fino papel. Detrás probablemente estuviera la mano de su cuñado. Por alguna razón necesitaría un títere en la presidencia. Ya de algún modo se lo había sugerido en su último viaje a París: si regresaba, Vicente podría conseguir que Hernán ocupara un cargo relevante en la Sociedad Rural, una manera de recuperar rápidamente el poder que había perdido en los años de ausencia. ¿Poder? Pero de qué le estaba hablando, ¿no lo confundía con su hermano César, con su padre?

Hernán apenas había participado durante un tiempo de las reuniones organizativas de la exposición rural en Palermo, donde se realizaban los certámenes ganaderos más importantes del país. Pero no era un secreto para nadie que era su hermano César quien determinaba lo que Hernán debía imponer en aquellas reuniones. Hubiera sido impropio que su hermano y su padre, miembros de la directiva de la Sociedad Rural, formaran parte también de la comisión de organización.

—No tenés más que mantenerte firme en un libretto, y usar tu simpatía para algo más importante que para salir de parranda y seducir mujeres —le había dicho César.

Aceptó su rol en la Sociedad Rural, porque peor era tener que ir al campo, levantarse al alba, tomar decisiones.

Puso *Estampas* de Debussy, se arrebujó en el sofá de la biblioteca, y encendió un cigarro. Esas interminables reuniones, horas de bostezos frenados, miradas mentirosamente atentas y sonrisas oportunas disimulando su total desinterés en los asuntos que discutían, el esfuerzo por no perderse en esa maraña de palabras y recordar la postura que debía imponer. Con César repasaba punto a punto el orden del día de cada reunión. En b concedería, en c, por el contrario, debía lograr a cualquier precio que se votara su moción. Lo insólito, lo había pensado muchas veces, era que llegara a convencer a los demás de algo que le daba lo mismo, con argumentaciones muchas veces improvisadas. ¿Sería su sonrisa, su tono siempre moderado?, ¿su habilidad para crear un ambiente cordial dondequiera que fuera? Más probablemente, pensó, la autoridad de su hermano y de su padre que resonaban en su voz.

¿Cómo había podido soportar todo aquello con cierto humor? Seguramente porque con aquel lamentable papel en la comisión lograba contentar a su padre: Hernán, sin duda, tiene una gran habilidad para las relaciones públicas, reconocía.

Pero tampoco iba a decirse que todo fue soportar, cuando comenzaba la exposición sí que disfrutaba. Era el único momento del año en que se sentía cercano a César, su orgullo por esa crusa nueva que había producido esos magníficos ejemplares era también un orgullo para Hernán. Era su hermano ese joven criador tan admirado, «la laboriosidad continua y sin desmayo», como dijo Blaquier cuando despidió sus restos en el cementerio.

Te conmovías cuando esos animales atravesaban la pista central exhibiendo su majestuosa corpulencia ante cientos de miradas. Como la Tero siguiendo las complicadas filigranas de su chulo en la pista de baile del Tambito, a pocos metros de la exposición rural. Pero qué te pasaba con las cocardas con que premiaban los mejores ejemplares del año, que tu padre y tu hermano sentían condecorando su propio cuerpo y no colgadas al pescuezo de los animales. Te parecía tan ridículo. Aquel día robaste dos cocardas, las arrancaste del Hereford y las prendiste más tarde de la enagua de Joaquina, premiándola por esas piernas brujas que adivinaban las tuyas en el baile.

Al fin César había sido más coherente que él, pensó, sus ojos disfrutando del cuadro de Monet, sabía lo que quería y trabajó duro para lograrlo. Le dolía ahora acordarse de las peleas con su hermano.

—Vos siempre tenés que hacer todo lo que quiere papá, o más, porque querés ser más que él, más que todos.

—Y vos querés ser siempre menos... que vos mismo, que Hernán Lasalle.

Quizás tuviera razón, desde su punto de vista, la responsabilidad que implicaba ser hijo de César Lasalle, el propietario de los mejores campos de la Argentina, a Hernán le pesaba. En cambio, César, desde la certeza de descendiente de los fundadores de la patria, sentía que modernizar sus campos, su ganado, era conducir al país a la prosperidad y revelarlo al mundo. Una confusión entre sus tierras y el país todo que Hernán intentó más de una vez señalarle.

Se habían tajeado innecesariamente en esas discusiones estériles, lamentó Hernán. Para César ellos eran los únicos hacedores de la Argentina moderna, los cientos de miles de inmigrantes eran sólo visitantes, que debían saber conservar su lugar y aprovechar la suerte que tenían de que se les diera alguna posibilidad de vivir en nuestro país.

A veces te daba pena ese encierro en la infinita pampa húmeda, las orejeras, como la de los caballos, que no le permitían ver toda la riqueza humana que estaba tan cerca. Cuántas emociones, cuántas historias vivías con personas a las que tu hermano no les hubiera dirigido la palabra.

—Por suerte a Inés no le pasa lo mismo —le había dicho Hernán aquella noche que se pelearon tanto.

—Entonces vos sabías que se veía con ese tano, el organillero —el asombro indignado vibrándole en la voz—. ¿Y no hiciste nada por evitarlo?

Como si Inés estuviera infectada, la inmediata boda con Vicente Ponce para salvarla.

Pobre Inés, pensó mientras cambiaba el disco por uno de Satie, finalmente fue a Hernán a quien salvó Vicente. El accidente de César, su muerte, la decisión de su padre de retirarse de sus negocios, pusieron a Hernán en el imposible pero irrenunciable lugar de continuar esa tarea. Entonces Vicente, un hombre con más ambición que tierras, astuto, y con la legitimidad que le daba estar casado con una Lasalle, la solución perfecta. Contra lo que Hernán esperaba, su padre no le exigió nada, tampoco le consultó, simplemente se lo comunicó: Ponce administraría sus bienes, él sólo tendría que firmar algunos contratos, escrituras y mostrarse de vez en cuando en alguna reunión, en la Sociedad Rural, pero no te preocupes, Hernán, las decisiones las tomará Vicente.

Tal vez fue el dolor profundo en el que quedó sumido desde la muerte de César, o quizás su instinto de riqueza, lo que lo llevó a elegir como su sucesor natural a Ponce. Esa resignación de su padre tenía sin embargo una esperanza.

—Quizás tus hijos... —le dijo y un inmenso cansancio le impidió terminar la frase.

No se habían hecho ningún reproche, Hernán aceptó con alivio el diploma de inútil que le dio su padre, y se comprometió internamente a tener aquellos hijos que ocuparían el lugar del que a él lo dispensaban.

—Tengo que buscar a la mujer apropiada para engendrar un Lasalle de los de verdad —le decía riéndose a su amigo Fernando—, no pura pinta como yo. Leopoldina, María Marta, Mireya, Lulú, Bernardita, Françoise.

—¿Será adecuada para prolongar la estirpe? —bromeaba Fernando.

El olvido ya te había trabajado cuando la carta de Inés con las noticias de Asunción te sacudió.

Qué le importaba a esa altura de la vida, tantos años después, casado con Leonor, que Asunción hubiera vuelto a Buenos Aires. Nada. Sin embargo, Hernán la buscaba impaciente en las cartas de Inés: Asunción asombrada de lo que ha crecido Buenos Aires, el hijo de Asunción, el otro día Asunción me dijo, el vestido que me cosió Asunción. Fragmentos insuficientes pero con el poder de instalarla nuevamente en su imaginario.

La frase que leyó esa tarde no tenía más trascendencia que otras, ni siquiera se refería a Asunción, sino a su hijo: «en el pasillo de mi casa me sorprendió un tango, era el hijo de Asunción quien lo tocaba». Fue leer esa palabra: tango, tan próxima a su nombre, y saltar, como una jauría, las imágenes de aquella noche en la sala de música. También Asunción lo había recordado, le contó Inés.

Una de estas noches, decidió, iría a le Chat Blanc, esa taberna de la calle Odesa de la que le había hablado su amigo, el novelista Manuel Uzarte. Un pianista de Marsella tocaba tangos.

Fue revivir ese abrazo, recuperar esa emoción, y volver a mí. No imaginabas que encontrarías en París mujeres tan seguidoras. Esa misma noche, Léontine Massart y su compañera del Odéon te despertaron del letargo en el que te tenían enterrado las recepciones de tu suegro, las noches en la Ópera, y las aburridísimas veladas con Leonor.

¿Por qué no compartir con Leonor ese placer? Hernán abrió el mueble donde había guardado los discos de Villoldo y Gobbi y esos tangos tan curiosos, grabados por la banda de la Guardia Republicana de París, que acababan de editarse. Se demoró eligiendo el más adecuado para presentarlo, lo preparó en el fonógrafo y fue a buscar a su mujer.

Subió las escaleras corriendo, llamó y abrió la puerta del cuarto de Leonor.

¿Podía ir un ratito a su escritorio?, tenía una sorpresa para ella. Ahora no, aún no se había preparado para la cena. No importa, bajá así, estás preciosa, y la arrastró del brazo, ignorando sus protestas.

Leonor incómoda, con su pelo suelto y el vestido sin abotonar, cuando Hernán puso la púa sobre el disco. La voz de Flora Rodríguez cantando *La morocha* crispó las facciones de Leonor. Aunque no era el mejor tango para bailar, a Hernán le pareció una buena introducción. ¿Conocía Leonor esa música?, quería que escuchara atentamente y, sin darle tiempo a reaccionar, la tomó en sus brazos, un gritito ahogado, calzó la mano en su espalda y presionó. Qué hacés, Hernán. Un balanceo, esa salida, y de pronto la alegría, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Ahora podría bailar en su casa, con su mujer. Su mujer, su mina, pensó por primera vez, y la estrechó contra su pecho. Leonor azorada, resistiendo a sus indicaciones. Ya aprendería, en poco tiempo se convertiría en una milonguera. ¿Te gusta? Ella, riéndose: ¿de dónde sacaste este disco? Qué cursi, burlándose: soy la morocha argentiinaaaa.

Hernán se detuvo en seco, rompió el abrazo: ¿qué tiene de cursi?

—Qué pregunta. Todo: la letra, la música, la voz de la cantante.

Era la primera vez que Leonor escuchaba un tango, ya cambiaría, intentó disculparla.

—Leonor, hoy, después de la cena, te voy a enseñar a bailar tango.

Estaba un poco raro su marido, ¿había bebido alguna copa de más? No esperó su respuesta y se fue, prendiéndose los botones.

No te reconocías. Una mujer abotonándose el vestido y una cosquilla de deseo te ganaba, pero el gesto de Leonor te había dejado indiferente.

Se estaría poniendo viejo, o quizás pesara demasiado el mandato familiar. La sonrisa de su padre cuando conoció a Leonor le hizo saber que había cumplido con sus expectativas. La niña era un encanto, y tan bonita, lo abrazó su madre, emocionada. A los pocos días Leonor ya había vuelto a París con su familia. Su padre tuvo un infarto, como si la certeza de la descendencia que Leonor y Hernán le darían lo hubiera liberado. Lo mejor sería no aplazar la boda, que no perdieran tiempo, que se casaran en París, le dijo su madre, estaba segura de que le darían unos nietos preciosos.

No volvería a Buenos Aires sin un hijo, le dijo a Leonor el otro día, y se sintió cruel y estúpido. Perdoname, querida, es la impaciencia de mi madre.

—Los hijos vendrán cuando Dios lo disponga —sentenció Leonor.

No parecía preocupada por no quedar encinta en dos años, los modistos, la

Ópera, las exposiciones de arte, las recepciones en la Embajada y en su casa de Champs Elysées, las innumerables fiestas, acaparaban toda su atención.

Esa noche Hernán le contó a su mujer la propuesta que había recibido. ¿Instalarse en Buenos Aires? No, ni hablar, ella tenía todos sus amigos en París, y los argentinos interesantes pasaban todos por la Embajada. Lo que sí habían decidido —¿quiénes? ¿Hernán y Leonor?, no, sus padres y ella— era ir a Buenos Aires para las fiestas del Centenario. Estaría bien que su marido fuera el presidente de la Sociedad Rural, su padre le había dicho que invitarían a miembros de la nobleza europea, sería divertido, después renunciás y nos volvemos.

Hernán se rió, Leonor pensaría que la presidencia de la Sociedad Rural era como un lugar asignado en una comida de la Embajada Argentina en París, pero era algo más complicado. No aceptaría, pero sí estaba de acuerdo en ir para las fiestas del Centenario.

Pero muy distintos serían sus escenarios de los tuyos. Lo de Hansen, lo de María, la Vasca, lo de Laura no porque iba tu cuñado, esos cafés de La Boca donde te habían dicho que tocaban unos cuartetos y unos tríos extraordinarios, Joaquina, la Tero, la Ñata, Sarita Bicloruro. Y Asunción. Volverías a verla.

En cuanto llegó Asunción, Inés se lo dijo: Hernán vendría a Buenos Aires, estaba tan contenta. Su mujer también le había escrito, había tomado las fiestas del Centenario como su propia recepción, invitando no sabía cuántas personas y quería que Inés la ayudara a organizar fiestas campestres, galas, bailes, cenas, excursiones. La sola lista de actividades para las que pedía su colaboración ya la había agobiado.

—A buen puerto va por leña —le dijo Asunción y las dos se rieron.

—Es tan imbécil, tan frívola Leonor.

Cuando se casaron, Inés no fue a París, su padre había muerto hacía poco y ella se quedó acompañando a su madre. Viajaron sus hermanas menores y Vicente. A su marido le caía muy bien, pero las mellizas le contaron algunas anécdotas que convalidaban la idea que ella se había hecho de Leonor. Y ahora esta carta, deberías leerla, Asunción, ¡las preguntas que me hace! ¿Podría contar con un peluquero comme il faut en Buenos Aires?, ¿hay alguien que todavía viva en San Nicolás?

—No entiendo.

—Van a vivir en la casa de mamá durante su estadía, pero como muchas familias se han trasladado al Socorro, a Leonor le parece que puede quedar mal ante sus invitados, viviendo en la calle Perú.

—Pero si es maravillosa la casa, la más linda de Buenos Aires. La tuya también es linda —atenuó Asunción—, pero a mí la otra me gusta más, quizás porque crecí allí.

—Te gusta porque es magnífica, pero Leonor se permite criticar su diseño demodé, su ubicación, dudar de que sus salones estén adecuados para ofrecer recepciones hoy. Hernán le ha prohibido, por suerte, dar consejos a mi madre sobre la decoración y por eso Leonor me pide a mí que, antes de su llegada, introduzca una extensa lista de cambios. Imaginate si voy a decorar a su gusto la casa de mi madre. Los cuadros están bien, dejalos, me ordena. ¿Cómo pudo casarse Hernán con una mujer tan esnob, tan soberbia y tan estúpida?

Te dio pena, pero sólo dijiste que tantos años en París posiblemente habían influido. También en él, temiste. ¿Cómo sería Hernán actualmente? Un leve estremecimiento, un cierto temor, y unas ganas locas de volver a verlo. Era natural, te justificaste, habían compartido la infancia.

—París influye en todos, dicta las modas en Buenos Aires —dijo Inés—. Yo leo en francés antes que en español, admiro su cultura, el arquitecto que diseñó nuestra casa es francés, los vestidos que me cosés son copiados de Francia. Pero no es Francia lo que hace de Leonor una imbécil.

La risa de Inés, el gesto pícaro de otros tiempos: ¡si supiera que en mi propia casa suena esa música de lupanar!, ¡que mi hija y el tuyo tocan tangos!

¡Lo sabía! Un imprudente rubor te tiñó las mejillas, como si de algún modo te sintieras responsable. Inés siempre en su burbuja, con sus lecturas, su Miguel imaginario, pensabas que nunca lo había escuchado.

—Lo estudian a escondidas, me hace gracia, yo finjo no saberlo.

—Se los enseña el profesor. Pero no es música de lupanar, Inés, te equivocás.

—Así la llamó Vicente cuando escuchó el organito de Miguel. Estaba furioso.

Cómo no ibas a estar orgullosa de que a tu hijo le gustara tanto interpretarme. Aunque no había brazos en los que hamacarte conmigo, podías vivirme a través de Juan, de su emoción, de su alegría. Pero la conversación con

Inés volvió a despertarte esos ridículos temores.

Si Vicente había reaccionado con tal violencia por el organito, si se enteraba de que tocaban tangos en su casa... Cómo lo va a saber si no está nunca en casa, le había dicho Inés, que no se preocupara, era sólo una travesura.

Asunción le había pedido a Juan que fueran muy discretos, pero sería más drástica: no debía tocar tangos en lo de Ponce, era peligroso. Lo mejor sería que, con el pretexto de su escuela nocturna y el trabajo, abandonara las clases con Torrents.

No la entiendo, se conmueve por lo que siento cuando toco tangos, y ahora no quiere que tome las clases de piano. Pero mamá, si hace más de dos años que estoy ahí, mirá si va a haber problemas, y ella que no y no, y que sabe lo que dice por algo que le pasó cuando era muy joven. Yo insistí tanto que al fin me lo contó: el tío de Mercedes, que vive en París, les enseñó una noche a mamá y a doña Inés ¡a bailar el tango!, se armó un lío tremebundo en la familia. Ella no sabía entonces que el tango era considerado una música prohibida. Pero qué tontería, mamá, cómo puede prohibirse un conjunto de sonidos, un ritmo. Se rió, claro que es absurdo, el tango es una música que te acaricia el alma. Un día se le escapó que ella lo bailaba con mi padre, con el que se fue, no con Esteban, pero no quiso hablarme más de eso. Qué lástima que ahora mamá no pueda bailarlo, voy a tratar de hacerle gancho con Manolo, que todavía está soltero. Él va a unos cafés donde se baila tango. Lléveme, le pedí. Cuando seas grande, me contestó.

Más grande. Ahora nadie me puede decir que soy un nene porque trabajo, hace cuatro meses, desde que terminé quinto grado. A la mañana vendo diarios, a la noche a la escuela, y a la tarde, no todos los días, pero casi, sigo viniendo al trabajo de mamá porque me divierto un montón con Mercedes. Con Francisco no juego, es un antipático. Nunca me hizo caso, pero a mí no me importa, Mercedes sí y tiene casi un año más que yo. Me cuenta las historias de los libros que lee, y las cosas que piensa, y los desastres que le hace a la madmua, la francesa que le enseña. Qué escándalo hizo esa loca cuando me vio en la clase de piano, pero doña Inés lo arregló todo, y no porque sea amiga de mamá, sino porque yo le caigo bien.

Yo le caigo bien a casi todos, salvo al idiota de Francisco y a la madmua. Me hice amigo de Manolo, el maestro de la escuela a la que iba antes, la de la calle Bolívar, y del zapatero de la otra cuadra, y eso que son hombres ya. Y ahora, que

estoy más en la calle por el trabajo, conozco un montón de gente y enseguida me hago amigos. El pibe que se enojó tanto el jueves porque ésa era su esquina y yo no le iba a sacar el laburo, después de estar toda la mañana juntos, no sólo se le pasó la mufa conmigo sino que me invitó a su casa.

Pirucho vive en un conventillo en la calle Bransen, en La Boca, y toca la flauta. Tenés suerte, le dije, te podés llevar la flauta al trabajo, yo no porque toco el piano. A él también le gusta el tango. Me invitó el sábado a la noche a ir a un café en su barrio donde tocan unos músicos requetebuenos. Espero que mamá me deje ir. Ya sé lo que le voy a decir: si puedo salir a la noche para ir a la escuela, por qué no para divertirme.

Estoy en el parque, leyendo el libro que me prestó Mercedes, hasta que ella termine con la madmua. Dentro de un rato va a llegar Jordi y yo voy a entrar, aunque mamá no quiera, porque hoy vamos a tocar *El choclo* y *El porteñito*. Mercedes y yo estuvimos practicando todo el último mes con las partituras que nos dejó, pero no le dijimos nada a propósito, para darle la sorpresa cuando nos saliera bien. Yo me quedo en la puerta de la sala de música mientras Mercedes estudia, y luego al revés, lo convenido es que si hay moros en la costa, golpeamos con los nudillos, y el que está estudiando cambia de música. Nos salen muy bien, a mí mejor, dice Mercedes, y tiene razón. Es una alegría que camina de mis dedos a todo mi cuerpo, estalla en mi cabeza —en tu corazón, me corrige Mercedes— o en mi estómago, y desde allí vuelve al teclado con toda la fuerza, es algo que no cambiaría por nada en el mundo. Anteayer, cuando incorporé unas octavas en el acompañamiento, sentí que *El porteñito* es así para mí, aunque no esté en la partitura.

—¿Estás preparado? —me pregunta exaltada Mercedes.

—Sí, anoche hice ese acompañamiento ochenta veces.

—¿Anoche? —se extraña—. ¿Te prestaron un piano?

—No, toqué en mi cabeza, como siempre, antes de dormir. ¿No te lo dije? Con los ojos cerrados, hago el piano en cualquier lado. Pongo los dedos donde van y puedo escuchar los sonidos —me señalo la cabeza— acá dentro.

—Ah, sos un tramposo, entonces te va a salir mejor porque estudiaste más.

Estamos riéndonos a más no poder cuando entra Jordi. Me siento en el sillón de orejas que tanto me gusta y Mercedes al piano.

—Toque *Canciones a dos voces* de Bach, ¿las ha estudiado?

—Sí, señor, pero quiero tocar otra pieza antes —en voz muy baja—, la que nos dejó el otro día.

Que le salga bien, que le salga bien. Me gustaría que Mercedes viera la sonrisa de Jordi cuando ella toca. Muy bien. Le está saliendo mejor que nunca, suena distinto *El choclo* cuando lo toca Mercedes, suave, rosa como el color que se ha encendido en sus mejillas, ahora que Jordi le levanta la mano y le corrige la postura de los dedos.

Jordi no puede ocultar lo contento que está con Mercedes cuando ella le pregunta *¿El porteñito* ahora? Apenas asiente, a su lado, de pie, palpitándolo. Mercedes está feliz, lo sé porque su tango suena brillante. Cierro los ojos y me dejo ir.

La tapa del piano se cierra en medio de un compás. Mi corazón late de prisa y me acuerdo de mi madre cuando veo la cara descompuesta de ese señor que nunca vi, seguramente el papá de Mercedes. Abre la boca y la cierra como si no encontrara las palabras adecuadas para dirigirse a Jordi, lo mira con ferocidad. La sala se ha encogido y parece que algo fuera a explotar, Mercedes salta del banco y busca mi mirada, tengo ganas de agarrarla de la mano y salir corriendo pero no me muevo del sillón, intento ser invisible.

—¿Me puede dar una explicación, señor...?

—Torrents, señor Ponce —y le extiende la mano—. Encantado de conocerle.

La mano de Jordi colgando sola del espacio, Mercedes caminando con torpeza hacia el sillón con orejas, la mirada del ogro a punto de prender fuego a todo, la alegría hecha pedazos.

—A tu cuarto, Mercedes. Ya hablaremos.

Me quiero ir con ella, pero temo que, si me muevo, me triture como a las palabras que suenan rotas al salir de su boca.

—¿Cómo es posible que mi hija esté tocando esa... —baja la voz, pero escucho— música de putas? ¿Usted se la enseñó?

Jordi toma la partitura y se la muestra.

—Se han vendido muchísimas partituras en los últimos años, señor, a las jóvenes les gusta.

—No a mi hija.

—Ah no, pregúntele —qué hace Jordi, de qué se ríe, por qué se pone tan cerca—. Le diré algo: a su hija le gusta tanto el tango como a usted sus putas.

—Retírese inmediatamente de mi casa —le dice mientras Jordi camina hacia la puerta—. Ya me encargaré de que reciba lo que merece.

Jordi vuelve sobre sus pasos.

—¿Me está hablando de mis honorarios? ¿O es una amenaza? Porque si es

así, yo también me puedo encargar de que usted reciba lo que merece.

Ahora el ogro no me da más miedo, ni cuando me dice: ¿y vos qué hacés acá? Andate.

Salgo de la casa con Jordi. Se está riendo a carcajadas: Le has visto la cara, Juan, cuando le dije lo de sus putas, qué gusto me dio.

—Pero ahora no nos va a dar más clases.

—Sí, lo siento por Mercedes, pero un día u otro iba a ocurrir. Y tú no te preocupes, de todos modos hace tiempo que quiero proponerte que vengas a mi casa a tomar lecciones. Puedes practicar en mi piano, cuando no estoy.

Capítulo doce

Los toca a toda hora, como si repitiéndolos una y otra vez, pudiera expulsar toda su furia. Pero ahora que Mercedes ha visto entrar a su padre, corre a la sala de música, deja la puerta abierta y duplica el vigor con que machaca las teclas.

Estabas violentando mi ritmo, golpeándome, pero cuánto te quise Mercedes en ese momento, tu padre arrancando tus manos del teclado y vos, el pelo suelto y los ojos incendiados, volviendo una y otra vez a *El porteñito*, acordes como cachetadas.

—Inés —gritó Vicente—. Vení inmediatamente.

No se atrevería a pegarte, ya entonces le dabas miedo.

Con un frenesí que desconoce, Mercedes retoma una y otra vez la misma melodía, provocándolo, azuzándolo. Y ahora *El choclo*, pero no suave, como ella lo interpreta, es un Choclo violento, brutal como el tono con que su padre se dirige a su madre. Mercedes se despega del piano.

—Usted está loco, padre, y es un salvaje. Que sea la última vez que le grita a mi madre, soy yo la que toco, no ella —la mano cae plana sobre la mejilla de Mercedes—. No me dolió.

—No te atrevas a responderme, ni a volver a tocar... esas cosas al piano.

—Tocaré la música que se me dé la gana.

—Vamos, Mercedes —la abraza su madre.

El mismo día que Hernán llegó de París, Inés le pidió que alquilara una casa para Asunción. No podía o no quería hablarlo con su marido. Estaba insoportable últimamente, le contó, peor que nunca, y después del escándalo que hizo cuando sorprendió a Mercedes tocando tangos, estaba segura de que se lo negaría. Vicente responsabilizaba no sólo a Inés, sino a la mala influencia del hijo de Asunción, a quien le prohibió la entrada a su casa.

Era injusto que su hermana tuviera que dar explicaciones a Vicente para

disponer de dinero, cuando la mayoría de los campos que administraba eran propiedad de su familia. Su cuñado se tomaba al pie de la letra la ley que ratificó la absoluta subordinación de las mujeres a sus maridos: únicos y legítimos administradores de los bienes dotables o adquiridos después de formada la sociedad. Debería hablar con Vicente...

El proyecto de la casa de alta costura que Inés, entusiasmada, le transmitió a Hernán le parecía tan absurdo como su idea de asociarse con Rinaldi en la fábrica de organitos años atrás, pero no se lo dijo. Yo me ocuparé, quedate tranquila.

Hernán consultó con Florencio, que se ocupaba de construcciones. Tenía varios departamentos interesantes en Palermo, donde cada día se levanta un edificio que valoriza la propiedad. Hernán no quería comprar, sino alquilar. Florencio podía ofrecerle uno de los suyos, entonces. El de la calle Humboldt, a pocas cuadras de Pacífico y del boulevard Santa Fe, le pareció bien. A estrenar, escalera de mármol, pisos de pinotea, mosaicos, dos cuartos, una sala, tres bonitos balcones, una amplia azotea y amueblado con gusto.

El fonógrafo lo había comprado Hernán, pero les diría a las chicas que formaba parte del mobiliario. Asunción todavía no sabía nada, Inés quería darle la sorpresa, cuando ya estuviera todo listo.

La puerta. Hernán, qué alegría, pero qué viejo que estás, y vos, qué linda, y ese abrazo, por qué no, si sólo está Inés, y la risa como cuando eran niños y jugaban a las escondidas.

Tiene una sorpresa para ellas. Se acerca al fonógrafo y pone *El porteñito*. ¿Lo conocen? Como para no conocerlo, es el tango que Mercedes toca a todas horas.

—¿Bailamos?

Los cuerpos se enlazan: ¡pero si sos una experta, Asunción!

La imagen del Oriental con su cuchillo se te cruzó por un instante, pero la apartaste, no querías que nada te perturbara el placer de bailar con Asunción.

—Ahora conmigo —pide Inés.

—Dejate llevar, Inés, no te muevas tanto, sólo de la cadera a los pies.

—¿Es tu casa, Hernán? —pregunta Asunción, extrañada.

—No, la tuya.

—¿Cómo la mía? —y hay miedo en sus ojos.

Ellos lo están tramando desde que Hernán regresó de París. No me dijiste nada, Inés, porque ya te conozco, Hernán se ha ocupado de todo, no, fue Inés, yo

apenas firmé unos papeles. Asunción quiere que le digan cuánto cuesta y quién va a pagar ese alquiler.

—Vos misma, en cuanto organices tu trabajo —le dice Inés.

—Ustedes no tienen idea de lo que significa trabajar.

Asunción no cree que pueda ganar tanto dinero como para pagar el alquiler, y no quiere saber nada de lo que Inés le propone: ser su socia, conseguirle las clientas, las telas, los modelos, ya te he dicho muchas veces que no quiero que tengas más problemas con tu marido por mí.

—Vicente no tiene por qué enterarse.

Hernán no quiere escucharlas discutir, está seguro de que el negocio de alta costura saldrá de maravillas, y que Asunción y su hijo estarán bien en ese departamento, pequeño pero confortable, que ni siquiera ha mirado, ¿no te gusta, Asunción? Claro que le gusta, pero está preocupada, a quién debe devolverle el dinero, y cuánto, que se lo digan claramente.

Es de un amigo de Hernán, que le cobra muy poco. Asunción podrá devolvérselo, dentro de un año o dos, con toda tranquilidad.

—Me gustaría que dejaras de retarnos, Asunción, y sonrieras un poco.

No lo pensaste, Hernán, no lo sentiste así en todos esos días, te dijiste que lo hacías por tu hermana, pero supiste en ese momento que la sonrisa de Asunción era lo que esperabas.

Hernán no quiere dejar crecer esa tibieza que lo está ganando, ya no tiene veinte años. Le da la llave a Asunción, puede mudarse cuando quiera, él se tiene que ir, su mujer lo está esperando.

Es muy tarde cuando Vicente entra a su casa y lo sacude otra vez esa melodía. Los niños deberían estar dormidos hace horas. A grandes trancos llega a la sala de música. Mercedes, en camisón, desgreñada, el cuerpo balanceándose voluptuosamente, los ojos cerrados, como Carlota, cuando baila con él. Esta vez no le dará oportunidad a esa fiera de niña de faltarle al respeto.

No golpea la puerta del cuarto de su mujer, la abre y ordena: Inés, llevate a tu hija de la sala de música, ahora mismo, antes de que entren los criados. Y a Martín, el mayordomo: que despierten a todos, y saquen el piano inmediatamente de su casa, que lo tiren a la calle.

Como si el nunca más piano en tu casa pudiera doblegarte, Mercedes. Cuánto sufriste, pero se lo ibas a hacer pagar. Durante años.

Todo pasó tan rápido que estoy mareado: las clases en casa de Jordi, Grecco, Firpo, los genios que escuché en los cafés de La Boca, el encuentro con Pacho en La Paloma, el departamento nuevo con un cuarto para mí solo, las calles mágicas de Palermo caminadas a montones.

Estoy en la esquina de la casa de Mercedes, a ver si tengo suerte y la veo entrar o salir. Cómo la extraño. Le pedí a mamá que le llevara una carta, pero ella no quiere pisar esa casa desde que el ogro prohibió mi entrada.

Al final ese cretino terminó haciéndonos un favor, sin quererlo. Mamá nunca hubiera aceptado que doña Inés la ayudara adelantándole el alquiler de un año del departamento, pero ahora, aunque se muere de miedo de no poder conseguir suficiente trabajo, está tan contenta que da gusto. El otro día la escuché tarareando *El porteñito* mientras cosía y le dije que hasta la voz le había cambiado en la casa nueva, ahora sí que sabía cantar. Se rió: ¿por qué? ¿Antes cantaba mal? Antes no cantaba, pensé, pero le dije: antes desafinabas, para hacerla reír.

Ya acomodamos todo en casa, mamá va a empezar a recibir clientas. Yo hice unos carteles vistosos con tinta china y los puse por todos lados, en los negocios del barrio, en la caja de correo de todos los vecinos del ogro, en el centro donde vendo los diarios, y hasta le di a cada uno de los músicos y a la gente que conocí en los cafés: háganle publicidad a mi mamá que cose muy bien. Estoy seguro de que pronto vamos a conseguir muchísimas clientas. Lo que le pagaron a mamá ya se está acabando y lo que yo gano se lo pago a Jordi, él no quería cobrarme pero mamá: que es un trabajador, como nosotros, no está bien. Tiene razón, además, la madre de Jordi rezongaría mucho más todavía si no le pagara. Haz como si no la escucharas, como si fuera el ruido del tranvía, me dijo Jordi la primera vez que ella se fue hablando sola por el pasillo, protestando porque yo me iba a quedar estudiando en su casa. Es un poco pesada, pero buena. Pobre, tuvo que venirse a la Argentina porque desde que murió su marido no tenían ni qué comer en Barcelona. Y antes eran casi ricos, me contó. Yo le llevo algunas revistas que me regalan cuando devuelvo los diarios y ya me está poniendo menos cara de culo. A ella no le gusta que Jordi toque tangos, ni que se acueste tarde, ni que beba, ni que esté con mujeres, ella quería que su hijo entrara en una orquesta de música clásica, y no en esa vida disipada que lleva. Un poco de razón tiene porque ya van dos veces que llevo a la una y Jordi todavía está

durmiendo. No sé cómo puedo criticarlo con lo que me enseña.

Yo, por mí, ahora que no hay nada que disimular, estudiaría siempre tangos, pero Jordi no está de acuerdo: si no hubieras estudiado Bach no podrías haber inventado ese acompañamiento. Se entusiasmó un montón cuando lo escuchó.

Él conoce muchos músicos porque transcribe tangos que no están escritos. La mayoría de los tangos fueron compuestos por orejeros, los autores de *La cara de la luna* y de *El morochito* no saben música.

—Entonces, mejor no estudiar.

—No sabes lo que dices, ellos darían todo por haber tenido la oportunidad de estudiar música a tu edad. Además, tú no podrías dejarlo, la llevas puesta.

Se lo pedí cien veces y al final aceptó llevarme a La Paloma a escuchar un bandoneonista, se llama Juan Maglio pero le dicen Pacho, Jordi escribió la partitura de sus primeros tangos. ¡Cómo toca! Estrenó un tango y se lo hicieron repetir no sé cuántas veces. A la noche, yo no me podía dormir porque seguía sonando y sonando. Entonces saqué el cuaderno pentagramado y lo anoté. No es difícil. Me acostumbé tanto a escuchar el piano en mi cabeza cuando estudiaba en lo de Mercedes que ni necesito el piano para hacerlo. Ayer se lo llevé a Jordi para que me lo corrigiera. Lo impresioné, pero como es un exigente, no me lo dijo: que no me haga el niño-prodigio, no es bueno saltar etapas, y que tengo mucho que aprender todavía. No me hago el nada, lo hice como un ejercicio, como un juego. Cuando estudie más, voy a poder ganar dinero escribiendo los tangos de los orejeros. Y no sólo transcribiré, compondré mis propios tangos.

—¿Qué hacés acá? —me sorprende la voz de pito de Francisco—. ¿No te han dicho que mi padre lo ha prohibido?

—Estoy paseando, no fui a tu casa.

Por suerte doña Inés, que está con él, me da un beso cariñoso, y me dice al oído: esperala en la plaza.

La veo llegar corriendo, el pelo revuelto sobre su cuello, los ojos llenos de lágrimas: Juancito-Juanzote, mi mejilla húmeda con su beso. Nunca me había dado un beso, quizás porque nos veíamos todos los días. Le cuento todo rapidísimo, lo del bandoneonista, las clases, lo feliz que está mi madre y lo lindo que es mi nuevo barrio. Soy un insensible, ella tan triste, y yo haciendo alarde de lo bien que me va. Odia a su padre, me dice como mordiendo las palabras, lo odia. Y no puedo creer lo que me cuenta: le tiró el piano a la calle. Espantoso. Repugnante. Seguro que cuando se le pase la rabia te compra otro, y ella que no, que nunca lo va a hacer. Mercedes no se movió de la ventana hasta que no se

llevaron el piano de la esquina unos hombres a la noche tarde. ¡¿Lo dejaron en la calle para que se lo llevara cualquiera?! ¿Por qué justo el jueves no pasé, así me lo agarraba para mí?, le digo sin pensar, y le pido que me perdone, y ella llorando: ¿por qué?, yo pensé lo mismo pero no tenía como avisarte, ni con mamá me dejó hablar.

Ahora tiene que volver rápido, se lo prometió a doña Inés. Sí, hacele caso o se las va a agarrar con ella. Pero nos vamos a encontrar en la otra plaza, el sábado que sale la madmua. Te quiero mucho, Mercedes. Yo también, mandale un beso al señor Torrents.

Pobrecita Mercedes. Cuando llegue a casa le voy a decir a mamá que no nos quejemos nunca porque tenemos mucha suerte de querernos el uno al otro y que todo nos vaya tan pero tan pero tan requetebien como nos va ahora.

—Qué papelón esa carpa horrorosa que han instalado en Florida —dijo Leonor quitándose el sombrero—. Espero que la saquen antes de que lleguen los invitados.

El circo de Frank Brown los tenía obsesionados, les parecía que afeaba la ciudad y llenaba esa zona distinguida de gente indeseable. En lo de Alzaga, en lo de Ponce, en el Jockey, Hernán los había escuchado hablar del circo. Hasta al presidente, Figueroa Alcorta, le habían llevado sus quejas. Pero no era prudente levantarlo, la chusma podría reaccionar con una de esas manifestaciones de escándalo y ya estaban llegando las delegaciones para las fiestas del Centenario. Vicente esperaba que el futuro presidente, Sáenz Peña, aplicara con rigor la ley de residencia y echara del país a todos esos agitadores extranjeros, ya no se podía vivir en Buenos Aires: huelgas, protestas, pasquines nauseabundos, atentados. No exageres, Vicente. No exageraba, le dijo Mariano, Hernán no estaba en el país hacía años, tendría que haber visto lo que fue el año pasado: todo el día en la calle, fastidiando como moscas de campo con sus gritos y sus carteles pidiendo que liberaran a los revoltosos que, con buen tino, habían encarcelado por el asesinato del jefe de policía, Falcón y su secretario. ¿Sabía Hernán cuántas huelgas habían hecho en 1909? ¡Ciento cincuenta! Por suerte, Ponce había vendido *La blanca y celeste*, y ahora eran los norteamericanos quienes debían lidiar con esa chusma.

—¿La vendiste por las huelgas? —preguntó, asombrado, Hernán.

—No.

Las miradas que cruzaron Dufour y Alzaga le hicieron saber que su pregunta era inoportuna. Había decidido venderla porque ocupaba demasiado su tiempo, y él era fundamentalmente un productor —le pareció evidente que la respuesta estaba dirigida a los otros—. Ya bastante tengo con mis campos, si no se les está encima no rinden, y como todas las decisiones pesan sobre mí —la mirada de plomo cayó sobre Hernán—, es difícil sustraerse.

La incomodidad desapareció cuando alguien volvió la conversación al circo, en eso estaban todos de acuerdo. Hasta su mujer.

—Por qué te molesta tanto, Leonor —quiso saber Hernán.

¿Pero no lo has visto? Sí que lo había visto, ayer a la tarde. ¡En plena calle Florida!, es una vergüenza, seguía Leonor, no se puede ni caminar, hay chicos sucios y gente horrorosa.

Cómo evitar esa irritación que te producía el desprecio con que Leonor hablaba de ese espectáculo que tanto te había conmovido: la alegría de los niños esperando entrar al circo.

—Comen por la calle, tiran basura. Llenos de mocos, metiéndose entre las piernas de la gente.

—¿Estás hablando de animales o de personas?

—¿Sabés por qué hay esa marabunta? ¡Porque no les cobra entrada!

—No les cobran a los chicos pobres, Leonor, ¿te parece mal? —ella no parecía entender la pregunta—. Contestame.

—Me parece un asco que se instalen en Florida y Paraguay, que puede verlos cualquiera, para qué tanto esfuerzo en poner linda la ciudad, mandar a hacer monumentos. Si es para pobres, por qué no instalan ese circo en las afueras, en sus barrios.

Esa sensación que tenías algunas veces con tu hermano César, pero mucho más ácida porque a Leonor la habías elegido. Le exigiste que cambiara de actitud, que reflexionara antes de hablar.

—Pero no ves que ya están llegando los invitados. Invitados por nosotros, te recuerdo. ¿Y ésa es la calle Florida que les vamos a mostrar?

—Florida no es tuya, Leonor, no es el jardín de tu casa, ni la Embajada de tu padre en París.

Como si por primera vez la vieras en su verdadera dimensión, te asqueó ese brillo alterado en su mirada, el timbre atiplado de su voz, pero seguiste empeñado en arrancarla de su terca ceguera. Inútil, podía ir aún mucho más lejos, como ya te haría saber. Cuando sentiste que ese desprecio compacto te

estaba lastimando demasiado, decidiste salir.

—Hablaemos en otro momento, cuando digas menos tonterías —tonterías no, crueldades.

Era temprano aún para ir a lo de la Vasca, o a algún café. Hernán dobló la esquina y lo decidió. Si no estaba, o no era el momento adecuado, le dejaría una esquela.

Qué sorpresa. Por supuesto que podía pasar. Mientras Hernán entraba a la sala, Asunción se miró rápidamente en el espejo, se recogió un mechón caído con la horquilla.

Los dos de pie, uno frente al otro, sin saber qué decirse.

—Sentate, ponete cómodo, dame el sombrero y el abrigo.

Asunción tropezó con la mesita baja, tan torpe en su gesto como Hernán en sus palabras: estaba caminando, sin rumbo fijo, pasó cerca y... se me ocurrió venir a... ver cómo... si estás bien aquí, si necesitás algo.

Que estuviera tan nervioso ya la puso sobre aviso: ¿a qué había ido? Y cuando ponderó la gracia con que había arreglado la casa, Asunción no le creyó.

—Vos también estás muy linda, más que hace unos meses.

Una avispa zumbando su peligro. No sería que Hernán había alquilado esa casa porque...

—Te devolveré el dinero lo antes posible —le dijo Asunción.

—No hay ningún apuro.

—Yo sí tengo apuro —enojada—, no me gusta deberle dinero a nadie.

¿Y si se equivocaba, si suponía algo que estaba lejos de las intenciones de Hernán? Trató de suavizar: y ya tengo unos cuantos encargos para la próxima semana. Unas clientas que me consiguió mi hijo, otra que me mandó Inés.

Hablar de tu hijo y la atención de Hernán, sus preguntas, su sonrisa, te tranquilizaron por un rato largo.

—Qué lástima que no esté, me hubiera gustado conocerlo.

—Juan volverá tarde, me pidió permiso para ir a un lugar donde tocan tangos.

La avispa rozándola. ¿Por qué no ponés el fonógrafo, Asunción?, le preguntó Hernán.

—No, lo escondí, me pareció que mi hijo no tenía que ver ese aparato, ni esos discos que me dejaste.

Era cierto, se lo habías ocultado a Juan, pero ¿quién tenía la culpa sino tus propios pensamientos?

—¿Por qué? —preguntó Hernán.

—Es un artículo de lujo, no está bien que mi hijo lo vea en casa —su voz crispándose—. ¿Los tangos también eran parte del mobiliario?

—No, los discos los traje yo.

Un silencio con espinas. Hernán se puso de pie: me voy.

Lo viste triste y te dio pena. ¿Por qué te mostrabas tan irritada? Lo acompañaste hasta la puerta, sin encontrar cómo salir de esa incomodidad que habías inventado.

—Qué distraída soy, ni te ofrecí nada para tomar. Tengo...

Hernán se rió. No, no quería nada, gracias. Sólo que le dijera antes de irse por qué estaba tan enojada. Asunción fue a la cocina y volvió con una granadina por toda respuesta. Tampoco Hernán dio ninguna explicación cuando se volvió a sentar en el sofá, con esa sonrisa sin años.

Hablaron del trágico accidente de César, de Esteban y lo mucho que la ayudó, no, ella no se había querido casar, una decisión que seguramente hubiera tomado, pero el destino no lo quiso, de Montevideo y París, del padre de Leonor, el embajador, del reencuentro con Inés, se rieron imaginando la cara de Ponce cuando el profesor de piano le dijo eso, y más cuando Hernán le contó el brindis que hizo en la mesa por Mercedes, la primera concertista de tango, para fastidiar a Vicente.

Y entonces extendió la mano hacia tu pelo, una leve caricia y esa mirada conmovida y conmoviéndote. Te levantaste y en un instante sacaste de su escondite el fonógrafo, y los discos. Hernán improvisó una pista, corriendo sillas y mesa, el maniquí y el espejo. Su mano en tu espalda y esa felicidad de pies piernas caderas cintura que te subía en olas, como el mar. El cuerpo de Hernán y el tuyo como si hubieran pasado todos estos años bailando juntos. La púa del fonógrafo, monótona, arañando el disco acabado, una tibieza de mandarinas, ese abrazo que ninguno de los dos rompía.

—Te soñé tantas veces... que me cuesta creer que estés aquí.

Su mano abierta sobre tu espalda deslizándose suavemente, subiendo de la cintura a tu cuello, sus dedos en tu nuca, enredándose a tu pelo, tu cabeza girando levemente y sus labios apenas apoyándose en los tuyos, como si temiera romperte o demorara por puro placer ese estallido que los estrujó uno contra el otro, las manos ávidas recorriéndose, la urgencia de los besos. Y entonces esa

estúpida idea, el aguijón de la avispa clavándose, inyectándote un veneno indigno, malográndolo todo.

Asunción saltó, se deshizo de las manos de Hernán como si la quemaran: dejame, dejame. ¡Por eso me ayudaste!

Supiste que lo herías, pero te obstinabas en sentirte lastimada. Movié la cabeza negándolo, no podía ni hablar. Se acomodó la ropa. Querías que se fuera, le dijiste. Como si no le hubieras mostrado lo contrario hacía escasos minutos. Me enfureciste, Asunción. Hubiera saltado de aquellos discos y me hubiera roto a pedazos sólo para mostrarte tu error.

Como si quisiera salir de una pesadilla, Hernán caminó rápido hacia la puerta y la cerró con fuerza. Pensaste que era la última vez que lo verías, y así debió ser, no merecías otra oportunidad.

Capítulo trece

Casi me caigo de la emoción cuando supe que ese hombre canoso, un bigotazo, que tocaba la armónica y la guitarra al mismo tiempo, era Villoldo, el autor de *El choclo*. Estaba en uno de los cafés que me llevó Pirucho, él mismo, en persona. Lleva una especie de soporte forrado de terciopelo negro, del que cuelgan medallas y cintas azules y blancas, que engancha por un lado a su cinturón, por el otro, a la armónica. Él es como cualquiera, pero se pone a tocar y nos sube a todos a esa suerte de cielo donde por un rato uno siente que es totalmente feliz, que no le falta nada. Y no me pasa sólo a mí, me di cuenta esta noche, lo vi en la cara de la gente, en esos cuerpos que se abrazan y dibujan en su movimiento formas mágicas. Son rostros felices, son cuerpos felices, como si la música de Villoldo los recibiera en su interior. Y entonces ese calorcito, unas ganas fuertes, muy fuertes, de inventar yo algún día una música que maree de placer a quien la escuche. Y ahora, a la mañana, no me levanto de la cama porque siento lo mismo, y lo dejo crecer y crecer de puro gusto no más. No sé exactamente cuáles son, pero allí están los sonidos esperándome. Me levanto, me miro al espejo en el baño y me río de mí mismo. Y me visto y voy rápido a la cocina a prepararme el desayuno y casi me choco con ese aparato: ¡un fonógrafo!, igualito al que vi en el escaparate. Entonces aparece mamá: no lo toques, lo voy a guardar, y se pone delante del fonógrafo, como protegiéndolo, los ojos raros y una tensión en su cara que no se le va ni cuando inventa una sonrisa para darme el beso de buen día. No me contesta más que no podemos escucharlo porque no es nuestro. Pero yo ya estoy mirando los discos: Orchestre no sé qué dice en las etiquetas. ¡*El porteñito, Felisa, Joaquina!* No pasa nada si lo escuchamos, no se va a gastar, no lo voy a romper, te prometo. Y ella mirándome pero sin mirar, mientras yo insisto, y me pongo requetepesado, como siempre que quiero algo, y al fin me deja poner uno, pero antes de que termine, levanta la púa y yo me trago el rezongo porque mamá está llorando, sin ruido, pero llorando. No sé de quién son los discos ni el fonógrafo, ni qué le pasa, pero

mejor no preguntarle ahora, no quiero amargarla más, llora ya sin disimulo mientras guarda todo arriba en el ropero. Le voy a preparar unas tostadas con dulce de leche, como a ella le gustan.

—Leé lo que dice *La Prensa* de ese circo que a vos te parece tan simpático, Hernán. Le van a exigir explicaciones a la comisión que lo puso en la calle Florida. Ojalá lo cierren antes de que lleguen nuestros invitados.

—Podés callarte un poco, Leonor, no me siento bien esta mañana.

Le había dicho ya cosas mucho más importantes: sus teje y manejes con la National Packing antes de que compraran su frigorífico *La blanca y celeste*, lo de los arrendatarios de Entre Ríos, el pacto de los vacunos con el PAN para liberar de gravámenes aduaneros los artículos agropecuarios, sin embargo lo único que hizo reaccionar a Carlota fue lo del circo de Frank Brown. Tal vez porque Rosa y ella se habían divertido de lo lindo con Frank y con los otros payasos, o porque cuando vio a los equilibristas, se le ocurrió que ella podría aprender a bailar sobre una cuerda y viajar con el circo.

—¿Cómo que van a hacer cerrar ese circo? ¿Por qué?

Cuando Vicente hablaba, Carlota no le prestaba atención como a Klaus, no entendía ni le interesaba la complicada trama de sus negocios, tampoco importaba, hacía tiempo que había comprendido que ella era sólo un actor pasivo de ese espectáculo en el que Vicente se solazaba en su astucia e inteligencia. Una manía más de las tantas que tenía, algo que Vicente necesitaba de ella y, aunque no comprendiera la razón, lo concedió. No era tan difícil, él jamás requería su opinión. Hablaba para sí mismo, como si Carlota supiera quiénes eran esas personas cuyos nombres no alcanzaba siquiera a retener.

En los primeros tiempos, porque después de lo que pasó en el Centenario, anotabas esos nombres en un cuaderno que guardabas debajo del colchón, y, en su ausencia, tratabas de armar todos los datos que recordabas, como un rompecabezas, para hacer lo que diste en llamar «mis informes». Esa suerte de espía en la que te convertiste en aquel tiempo te dio la justificación para algo que nunca llegaste a explicarte demasiado: por qué estabas con Vicente.

Esa noche, por primera vez, Carlota cerró la puerta de su cuarto, puso el sillón para que Vicente no la abriera (aunque él no pasó de hablarle y golpear

con los nudillos) y se fue a dormir. Sola. Que la dejara en paz, estaba muy mal, si Vicente y sus amigos cerraban el circo, ella no volvería a verlo.

Al día siguiente, aunque estaba muy ocupado con los extranjeros que visitaban el país, Vicente hizo un hueco para pasar a verla: nadie iba a sacar el circo, y el jueves irían a cenar a lo de Hansen. Carlota lo abrazó. Se pondría el vestido nuevo de muaré azul y se recogería el pelo como le gustaba a él. Vicente podía ser muy pesado con esa solemnidad que le engolaba la voz, y hasta aburrido cuando se perdía en esos discursos interminables, pero cuando la acariciaba, cuando se desprendía de su acartonamiento y lograba entrar en su juego, bailar, reír, amarse, o cuando hacía un evidente esfuerzo por darle el gusto, como aquella tarde, ella se dejaba ir al cariño.

Carlota le había dejado muy en claro, desde el primer día, que ni se le ocurriera que se iba a quedar encerrada. Tampoco él lo pretendía —le mintió—, ¿acaso no había elegido el piso en la avenida de Mayo, con sus teatros, sus elegantes cafés, sus lujosos hoteles, sus maravillosas construcciones para que Carlota pudiera pasear durante el día? Habían tenido que conceder mucho los dos para poder compartir buenos momentos. Vicente aceptó no preguntarle nada de lo que ella hizo desde que se fue de lo de Laura: para qué querés saber si después te enfurecés, y a mí me dan ganas de salir corriendo, y Carlota prometió no ir a los cafés de La Boca ni protestar cuando Vicente prefería quedarse en el piso en lugar de salir.

Cumpliste relativamente, Carlota, porque si bien era cierto que no volviste por un tiempo a los cafés de La Boca, pronto descubriste el salón Rodríguez Peña, el Bailongo de la calle Chile, La Cavour, el Peracca. Vicente no lo supo hasta meses después, esa noche en que llegó sorpresivamente y tuvo que esperarte hasta la madrugada. La piel como entalcada, los ojos hundidos, las manos como arañas: de dónde venías, quería saber toda la verdad. Del San Martín, respondiste con naturalidad, no está en La Boca.

No era la primera vez que iban juntos a lo de Hansen, pero sí la primera que Vicente invitaba a otra persona: un norteamericano. En el auto la instruyó, nervioso: diría que se llamaba Luisa y que vivía con sus padres. ¿No le había dicho que su amigo no hablaba en castellano? Que dijera lo que se le diera la gana, protestó, total ella no entendería nada, se iba a aburrir como un hongo, por suerte en lo de Hansen, aunque no se bailaba, podían escucharse buenas

orquestas.

La presencia de Isadora Duncan no estaba prevista, John Lindsay coincidió con ella en el hotel Plaza, donde ambos se alojaban, y la invitó. Tampoco la de esos dos hombres que se acercaron a saludarla (el más buen mozo la había conocido en París, y parecían muy contentos de reencontrarse). Debió ser Isadora quien les propuso que se sentaran a la misma mesa. Carlota vio ese gesto en Vicente que auguraba tormenta, cuando el hombre, los ojos seductores y curiosos fijos en Carlota: ¿no me presentás a tu bella acompañante?, vio esa boca dura, casi sin labios, balbuceando un nombre que nadie entendió.

—Carlota Sosa —dijo ella misma, extendiendo su mano y sacudiéndose la mirada fulminante de Vicente en una sonrisa.

Nadie le tradujo las frases de Isadora, pero esa molestia gelatinosa en Vicente, ese frenético asombro en Lindsay, esas risas divertidas y excitadas en los dos hombres, le hicieron saber que esa mujer fascinante estaba escandalizándolos. Carlota la admiró aun antes de enterarse de que bailarían en el teatro, el hombre de la sonrisa maravillosa fue el único que le tradujo cuando Isadora se dirigió a ella: la está invitando a su espectáculo, no se lo pierda. Es una bailarina fantástica.

Con los cafés y el champagne, sonó el piano de Roberto Firpo y ese *Argañaraz*, que Carlota había bailado en La Marina.

—Hernán, enseñale a Isadora a bailar el tango —propuso el hombre de las gafas.

—Aquí no se baila —cortante, Vicente.

Te removías en la silla, hubieras dado cualquier cosa por bailar con Hernán, esa apostura, esa elegancia en sus movimientos, el aire inmóvil cuando se detenía para arrancar otra vez con unos arabescos que te maravillaron.

—Vamos, es tarde —le dijo Vicente, enfadado no sabía por qué—. ¿Lo acerco al Plaza, Lindsay?

Salieron cuando Isadora, un gesto de saludo con la mano desde la improvisada pista en la terraza, se arqueó sobre ella misma con los primeros acordes de *Sonido sin palabras* de Mendelssohn, y saltó en el aire, como un pájaro.

Vicente estaba de un humor de perros cuando la acompañó al piso de la avenida de Mayo. ¿Le pasaba algo? No, nada, temía que su cuñado —¡era su cuñado ese buen mozo!— invitara a Isadora a la estancia. Hablaba otra vez a solas: tal y tal hablaban perfectamente inglés, iban a entender las temeridades

escandalosas que esa mujer era capaz de decir.

¿La llevaría al teatro a ver a Isadora? De ningún modo, él tampoco iría. Pero Carlota sí, la había invitado la bailarina, podría llevar a su amiguita Rosa, que no se le ocurriera prohibírselo porque...

Fue el mismo Vicente quien te llevó las invitaciones, entraba ya, aunque no lo reconociera, en la extorsión de tus amenazas. Se iba a ausentar unos días y quería que lo esperaras contenta. Se amaron lentamente, hasta la mañana, como si supieran que era una despedida, porque fue a su regreso, el mismo día, que te contó lo que tramaban. Lo habían planeado en la estancia, en medio de domas y cacería.

—¿Sabés quien va a venir a la estancia? La hermana de Alfonso XII, tía del actual rey de España.

Qué le importaba a Klaus la llegada de la infanta Isabel de Borbón, quiso saber Ingrid, por qué creía imprescindible que todos fueran al puerto el jueves.

Los periodistas europeos y latinoamericanos estarán allí. Es la invitada más importante. Y no podemos perder esta posibilidad de dar a conocer la situación de la clase trabajadora.

Y qué se imaginaba, ¿que se iban a manifestar en el puerto para pedirle a la infanta que intercediera por mejores salarios?, dijo la gallega, Klaus no conocía a los españoles, la mayoría de sus compatriotas esperaba la llegada de Isabel de Borbón como una fiesta, los había visto en el Centro Gallego ensayando bailes para el desfile que preparaban para la infanta. En su opinión, sería contraproducente organizar cualquier manifestación ese día —y como disculpándose—: hay ochocientos mil españoles en el país.

Tampoco a Miguel le parecía adecuado, a los obreros de origen español se les había dado asueto ese día para que pudieran ir a recibirla. Y se estaba hablando en la Unión Industrial —lo sabía por su padre— de la posibilidad de dar feriado a todos, para convocar una gran multitud.

—Los querrán exhibir como al ganado en la Rural —ácida, Ingrid.

A ella todo este clima de fiesta del Centenario, con los compañeros aún presos, le asqueaba, que los ricos quisieran mostrar a los invitados al Centenario un país sin conflictos, próspero, se entendía, pero el entusiasmo de los trabajadores, con sus salarios miserables, en dejarlo todo bonito, para Ingrid era incomprensible.

Miguel podía comprender ese orgullo de la gente por su tierra, él mismo había preparado un modelo nuevo de organitos para engalanar las calles y hacer sonar la música en todos los barrios como contrapartida del órgano suntuoso que había importado de Francia su padre. Hacía tiempo ya que se había abierto un abismo entre ellos, desde que la Unión Industrial y el Partido Socialista, en el que uno y otro se afanaban, los habían enfrentado. ¿Cómo pudiste suscribir, padre, ese documento que pide que no se reconozcan las organizaciones sindicales? No iba a permitir que su hijo, que era tan dueño como él de la fábrica de organitos, desconociera los acuerdos de la Unión Industrial y redujera las horas de trabajo de sus empleados. Pero lo permitió y, pese a las continuas peleas, los dos seguían a cargo de la fábrica de organitos. La tensión entre ellos era ya insoportable, aunque no fue esa la única razón que decidió a Miguel a acercarse a José Tagini y proponerle su colaboración en la incipiente industria discográfica argentina. La apuesta de llevar el tango al disco era excitante. Él tenía buenos lazos con los músicos locales y Tagini estaba de acuerdo en hacerlos grabar en el estudio que iba a montar para la Columbia. No veía la hora de que terminaran las fiestas del Centenario para comunicarle a su padre su decisión irrevocable de dejar la fábrica.

Si los compañeros no lo veían oportuno, el Partido Socialista no convocaría, pero había que estar muy atento, dijo Klaus. No sería mala idea que se vendiera en el puerto la publicación extraordinaria de *La Vanguardia*.

Mañana muy temprano voy a ir con Pirucho a *La Vanguardia* a buscar una edición especial que venderemos en el puerto. Va a ser muy divertido, también van a ir Aníbal, el papá de Pirucho, y sus amigos. No son canillitas, son socialistas, y quieren que toda la gente que vaya al puerto compre su periódico. Pirucho me pidió que los ayudara, porque yo soy muy simpático con la gente y vendo un montón de diarios. Ya me estoy inventando lo que voy a decir para que los compren.

Son días muy excitantes, ayer Jordi me sorprendió preguntándome si no me animaba a escribir un tango compuesto por un orejero, él ya tenía demasiado trabajo. Por supuesto que puedo hacerlo. ¡Me va a pagar seis pesos! Si esto camina, me encargarán transcribir otros. Y un día voy a poder comprarme un piano.

Se habían visto varias veces en esos meses, pero Rosa nunca había ido a la casa de Carlota. Le dijo a su madre que se encontrarían en una confitería porque no quería que nada le impidiera llegar esa noche al teatro, ya bastante le costó que la dejaran ir. Por qué la invitaba a ella, una niña, al teatro, porque es mi amiga, y le dieron invitaciones para dos personas. Rosa se las mostró para que no dudara. Había soñado toda la noche con el teatro, y ahora estaba en ese departamento enorme, con sus cortinas blancas vaporosas y su sofá de terciopelo, un espejo grande sobre el tocador, y todos esos frasquitos para ponerse linda.

Carlota le había pintando los labios con un rouge rosa transparente, casi no se nota, le dijo, pero Rosa se miró al espejo, con su vestido de flores y los labios brillantes, y se vio más linda que nunca. Nadie diría que ella tenía once años. Por lo menos catorce, le aseguró Carlota, y entonces se pasó el algodoncito con un poco de polvo de color por las mejillas, como había visto hacer a su amiga.

Se sentó en la cama y miró alrededor.

—¿Cuánto pagás por este departamento? Muchísima plata.

—Me lo presta un amigo, ya te lo dije.

Pero cuánto, Rosa quería saber, era una preguntona, sí. Carlota molesta: no sé, no me lo dijo. Rosa decidió no insistir y no contarle nunca a sus padres dónde vivía Carlota. Se acordó cuando su mamá había organizado la huelga en los conventillos, fue tan divertido, ¿te lo conté, Carlota? Salían a la calle con el cucharón y la cacerola, y habían logrado que muchísimos vecinos no pagaran durante meses, claro que después vinieron a sacarlos a todos en los carros de la policía, por eso Rosa veía a un policía y corría a esconderse, y al fin se tuvieron que mudar al conventillo de «Las catorce provincias», por suerte, porque, si no, no hubiera conocido a Carlota. Con ella se divertía tanto, y debían parecerse porque tampoco a Rosa la quería esa amargada de la gallega Susana, cuando ella cantaba, le chistaba.

En lo de Carlota cantó una copla, y su amiga y María la aplaudieron. Y más tarde, en el teatro, cuando aplaudieron a Isadora Duncan, Rosa supo que ella quería con toda su fuerza cantar en un teatro y que la aplaudieran como a Isadora.

Cuando te lo dijo, Carlota, estabas aún temblando por todo lo que esa danza te había producido, y no dudaste en asegurarle que a ella la iban a aplaudir tanto o más que a Isadora cuando cantara en el teatro. Pero fue para ponerla contenta,

no podías imaginar entonces ese teatro a pleno, tus manos ardiendo de tanto aplaudir y, en el escenario, Rosa agradeciendo la calurosa acogida del público cuando me cantó por primera vez.

Cuando la nave *Alfonso XII* entró en el puerto, una voz gritó viva España, y una multitud contestó: viva. Viva la Argentina, viva. Klaus concordó con Ingrid que había reacciones de ese pueblo que nunca iban a comprender, y que había sido atinada la decisión de estar allí. El político francés Georges Clemenceau sintió que los argentinos eran desmesurados. A Esteban le hubiera gustado estar hoy en el puerto, le dijo más tarde Juan a Asunción, y a ella le gustó que el recuerdo del asturiano estuviera aún vivo en su hijo. Leonor Bustamante de Lasalle dijo una vez más que le parecía inútil y tedioso estar allí cuando la infanta iba a visitarlos en dos días a la estancia. Su padre, el embajador, le explicó, sin mirarla, que era lo que correspondía al protocolo, mientras Hernán sonreía al descubrir que por fin en algo estaba de acuerdo con su mujer. Jordi Torrents no sentía la emoción de su madre, pero igual la abrazó. Pirucho y su padre vendieron muchos diarios, aunque menos que Juan. Inés Lasalle de Ponce leía la «Oda de los campos y las mieses», del poeta nicaragüense Rubén Darío hasta que la infanta llegara, como le dijo sin subir los ojos a su marido. La madre de Rosa se dejó seducir por ese pibe tan simpático, y compró *La Vanguardia*, aunque su esposo no estaba de acuerdo, ellos eran anarquistas y lectores de *La Protesta*. Y españoles, dijo el hermanito de Rosa, gallegos, corrigió Rosa, y de puro tímida no le devolvió la sonrisa a Juan. Miguel Rinaldi tenía varios periódicos socialistas en la mano cuando se cruzó con su padre. El presidente Figueroa Alcorta, al pie de la planchada, se dijo que era una suerte que las elecciones fueran en octubre, y deseó que no lo obligaran los revoltosos a declarar el estado de sitio hasta que terminaran las fiestas del Centenario, mientras el actual embajador en Italia, Roque Sáenz Peña, miró con cordial miedo a la multitud a la que gobernaría en unos meses.

Carlota se preparó un mate cocido, puso el fonógrafo y se dispuso a disfrutar de ese día en el que podía estar sola en el departamento, María era una buenaza, pero su constante presencia la agobiaba, ojalá todos los días llegara la parienta del rey de España, o lo que fuera.

Cien gauchos montados en sus mejores caballos, aperos de lujo y prendas de plata esperaron a la infanta y su comitiva en la estancia Santa Inés.

Leonor y Vicente —son tal para cual, le había dicho Hernán a su hermana esa mañana, y se habían reído mucho— controlaron que todo estuviera según lo habían planeado. Inés, secundada por Clorindo, el encargado —más bien al revés, dijo Inés—, había supervisado el menú y Hernán había hablado con don Lino, el responsable de los músicos que tocarían al finalizar el almuerzo del segundo día, y con el empresario Taredi, a quien contrataron el ballet y la orquesta que animaría el baile.

Estoy deseando que termine —le confesó Inés a Hernán, el primer día—, no estoy acostumbrada a ver gente todo el tiempo. Me agota. Tres días es demasiado.

Se había decidido invitar a muy pocas personas de Buenos Aires, apenas los indispensables: el presidente de la nación y dos de sus ministros, el presidente y el vicepresidente de la Sociedad Rural, los Ledesma, los Alzaga, los Cambaceres, Lynch y su prometida, un escritor, dos pintores y toda la familia. La fiesta campestre era un homenaje a la infanta y los célebres invitados de Francia, España y Estados Unidos. Leonor había pasado horas distribuyendo los lugares en la mesa de cada comida, no invites a nadie más aunque sea extranjero porque será un problema, advirtió Vicente a su cuñado, una clara sugerencia a la bailarina que tanto lo había espantado con su desvergüenza.

Hernán había ido a felicitarla a su camarín, cuando terminó su extraordinario espectáculo, y la había invitado a la estancia. Isadora se lo agradeció, pero sería imposible, tenía otras dos funciones. De todos modos, le dejó el teléfono de la estancia.

Cuando Isadora lo llamó el sábado al mediodía, no se sorprendió: podía ir, ya no tenía nada que hacer en Buenos Aires. Hernán ya se había enterado por la novia de Lynch del escándalo que daba tanto que hablar. Mandó un chofer a buscar a la señorita Duncan y decidió no decir nada a nadie más que a Inés.

—Hay un cubierto de más —amonestó Leonor a Inés.

—No, espero a una amiga que llegará de un momento a otro.

—¿Una amiga? —buscó con la mirada a Vicente—. Están distribuidos los lugares hace tiempo, no podemos improvisar, Inés.

—Se sentará a mi lado —dijo Inés y sacó el cartel.

—Pero no, qué hacés, no podés desordenar todo, cómo la vas a sentar a tu lado si es una señora, ¿quién es? —histérica—, ya vienen, hacé algo, Hernán.

No te preocupes, yo lo arreglo. Buscó su ubicación en la mesa y, con Inés, corrieron un lugar todos los nombres de la izquierda.

Isadora llegó a los postres, Hernán disfrutó la expresión de Vicente cuando la presentó a los invitados. Cuchicheos como sanguijuelas perforando. Cuando ella terminó de contarle en voz baja que le habían anulado su contrato, Hernán supo por las miradas alborotadas, excitadas, escandalizadas, admiradas, indignadas, curiosas, de los comensales que bastaron esos pocos minutos para que todos supieran, superando cualquier barrera idiomática, que esa mujer, sentada a la misma mesa que ellos, había bailado el himno descalza, en un café de estudiantes, con la bandera argentina por todo vestido.

—No comprendo por qué tanta ofensa —le dijo Isadora—. Ningún francés protestó cuando bailé *La Marsellesa* con un chal rojo, azul y blanco. Si se puede bailar una emoción, si se puede bailar una idea, ¿por qué no se puede bailar un himno?

—La libertad ofende —le contestaste, y apenas unos minutos después tu mujer habría de demostrarlo.

Los músicos ya estaban preparados, costó acallar ese murmullo venenoso, un zumbido de moscas enloquecidas. Hernán golpeó las manos y pidió atención al conjunto criollo, que habría de deleitarlos con su música.

—A callar —ordenó Isabel de Borbón.

Un gato, un pericón, una vidalita, una cueca, vestidos floreados, botas lustrosas y pañuelos seduciendo, giros y medias vueltas, virtuosos zapateos y salerosos zarandeos, la infanta encantada, batiendo palmas, mucho más simpática de lo que imaginaron Hernán y su hermana, era evidente —lo habían visto desde que llegó a la estancia— que le gustaban mucho más los gauchos y las chinas que sus compañeros de mesa. ¿Y esta música no se baila?, preguntó en medio de *Los tres tauras*. El no de Vicente se mezcló al sí de Hernán que ya se había puesto de pie y pedía otro tango: *Retintín*, de Arolas.

La invitaste a bailarme pero Isadora no quiso, las miradas como dagas la clavaron en su silla, diste unos pasos abrazado al aire, pero sin mujer no tenía gracia y volviste a la mesa.

—¿Cómo se te ocurre? Ofendiste a nuestros invitados, y a mí —le dijo en un aparte Leonor—. Yo ya sé lo que es ese baile que pretendiste enseñarme en París, baile de... No voy a decir la palabra.

Pero apenas dos años después, cuando el artículo de *Le Figaro*, las recepciones de sus amigos, el presidente de Francia bailándome con su mujer y

los empresarios de los Thé Tango me dieron mi lugar en París, tuvo la desfachatez de «confesar», ese susurro afectado..., que hacía años que me bailaba «en secreto» con su marido. Te pareció que ese profesor francés le había enseñado y hasta te animaste en alguna fiesta con ella, cuando te empeñabas en quererla, aunque sabías muy bien que no basta aprender una coreografía para bailarme. Leonor nunca pudo, tampoco yo se lo hubiera permitido.

—¿Cómo se baila esta música? —quiso saber la infanta Isabel y otros invitados.

—Imposible satisfacer su curiosidad —contestó Cambaceres—. No hay quien cultive en nuestros salones ese géneroailable, es tan exótico para nosotros como tantas otras cosas enterradas por la civilización del viejo mundo.

—¿Pero es una danza vuestra? —preguntó Maurice Breton a Hernán—. No sé si he comprendido.

—El tango es nuestro —bajando la voz, misterioso—, pero para algunos, un mal nuestro que hay que ocultar, un pecado...

Hernán explicó a quienes lo rodeaban que, aunque el caballero que acababa de hablar y varios allí presentes bailaban esa danza, no se podía admitir en público, por su origen prostibulario. Isadora sonrió desdeñosamente: ahora comprendía por qué esa sociedad hipócrita la había condenado.

—¿Me enseñarás?, le propuso, seductora, Nathalie, la hija del ministro de comercio francés.

Al son de dos guitarras entré por la ventana del establo donde iniciaste a Nathalie aquella noche. Huelo a heno, a caballos, te susurró años más tarde al oído, en París, cuando inauguraron el baile de la Asociación de Polo Bagatelle. Qué hubiera sido de nosotros sin Nathalie en esas fiestas donde el acento con que me adornaron, tangó, tangó, barrió toda la fuerza de la improvisación, podó los cuerpos de cortes y quebradas, y le agregó esos refinamientos —y luego esos apaches— que nunca fueron míos. Pero no quiero ser ingrato, su sangre es también la mía. El Río de la Plata y el Sena. Sin ellos no hubiera llegado nunca a ser bailado en tantas tierras lejanas, ni impuesto en las casas de aquellos porteños traidores que me negaban en público después de tanto gozarme en privado.

Afortunadamente, Nathalie y Hernán tuvieron la prudencia de no volver juntos al casco, Hernán se cruzó con Vicente, Gustavo y Pepé al pasar por la biblioteca. ¿Qué hacían levantados a esas horas? Gustavo no llegó a terminar la frase, Vicente lo interrumpió: ¿y vos? ¿Tampoco dormís? Era evidente que no quería poner al tanto a su cuñado de lo que fuera que estuvieran tramando. Mejor

así, no estaba él para soportar otra conversación en la que tuviera que disimular su desagrado, como tantas en este tiempo.

—Disfrutaba de este magnífico cielo estrellado, buenas noches.

—Buenas noches, Hernán.

Esa noche Hernán se recostó en la tibieza del recuerdo de Nathalie y por primera vez, desde aquel sábado, logró apartar la imagen que lo perseguía día y noche: Asunción con la cara desencajada, diciéndole esa frase tan injusta.

Capítulo catorce

La púa otra vez sobre el disco, y Carlota se recuesta en el sofá. Ese cansancio dichoso que deja en su cuerpo una larga noche de tango. Cierra los ojos y evoca esos pasos nuevos que tanto gozó anoche. Pero más que la variedad de las figuras, fue la comunicación profunda que se produjo entre sus cuerpos, esa ida y vuelta de una corriente que los llevaba a más y más, inventándose movimientos uno al otro, abandonándose completamente al tango para recuperarse íntegros, plenos. A Carlota le gusta el desafío de seguir al hombre en el tango, pero nunca ha sentido, como anoche, el poder de crear juntos, nunca un hombre ha interpretado tanto su deseo, ha escuchado tanto su cuerpo, como Benito Bianquet, el Cachafaz. Aunque casi no se han dirigido la palabra, Carlota está segura de que el tango que bailaron cuando cerraron el Cavour no será el último.

La llave en la puerta, qué extraño, a esas horas. Vicente. Pasa sólo un rato a darle un beso, la extrañó tanto estos días, pero esa noche tampoco puede venir porque han quedado en encontrarse en la Sociedad Sportiva Argentina. Aunque Vicente no será de la partida, para eso están los jóvenes, él quiere estar presente en la reunión donde ajustarán los detalles, al fin —esa sonrisa orgullosa fue en su misma estancia donde empezó a tomar forma el plan que pondrán en práctica esa noche. Otra vez hablando a solas, piensa Carlota, y no sabe si su cuerpo, tibio aún de la milonga, podrá soportar pacientemente el relato de los oscuros e intrincados negocios de Vicente. Aunque esta vez no son negocios.

—Es fundamental darles un escarmiento, se han propuesto boicotear las fiestas del Centenario. El 18 planean una huelga general. Y no son sólo amenazas. No, la bomba en el teatro Colón estalló, y frente a la Penitenciaría en el boulevard Las Heras se han reunido ochenta mil personas para pedir la liberación de ese rusito. Nosotros tenemos los datos precisos, aunque la prensa ha minimizado el número. Figueroa Alcorta ha declarado el estado de sitio, pero no basta. ¿Sabés, Carlota, cuántos años tiene el asesino del coronel Falcón?

¡Diecisiete!

Ramón Falcón. Ese nombre maldito arranca a Carlota de su modorra. Las imágenes de la plaza Lorea: el chico golpeado brutalmente, la joven sangrando, corridas, gritos, ella escondiéndose, aterrorizada.

—Él se lo buscó —lo interrumpe—. ¿A cuántos asesinó Falcón?

—¿Asesinar? —furioso—. Éstas son las mentiras con que te llenaron la cabeza. ¿Quién te dijo eso? ¿El periodista? ¿Las obreritas con las que compartías el cuartucho? ¿Cómo se llamaba la gallega? ¿Y la alemana?

Carlota da vuelta la cara, sabe que por ese camino sólo va a lograr que Vicente insista con esas preguntas, que de todas maneras nunca le ha respondido. Y ella quiere saber cuál es ese plan, el del enemigo, de pronto ella en esa plaza, amenazada, y Vicente, nítidamente del otro lado, del de los asesinos. Pero habrá que buscar una estrategia para obtenerlo: ¿en qué han quedado Carlota y Vicente?, trata de desviar su atención, disimular el origen de su disgusto.

—Está bien, está bien, prometí no más preguntas y cumpliré. Pero no repitas tonterías, vos no entendés nada, sos una niña aún.

Y continúa su monólogo, como siempre, pero esta vez Carlota lo escucha con atención: no pueden dejar en manos del gobierno todo, un gusano reptando por su espalda, destruirán los locales donde se reúnen para insultar a quienes les dan de comer, una víbora en su nuca, quemarán sus pasquines infectos, los de los socialistas, anarquistas, sindicalistas, enroscándose a su cuello, le darán su merecido a los conspiradores. El barón Demarchi estará al mando, irán diputados, varios amigos, algunos militares, estudiantes. Y la policía los apoyará.

El tranvía interrumpió su recorrido y sólo dijeron que no se podía avanzar. Tampoco había coches circulando, sólo gente, mucha gente, cada vez más, desde lejos se escuchaban sus voces y tambores. Cómo me gustaría inventar una música con esa fuerza, esa conmoción que nos arrasaba allí, frente a la cárcel. Hasta yo, que fui de casualidad, sentía que el poder liberar a Simón Radowitzky dependía de nosotros, de las miles y miles de voces juntas. Y que muchas de las injusticias que denunciaron los oradores pueden cambiar si nosotros nos organizamos. Pirucho me había hablado de algunas de las cosas que escuché en la manifestación, la verdad es que no le hice mucho caso, pero ayer me di cuenta de que cada uno, yo mismo, puede hacer algo para que todos seamos más felices.

Querés que te diga una cosa, mamá, le dije cuando volví a casa, me alegro tanto de que no vayas más a lo de Ponce, yo ni un bocado de pastel volvería a comer en la casa de ese explotador. Mamá se quedó muy sorprendida y entonces le conté cuánto me había cambiado la cabeza lo que escuché, y todo lo que voy a hacer a partir de ahora. No todos los ricos son malos, me dijo, y después no sé lo que le dio pero se puso a llorar y llorar. No era mi intención hablar mal de doña Inés, la consolé, y ella que no lloraba por lo que yo dije, que le parecía bien, pero no me contó por qué. Está rara desde aquella mañana, trabaja mucho y le va bien, pero está preocupada o triste. Nunca me explicó lo del fonógrafo. Se lo habrá traído doña Inés y ella quiere devolvérselo sin usar, está obsesionada con la plata que le debe, anoche contaba billete por billete, monedas, lo que guarda en la caja de galletitas, ya está, ya tenemos todo el alquiler de dos meses. No creo que le cambie nada en la vida porque le devuelvas la plata del alquiler. Inés es buena con nosotros pero yo pienso que no puede ser que no sepa cuánta gente vive miserablemente para que ellos vivan tan bien. Mercedes no sé si se da cuenta, si me animo un día se lo explico. Pobre Mercedes, la familia que le tocó, lo que siempre digo: yo sí que tengo suerte.

Dio la vuelta a la esquina de Cochabamba por segunda vez sin animarse a entrar. Carlota había ido otras veces al conventillo de «Las catorce provincias», pero siempre a la mañana o al mediodía, cuando hay poca gente. La idea de encontrarse con la gallega la perturbaba, ya bastante difícil le parecía hablar con Ingrid a quien no había vuelto a ver desde que se fue. Lo había estado ensayando en el tranvía y todo le parecía mal, pero peor sería buscar a Klaus. Sin embargo, Carlota debía hacerlo.

Nunca pesó sobre vos lo que debías, nunca tuviste sentido del deber, sentido del querer debería llamarse lo tuyo, Carlota. Querías hacerlo, excitada tu imaginación con tu papel, pensabas, ingenuamente, que si les dabas los datos a tus amigos, ellos podrían impedirlo. Hasta te imaginaste sus acciones: quemar el club del que te hablaba Vicente, abrir las puertas de las cárceles donde encerraron a los manifestantes, tomar la casa de gobierno. Ganarles de mano, ésa era tu delirante idea.

Se escondió detrás del árbol y esperó que Ingrid pasara por allí. Le parecía imprudente y peligroso mostrarse delante de cualquiera, y que al día siguiente alguien pudiera relacionar su visita al conventillo con lo que iba a pasar.

Tampoco se iría del piso de avenida de Mayo inmediatamente para que Vicente no sospechara que los planes se habían truncado por ella.

Se sobresaltó cuando Rosa le tiró los brazos al cuello: ¡Carlota, me viniste a visitar! Me asustaste, sonsa. Pero qué suerte, bajó mucho la voz, como para que ni las hojas de los árboles la escucharan: tengo algo muy importante que transmitirle a Ingrid, andá a fijarte si está en la pieza y decile que la espero en la plaza, pero cuidá que nadie te escuche, y vos, si alguien te pregunta, no me viste. Pero qué pasaba, susurraba Rosa, ahora no se lo podía contar, que hiciera lo que le pedía, rápido. ¿Me lo vas a contar después?

—Otro día, Rosa. Si no está Ingrid, vení a decírmelo, así planeo otra cosa.

En cinco minutos llegaron Ingrid y Rosa a la plaza Dorrego.

—Carlota, qué alegría —la abrazó Ingrid.

—Rosa, andate que tenemos que hablar cosas de grandes.

La vio detenerse a algunos metros, clavarse allí y mirarlas fijo, mientras ella, los ojos agrandados, y una agitación de palabras: iban a atacar esa misma noche los locales de los trabajadores, y las redacciones de los periódicos, rápido, tenía que avisarles a todos y organizar la contraofensiva.

¿Contraofensiva? Repitió Ingrid y soltó una carcajada, que se cortó abruptamente, miedo en sus ojos, ¿cómo se había enterado?, desconfiada: ¿cómo sabía? No se lo iba a decir ¿y si mataban a Vicente? Se lo merecía pero... Sacudió la cabeza, no puedo, pero por favor hacé algo porque es cierto y mañana será tarde. Irían juntas al Centro Socialista, Ingrid quería que Carlota hablara con los compañeros. No, se lo decía a ella, pero a nadie más, que no le pidiera... ¿Tienes miedo? Apenas un asentimiento con la cabeza. Hablaremos con Klaus, entonces, ¿a él sí se lo dirás? Sí, si Ingrid la acompañaba.

En cuanto Rosa las vio moverse, se acercó.

—No, Rosa, no podés venir con nosotras —le dijo Ingrid.

A Aníbal, el papá de Pirucho, le pareció una buena idea que los ayudara, ahora había mucho trabajo. En *La Vanguardia* hablamos con un alemán muy serrote, un poco cascarrabias, que pronuncia bastante mal. Al fin lo estábamos haciendo reír contándole las cosas que yo decía en el puerto para vender a todo el mundo el periódico, cuando entraron esas dos chicas, y Klaus, el alemán, se

puso pálido, como si algo le diera miedo. Tenemos que hablar, le dijo la rubia, y a la morocha, preciosa como nunca vi, se la veía muy alterada. Se encerraron un rato en la oficina. Nosotros ya nos íbamos cuando se asomó Klaus, la cara demudada, y nos pidió que nos quedáramos y de ahí en más, el alemán, como si lo hubieran enchufado a la corriente eléctrica, empezó a moverse y a dar órdenes a todos: había que sacar todo rápido de allí. Trabajamos un montón, todos requetenerviosos, Klaus le dijo a la morocha lindísima, que se llama Carlota, que se fuera, pero ella le contestó que no y se puso a meter en cajas los papeles. Miguel fue a buscar el coche de su padre. Y cuando llegó, todos guardando las cajas en el baúl a toda velocidad. Pero Klaus dijo primero éstas, los documentos, y esas tres, los archivos, y sacó unas cajas afuera y puso la imprenta. A mí me hubiera gustado saber qué pasaba pero nadie me lo dijo hasta mucho más tarde, en la escalera de casa, cuando estábamos solos la linda y yo. Empezaron a discutir sobre dónde lo llevaban: que a lo del alemán no, y tampoco a lo de Martínez, ni a lo de Miguel, a lo de no sé quién y no sé qué otro tampoco y cada vez más neurasténicos porque se hacía tarde y entonces vi que no era tanto bulto y les dije un poco fuerte, para que me escucharan, que me los llevaba yo a mi casa, vivo en Palermo. Todos me miraron como diciendo a vos quién te dio vela en este entierro y nadie decía ni mus hasta que la morocha preciosa se puso a reír, y luego la rubia, y todos. Sí, que se lo lleve Juancito, requeteconfianzada es, acababa de conocerme. Aníbal dijo no hay problema, y me hizo una sonrisa como un sol. Y Miguel, que en un periquete nos llevaba en el auto y volvía a buscar lo otro. El alemán seguía metiendo papeles en las cajas, y dijo que no, que era peligroso, entonces la rubia que tiene un nombre difícil propuso que alzarán las cajas y las llevarán del otro lado de la calle Defensa, que casi no tiene farolas, y que Miguel pasara por allí. Klaus le ordenó a Carlota: ahora sí, andate, y me pareció que la miraba no sé si con pena, o me dio pena a mí esa sonrisa gastada, y esos ojos como de llorar pero sin llorar. Y ella se subió al automóvil y vino hasta casa, que se fuera, le dijo a Miguel, ella me ayudaría a subir las cajas, y a esconderlas. Miguel entró la imprenta, que es lo más pesado, al edificio y se fue: gracias, Juan, mañana nos vemos. Se lo pregunté a Carlota, despacio, para que no escucharan los vecinos: qué pasa, por qué tanto lío, y me dijo que estábamos poniendo a salvo documentos importantes para que no los quemaran, pero que tenía que guardar el secreto. Estaba contenta, debe ser socialista, aunque más tarde me dijo que no, que ella no era nada. ¿Nada? Sí, milonguera.

Antes de que metiera la llave en la cerradura, ya estaba mamá abriendo la

puerta. Nos había visto llegar y claro, le debió parecer raro, pero más raro me pareció a mí que en lugar de preguntarme qué hacía con esas cajas, una imprenta y ese budín en casa, me preguntara quién era el señor que me había traído en coche. Miguel. ¿Miguel Rinaldi? ¿Lo conocés? Sí, hace muchos años que no lo veía pero lo recuerdo, era el organillero. Le dije a mamá que traía unas cajas que tenía que guardarle a Miguel, para que la morocha viera que sé guardar un secreto, pero cuando volví de acompañarla a tomar el tranvía, le conté la verdad. Se quedó un poco preocupada, pero no me dijo nada.

Estoy tan cansado que no puedo ni tocar el piano antes de dormirme. Bach es lo mejor para hacer al piano cuando cierro los ojos, después puedo tocar cualquier cosa. Mañana tengo que transcribir el otro tango.

No lo supo hasta que llegó Rosa a su casa a la tarde. ¡Anoche quemaron *La Protesta*, y *La Batalla*, y varios lugares de los socialistas y sindicatos y un montón de cosas más! Rosa lloraba, no lo vas a creer, Carlota: ¡destruyeron el circo de Frank! El corazón te dio un vuelco. Mentiroso, cretino, le había dicho que no lo iban a tocar. Y ahora van por la calle, con armas, el terror blanco les dicen, Rosa casi sin aliento, me tengo que ir ahora, no quiero asustar más a mis padres, vine sólo a decirte que, en cuanto tenga los datos, voy a ir a tirarles una bomba molotov en sus casas, y quiero que vos vengas conmigo.

La alivió que se fuera sin tener que decirle nada, se sentía culpable con Rosa. Se lo haría pagar a Vicente. Nada de quedarse para disimular: esa misma noche se iría, a donde fuera. No, no antes de sonsacarle quiénes eran, cómo se organizaban, en fin, todos los datos posibles, sus amigos sabrían qué hacer con lo que les informara. La imagen de los documentos a salvo en lo de Juancito la reconfortó.

—Y quién eres tú para decirle dónde y cómo tiene que vivir, déjala en paz, Carlota tiene que hacer su camino. Además, me parece injusto que la cuestiones tanto, peor hubiera sido que no nos dijera nada.

Pero Ingrid no estaba pensando sólo en defender a Carlota, quería arrancar a Klaus de esa obsesión que nuevamente parecía ceñirse sobre él, como si todo lo que habían vivido juntos esas últimas semanas no existiera.

—Vamos —su voz se suavizó, acarició la cabeza de Klaus—, tenemos

cuestiones bastante más importantes que decidir.

Como siempre, Ingrid tenía razón, la besó rápidamente en la mejilla.

Esa noche, después de la reunión del partido, que tuvieron que hacer en otra parte, Klaus le pidió que no volviera a «Las catorce provincias», en su casa había suficiente lugar. Ingrid comprendió que era su manera de proponerle que fuera su compañera, y se apretó a su brazo.

Cuando Inés entró y se sentó en el salón, Asunción fue a comprobar que estuviera bien cerrada la puerta del cuarto donde habían guardado las cajas.

—Tengo el dinero —le dijo—. Quiero que se lo des a Hernán, por favor.

Inés estaba llorando: no lo soportaba más, ella no discutía con su marido desde hacía años, pero después de lo que le hizo a Mercedes, cambió de actitud, trató de convencerlo buscando las palabras adecuadas, intentó darle el gusto y hablar y sonreír a los invitados a la estancia, hasta se ocupó de que todo estuviera bien porque sabía que para él era importante, pensando que tal vez así podría tener alguna influencia sobre Vicente. Le pidió, le rogó, y finalmente le dijo de todo, todo lo que había callado estos años, le había... hasta gritado, amenazado con cosas que ella nunca haría pero estaba fuera de sí, todo para nada, nunca habrá un piano en mi casa. Y lo del piano es anecdótico, lo que importa es cómo se siente Inés ante su propia hija, ante ella misma. Ha pensado en pedirle a Hernán que se lleve a Mercedes con él a París. No quiere verla sufrir así, porque ahora es lo del piano y mañana será...

—¿Se va a París Hernán? —no pensaste nada, ni en lo que te decía Inés, ni en lo descuidada que resultaba tu pregunta así, casi gritada, ni siquiera esperaste su respuesta—. Quiero hablar con él, decíle que pase por casa.

Como si la arrancaran de pronto de su pesadilla, Inés la miró con ojos acuosos y tardó en responderle.

—¿Por lo del alquiler? Quédate tranquila, ya le daré el dinero. ¿Me estabas escuchando Asunción?

—Sí, claro, pero me sorprendí, no sabía que Hernán se iba. Pensé que...

—¿Te das cuenta de la desesperación que me produce Vicente para que yo quiera que mi hija esté a miles de kilómetros con tal de salvarla de la crueldad de su padre?

—No la mandes a París. Vas a sufrir mucho y va a ser la mujer de Hernán quien la eduque.

No recordaba haberla visto nunca en ese estado. Lloraba desconsoladamente. Asunción la abrazó: ¿y si te escapás con Mercedes? Con tu hijo Francisco, Vicente se lleva bien. Inés sacudía la cabeza: no, no podía, ya era tarde, ojalá lo hubiera hecho en su momento.

Decidió no decirle que había visto a Miguel, para no aumentar su pena.

—¿Le podés pedir a Hernán —le dijo cuando se despedían— que si tiene un momento pase por mi casa antes de irse?

—Asunción, estás obsesionada con lo del alquiler.

No es eso, te animaste al fin, también me gustaría verlo, quién sabe en cuántos años... Te interrumpiste, no le pasaría desapercibido ese nudo que cerraba tu garganta. Te miró con ternura y supiste que siempre sería una aliada: se lo diré.

—Que tenés mucho que hacer, no te creo, Hernán, andá a verla —en esa mirada estaba todo dicho.

Estacionaste el automóvil de cualquier manera y caminaste rápido hasta el edificio de la calle Humboldt. Subiste las escaleras corriendo, te faltaba el aire cuando llamaste al segundo piso.

Mamá se puso nerviosa cuando llamaron a la puerta y no quería abrir. Nos hizo entrar las cajas de nuevo al cuarto y lo cerró con llave. El llamador insistía. Miguel se sentó en el salón, como si fuera un invitado, y yo abrí la puerta.

—Vos debés ser Juancito —me dijo al fin—. Soy Hernán, un amigo de tu mamá. ¿Está Asunción?

—No, vuelve en un rato.

Entonces entró, otro confianzudo: la espero, dijo avanzando hacia el salón.

Los iba a presentar cuando me di cuenta de que se conocían. Miguel lo miró con malos ojos. Hernán, en cambio, le sonrió ampliamente y le extendió la mano: ¿se acuerda de mí, Rinaldi?

—Asunción va a llegar tarde. No vale la pena que la espere. Le diré que ha venido —le dijo, muy antipático, Miguel.

Ahí fue Hernán el que puso cara de perro, sólo un instante, pero lo vi clavarle la mirada: ¿a qué hora volverá?, y había algo desafiante en su sonrisa.

—Dentro de dos horas —le contesté yo para que se fuera.

No quería quedar como un mentiroso, pero estábamos despidiéndonos en el hall, él requetesimpático, a ver cuándo te escucho tocar un tanguito, cuando salió del cuarto la mete pata de mamá. ¿No me había pedido que dijera que había salido?, la quería matar. Sonreían los dos como si no supieran qué decir más que sus nombres, al fin mamá arrancó: éste es Juan. Y él: lindo como su madre.

Aunque hablaban de mí, me pareció que sobraba y me fui con Miguel, mientras ellos cuchicheaban en el rellano. De puro chismoso le pregunté a Miguel de dónde se conocían, y él, con una voz muy triste: es una larga historia, Juancito, y se quedó mirando la ventana como si yo no estuviera.

Mejor el sábado, dijo Asunción, Juan sale con sus amigos, podrían conversar tranquilos. Que sólo quería pedirle que la perdonara, que no quería que se fuera a París con esa idea porque no era así, te lo explicaré, en un murmullo, pero ahora no es momento. ¿Por él?, preguntó Hernán, señalando el salón. Apenas Asunción cerró la puerta, se dio cuenta del equívoco que se había generado, Hernán podía pensar que Miguel y ella... Y para mayor confusión, ella le pidió que no mencionara a Inés su encuentro con Miguel. No importaba, ya le explicaría el sábado.

Todos esos días hasta el sábado, cantando, riéndote de todo, disfrutándome en el fonógrafo, perdiéndote en fantasías que apartabas, como si no pudieras reconocer ante vos misma que eran más que palabras lo que anhelabas de ese encuentro. De hecho, apenas balbuceaste una excusa y ya estaban besándose.

Hernán acariciaba con ternura la mejilla de Asunción cuando el ruido de la puerta los hizo saltar. Juan, ¿sos vos?

Cierto que casi no habían hablado, pero Hernán no te ocultó nada, Asunción. Él no lo sabía, ni la tarde en que coincidió con Miguel, ni el sábado siguiente cuando Juan volvió antes y los dos sintieron, al despedirse en ese zaguán, que ya no podrían sustraerse a lo que los cuerpos les pedían con urgencia: se verían el miércoles, a las siete de la tarde. Leonor se lo dijo el martes, el mismo día que te enteraste por Inés, pero no le diste la menor posibilidad.

Y fue abrirle la puerta y allí mismo, en el vestíbulo, escupirle todas esas palabras: cómo, cómo podía haber llegado hasta ese punto cuando su mujer estaba esperando un hijo. Sos un malvado, Hernán, conmigo y sobre todo con tu mujer.

Hernán intentó decir algo que Asunción, la mano en el picaporte, no le

permitió: quiero que te vayas.

Siempre me pregunté, Asunción, ¿y a vos qué te importaba que esa idiota estuviera embarazada? ¿Hubieran gozado menos? ¿En aras de qué moral, de qué deber absurdo debían renunciar a ese abrazo ineludible? ¡Para el hijo que tuvo! Nada valió el sacrificio. Podés ver ahora cuánto lo odia su nieta Ana, enterate de lo que hizo cuando encarcelaron a su hijo, y decime si no es completamente estúpido haberte perdido esa noche que tanto soñamos los tres —yo también deseaba ese abrazo— porque Leonor estuviera embarazada del despiadado César.

Tercera parte

Transición

Capítulo quince

De: Luis Rucoli

Para: Ana Lasalle

Asunto: Buenas noticias

Querida Ana: después de leer la idea y una sinopsis que le envié, Philippe me ha dado su palabra de participar en la producción. Nuestra película está más cerca, mientras vos estarás leyendo todo, un productor ya está poniéndole números a nuestro proyecto.

Sigo viéndola, tomando notas, hablando con mi madre, y revolviendo el baúl de mi abuela Rosa. Estoy fascinado con unas cartas que encontré. Son muy curiosas, hablan casi siempre de baile, mejor dicho de cómo se bailaba el tango en París en 1913. Me obsesioné buscando a la mujer que las escribió, no a ella, estará muerta hace años, era mayor que mi abuela, busco datos. Se llamaba Carlota Sosa. Era una experta, una milonguera de principios de siglo en Buenos Aires que enseñó a bailar tango en París. Fascinante. Por las cartas supe que se habían conocido mucho antes, en el conventillo donde creció mi abuela Rosa.

—Qué bueno que conservaste mis cartas, Rosa. Ahora sí que tengo posibilidades. Luis está fascinado conmigo. Lástima no haber coincidido con él.

—Ya vendrá con nosotros a Tango, Carlota, y podrán bailar juntos la eternidad.

No vas a creer lo que tengo para vos. No, mejor no te lo digo, tendrás esa sorpresa en el próximo mail.

Un beso de tu amigo y socio, Luis.

De: Ana Lasalle

A: Luis Rucoli

Subject: Re: Buenas noticias

Para cumplir el mismo orden, yo ya tengo la beca para investigar, así que los

señores esos que están discutiendo poco influirán en mi economía.

Les devoirs, amigo. Estoy informándome sobre los inicios del tango en Francia: Marsella, París a principios de siglo. No sé si te servirá, Juan Montes vino mucho después, pero quizás para algún personaje que haya estado en París en esa época. ¿Hernán? Leí algo sobre las fiestas de la Asociación Polo de Bagatelle y las soirées de madame de Reské, y pensé que quizás tuvieras algo de razón —qué mala soy— en lo que me dijiste. Hubo más de un argentino osado que introdujo el tango en esos salones, tan lejanos y tan distintos de los ambientes donde nació.

He tenido suerte, en la misma universidad en la que trabajo encontré una musicóloga especialista en tango, Béatrice Humbert, y cantidad de documentos. Me sorprendió la difusión que alcanzó el tango en pocos años, de los salones aristocráticos y artísticos donde se impuso a los thés-tango, los dancing y los bailes musette. Hay que tener en cuenta el clima de esos años, las tensiones existían ya antes de la Primera Guerra: huelga de poderes públicos, separación de iglesia y estado. A esa sociedad francesa, agitada y turbulenta, cambiante y sensible, el tango le calzó como un guante. Para esa angustia sorda, latente, esa voluntad de liberación que explotaba en sus cuerpos demasiado tensos, nada como el tango. Las diferencias anestesiadas en una misma eufórica y democrática pasión. En fin, podría hablarte horas de lo que he investigado y pensado, pero poco aportará a tu película. No sabés cuánto me divertí leyendo cuando se bailó ante el Papa, para que dijera si era o no pecado. Mezclo todo, pero no te preocupes, te lo enviaré ordenado y sin tanta digresión. Para cuando se filme, puedo aportarte sobre la coreografía de entonces, hay mucho material. ¿De eso hablan las cartas de la tal Carlota?

—*¿Por qué me dice la tal Carlota? ¿Qué se cree? Porque hace unos pasitos que nosotros no hacíamos, y lee sobre Tango en la biblioteca de la universidad, va a descalificarme. Para Ana todo es pura teoría. No sé por qué Luis la mete en su película.*

—*Estás celosa Carlota, ¿por qué? Nadie baila como vos. Si Luis te hubiera conocido... no estaría así de loco por esas piernas. Vení, bailemos.*

El teléfono la interrumpe. Paul adelantó el regreso de su viaje y quiere verla. Ana se sorprende frente al fastidio que le produce, por qué habrá atendido, habitualmente deja el contestador conectado cuando trabaja. Escribirle a Luis es

parte del trabajo. Ellos se entienden bien, disfrutan investigando e inventando la historia de su película, como dice Luis, aunque Ana sabe que la película es de él, ella sólo investiga. No sólo: lo de Mercedes y Juan en la sala de música, también le pasó el otro día con aquel hombre que imaginó bailando en lo de Madame de Reské.

Una estampa romántica, un cierto spleen, apenas un fino bigote y un pelo lustroso y estirado. No le puso facciones —se tentó por un momento con las de su padre, pero lo reprimió—, pero sí un cuerpo esbelto y una elegancia singular en esos molinetes y esos pasos cruzados. La mujer que lo acompañaba en el tango, la que vio en la foto, fue poco a poco transformándose en ella misma, con el pelo recogido, la seda magic tango de su vestido, amarillo, rosa y naranja fundidos en un perfecto «color tango», y esas tijeras, y el tirabuzón que Ana nunca hizo y que le salieron tan naturales chez madame de Reské.

¿No debería contárselo a Luis? Quizás le serviría. Ana pudo ver claramente el amplio salón, los tapices, y sentir abrochadas a sus piernas y a su talle las miradas codiciosas de los invitados, que Ana descubrió después, cuando ella y ¿quién sería ese hombre?, volvieron a la mesa. Artistas y feroces esnobs, aristócratas arrogantes y vagos vividores, aventureras cosmopolitas y damas de la burguesía. Al caricaturista Sem, observando desde un rincón, hubiera querido decirle cuánta gracia le hicieron sus crónicas, que leyó en la biblioteca, pero temió que la intrusión del presente le diluyera la imagen, tan nítida como la de la sala de música.

No, no se anima a contárselo a Luis, va a pensar que se ha vuelto loca. ¿Cuál será la sorpresa que le prepara? Está ansiosa por saberlo.

—Paul, cenamos pero me vuelvo a casa, tengo mucho trabajo.

¿Por qué esa expresión? ¿Acaso él no está siempre tan ocupado?

—Allô...

—Ana, soy yo, Luis. Te llamo apurado, acabo de hablar con Philippe, en un par de meses viajo a firmar el contrato. La película es un hecho.

—Ya era un hecho, con o sin plata, Juan Montes merece una película. Cada día tengo más material sobre él. Es cierto que a los once años transcribió musicalmente tangos de la Guardia Vieja.

—Te gusta mi abuelito.

—Me encanta.

—Estamos a mano, yo ayer fui a ver a tu tía y me contó...

—¿Mi tía?

—La hija de Mercedes Ponce. Una mujer simpaticuísima. Me contó muchas anécdotas de tu bisabuelo, y a mí cada vez me gusta más Hernán.

—¿No era un cretino como su hijo?

—Algo me dijo la hija de Mercedes sobre César Lasalle, aunque casi no han tenido contacto. A Hernán no lo veo un cretino, un irresponsable tal vez, una víctima... víctima cómoda, por cierto, de su lugar social. Aunque te digo, Ana, ya no sé, no puedo distinguir entre lo que me informo sobre él y lo que me invento recreándolo, ya es tan entrañable que no sé si puedo darte una visión objetiva. ¿Te pasa lo mismo con mi abuelo?

—No, yo no invento a Juan, me informo sobre él, encuentro datos, escucho su música, lo admiro bailándolo. Pero contame qué te dijo esa mujer sobre mi abuelo César. Era un gran hijo de puta, Luis, ¿tu película va a llegar hasta mi abuelo? No quiero. Además no tiene nada que ver con el tango. Hernán todavía, pero César...

—¿Me vas a contar algún día por qué lo odiás tanto?

—Me prometiste una sorpresa en el próximo mail, ¿te acordás?

—Qué ansiosa... y qué poco sutil cambio de tema.

—Sigo constatando que heredaste la capacidad de sostener la intriga de tu abuela.

—Te dejo, Ana, tengo mil cosas que hacer, te llamaba para compartir la alegría de que se concrete la película, más allá de tus teorías, filmar sin plata es muy difícil.

—Lo sé, era una broma, me alegro mucho.

—Después te escribo. Un besote, linda.

En cuanto recibió el mail de Luis con la foto de Hernán Lasalle, Ana la imprimió y la escondió en un cajón del escritorio antes de salir. Gesto inútil ya que vive sola. La sensación de estar incursionando en terreno prohibido no la abandona ahora que ha vuelto a su casa, una foto impresa sobre la mesa, y otra en la pantalla de la computadora, los ojos ávidos de Ana de una a otra. La misma sonrisa de su papá, idéntica, y esa mirada que parece interrogarla. Se sorprende hablándole: soy tu bisnieta, Ana Lasalle, yo también bailo el tango y vivo en París.

Es él con quien bailó en lo de madame de Reské, ahora lo ve claro como el agua.

Respondiendo a un impulso, Ana busca con cuidado entre sus discos alguno de la Guardia Vieja.

Con los ojos cerrados, descalza, los brazos extendidos a su sueño, Ana espera el momento de arrancar el tango. Una salida que no conoce, una cadencia en la que entra con placer, el cuerpo entregado a *El porteñito*.

—*Y a mí, querida —dice Hernán emocionado, aunque Ana no pueda escucharlo—. Soy yo quien te está llevando desde Tango.*

—*Qué linda es, Hernán —dice Rosa—. Ojalá se enamore de mi nieto Luisito y vengan los dos con nosotros cuando terminen esa vida.*

Pensó que Ana se iba a conmové, pero no, sólo agradeció la foto, y porque él le preguntó si le había gustado, y después cambió de tema. Qué rara es. Pero le gusta tanto. Luis no se siente así desde hace años. Claro que también está la película, sobre todo la película... Y lo que se divierte con Fede contándole historias y enseñándole a bailar tango, a su hijo que sólo escucha rock o reage, los dos riéndose, como antes, como cuando era casi un bebé y le contaba cuentos, cuando todavía creía en algo. Ahora cree de nuevo, cree en sí mismo, y puede transmitirle confianza a su hijo.

Libros, periódicos y revistas de la época, tesis doctorales, crónicas. Ana lleva semanas sumergida en bibliotecas investigando los años previos a la Primera Guerra Mundial. El tango arrasó París, y, desde allí, saltó, insolente y seductor, a toda Europa. Desde Mistinguett, la estrella de variété, al presidente de Francia, Raymond Poincaré y su mujer, un amplio espectro social, todos fanáticos, bailando tango. Iglesia, políticos, nobles, burgueses, intelectuales, artistas, todos metidos en apasionada polémica, no hay quien no haya tomado una posición respecto al tango.

Cierto que Luis no le ha confirmado si la película tocará esos años en Europa. Si Luis no piensa incluirlos, su prolija investigación no tendría sentido. Vos seguí no más, todo puede darle color, contestó ambiguo y Ana no insistió por más de una razón. No es la primera vez que ella empieza investigando algo concreto y se va por las ramas, le gusta —reconoce— seguir la ruta extraviada

de algún dato, dejarse perder en los hilos que quién sabe adónde pueden conducirla. Y está eso otro que ella no le dirá nunca a Luis, mucho menos a Paul, ni a Remi, ni a nadie: esa urdimbre de intimidad que se va tejiendo entre Hernán, su bisabuelo, desde la foto que Ana ha agrandado a treinta por veintidós, y ella, sentada enfrente, leyéndole lo que ha traído, o a veces de pie, mirándolo a los ojos, de papel pero tan expresivos. Y hasta riendo juntos como ahora, cuando Ana parodia los pasitos, las filigranas y los revoloteos con que Béatrice Mondain de Genevrais, una gracia decente y ligera, un aire de no parecer tocar, una especie de «pinza de espárragos» del mejor tono, que transforma «ese contoneo de salvajes» como escribió Sem, en un flirt elegante de piernas finas y discretas. Ah, las francesas..., esas hadas que con su sentido exquisito de la medida han sabido transformar el tango y ponerlo en su punto —decía.

—¡Qué distinto debió parecerse ese tango revisado y corregido por la buena sociedad francesa! —le dice en voz alta a la foto—. ¡Codificar el tango! ¡Escribir las improvisaciones!

—*Eso es justamente lo que yo decía —protesta Carlota—, pero como Ana no va a averiguar sobre mí...*

—*Ya llegará, Carlota, no te impacientes, Luis sabe que vos estuviste en esos años en París.*

Ana está segura de que Hernán seguiría bailándolo como en Buenos Aires, pero ¿con quién lo bailarían?

—Espero —y en su voz late la amenaza— que no te hayas limitado a los ambientes esnobs. Esos dancing donde se popularizó deben haber sido geniales.

De: Luis Rucoli

Para: Ana Lasalle

Asunto: Propuesta

Ana, se me ocurrió una idea genial: ¿no querés ser la coreógrafa también? La idea es filmar todo en Buenos Aires —por los escenarios naturales, claro, aunque es carísimo acá—, que lo de París sean sólo interiores, pero podés venir un tiempo, ¿no? O tal vez se puede hacer una parte en París. No me contestes, pensalo y lo charlamos en persona cuando yo vaya. Es un trabajo totalmente para vos, te va a encantar Buenos Aires, y a mí me va a encantar mostrártelo.

Besote, Luis.

De: Ana

A: Luis

Subject: Más y más y más...

Soy socióloga no coreógrafa, Luis. Y obsesiva. Las pruebas:

Se dice que el primer tango que conocieron los franceses fue *La morocha*, de Ángel Villoldo y Enrique Saborido, los marinos de la fragata *Sarmiento* dejaron las partituras en distintos puertos del itinerario en 1906. En 1907 vienen a grabar a París, mandados por el sello musical Gath y Chaves, Villoldo, Gobbi y su mujer, la cantante Flora Rodríguez. Varias versiones sobre quién, dónde y cuándo lo bailó por primera vez. Yo creo que fue el escritor argentino Ricardo Güiraldes (¿o Hernán?) en 1909, en un salón distinguido. Lo que es seguro es que en 1912 el tango ya es dueño absoluto de París, se baila tanto o más que el vals. Imaginate la sorpresa de los argentinos que lo condenaban cuando leen en las crónicas sociales francesas que no se habla de ellos por las carnes y cereales, como en ese momento hacía el columnista de *Le Figaro*, sino por ese «reptil de lupanar». Pensá que París, a principios de siglo, era el centro cultural de Occidente, de ahí va a irradiar a toda Europa, y a Estados Unidos. La moda se lanza y con ella los profesores, unos cuantos colgaron la escoba y la gorra de chofer para ponerse en doctores de tango argentino. Pero también vinieron otros desde Buenos Aires, buenos, conocidos, como el vasco Aín, todo un mito. Claro que para imponerse había que reducir su temperatura sensual, no se podía importar directamente, sin hacerle pasar en la aduana por una visita seria que lo despojara de indecencia introduciendo modificaciones radicales. Un tango indigno de compadritos y milongueras. Y ahí empieza lo divertido, una discusión sobre la naturaleza moral del tango que crece día a día, traspasa fronteras y toma proporciones descomunales. Los más acérrimos detractores, junto a la iglesia y los militares, son algunos argentinos destacados en París. El escritor Leopoldo Lugones dice que «cuando las damas bailan el tango, saben o deben saber que parecen prostitutas», mientras que Jean Richepin, poeta y miembro de la Academia Francesa, sostiene que no hay danzas lujuriosas *per se*, sino que la indecencia está en la intención de los bailarines. Desde la prohibición del arzobispo de París, la del vicario en Roma, la Iglesia se lanza encarnizadamente contra el tango, y llega hasta el mismísimo Papa. En 1914, el emperador de Alemania, el kaiser Guillermo II, prohíbe por decreto bailar el tango a sus oficiales y relacionarse con familias que lo dancen, y en cadena se

desatan otras prohibiciones oficiales: la del rey de Inglaterra, que observará la aristocracia inglesa, la del burgomaestre de Viena, la administración del ejército austro-húngaro, la del ministro de guerra italiano...

Decime qué te interesa para que te lo desarrolle en un texto.

Bueno, Luis, lo dejo acá porque puedo seguir hasta altas horas de la madrugada, estoy loca con este tema.

Un beso grande, Ana.

P.D.: Al fin me convenciste, ya estoy en el messenger, mi nick es Analas. Buscame y si coincidimos, charlamos.

De: Luis Rucoli

Para: Ana Lasalle

Asunto: Tangó-tangó

Ana, estoy encantado con tus crónicas sobre el tango en Francia. Lo de cómo llega a París, y de ahí a Europa es genial, pero no creo que entre en la película. Lo de justo antes y durante la Primera Guerra sí puede servirnos. Si seguimos poniéndole información, la película va a durar cuatro horas y no la va a ver nadie. No te preocupes si te vas por las ramas, todo sirve, nos será útil para ambientar, para el vestuario, los decorados, las coreografías. Me quedé pensando también qué locos estos europeos... La guerra era ya algo ineludible, moriría cualquier cantidad de gente, ¿serían concientes de eso?, y ellos discutiendo cuál es el verdadero tango y si era inmoral o no. Majaretas, de verdad, como decían Asterix y Obelix de los romanos, y al final los majaretas fueron los galos. Ja, yéndome por las ramas yo también.

Estás en el messenger, efectivamente, pero siempre off-line. Tenés que aceptar mi pedido y conectarte para que charlemos.

Un beso. Luis.

Ana ya no puede detenerse, no quiere. Ayer, cuando chateó con Luis, prácticamente se lo exigió: ¿está o no alguno de los personajes en París en 1912, en 1913? Luis se rió, y le dijo, categórico: sí, están Hernán y Mercedes.

—¿Y yo? ¿Ven? Ya ni Luis se acuerda de mí... —se queja Carlota.

Hernán y Mercedes... Nunca le contó a Luis que ha visto a Mercedes en la sala de música tapizada color malva, como tampoco que ha puesto otra foto de

Hernán en el interior de su cartera. Ha tomado la costumbre de llevarla a todos lados, y hasta de hablarle en voz alta.

Debías morirte de risa con esos artículos —le dice mirando su cuaderno de notas, sentada en el jardín de Luxembourg—. La Academia de Medicina pondera el tango y lo recomienda para desarrollar el pecho y los abdominales, los brazos y la espalda.

La sonrisa de papel de Hernán tiene ahora un matiz irónico, y se abre a la risa clara cuando Ana le muestra la fotocopia de un número de febrero de 1914 de *La Vie Parisienne* con unas caricaturas de Val d'Est tituladas «Moralicemos el tango». Y madame Marcelle Tinayre aconseja bailar el tango para favorecer el casamiento: «después de una seria sesión de tango, chicas y chicos se conocen mejor».

¿Le habrá servido a Mercedes? Ana cierra los ojos y puede ver ese gran salón, ¿un restorán? Es de día, hay mucha gente y música. Esa chica, tan parecida a ella a sus catorce años, con su vestido de organza camina del brazo de un joven alto, elegante, de perfil altanero, saludan a un lado y el otro, sonrían, se sientan a una mesa. La música llega espesa a través de los años, ¿es un tango?

Capítulo dieciséis

Todo París se encuentra esta tarde en la inauguración del thé tango del restaurante Volney, en el distrito XVI. Qué ironía, piensa Mercedes, su obstinación en tocar tangos provocó que su padre la enviara a educarse en París y ahora su tía Leonor —la única persona confiable para su padre— la manda a bailar tango. Claro que Rumpelmayer, el primero que organizó un thé tango en su lujoso hotel de la rue de Rivoli, es socio del padre de Leonor. Mientras Enrique Rodríguez Larreta, el nuevo embajador, despotrica contra el tango: «Esa danza obscena de casas de mala fama y bodegones de la peor especie, que en Buenos Aires sólo bailan marineros de puerto y mujeres de la vida», y prohíbe bailarlo en la delegación argentina, el ex embajador invierte en los thé tango: Elysée Palace, L'Aiglon, Harry Pilcer, y en la producción de perfumes, champagne y cigarrillos *Tango*, se ríe Mercedes mientras pasea por el salón del brazo de Charles de La Rochefoucauld, el duque francés con el que sueña — inútilmentecasarla su tía.

La aburren soberanamente estas reuniones. Cuando va con su tío Hernán, al menos se ríen juntos de las conversaciones cada día más tontas y más esnobs de quienes frecuentan las academias y los cursos de tango. Estudia usted con Saborido, no, con Ferrer, solamente Monelos enseña cómo debe bailarse correctamente, el verdadero tango argentino es el de Loduca, el de Simara, el de Herrera. Y si las figuras son nueve, o siete, o doce, y que se dividen en diecinueve secundarias. Aunque desde mayo de 1913 ya no debería haber más dudas, «El verdadero tango», un curso práctico para gente de mundo, fue publicado en *La Vie Parisienne*. Mercedes coincide con André de Fouquières, el cronista de *Fémina*: hay tantos tangos como profesores.

Sabías que el único verdadero era el que te enseñaba Hernán: escucharme, sentirme, gozarme, dejarte llevar. Por eso, aunque tus amigas tomaran cuatro cursos semanales, los jóvenes preferían bailar con vos.

Afortunadamente Hernán la libró de ese profesor parisino, M. de Rhynald, el

gran maestro de tango tan admirado por su tía Leonor. Ella lo leyó en *L'Art et la Mode*, y así se lo repitió a Vicente, cuando pasó por París: «Hoy no saber ejecutar los pasos del dulce paseo, es faltar a las leyes de la mundanidad más elemental», pero que no se preocupara, Mercedes no tocaba tangos al piano.

Pero sigue tocando, Hernán le compra las partituras y su tía ha decidido hacer la oreja gorda, desde aquella tarde que entre una *Consolación* de Liszt y una mazurca de Chopin, filtró *El apache argentino* de Arostegui, y Charles, la apuesta mayor de Leonor, la miró arrobado, aplaudió y pidió otro tango.

Extraña mucho a su madre, a su hermano, a Juan y Buenos Aires, pero no está mal en París, tiene que soportar a Leonor, pero están las clases de literatura de madame Martin, la maravillosa biblioteca de su tío, los conciertos, los paseos, y las cálidas charlas con Hernán. Y sobre todo no está su padre. Tuvo tanto miedo de que la llevara de vuelta con él cuando los visitó el año pasado. Pero Vicente ni lo intentó, pasó sólo dos semanas en París, y por suerte, no se alojó con ellos, sino en el hotel Ritz.

Sentada en su misma mesa, en el otro extremo, lo mira disimuladamente. Hernán no tiene dudas: es ella, la mujer que acompañaba a Vicente en el Hansen la noche que encontraron a Isadora. Una belleza de las que no se olvidan. Recuerda que le pareció extraño que esa muchacha espléndida, fresca, natural, estuviera con Vicente, aunque era un secreto a voces en Buenos Aires que su cuñado tenía una querida muy joven. ¿Tan loco estaría por ella que se había atrevido a llevarla con él a París? Lo sospechó vagamente cuando su cuñado prefirió quedarse en el hotel Ritz y no en su casa. Pero hacía más de un año ya que Vicente había vuelto a la Argentina, ¿qué hacía ella en París?

—¿La conoces? —le dice Hubert al oído, Hernán niega—. Es bellísima, pero espera a verla bailar. Enseña en lo de Thierry, aunque ya no sé —y se ríe—, Carlota abandona las academias porque discute todo, los métodos, los pasos.

Aquellos debates te aburrían, todo aquello estaba tan lejos de la Tero, Joaquina y la Ñata, pero que cada cual me viviera como quisiera, no sería la misma danza que en aquellas casas canallas donde nací, pero siempre un hombre frente a una mujer y yo enredándolos en el deseo. Esa extraña fiebre que se desató en París te permitía escucharme y bailarme en cualquier lugar: en las residencias, los hoteles, los dancing, los champagne tango, hasta en tu propia casa. Sorprendido y orgulloso de los ríos de tinta que me dedicaban en los

periódicos y revistas, del tiempo que consagraban mis fanáticos y mis detractores a estar a favor o en contra de mí, a tratar de encasillarme, refinarme, adornarme, adecentarme, denostarme, halagarme. Pero también nostálgico, habías ido aquella noche al bal Bullier de Montparnasse, que me alojaba desde antes de que fuera moda, en búsqueda de una compañera que te devolviera el vértigo de adivinarte la intención.

Las carcajadas de sus amigos, en el otro extremo de la mesa, permiten a Hernán encontrar la excusa para cambiar de lugar, y sentarse justo enfrente de Carlota. ¿De qué se ríen? De la furlana, la danza veneciana que recomendó el Papa. Saltitos y besitos furtivos en la boca, melindres y rebuscamientos. Giran, se aproximan, se buscan, pegan sus pechos, se besan, se alejan, huyen. Antonio les cuenta las reacciones de la gente cuando la joven pareja de Venecia presentó la furlana en el dancing de Saint Mandé. ¿Ésta es la pureza? Yo que dejo a mis hijas bailar el tango, dijo un caballero, no les permitiría bailar la furlana. ¿Cómo pudo el Papa? Es que el Papa no tiene hijas, le contestó una mujer.

La mirada de Hernán envolviéndote entre las risas. ¿Te había reconocido? ¿Se acordaría de aquella noche en Hansen? ¿Te preguntaría por Vicente?

—¿Qué saben de tango esos jóvenes aristócratas italianos que bailaron ante el Papa para demostrar que no es indecente?

—También aseguran que lo bailó Casimiro Aún con la Vasca.

—Pero Pío X no dijo que sea pecado, sólo recomendó la furlana, más fina que esas contorsiones complicadas, así les dijo.

—El Vaticano negó todas las versiones.

—Qué tiene que estar a favor o en contra el Vaticano, por qué no se meten en sus cosas.

—Me hubiera gustado tanto mostrarle yo al Papa el verdadero tango —confiesa Carlota.

—Carlota hubiera conseguido bailar con el propio Papa —ironiza Hubert—. Y está claro que, después de esa experiencia, Pío X no habría desaconsejado el tango.

—Ya lo habría incorporado a la liturgia —dice Hernán.

—¿Será pecado mortal o venial el tango? —pregunta Mireille.

—Pecado inmortal debería ser el tango —afirma Hernán.

Y sentiste que era a vos, Carlota, que te hablaba, sus palabras insinuantes, su sonrisa, las manos moviéndose, delgadas y expresivas. Ese cuerpo todo vida que te llamaba: Hernán, el cálido timbre de voz, su mirada mojada. Un largo y

exquisito prólogo a ese abrazo de cortes y quebradas, giros y medialunas, impecable, majestuoso, con el que sólo ustedes, mis queridos, podían darme el lugar que al fin había ganado en esa ciudad. Ni piruetas afectadas de music hall, ni pasos anotados por coreógrafos en papel alguno, ni decencia, ni pecado. Cuánto los quise esa noche mientras sacudían de emociones a mis fieles de Montparnasse gozándome y gozándose.

Apenas si hablan después de los aplausos y el champagne. Hernán decide no preguntarle nada a Carlota, no hay nada esencial que no se hayan dicho mientras bailan.

Y cuando le dije a Tolosa que hoy no llegaría hasta las cuatro a la academia, se puso furioso. Que pusiera un disco, si es que alguien iba, yo pensaba que todo el mundo estaría aquí, en la inauguración del tren subterráneo que va de Plaza de Mayo a plaza Once, y no me equivocaba. Está a tope de gente, por suerte no todos quisieron viajar, les da miedo. Traté de convencer a Lisa de que subiéramos juntos y me contestó que ni loca se metía en ese tren por debajo de la tierra, mucho menos conmigo, y yo entendí enseguida que la idea de subterráneo también a ella le sugería roces, cuerpos tocándose en la oscuridad, besos, pero no es así, hay mucha luz en los andenes y en los vagones, pero igual cuando arrancó, exclamaciones y gritos de emoción, la chica que estaba a mi lado se me acercó y yo, ni corto ni perezoso, la abracé para protegerla de ese primer empujón del tren subterráneo. Después le dio vergüenza y se soltó, pero ahora la veo otra vez haciendo cola, como yo, para subir de vuelta. No voy a ir a buscarla, con suerte me toca una más linda todavía en este tren, esta morenita de rulos, por ejemplo, y no voy a soltarla hasta que lleguemos.

Son las cinco ya y Tolosa debe estar que revienta de bronca porque no llego. Que me lo descuente, total, qué me importa, si me da siete pesos a la semana por ocho, a veces nueve horas de trabajo diarias. Pronto voy a conseguir un lugar fijo en una orquesta y no de suplente como hasta ahora y espero que el dueño del cinematógrafo Las Familias me vuelva a dar trabajo. Y chau a la Academia.

Fue el dueño del cine Las Familias quien le dijo a Arolas, el Tigre del bandoneón, que te fuera a escuchar: ese pibe es una maravilla. Yo sentía lo mismo cuando me tocabas, pero cuando estrenaste *Pimpollo*, la primera composición tuya que me nutrió, supe que con vos iba a llegar lejos. Y así fue. Cuánto te quise, Juan, aquella tarde.

No soporto más a Tolosa, tan bien que me cayó cuando fue a hablarme a la salida del biógrafo: que un chico tan talentoso no podía desperdiciarse acompañando películas, que en su academia tendría la posibilidad de hacerme un camino en el tango, que la distinguida concurrencia. Y yo le creí, por favor, esas tilinguitas aprendiendo el tango de salón, esos zopencos que no escuchan cuando acentúo los contratiempos y siguen que uno y dos. Prefiero mil veces el cinematógrafo, al menos allí tocaba lo que se me daba la gana, estudiaba, y eran cuatro horas y no nueve.

Une milongá, ordenó Tolosa, que será buen bailarín pero es tan afectado y tan amarrete que hasta los movimientos se le están coagulando últimamente con el esfuerzo de parecer fino y francés. Y yo toqué mi tango *Pimpollo*, que tiene ritmo amilongado, para probar qué pasaba, pero se avivó: *c'est quoi ça?*, dijo el imbécil para la más imbécil de todas las que van a la academia, y se autotradujo para mí: ¿qué diablos estás tocando?, y yo le di entonces a *La Payanca*. No sé para qué va a la academia porque es ella (que vivió en París hasta hace dos meses) quien le explica a Tolosa cómo lo enseñan allá: son doce figuras y nada más que doce, y saca sus cuartillas y le muestra las anotaciones de su profesor francés. Yo no bailo, pero al lado de las minas de lo de la Vasca (donde toqué el otro día en reemplazo de Rosendo) o cualquiera de las de los cafés de La Boca, ésta es una paralítica. Y además no es así, yo sé por las cartas de Mercedes que hay muchísimas formas de bailar el tango en París. Lo que me encantaría es que viniera Carlota (no tengo ni idea qué fue de ella, hace mucho que no me la encuentro) y le mostrara a este engrupido lo que es bailar el tango. Nunca pude olvidarme cuando la vi bailando con el Cachafaz en el bailongo de la calle Chile.

Carlota se desnudó del vestido pero no de la calidez que la embargaba cuando se fue a dormir en su bohardilla. Desde la certeza de su cuerpo, de su cuerpo bien bailado, después de los tangos con Hernán, decidió que en la academia no se obstinaría en demostrar que el tango argentino es así o es asá. ¿Cómo pudo empeñarse en tal trivialidad? ¿Lo querían codificar, pautar, edulcorar, alisar, sofisticar, adecentar? Que lo bailaran como les pareciera, como los hiciera felices. El otro día esa actriz, Laure Richepin, la había dejado pensando: el tango con su toque de voluptuosidad, sensualidad y exotismo nos ha hechizado, y danza que nos gusta la hacemos francesa. ¿Y por qué no? ¿No debería estar satisfecha simplemente porque una ciudad entera le dedicara horas

y horas, obsesionada y caprichosa, al tango? ¿Quién dijo que tenía que bailarse como en Buenos Aires? ¿Acaso no era conmovedora la difusión que había alcanzado el tango desde que ella llegó a París?

Te sentiste orgullosa con la reacción de las francesas a los cambios en la moda que produjo mi influencia. ¡Ese corset que inventaron para bailarme: de punto, flexible y no rígido!

Los corsés rígidos fueron concebidos para mantener a las mujeres prisioneras, para bloquearlas, decía aquella periodista de moda, Vanina. La mujer es desde ahora una varilla que se curva en todos los gestos, se acuesta, se inclina, languidece. Los guantes desapareciendo, las blusas subiendo a la cintura, los vestidos acortándose, esas dos mujeres atreviéndose a bailarme juntas en el Magic. El tango es para las francesas el principio de una liberación, le escribiste entusiasmada a Rosa, que ya no se detendrá.

Dar clases de tango en París había sido sólo una manera —fantástica sí, lo había soñado en Buenos Aires— de ganarse la vida cuando decidió abandonar a Vicente definitivamente en aquel viaje de infierno.

¿Definitivamente? Una vez más, deberías decir. Ya lo habías dejado dos veces antes.

Poco después del Centenario, la primera, y a principios de 1912, cuando Carlota entregó a Klaus los papeles que le había robado a Vicente de su maletín, información que habría de servir a la revuelta de arrendatarios. No fue por miedo a una represalia, no, en aquel momento sentía que no podía compartir nada con un hombre como él, con tal insensibilidad para quienes trabajaban sus tierras. Tres meses en lo de Ingrid y Klaus, el trabajo en la florería, y entonces el encuentro en el salón La Argentina, ese deseo imperioso de Vicente que rebotó en su cuerpo.

Y ese viaje en el que se reconciliarían, dos camarotes en el mismo barco, para qué si todos lo saben, pero igual felices, hasta París, ese júbilo de calles y puentes y luces y gente bella y diversa en la que se abismaba martillada permanentemente por ese ruido de Vicente: lo que Carlota tenía que hacer, cómo, a qué hora, con quién hablar y con quién no, qué vestido ponerse, su mirada admonitoria en todos lados, y esas escenas de celos de las que, convencido de poseerla, ya no se privaba.

«No me busques, no volveré a Buenos Aires», le escribiste y saliste en puntas de pie de la suite del hotel Ritz, mientras Vicente dormía. Disfrutaste de la lluvia fina que parecía lavarte de tanta sensación extrema sin sentido, no

sabías adónde irías pero la ciudad era demasiado grande como para que Vicente pudiera encontrarte en una semana, y sabías que él no podía aplazar su vuelta a la Argentina. Asomada a la baranda en el Pont de l'Alma, prometiste a tu reflejo en el Sena elegir tu vida cada día, cada hora, cada instante, sin ninguna presión.

Ni el miedo a la muerte quisiste que te determinara. Me prohibieron por decreto el primer día que estalló la guerra. Y con el sabor de fruto prohibido mis fieles franceses me refugiaron en hangares, ateliers de artistas, tugurios, en barrios excéntricos y en los suburbios. En mi clandestinidad me viviste aún unos meses, abrazada a la desesperación de aquellas gentes.

¿Qué otro remedio? Vicente no pudo oponerse, Francia entró en guerra. En diez días llegaría su hija a Buenos Aires con Hernán y Leonor, y un malestar creciente lo invadía. Porque aunque nadie pudiera sospecharlo, Vicente le tenía miedo a Mercedes. Es la única explicación a que aceptara de buen grado que se fuera con Hernán y se educara en París. Él contaba con Leonor, esa mujer sensata y fuerte, la única elección acertada de su cuñado, para que le devolviera su hija prometida con algún noble europeo. No iba a ser Inés, entre página y página de sus libros, quien lograra enderezar a Mercedes.

¿A quién habría salido? No podía decir que esos ojos desafiantes, ese tono jactancioso, esos gestos... ramplones, imágenes molestas que Vicente se empeñaba en apartar, tuvieran algo en común con el aire lánguido y permanentemente ausente de Inés. La única vez que su esposa se permitió levantarle la voz fue aquel día que discutieron por los problemas de Vicente con Mercedes. Pero una vez que se decidió su viaje, Inés se instaló en su nube de libros, ¿cómo podía vivir así?, y nunca volvió a mencionarle a su hija. Ni ninguna otra cosa, hacía tres años ya que Inés sólo respondía, lacónicamente, sus preguntas, pero jamás le hablaba.

—Mercedes está bien, educada y contenta —le había dicho a Inés al regresar de París.

¿Contenta? No precisamente cuando su padre la visitó, un beso obligado en la mejilla, ojos empañados por el rencor, respuestas arrancadas con fórceps a sus preguntas.

La casaría, lo antes posible. Mercedes ya se había presentado en sociedad en París, qué niña tan difícil, le escribió Leonor. Charles de La Rochefoucauld estaba seguro de poder conquistarla, aunque Mercedes no lo había alentado, pero

lamentablemente la guerra frustraba sus esperanzas de continuar ese vínculo.

Guerra. ¿Podría regresar Carlota? Vicente se había prometido olvidarla, pero si ella pedía su ayuda, por supuesto que no se la negaría ante el peligro de una guerra.

Mercedes está hecha toda una mujer, y preciosa. Cambió mucho, pero sólo de cuerpo, de cabeza sigue tan divertida y loca como cuando era chica. Y tan amiga mía como antes. Yo, cuando la vi, me quedé boquiabierto: es toda una mujercita, un bombón que corta la respiración. Ya hicimos no sé cuántos planes para los próximos días. Dentro de un rato va a venir a lo de Jordi, él me está dando clases extras porque durante seis semanas voy a reemplazar a José Martínez en el cuarteto de Tito.

No le dije nada a Jordi de que viene Mercedes, ella quería darle la sorpresa, por eso me río cuando protesta: quién vendrá a molestar a esta hora. No estoy para nadie, vieja.

Un vestido color cremita, una sombrilla, un sombrero con flores, se detiene en el vano de la puerta como diciendo: miren esta belleza. La cara de asombro de Jordi. Mercedes le extiende la mano, el muy tonto se la besa y hace una reverencia, como si fuera una reina. Nos abrazamos y ella: que no quiere interrumpir, pero él, que justo terminábamos cuando ella llegó, mentiroso, ¿quiere tomar un té, un refresco? Sí, pero antes le gustaría escucharme tocar. *Preludio en re menor*, ordena Jordi, pero la clase terminó, dijiste, así que toco *El porteñito*, y ella sonrío: ahora yo, y toca *El choclo*, dulce como le sale a Mercedes, y nos reímos mucho recordando el fardo que se armó por esos tangos. Me pongo a estudiar, Jordi y Mercedes se fueron al salón a tomar el té, la vieja pura sonrisita y amabilidad, que lástima no haber sabido con anticipación su visita, ¿un té, unos dulces?, se cambió la bata por un vestido, se ve que le gusta Mercedes. Y a Jordi se le salían los ojos de las órbitas mirándola, y ella, coqueta, moviendo las pestañas. Me encantaría que se hagan novios, aunque él es un poco viejo para Mercedes.

—¿Casarme? ¿Con quién? Ni se le ocurra que va a imponerme un marido, padre, me casaré cuando se me dé la gana, y con quien yo quiera.

Cómo podía responderle así esa mocosa. Vicente se levantó y salió del

escritorio. La llevaría a Mar del Plata, donde coincidían todas las buenas familias, y al año siguiente, boda. Vicente haría un inventario de los posibles candidatos para elegir el adecuado. Obviamente, no podría contar con Inés, ¿por qué sería tan anormal su mujer?

Carlota se cubrió con otra manta esa noche helada de enero de 1915 y pensó, con tristeza, que no podía desperdiciar la posibilidad que le ofrecía Hubert. Desde septiembre, el gobierno francés había huido a Burdeos. Alemania ya había tomado Bélgica y las tropas francesas, inglesas y belgas eran obligadas a retroceder. Cada vez sería más difícil escapar, le había dicho Hubert. Él la llevaría hasta Barcelona en automóvil, y allí podría embarcar para América. Cierto que todo se había vuelto más verdadero, como cuando Carlota había conocido el tango. En esos lugares clandestinos ya no se bailaba para ser visto, sino para uno mismo, las cortinas cerradas apagando el sonido de los instrumentos y allí dentro, la improvisación de a dos, el vértigo. Pero cómo soportar ese clima, la muerte acercándose a París, acechando en cada esquina. Y Buenos Aires le faltaba. Rosa, los cafés de La Boca, el salón Rodríguez Peña, los músicos, los patios con glicinas, los paraísos, y esos jacarandás azules, siempre en flor. ¿Podría en Buenos Aires ganarse la vida bailando el tango?

Capítulo diecisiete

El acompañamiento que hice hoy en La Marina se me repite una y otra vez, y aunque intente hacer desaparecer el piano de la cabeza porque mañana quién me despierta, sigue y sigue, la mano izquierda yendo y viniendo por el teclado, me digo: lo practico la última vez y me duermo, pero nunca es la última. Puedo cerrar más fácil el piano real, el de Jordi, el del café, el del cine, que el de la cabeza. Pruebo mejor con el segundo, sí, con esta digitación voy más rápido.

Hice bien en tocar el acompañamiento nuevo, pensé que me iban a tirar la bronca, no era lo que habíamos ensayado, y al fin yo sólo soy suplente, pero Tito es un buenazo y no sólo no protestó, sino que me felicitó delante de Arolas, el Tigre del bandoneón, cuando él se acercó a saludarnos. No me di cuenta de que estaba ahí, en La Marina, si no, no sé si me hubiera animado a improvisar. Lo admiro tanto, nunca escuché a nadie —y eso que hay excelentes bandoneonistas— que sea capaz de sacar al bandoneón esos sonidos ligados, esos rezongos que te acarician arañándote. Susurra, llora, ríe su bandoneón. Escalofríos da el fuelle en sus manos. ¡Y el Tigre me dijo que me quiere probar! El miércoles me citó en un local nuevo que van a abrir que se llama como su tango, *Una noche de garufa*, para ensayar con su cuarteto. El público le pidió que tocara cuando lo descubrió en la sala y él agarró el fuelle y se mandó con todo, los pies y las caderas de las parejas que bailaban inventaban prodigios en la pista.

Estaba ahí, perdido en una pollera con un tajo pronunciado, cuando levanto la vista, despacito, de esas piernas mágicas a la cintura, los brazos, la cara. ¡Carlota! Acaba de llegar de París, hoy mismo, y, a la noche, ya estaba en La Marina.

—No sabés lo que extrañaba, Juancito.

Carlota no me había escuchado tocar, llegó más tarde, y apenas terminamos la segunda parte, que salió todavía mejor, se acercó y me dio un beso y un abrazo, todos nos miraban. El Tigre también. Me mandé un poco la parte con los muchachos: somos amigos hace años, y nos queremos mucho.

Cuando Carlota me contó lo que hacía en París y que buscaba trabajo, le dije: lo tengo.

Seguro que Tolosa la contrata. Y espero que el Tigre, después del ensayo, me contrate a mí.

Rosa y Carlota se sentaron bajo los árboles exóticos del parque Lezama para charlar tranquilas.

Tanto para contarle que no sabía por dónde empezar, el trabajo en el frigorífico, las reuniones con los compañeros del sindicato, las clases de canto que ahora sí se puede pagar con una profesora italiana, su hermanito que terminó el sexto grado, el pibe de la otra cuadra que le hace la corte y ella ni caso, la mudanza de la amarga Susana a otro conventillo, lo de Amalia Figueredo que obtuvo el título de piloto.

—Pero pará, Rosa, que ni te entiendo. ¿Qué tiene que ver esa mujer piloto?

—Cómo que qué tiene que ver. Es mujer, ¡y vuela!, con título y todo. Vamos bien, Carlota, me tenés que contar lo de las francesas y la liberación. Ah, y Julieta Lanteri, que ya estaba alborotándolo todo pidiendo que nosotras también votáramos cuando te fuiste y no le dieron bolilla, sigue dando guerra y son muchas más ahora. Yo no creo en los partidos políticos pero igual me parece injusto que sólo voten los hombres. Ellos, con la ley Sáenz Peña de 1912, que estableció el sufragio libre, secreto y obligatorio, ya se conformaron, cierto que antes era peor, pero ¿y nosotras qué? En el sindicato somos un montón, ahí no nos pueden decir que no votemos, imaginate, arrugaditos tenemos a los compañeros varones.

Y las canciones nuevas que está cantando, su proyecto de pedir una prueba en un teatro, más adelante, ahora hay muchísimo que hacer: nos estamos organizando cada día mejor, y en cualquier momento le armamos la huelga general. Ellos iban a parar los abusos de los patrones. Si la guerra había incrementado las exportaciones de carne y el frigorífico tenía mucho más demanda, que contrataran más gente. En el departamento de conservas, donde está Rosa, hay un trabajo descomunal. Pero no sólo ahí hay problemas, se han llegado a matar quinientas reses por día, ahora los patrones han debido aceptar que no maten más de trescientas. Los compañeros exigían que se respetaran las ocho horas de trabajo, ¡ocho, Carlota, y nos hacen trabajar diez, doce!, y que se pagara el cincuenta por ciento más las horas extras, y que un hombre no

levantara más de setenta kilos de peso, y que...

La vida de Rosa por un momento te dio envidia, su entusiasmo avasallante, su coherencia, a sus dieciséis años tenía un lugar claro en el mundo.

—Si consigo que me paguen más en la academia, podría alquilar una casita en un barrio —dijo Carlota—. ¿No querés venir a vivir conmigo? Podríamos compartir el alquiler. ¡Y nos divertiríamos tanto juntas!

—Me encantaría —Rosa se quedó pensando—. Pero mis padres se morirían de pena. Papá dice que en cualquier momento algún muchacho va a querer llevarme. Ya está sufriendo pensando en mi casamiento, aunque es lo que quiere, te digo.

—¿Te vas a casar? —desilusionada—. ¿Y con quién?

—No, eso dice mi padre. Tal vez porque mi madre tenía un año más que yo cuando se casó con él. Yo no pienso casarme, no está en mis planes. Quedarme en la casa limpiando, lavando ropa y chismeando con las mujeres en el patio no es para mí, prefiero el frigorífico, con eso te digo todo —una pícaro sonrisa—. Es duro pero yo hasta me divierto tratando de ponerles límites a los cretinos de los patrones —una carcajada—. Escuchá lo que le hicimos el otro día al capataz, ese cerdo delator.

A esos sí que no los entendía, son tan jodidos como los yanquis, los dueños, ¿te podés creer que les cobran coima a los trabajadores para garantizarles el puesto de trabajo?

Sus ojos vehementes, sus furiosas convicciones, clavándoles alfileres a sus enemigos, sin perder la alegría ni un instante.

Temiste que Rosa se enterara de que el piso, donde había ido a visitarte cuatro años atrás, pertenecía al anterior dueño del frigorífico donde ella trabajaba. El enemigo. No se lo dijiste entonces, en 1910, no se lo ibas a decir en ese reencuentro, con todo lo que Rosa te transmitía, te hubiera dado vergüenza. Sin embargo, unos meses después, cuando Rosa estuvo en peligro, no dudaste en contarle todo lo que recordabas sobre las oscuras negociaciones que habían dado el poder de los frigoríficos a los norteamericanos.

Están pasando la película *Los escruciantes*, de Eugenio Py, la escena no tiene nada que ver con lo que toco, *Una noche de garufa*, pero no creo que a nadie le moleste. Ya es seguro que actúo dos jueves seguidos en el bar León, donde Arolas va a presentarse conmigo y el Cabezón, un violinista, y en tres

semanas en el baile que organiza el Inglés en el Patria e Lavoro con un cuarteto: Tito Roccatagliata en el violín, José Astuillo en la flauta, yo al piano, y el Tigre con su fuelle y dirigiendo. ¿Qué tal? Pero estoy en la cuerda floja todavía, el Tigre me habló sólo de dos actuaciones en el León, tiene otro pianista previsto, que volverá de una gira pronto. Pero le caigo bien, y le gusta que yo no sea un orejero, que sepa música, hasta me consulta alguna cosa, él no estudió música sino hasta hace unos meses, y toca como los dioses.

Delia, que es de Arolas, me tiene que salir perfecto el jueves. No voy a tocarlo como está en la partitura, en compás 2 por 4, Arolas lo interpreta en 4 por 4 y él es el compositor. Son 4 negras, 4 por 4, más lento y más tristón que el 2 por 4 de la partitura. Quizás porque todos los otros tangos están en ese compás, se lo cambiaron. Si alguien quisiera tocarlo sólo leyendo la partitura, sin escuchar al Tigre, haría un desastre. El otro día se lo iba a decir, pero no me animé, le tendrá cariño a quien los pasa al pentagrama.

Vicente le pidió a Inés que fuera a su escritorio.

¿La vio bailar con algún joven más que con otros? No. ¿Simpatizaba con el hijo de Pereyra? Sí, no sé. Y crispado: ¿también leía Inés en los bailes que no veía nada?

—No.

—Por una vez, ¿podés dejar de contestarme con monosílabos? Te estoy hablando de un asunto serio, del futuro marido de nuestra hija.

Inés estuvo a punto de quebrar el pacto con ella misma de no hablar con Vicente, y preguntarle si no le interesaba la felicidad de su hija. Pero se calló, sin embargo algo debe haber visto su marido en su mirada porque bajó el tono.

Por la personalidad de Mercedes, él no quería imponerle un candidato, Pereyra le había hecho un comentario en el club sobre la admiración de su hijo por Mercedes, le pareció que abría el juego. Vicente preferiría uno de los Alzaga, o Luro, pero si Mercedes simpatizaba con el joven... Inés ¿me estás escuchando?

—Sí.

—¿Quién te parece que va a pedir la mano de Mercedes?

—No sé.

—Yo tengo que volver a Buenos Aires, pero a ver si lo entendés, en Mar del Plata no solamente tenés que acompañarla a los bailes y a la playa y a los paseos,

sino hablar con tu hija, orientarla a un buen matrimonio. ¿Está claro, Inés?

El poder de convocatoria de la FORA era extraordinario. En la asamblea estaban todos: los cargadores de barcos, los trabajadores de las cámaras frías, los del departamento de conservas, los toneleros, los de playa de capones y novillos, los descarnadores, los estibadores y hasta un par de administrativos. A Rosa no le gustó que hubiera alguien de las oficinas, les tenía desconfianza.

Era fundamental ponerse de acuerdo entre todos, actuar en conjunto, dijo Lorenzo, el delegado de la FORA. Las medidas de fuerza se debilitaban si un sector respondía a la huelga y otro no. Ya lo habían visto en las acciones de septiembre, cuando los cargadores de barco trabajaron porque se les aumentó considerablemente el jornal y la empresa ni siquiera pagó más las horas extras. Y se despidió a muchos compañeros.

—El frigorífico trabaja con un producto perecedero —dijo Manuela—, hay que aprovecharlo, que ni un solo brazo se mueva y ya verán esos explotadores dónde está su poder.

—El capataz me dijo que van a cerrar —dijo un hombre mayor.

Lorenzo, que estaba en el frigorífico desde 1904, ya les había advertido que esos rumores que hacían correr tenían un solo objetivo: sembrar el pánico y hacerles agachar la cabeza.

Cierto que era difícil sostener una huelga por mucho tiempo, todos los días había colas de inmigrantes recién llegados en los portones del frigorífico: árabes, montenegrinos, turcos. Y ya se sabía que las negociaciones se distendían cuando la empresa no contaba con brazos sustitutos y se endurecían cuando podían hacer más contrataciones. Sí, pero ¿cuánto tiempo podían aguantar buscando empleo si no los reincorporaban?

—No es el único frigorífico que existe —dijo un carneador—, y hay tareas para las que se necesita experiencia.

—Me dijeron que se están haciendo listas de los trabajadores que despiden en cada frigorífico para que no los contraten en ninguno.

—Otro rumor más —dijo un joven.

—No —dijo Rosa desde la primera fila y buscó con la mirada a los dos administrativos, bajó la voz—. No es un rumor. Es cierto.

Ella nunca hablaba en las asambleas, Lorenzo la miró fijo, sólo un momento, pero no le preguntó nada y continuó dirigiéndose a la asamblea.

—No sólo tenemos que unirnos entre nosotros sino con los compañeros de los otros frigoríficos: el de Berisso, el de Zárate, estamos estableciendo lazos ya con los compañeros de Montevideo.

Una semana atrás, había entrado el canoso de la oficina de personal a la sala de conservas, y señaló a Rosa: che, vos, vení. Tembló, se habían dado cuenta de que el día anterior se fue con las del otro turno, a ella le tocaba hacer horas extras, pero tenía clase de canto esa tarde.

—Sabés leer y escribir. ¿Y hacer cuentas?

—Sí.

Y allí estaba, en esa oficina, pasando números a planillas, en reemplazo de una mujer que se había enfermado.

—Si te portás bien, te quedás acá —le había dicho García, el asqueroso que la miró como si la lamiera cuando se sacó el guardapolvo para irse—, laburás bastante bien.

Rosa ni le contestó, como si no lo viera: Buenas tardes. Se había propuesto pasar lo más desapercibida posible, en su rincón, sin levantar la vista de las planillas, no hablar con nadie. Mucho menos con esa vieja alcahueta que había tratado de tirarle de la lengua: que si protestaban mucho en conservas, que si le habían ido a hablar para que se sumara a la huelga. Apenas movió la cabeza negando, y volvió al trabajo. ¿Te comieron la lengua los ratones?, le preguntó el pibe ese que iba con corbata, un acomodado, seguro. Es muy tímida, dijo la soplona. La había logrado engañar.

—A ella, a la vieja, le dieron esas listas del Armour y de Swift, con los nombres de los despedidos para que controlara que ninguno de ellos hubiera sido contratado por *La blanca y celeste* —le dijo a Lorenzo cuando él la llamó aparte para conversar, al fin de la asamblea—. Y la inmunda se pone contenta cuando encuentra a alguno. Los van a despedir.

—¿Sabés quiénes son?

—Uno, el que mencionó en voz alta: Amín Bedmessain. Los otros no los dijo.

Rosa sabía dónde estaba la lista que les habían mandado, y dónde guardaba la bruja sus anotaciones, estaba dividiéndolos por oficio, antes de entregársela al de personal para que no contrataran a nadie. Y estaban elaborando otra lista con los que echaba *La blanca y celeste*. Era un poco difícil pero Rosa podía intentar robarlas.

Decirlo ya le dio miedo, pero la sonrisa de Lorenzo le dio coraje. ¿Se

animaba? Sí, tenía que pensar bien cuándo y cómo porque siempre había gente. Sus compañeros la iban a ayudar a planearlo.

Esa noche se reunió con Lorenzo, Manuela y dos compañeros que Rosa conocía de vista, en un bar del centro.

Imposible, imposible no era, porque la vieja los jueves se iba a las tres, pero había dos personas más en la oficina y otras que entraban y salían todo el tiempo.

El plan lo elaboraron cuidadosamente. Rosa daría los pasos necesarios, desde el día siguiente se acercaría al escritorio de la mujer a preguntarle alguna duda que le ofreciera su trabajo, de ese modo no llamaría la atención si alguien la veía acercarse a ese escritorio. Planearon uno a uno los movimientos, las variantes, que no se precipitara, iban a buscar la mayor seguridad.

—¿Sabés lo que te puede pasar si te descubren? —le preguntó Manuela.

—Sí, y no tengo miedo —el temblor era sólo interno, y no era nada en comparación con la alegría que le iba a dar hacerse con esas listas.

El local del Patria e Lavoro reluce con las guirnaldas y las flores, y tantísima y variada gente pujando por encontrar un lugar en ese salón largo y angosto. Muy elegante, con un vestido verde, y un sombrero tornasolado, Asunción mira orgullosa la tarima.

Un bandoneón, una flauta, un violín, y al piano, Juan Montes, tu hijo, tu Juancito. Y no era un suplente de nadie, como otras veces, lo habían contratado a él como pianista. El Pibe de Palermo, así lo presentó Arolas, el Tigre del bandoneón.

Frente a Asunción, moñito a lunares, chaleco, traje oscuro, los rulos escapando a la brillantina, Miguel Rinaldi parece haberse engalanado para la ocasión. Hacía cinco años que no se veían, cuando coincidieron en la fiesta de los padres de Pirucho, el amigo de Juan, y él se ofreció a acompañarla al Patria e Lavoro a escuchar a su hijo.

—¿Le traigo un vino?

Asunción ve entrar a Ponce e instintivamente se encoge para disimularse, vuelve la vista a la tarima, y se endereza, altiva. No es ella, la mamá de uno de los músicos a los que ahora aplauden a rabiar, quien debe esconderse, sino él. ¿Qué hará Ponce en esa fiesta del Patria e Lavoro? Su misma vestimenta es un grito destemplado, está de pie, incómodo, sus ojos agitados van de las mesas a la

pista buscando quién sabe qué, o a quién. Le ve ese gesto de asco, esa mirada admonitoria, ese movimiento brusco hacia atrás cuando esos dos muchachos se paran a su lado. Avanza hacia delante, protegiéndose con los brazos, como si estuviera en medio de una jauría. Pero ahí se acerca su hijo, su siempre maravillosa sonrisa, y lo abraza: estoy tan orgullosa de vos, le dice al oído, y se calla porque teme ponerse a llorar otra vez, como cuando empezó a tocar. Miguel lo felicita, entusiasmado.

—Me alegra tanto que te hayas animado a venir, mamá. Y ahora me perdonan, pero tengo que saludar a unas amigas.

Rosa se sintió importante cuando el pianista se sentó a su mesa. Es tan lindo, y toca tan bien. Ya se lo había dicho Carlota, pero no se lo imaginaba tan joven, ni tampoco que la iba a mirar a ella, porque es a Rosa a quien le dedicó esa sonrisa, derritiéndola en la silla. Es un seductor, hará lo mismo con todas, piensa mientras intenta desprenderse de esa tibieza que le va subiendo por todo el cuerpo, cuando Juan, camino de la tarima, gira y vuelve a mirarla y a sonreírle.

Está viéndose ya en el teatro, Juan tocando y ella cantando cuando la presencia de ese hombre alto vestido rarísimo la arranca de su sueño. De pie, frente a ellas, sus pequeños ojos gelatinosos clavados en Carlota y ni una palabra. El aire espeso, una tensión que asordina la música. Ahora vuelvo, le dice Carlota, y se aleja con el bacán. ¿Será su ex novio ese viejo? No se lo preguntará, lo ha decidido hace años, cuando sintió cuánto sufría Carlota con sus preguntas. Rosa grita ¡bravo!, cuando terminan aquel tango, ¿volverá Juan a la mesa, aunque no esté Carlota?

¿Cómo sabe Vicente que ha vuelto a Buenos Aires? Se lo dijo un amigo hace meses, y la está buscando desde entonces, por todas partes. Quiere saber... cómo está, la voz turbada, insegura, si tuvo miedo con la guerra, invitándola a hablar, como si nada, ningún reproche por haberlo abandonado en París, si necesita algo. Podrían conversar, si no ahora, respetuoso, prudente, ya ha visto que está con amigos, otro día, ansioso, esperanzado, nos podemos encontrar cuando quieras. Más delgado, canas en sus patillas, sus ojos claros rogándole lo que su boca no se atreve a decir. Podrían charlar, como viejos amigos. ¿Acepta Carlota? La conmueve, pero se ríe en sus barbas: ¿qué hace con ese disfraz de pingüino

en el Patria e Lavoro?, quiere probar hasta dónde está dispuesto a contenerse. ¿Por qué se ha vestido así, tan ridículo? Vicente se mira el jacquet. Vengo de una boda, se disculpa, y ya me voy, no te quiero molestar, su voz animada: ¿nos vemos entonces? Quizás, su cara radiante, Carlota vuelve a su mesa cuando él la sujeta del brazo, le basta una mirada fulminante para soltarla: ¿cuándo? Dame un lugar, una hora.

Sabías que era capaz de cualquier cosa para conseguir sus fines, lo conocías, te había hecho creer que todo sería diferente y luego ese viaje manchado de celos y reproches, pero preferiste volver a tu mesa con la sensación de que el dolor de perderte lo había cambiado. Había aceptado sin chistar tu provocación.

—El jueves iré al Peracca.

Día libre de pupilas de casas malas, trifulcas y emociones en el patio de ladrillos, sillas peladas contra las paredes del salón y un suelo de tablas que era la gloria de tus pies. Si tanto te quería, debería aprender a gozarme en mis casas.

También Miguel los está mirando.

—¿Los conoce? —pregunta Asunción—. ¿Quién es ella?

—Usted también la conoce, estuvo en su casa, con Juan, cuando llevaron los documentos de *La Vanguardia*.

—No la había reconocido, ¿y qué hace con el esposo de Inés Lasalle?

Miguel alza los hombros, la expresión amarga, y no responde.

¿Seguiría queriendo a Inés?, te preguntaste. Apenas la mencionaron una vez, años atrás, cuando se dijeron de dónde se recordaban. Y después de esa noche, en esos ratos de mate y bizcochos que compartían en tu casa, lo evitaste. Mañana no venga, le dijiste aquella tarde, espero la visita de una amiga. Así nomás, sin nombre que pudiera despertar fantasmas.

Se encontraron el lunes a la tarde en la confitería París, y el jueves Rosa fue a escuchar a Juan al bar León, pero se tuvo que ir antes de que terminara porque ella trabaja muy temprano, es obrera no bohemia. El domingo Juan la tomó de la mano mientras paseaban por Palermo, y al borde del lago, la sorprendió con aplausos y ese beso ventosa, cuando ella terminó de cantar la cantiga.

El martes siguiente Juan fue a buscarla al frigorífico y en el portón, el policía lo empujó: que ya les habían dicho que no hay más trabajo, que se fuera. Juan,

sorprendido: pero si yo no busco trabajo. Rosa lo agarró del brazo: son unas bestias, no le contestes. Juan no podía creer lo que ella le contó, que el otro día habían herido a la gente que había ido a buscar trabajo porque no se dispersaba, muchos ni siquiera entendían lo que les pedían, eran inmigrantes recién llegados, no hablaban castellano. Y cómo podía Rosa trabajar en ese lugar. ¿Por qué no cantaba? Sí, iba a buscar otro trabajo, en un teatro, pero más adelante, cuando estuviera más preparada. No iba a decirle nada más, Juan no lo entendería, era un artista, con una vida muy distinta. Comieron pizza en el centro y Juan le habló de sus proyectos. Esa noche se abrazaron en el zaguán, el cuerpo temblando y unas ganas locas de zambullirse uno en el otro, pero era pronto.

A la noche, antes de dormirse, Rosa besó el papel lleno de signos indescifrables que Juan le había dado, el valsecito criollo que compuso para que ella cantara. «*Rosa*, música de Juan Montes, 1916». Todavía no tenía letra pero para el jueves, le dijo, quizás ya estaría lista. ¿La buscaba como hoy a la salida del frigorífico?

—No, el jueves no.

—¿Por qué tan seria?

Tuvo ganas de refugiarse en los brazos de Juan y contarle en voz muy baja que ese jueves robaría las listas, pero no podía, ni siquiera los compañeros del frigorífico debían saberlo. Sólo los cuatro que lo planearon con ella.

—Por nada, mejor el domingo, en el parque de Palermo.

—Al pie de la estatua *El beso* —propuso Juan, entusiasmado—. A las cinco, el domingo.

Pero el domingo quién sabe. Se le precipitó la imagen de Lorenzo: ¿estás segura, Rosa, que podés hacerlo? Sí, estaba segura, no es de mantequita ella, no se derrite y si se compromete es porque puede.

Ya había dado los pasos previos, dos compañeros iban a pasar por el corredor para protegerla. Rosa le daría los papeles a Román, camino al baño de mujeres. Todo estaba bien planeado. Pero no podía evitar ese retorcijón de miedo en su estómago. ¿Y si la veía alguien cuando abriera el cajón? Y aunque no la vieran, bien podían sospechar que era ella. Lo negaría. Ella diría que García, el baboso, estaba allí, en la oficina, y podía afirmar que ella no se movió de su escritorio. Y el muy idiota corroboraría su versión, estaba segura, ella hasta le había sonreído esa semana. ¿Y si la descubrían? Lo peor no sería que la echaran del frigorífico, sino del país. Aunque tenía un año cuando llegó, Rosa no es argentina, se podría aplicar la ley de residencia. Lorenzo dice que no porque

es menor de edad, pero sí pueden mandarla a la cárcel, como hicieron con Simón. Y presa no podría cantar el valsecito que compuso Juan. Como censurándose, Rosa guardó en el baúl la partitura, no estaba ella para musiquitas con la responsabilidad histórica que había asumido.

Estar en esas listas de supuestos revoltosos que mandaban los frigoríficos significaba desocupación, robar era su deber, y ella podía cumplirlo.

—No sirvió de mucho mi osadía, pero las huelgas, si bien no rindieron beneficios materiales inmediatos a los obreros, favorecieron considerablemente a la organización de los trabajadores en su desarrollo y sus ambiciones de poder.

—Callate, Rosa, no podés hablar en esta parte.

—¿Por qué no? Siempre me están diciendo qué puedo o no hacer. ¿No era que en Tango hacíamos lo que queríamos?

Capítulo dieciocho

Juan no tenía teléfono, era la excusa perfecta, se dijo Mercedes. Y después de pasar por lo de Jordi, buscó a Juan en su casa.

Se ríen mucho cuando ella le cuenta las anécdotas de Mar del Plata. Las fiestas en el Ocean Club de playa Bristol, con la orquesta de Jaimovitch, que intercaló algunos tangos en su repertorio. La mayoría de los jóvenes bailando igual, como marionetas, contando los pasos, liso, apenas algún corte. Consultaban con ella, que, como había aprendido en París, lo sabía todo. Encontró sí un músico, de otra orquesta, con quien bailó casi tan bien como con su tío Hernán. Todos mirándola, admirándola, aunque después le dijeron que no debía haber aceptado bailar con él, quién era, nadie lo conocía. Y de pronto Fernando, con quien había bailado, un aburrimiento, la sacó de nuevo, e hizo maravillas. Sabe bailar y muy bien, pero disimula, te podés creer, Juan. Mercedes lo provocó con el músico, y por eso se atrevió, de puro celoso. Pero nunca más. Deben haberlo criticado tanto como a ella.

—¿Te gusta Fernando? ¿O el otro, con el que van a andar a caballo?

—No, algunos son simpáticos pero no me gusta nadie. Para desgracia de mi padre, que me quiere casar a toda costa.

Juan cree que sí le gusta alguien, se le nota en la mirada, que no se lo esconda. Juan la conoce muy bien, pero Mercedes no se lo va a decir.

Mercedes pensó en Jordi muchas veces durante ese verano, se imaginó que lo encontraba en la rambla, que iba a tocar en alguna de las múltiples fiestas a las que asistió. Y cuando lo sorprendió esa mañana en su casa, despeinado y con cara de dormido, su corazón dio un respingo.

—Hola ¿está Juan?

—No, pero pase.

No quería molestarlo. Si no era ninguna molestia, era un placer. En cinco minutos que lo esperó en la sala, Jordi se había peinado, cambiado la ropa y perfumado. Pero Mercedes se quedó apenas un ratito, si no iba a parecer una

excusa que quería ver a Juan, ¿dónde podía encontrarlo a esa hora? En su casa. Cuando le dio la mano, Jordi la retuvo, y la miró de una manera que no le dejó ninguna duda de que él también había estado soñando con ella.

—¿Nos encontramos mañana? —le preguntó, sin más vueltas.

Y ella aceptó.

—No te creo, Mercedes —le dice Juan—, pero no importa, ya me lo vas a contar. A mí sí me gusta una chica, más que me gusta, estoy enamorado hasta el caracú. Se llama Rosa y este domingo me voy a declarar en la estatua grande de Palermo, *El beso*.

Qué romántico. A Mercedes le encanta esa escultura, pero no se llama *El beso*, se llama *Leandro y Hero*, es de Paul Gask, representa el encuentro de los amantes: Hero, una sacerdotisa de Afrodita, y Leandro, que cruza a nado el Helos Ponto, a la luz de una antorcha que enciende su amada en una torre para guiarlo.

—Qué historia más bonita, se la voy a contar a Rosa.

—Pero termina mal, porque al final Leandro muere ahogado.

Esa parte Juan no se la dirá, hasta el beso nomás. Mercedes, que lee tanto, le puede dar una mano, Juan tiene muchísimo trabajo ahora, y se pasa horas escribiendo una letra para un vals que compuso para ella, pero no le sale.

Hacía ya unos meses que Hernán estaba en Buenos Aires, pero todavía no había ido a visitar a Asunción. El tiempo había pasado, y al fin, ellos, más allá de aquella historia tan rara que tuvieron en 1910, habían compartido una infancia, el cariño de tantos años. Ella le preguntaba a Inés por la vida de Hernán, por su niño, pero a él, evidentemente, no le importaba nada de Asunción.

Pero cómo iba a pasar Hernán por tu casa, con todo lo que le habías dicho la última vez que se vieron. Sin embargo, lo esperabas. Y no por el cariño de la infancia, cómo podías mentirte tanto, Asunción.

A Miguel Rinaldi sí le importaba Asunción, la iba a visitar, le preguntaba por su trabajo, por Juan, la ponderó por lo bien que bailaba el tango. La invitó una tarde al biógrafo, y la semana siguiente a un local que se llama Rodríguez Peña, donde hay excelentes orquestas de tango.

No sabías qué te pasaba con Miguel, pero la posibilidad de bailarme otra vez te tentaba. Y que un hombre te cortejara, tímidamente, como lo hacía Miguel, te hacía sentir mujer, una mujer deseada. Por eso, Asunción, querías que Hernán

volviera a vos.

La actividad febril de Leonor con la preparación de la nueva casa agotaba a Hernán, por qué tantas preguntas si ya le había dicho que decidiera ella lo que le pareciera bien.

Habían ido juntos al Armenonville, y al Palais de Glace pero Leonor consideró que a esos cabarets iba alguna gente como ellos, pero también cualquiera. No era como en París.

Y, súbitamente, Leonor se desinteresó de mí. ¡Al fin! Mis casas se multiplicaban, y vos pudiste disfrutarme como en otras épocas, con toda la gente nueva que se había sumado a mí. Los bares del sur y las fiestas en las sociedades de inmigrantes eran tus favoritos en aquellos años, Hernán.

En el bar León se sorprendió cuando miró al pianista y reconoció al hijo de Asunción. Lo fue a felicitar: soy Hernán Lasalle, el tío de Mercedes. Juan lo saludó con simpatía.

Ni siquiera le preguntaste por su madre, nombrarla te hubiera dolido.

Cuánto le gustaría, se dijo Hernán, que su hijo César fuera un tanguero, como él, como Juan.

—Y entonces me dijo que yo tenía que orientar a Mercedes en un buen matrimonio. Casi le pregunto ¿como el nuestro? —le dijo Inés a Asunción—. Por supuesto que Pereyra no le gusta a Mercedes, se lo pregunté, ni el otro, ni el otro. Se divierte con ellos, ríen, bailan, pasean, pero casarse, ni se me ocurriría sugerírselo.

—¿Cuál es el apuro para que se case? Ahora se casan mayores, algunas a los veinte.

Vicente iba a enfurecerse con Inés por no haber logrado lo que le pidió. Ahora estaba de viaje, pero en cuanto llegara, tendría que soportar otro minucioso interrogatorio, lo peor es que ella creía que a Mercedes le gustaba alguien, alguien que no puede decir, la vio muchas veces en la terraza, la mirada perdida en sueños, y temía que... ayer justamente se lo preguntaba a Miguel, ¿qué debo hacer si Mercedes me dice que está enamorada de alguien que...?

—¿A quién le preguntabas? —la interrumpió Asunción.

A Miguel, contestó distraída, y siguió ese relato en el que Inés preguntaba,

Miguel le respondía que nunca iba a permitir que Mercedes fuera obligada a...

—¿Miguel Rinaldi? —y casi le gritaste.

Te miró desde abajo del agua, como si no comprendiera tu pregunta: ¿y quién sino? Ya lo sabías, hacía años, pero de pronto su nombre allí, en la intimidad de su confidencia, te golpeó. Habías visto a Miguel casi todos los días, ¿cómo podía estar al mismo tiempo hablando con Inés en la terraza de su casa en Mar del Plata? Podrías haberle dicho que llevaba muy lejos su delirio, cómo iba Miguel Rinaldi a decidir sobre Mercedes, pero te sentiste culpable, como si de algún modo estuvieras robándole su hombre a tu mejor amiga. Tendrías que decirle que estabas viendo a Miguel, pero ¿cuándo? No en el momento en que ella estaba sosteniéndose de esa tabla para enfrentar a Vicente. Otro día, pero te resultó más fácil poner una distancia con Miguel, inventar un pretexto, que confesarle a Inés tu traición. Tanto no te interesaba Miguel, te dijiste.

La llave del departamento de la avenida de Mayo se la había dado Vicente cuando se encontraron: aunque no pensara ir, que la tuviera, por si cambiaba de idea, ese departamento era de Carlota, pero no se le ocurrió usarla hasta que Rosa se presentó ese jueves a la noche en su cuarto. Estaba desesperada, la buscaban por todas partes, no podía explicarle, no quería comprometerla, sólo pedirle que la dejara esa noche dormir con ella, mañana o pasado los compañeros le conseguirían un escondite. No podía ir a la casa de ninguno, estaban todos fichados, algunos ya presos.

—No te preocupes, yo tengo dónde esconderte, allí no te van a buscar. Vamos.

Era importante que Carlota no le dijera a nadie dónde estaba Rosa, ni siquiera a Lorenzo cuando lo encontrara al día siguiente, porque podían arrestarlo y obligarlo a cantar. ¿Se animaba a ir ella en su lugar? Claro.

Te excitó la idea de ese encuentro secreto en Avellaneda, la clave que deberías darle para que supiera que estabas con ellos. La adrenalina que te hacía falta, Carlota.

Se lo dijo a la mañana siguiente, ya instaladas en la avenida de Mayo, cuando Rosa miraba alrededor, conteniéndose la pregunta.

—Este piso es de Ponce, el que le vendió el frigorífico a los norteamericanos.

Sus ojos azorados, indignados. ¿La habías metido en la boca del lobo?

—No protestes, Rosa, es práctico. Nunca te van a buscar en un departamento de Vicente Ponce. Y él está de viaje.

¡Qué día hoy! Rosa me deja plantado en Palermo, luego, el conventillo y la madre de Rosa que me saca carpiendo, y a la noche Miguel: que quiere hablar conmigo de hombre a hombre, ese planteo tan inesperado.

Todavía veo la cara dolorida y furiosa de esa pobre mujer: cuántas veces tengo que decirles que no sé dónde está mi hija. Pero si era la primera vez que se lo preguntaba. Me cerró la puerta en la cara, sin permitirme ninguna explicación. Me fui preocupado, ¿le habrá pasado algo? ¿Se habrá peleado con sus padres y se escapó de la casa? ¿O habrá tenido problemas con las bestias que están en el portón del frigorífico y está escondida? No creo que me deje plantado porque sí, yo le gusto.

Y lo de Miguel me sorprendió tanto, dio ochenta vueltas y al fin me dijo que él pensaba que con el tiempo mamá y él podían... Dejó ahí la frase pero está claro, ¿será posible que no me haya dado cuenta antes? Soy ciego, o tonto. Sus propósitos eran serios, me aclaró, pero necesitaba tiempo, ganar poco a poco la confianza de mi madre, su afecto, por eso la visitaba, como si necesitara mi permiso para seducirla: no pretendía molestarte, sólo que le diera esa posibilidad, que tratara de comprender. Yo mudo, no porque me pareciera mal ni bien, no sé qué me parece. Lo que sí sé es que nunca dije que me molestara que viniera Miguel a casa, se lo debe haber inventado mamá para sacárselo de encima.

¿Y si fuera al revés? ¿Si es a mí a quien quiere sacarse de encima porque le gusta Miguel pero teme que yo no la apruebe? Le dará vergüenza tener un pretendiente a su edad, aunque tampoco es tan vieja. No sé lo que me pasa con esto de que mamá tenga un novio. Nunca me pareció que lo necesitara, aunque quizás...

El otro día, Ricardo y el francés me propusieron compartir con ellos el alquiler de un departamento con piano. Me encantaría vivir con músicos y tocar a toda hora. Pero yo les dije que no, no sólo por la plata, sino porque pensé que mamá se iba a poner triste si me voy. ¿Y si me equivoco y le viene bien para tener más intimidad?

Apago la luz y veo a Rosa, sus ojos verdes serios, tristes, y siento que le pasa algo, que tengo que ayudarla. Pero cómo, si no sé dónde está. A su madre no me

animo a preguntarle otra vez. Ya sé. Le preguntaré a Carlota.

Los papeles falsos para que Rosa pudiera escaparse del país no se los dieron en Avellaneda, sino tres días después, en una esquina oscura de Boedo, la mirada desconfiada del hombre moreno, ¿su sombrero, su vestido serían demasiado elegantes para un encuentro con un anarquista revolucionario?, pensó Carlota.

—Me disfracé para disimular —le dijo, y él, reticente, la mano extendiéndose y retrayéndose, luego esa risa que creció a la carcajada, al fin el sobre.

Carlota iba a maquillar a Rosa y a teñirle el pelo para que no la reconocieran. Y al día siguiente, bien temprano, tomaría el vapor a Montevideo, un nudo en la garganta, quién sabe si volverían a verse.

De todos modos, la situación no se podía postergar más. En cuanto Rosa se fuera, volvería a la pensión. Llantos, abrazos y confidencias en esa larga noche. Carlota le diría a su mamá que Rosa había podido escapar y a Juan, ¿qué podía decirle a Juan?

—No llores, Rosa, ya se volverán a encontrar, él está loco por vos, vino a la academia a preguntarme si te había visto, le dije que habías tenido que salir rápido porque te contrataron en un teatro de México. ¿Por qué no le escribís una carta y le decís que lo querés para que te espere?

—No, nada escrito, tampoco lo quiero comprometer.

—¿No exagerás, Rosa? Te estás viendo como Simón, ¿mataste a alguien?

—No —y se rió—. Hice un servicio a la clase trabajadora. Pero me van meter presa, y cuando cumpla los dieciocho, me echarán del país. Tengo que irme.

Nunca supiste exactamente lo que había hecho para meterse en tamaño lío. Mejor, porque si por casualidad te interrogaban, no ibas a cantar nada. En cambio, ella podía decir a quien le sirviera todo lo que Carlota le había contado sobre los frigoríficos.

—Sí, ya lo escribí, lo mandé en el sobre que le diste ayer al compañero.

Carlota acompañó a Rosa al puerto a la mañana temprano, y le regaló esa gargantilla de oro con diamantes, que por suerte no había vendido en París porque consiguió trabajo antes. Ésta era la ocasión perfecta para perder ese bozal de perro, horrible, pesado, que ahorca, de veras, nunca me gustó, me alegro de que sirva para algo.

Todas cosas buenas pero yo estoy tan abatido. El Tigre se fue a Montevideo pero me contrataron para tocar con el tano Genaro Espósito en el café El Parque, y con Osvaldo Fresedo en el cabaret Montmartre. La semana que viene me mudo con Ricardo y el francés a un departamento ¡con piano! Pero Rosa se fue, está bien, le salió un buen trabajo en México, pero podía haberme escrito una carta, por lo menos. Y lo de Mercedes me hizo pomada, justo el día en que le anuncié a mamá que me iba a mudar (lloró un poco pero lo entendió), Mercedes me pide si se puede esconder en casa porque su padre ha decidido casarla con un tarado que ni siquiera se lo preguntó primero a ella. Le tuve que decir que no, que yo me iba, y que habría demasiados problemas con sus padres, y le complicaría la vida a mamá. Si el ogro insiste en casarla con Pereyra, ella sabe lo que va a hacer, no me quiso decir qué, pero me dio miedo su expresión.

Por qué Mercedes Ponce y Lasalle dejó que las cosas llegaran hasta ese punto de escándalo es algo difícil de saber, pero dio tela para años. Isabel Marcó del Pont fue una de las pocas que no se sorprendió aquella noche; la modista le había comentado, espantada, días atrás, que tenía que corregir los vestidos de Mercedes en cada prueba, porque su talle se ensanchaba, debía estar por lo menos de cuatro meses. Pero ni tenían la misma modista, ni Pablo Unzué la había visto en estado cuando se la cruzó por la calle en Junín dos meses después, además, dijo una lengua viperina de las que nunca faltan, todos sabían que Isabel coqueteaba con Carlitos Pereyra. Roberto Duhau se había enterado hacía años ya que a Mercedes la había desflorado un alemán de la nobleza en París que luego hizo mutis por el foro. Alcira Díaz Vélez la había visto en postura indecorosa con un violinista de la orquesta del Ocean este verano. Todos la habían visto bailar con ese músico en la fiesta. Y Mariano Pereda la había sorprendido a los arrumacos con un don nadie en la plaza San Martín, no había querido comentárselo a Carlitos en su momento para no disgustarlo, pero vaya si se había arrepentido de su discreción con lo que pasó después. Por Tomás Bosch se enteraron que estaba en Rosario, aunque María Castaing de Mackinlay juraba a muerte que la bailarina que había visto en un music hall de Nueva York en su luna de miel no era otra que Mercedes. Francisco Casares estaba seguro de que Mercedes buscó la forma de vengarse de Carlitos Pereyra —y no pudo encontrar

una mejor, la verdad, él de alguna manera admiraba su astucia— porque él pidió la mano a su padre sin consultarlo antes con ella, y Mercedes era un espíritu libre. También Clotilde Martínez de Hoz pensaba que lo de la fiesta lo había hecho a propósito, pero no para vengarse de Carlitos, sino de su padre, a quien odiaba porque le había tirado el piano a la calle. Pero no sólo de su padre y de Carlitos se había burlado, sostenía indignado Pancho Santamarina, sino de todos ellos, que estaban allí, en su casa, invitados a la fiesta de compromiso, los regalos ya enviados, cuando se enteraron. Devolverle a cada invitado su regalo debió ser terrible para su madre, se compadecía Lucila Güiraldes, ella jamás pondría a su mamá en una situación tan bochornosa. Había que reconocer que Inés Lasalle de Ponce era bastante rara, su mamá lo decía siempre, pero Diego Villanueva tuvo que darle la razón esa noche: era la única tranquila, ¿recuerdan el tono calmo y hasta complacido con que nos anunció que Mercedes no vendría a la fiesta, que el compromiso por lo tanto se anulaba? Sí, como si dijera pasen a la mesa, o vamos a ofrecer tal concierto, se divertía Jean Paul de Bary, quizás ella lo planeó con su hija para poner en ridículo a Ponce, y lo logró, ¿recuerdan el color borravino de su cara? Parecía incendiarse. Benjamín Pereyra recordaba más la expresión de su tío, el padre de Carlitos, abriendo la boca, le llevó un tiempo reaccionar, aunque él piensa que exageró con lo del honor ultrajado, y lo de retar a duelo a Ponce delante de todos los invitados. Por suerte no se lastimó ninguno de los dos, decía Alfredo Duggan, la culpa era de esa chica sin cabeza, y sin moral y del canalla que la descarrió. La culpa era de la madre que le permitió tantos caprichos. La culpa era del padre que no la puso en su lugar. La culpa era de su tío Hernán Lasalle que le inculcó las peores cosas en París.

Pero nada justificaba, ni el embarazo, ni la rareza de su madre, ni el alemán que la desfloró, ni el don nadie, ni el violinista, ni la venganza de quien fuera, que ella hubiera asistido con una sonrisa en la boca a todos los preparativos de su compromiso, escuchado las promesas de amor de Carlitos Pereyra, curioseado los regalos, y huyera de su casa justo cuando todos ellos estaban presentes. Era una afrenta que nunca perdonarían.

Y un festín para sus lenguas.

Leonor no paraba. No tenía otro tema de conversación: era como si Mercedes hubiera hecho esa afrenta sólo para hacerle daño a ella, para dejarla en un lugar humillante delante de todos. Ellos se habían hecho cargo de su

educación los últimos años en París. Hernán le había permitido cualquier cosa, Leonor nunca estuvo de acuerdo en que se le diera tanta libertad, deberían haberla casado con Charles antes de volver, vos te negaste, siempre la consentiste. Y mirá las consecuencias. Pobre Vicente. De tu hermana no digo nada, porque a ella no parece importarle demasiado.

—¿Adónde vas, Hernán? Te estoy hablando.

—A jugar con César.

No era sólo para huir de Leonor. Hernán se pasaba horas jugando con su hijo. Lo llevaba en el automóvil a mostrarle Buenos Aires. Le contaba historias.

—*Podría haber sido tan distinto con ese padre maravilloso que tuvo —dice Mercedes.*

—*No interrumpas vos también, Mercedes. Nosotros podemos hablar sólo cuando están Ana y Luis.*

—*Pero si no nos escuchan cuando evocan, yo también quiero opinar —dice Rosa—. César fue un producto típico de su clase. El dolor pudo haberlo hecho reaccionar humanamente, aunque sea, pero fue más fuerte su ideología de mierda que el drama de perder a un hijo, por lo que hemos sabido por Ana.*

Capítulo diecinueve

Hace ya dos meses que Ana tiene la foto de Hernán Lasalle, su bisabuelo, y, cada vez que va a visitar a sus padres, se promete que va a mostrársela, un buen pretexto para abrir el juego. Pero nunca es buen momento, hablar de Hernán llevará inevitablemente a su abuelo César, y Ana no quiere entristecer a su padre. Sin embargo, hoy ha decidido que no se irá de allí sin abordar el tema, ¿cuándo se lo va a decir? ¿Cuándo se estrene la película? Es absurdo que siga ocultándolo como algo vergonzoso. Si al principio ella sentía que su compromiso con este proyecto era algo oscuro, una curiosidad morbosa, lo cierto es que hace tiempo que lo está gozando. Y va más allá de la investigación. El vínculo que fue armando no sólo con Juan Montes, sino con Hernán Lasalle, con Mercedes, esa familia, «su familia» también, le ha cambiado la perspectiva.

—¿Les conté que estoy colaborando con un director de cine argentino?, investigando sobre el tango —sobre tu familia debió decir, pero no se anima—. Es una saga familiar.

—Ah, sí, qué interesante. ¿Y qué familia?

—Son dos familias, en verdad. La de Juan Montes y la tuya, papá —ya está, ya lo dijo y ahora todos la miran perplejos.

—¿Los Lasalle? —Marie no oculta su asombro.

—¿La película es sobre los Lasalle? —espantado su hermano Tomás. Ana quizás hubiera reaccionado igual apenas unos meses atrás, años de escuchar mentar esa familia como los enemigos.

—Sí, y también la de Juan Montes, por eso te pregunté hace un tiempo si lo conocías, ¿recordás?

No le contesta, no le ha dicho una palabra, los ojos fijos en Ana, algo peligroso a punto de saltar en la siempre agradable sobremesa de la rue St. Paul. Su padre ha bajado la vista a la miga de pan que amasa con fruición. Marie lo mira, inquieta. Ana se levanta, abre su bolso y, con todo cuidado, separa la foto de las dos cartulinas que la protegen. Su amigo Gérard se la ha arreglado con un

programa para fotos, la pone delante de su padre: me la mandaron por mail. ¿Lo conocías? Es tu abuelo. Sonríe esperando alguna palabra que no llega. Dijiste que era un excelente bailarín de tangos y parece, según lo que investigamos, que también un buen tipo, sensible, aunque no te lo creas, las miradas consternadas, la bola de pan arrojada con fuerza sobre el mantel, las venas de la mano de Hernán cada vez más azules, las palabras de Ana cada vez más rápido como si pudiera así tapar ese silencio tenso con que su familia ha recibido la novedad: hizo mucho por el tango, fue uno de los primeros que lo bailó en París, la familia de Montes lo adoraba, exagera, y también su sobrina, Mercedes, hubo un gran escándalo con ella, con la hija de Inés y de Ponce ¿sabés quién era Vicente Ponce?, papá.

Hernán se ha puesto de pie, abre y cierra la boca, como si buscara dentro de un amplio repertorio, las palabras adecuadas para contestar a su hija, que no reconoce.

—¿Ponce? —mastica con asco la palabra, como si le repugnara el solo sonido de ese nombre—. Cómo no voy a saber quién era Ponce, su admirado Vicente, el prohombre que tanto había hecho por el país, y por él mismo, claro. Un ídolo para mi padre —su expresión se ensombrece—. Ana, ¿qué tenés que ver vos con esa gente?

—Lo mismo me preguntaba —su hermano, satisfecho de que, por una vez, sea ella la cuestionada—. Ana, ¿no sos socióloga vos? ¿Qué clase de trabajo estás haciendo?

—Colaboro en una investigación sobre el tango que servirá de base a una película.

—¡Ponce, un hombre de tango! Con razón no me gusta el tango. No me gustaba —apaciguándose—, porque verte bailar a vos fue un magnífico regalo, y con Marie nos divertimos mucho —la mirada buscando ayuda, pero su mujer no responde—. Ahora... qué tiene que ver tu pasión por el tango con esta historia de gente infame que decís que estás investigando.

Hernán se sienta.

—Yo en verdad investigo más sobre Montes, y cosas sueltas —hablar, hablar—: los diversos estilos coreográficos del tango, el cambio que se produce en los años veinte —hablar como si no tuviera nada que ver con los Lasalle—, cosas divertidas como cuando la Iglesia armó escándalo y tuvieron que bailar el tango ante el Papa para que dijera si era o no pecado ¿lo sabían? —nadie responde pero seguir, seguir—, y cuando la Duncan bailó desnuda con la bandera

argentina —cada vez más lejos—. Es Luis, el director de la película, el que se ocupa de los Lasalle.

—¿Y por qué te eligió justo a vos para investigar? —no se la iba a perder Tomy—. ¿Porque te llamás Lasalle?

Como si no lo escuchara: Y me cuenta todo por mail o chateamos. Pensé que... —los mira a todos, como pidiendo autorización—. Pensé, papá, que podías ayudarme con lo que recordaras. No sé, la historia de Mercedes, por ejemplo, tan escandalosa en esa época, sería interesante saber cuál fue la versión oficial, o familiar, mejor dicho. Porque debe haber sido Ponce quien se lo contó a tu padre. ¿Él no te habló de Mercedes?

—Ana, ¿qué te pasa? —corta su madre con evidente disgusto—. ¿No sabés que a tu padre le hace mal recordar a su familia?

Todos enojados con Ana, como si fuera ella la responsable de tener esa familia. Reacciona:

—Sí, le hace mal recordar a la familia, y los años de cárcel, y la Argentina, y su infancia, ¿hasta dónde te hace mal recordar? ¿Hasta tu tatarabuelo?

Está siendo muy injusta, pero ya no lo puede evitar, retira la foto, la guarda enérgicamente en el bolso. Me voy, cuando se pueda hablar como en cualquier familia, avisen. Marie y Tomy al mismo tiempo pero si sos vos la que nunca quiere hablar, no le hagan caso, está histérica, le hace mal trabajar con los fachos, ¿cómo vas a colaborar con una película sobre los mierda de los Lasalle? Te recuerdo que vos también te llamás Lasalle, Tomás Lasalle. La voz grave de Hernán imponiéndose: ya llegaremos al tatarabuelo, Ana, pero empecemos antes... empecemos por la cárcel, ese gran tapón, es cierto, casi no lo hemos hablado.

Las paredes estrechándose sobre Ana, miedo.

—Tomy tiene razón, papá, me puse histérica —se acerca, lo abraza—. ¿Me perdonás?

Él la aparta cariñosamente, le señala la silla. Quiere hablar con sus hijos de la cárcel, de los largos años en los que no los vio crecer porque estuvo preso, quiere contarles, siente que ha llegado el momento, le hará bien.

La sala ha empequeñecido, la voz de su padre los cose a las sillas: Hubo un tiempo en que Marie, y yo, y muchos, muchísimos más, creíamos que íbamos a cambiar el mundo —una sonrisa triste, un intercambio de miradas cómplices y emocionadas, ¿podrá Ana alguna vez sentir algo tan profundo como lo que existe entre sus padres?—. Marie era más activa que yo, militaba, yo nunca

formé parte de ninguna organización, tenía mis ideales, pero me limitaba a expresarlos hasta que, aspira profundamente, se detiene, decidí defender a un preso político, luego otro y otro. Y vino ese 22 de agosto de 1972, en una cárcel en Trelew masacraron impunemente a diecinueve compañeros, pertenecían a tres organizaciones diferentes... Ayúdame, Marie, y ella hace un gesto, indicándole que siga. Lo cierto es que ese hecho me puso en un punto de no retorno, ya no atendía casos que no fueran presos políticos, mi actividad estaba amparada por la ley, una risa amarga, pero ¿de quién me defiendo?, hablo con mis hijos, no con mi padre. Tuve que dejar el estudio, mi socio no estaba de acuerdo, y hay una inmensa ternura en esa mirada, pero Marie me apoyaba.

—Estaba orgullosa —dijo Marie—, pero era difícil, ustedes eran chiquitos y no contábamos con ningún apoyo. Ésa fue la primera pelea terrible con César, cuando supo por qué había dejado el estudio —calla abruptamente, como si hubiera dicho más de lo que quería.

—Fueron tiempos duros, pero también geniales, ¿no, Marie? Era maravilloso sentir que podíamos hacer algo para salir de la injusticia que nos rodeaba.

—¿Y de qué vivíamos?

—Marie daba clases de francés pero no alcanzaba. Vendimos el departamento que nos habían regalado mis padres para el casamiento, y alquilamos otro, con esa plata podíamos tirar un largo tiempo. Entonces fue esa pelea brutal con mi padre, ellos no me habían regalado ese departamento para que yo lo malgastara con delincuentes... Me enfurecí y le tiré a la cara un cheque con casi todo lo que teníamos guardado. Una gran estupidez, una gran imprudencia, creo que en ese momento no imaginábamos todavía lo que podía pasar. Porque contra todo lo que debía ser, con el gobierno constitucional la represión empezó a ser cada vez más fuerte.

—¿El de Perón?

—Isabel Perón. La fórmula era Juan Domingo Perón-Isabel Perón, y, cuando murió Perón, su mujer, Isabelita, quedó en la presidencia. ¿Te acordás, Marie? —intercalar anécdotas, distenderse—. Ana tenía cuatro años, y en la tele mostraban el desfile de gente ante el cadáver de Perón, música sacra, y no sé qué relación habrás establecido, Ana, pero preguntaste si Perón era Dios.

Y son otra vez ellos cuatro riéndose, como tantas veces en las comidas de la rue St. Paul. Cuando la sonrisa de Hernán se transforma en ese gesto atormentado, otra bola de miga de pan, silencio, Ana: no es necesario que lo recuerdes, papá, si te hace mal. Pero es ella la que no quiere que le hable de la

cárcel.

La mano de Hernán en alto le pide silencio.

—Me detuvieron el 3 de agosto de 1975. Me llevaron a Magdalena. Nunca tuve un juicio.

—La próxima vez que traigas la foto de un antepasado a casa, avisame, así me tomo un tubo de ansiolíticos —le dijo Tomy riéndose, los ojos rojos aún, cuando la acompañó a su casa.

Él había llorado con su padre cuando evocó el alivio y también la desesperación que sintió al enterarse de que ellos por fin pudieron escaparse del país. En París estarían a salvo, pero no podría verlos ni en una visita. Y Marie cuando habló de los años abrazado a la ausencia de su cuerpo, sacando de allí la fuerza para aguantar un día más, y otro, y otro, tratando de imaginar cuánto medirían ya sus hijos, cómo serían sus voces, sus sonrisas, sus cuadernos escolares, sus juegos. Y Ana cuando conoció el mensaje que le envió César con su mujer a la prisión de Magdalena: que no pensaba interceder ante nadie para que lo liberaran, que para él su hijo estaba muerto.

—*Qué miserable. Peor que Vicente, aunque tarde, él reaccionó con la desgracia de Francisco.*

—*Pero pasó años diciendo que Mercedes estaba muerta para él.*

—*César no era hijo de Vicente, sino de Hernán.*

—*De alguna manera, Vicente lo adoptó. Se querían y se admiraban.*

—*Eran tal para cual. Podría haber sido hijo suyo.*

De: Luis Rucoli

Para: Ana Lasalle

Asunto: Decisiones

Querida Ana: ya diseñé todo el plan, los veinte tomarán gran parte de la película, y, para terminar, el golpe de 1930, que lo pudrió todo. El principio del abismo.

La historia se detendrá con el nacimiento de mi madre, en 1931. Varias razones, un cierto pudor de poner a mi madre como personaje (ya bastante personaje es de mi vida), la trayectoria de la carrera de mi abuela, la primera dictadura después de setenta años de democracia. La generación de nuestros

padres no la toco.

Y ahora el notición que te regocijará hasta las lágrimas: en menos de un mes estoy ahí.

Y después te toca a vos venir a Buenos Aires.

Un beso, Luis.

Por suerte Luis tomó esa decisión, su abuelo César tendrá veinte años al final de la película y como no cree que haya tenido nada que ver con el tango, no estará.

No le arrancó lágrimas el notición de su viaje a París, como le escribió Luis, ya bastante ha llorado esa tarde en la casa de sus padres, pero le dio alegría. Se han visto sólo tres veces, pero Ana tiene la sensación de que han compartido muchas cosas importantes. Si no fuera por él, por su película, posiblemente nunca hubiera tenido esa conversación con su padre. O quizás sí, seguramente sí, un día tenía que suceder, pero no hubiera sido Ana quien la provocara. Hasta hoy mismo, atada a esa necesidad de negar todo dolor, quiso evitarlo. Y sin embargo siente que era imprescindible hablarlo, que fue un alivio. Para todos. Y sabe que esta conversación es sólo el principio, ahora que esa puerta que tanto se obstinó en cerrar Ana se ha abierto, ella quiere entrar por ese camino de la memoria, donde también está ella. ¿Cómo puede decir, con tal frivolidad, que ella es «sólo francesa», cuando su padre, ellos mismos, Tomy y Ana...?

Está llorando otra vez, pero no importa, quiere llorar, fuerte como lo está haciendo, por todo lo que pasó en su familia, en ¿su país? No, no puede decir su país, pero sí su historia. Y tal vez, piensa ahora, su llanto más calmo, con este vínculo extraño que ha establecido con Hernán, el otro, su bisabuelo, ese vínculo tierno, delirante, cómplice, ¿de cariño?, pueda ayudar a su padre, de alguna manera, a entroncar menos traumáticamente con esa familia, con esa cadena, de la que él, Tomy, Ana, son eslabones. Por suerte, muy distintos uno del otro. No cree que a su padre le haga bien odiar su propio apellido. Ni a Tomy, ni a ella. Con que odien a César Lasalle, ya basta.

Entra al escritorio, le tira un besito a la foto de su bisabuelo: gracias.

—*Está cambiando Ana, ¿no te parece, Hernán? Hasta cariñosa se la ve.*

Debería decirle gracias también a Luis, quizás lo haga, cuando venga a París.

Luis se ha dicho muchas veces que lo que importa es el trabajo compartido, lo que cada uno aporta a la historia de su película, pero ahora que se acerca el momento del reencuentro, no puede dejar de pensar y pensar. No ha pegado un ojo en todo el vuelo, ¿llamará a Ana apenas llegue al hotel? No, mejor a la tarde, después de la reunión con Philippe. Si le propone cenar juntos, ¿invita a Ana? No, estará completamente dormido a esa hora, y no podrá controlar bien la situación: es capaz de tirársele encima, o decirle cuánto la desea. Lo mejor será llamarla mañana, perdoname pero no tuve un minuto ayer, sí, eso lo dejará fuera de toda sospecha de ansiedad. Las nueve y media de la mañana, ¿aguantará todo el día en París sin comunicarse con Ana? ¿No lo tomará a mal ella? Porque una cosa es no parecerle un tarado que se le cae la baba por ella, un perrito que se le mueve la cola en cuanto la ve, y otra es pasarse para el otro lado y quedar como un desagradecido, un guarango. Son amigos... íntimos, diría sin exagerar después de meses de mails y messenger. Sí, en algún momento del día, la llamará a su casa, y le dejará un mensaje, cordial, simpático, al celular no. Tampoco quiero ser un denso, de esos que interrumpen en cualquier momento: en la casa de su novio, por ejemplo. Nunca más ha mencionado a Paul. Ni nada personal, en verdad, sólo hablan de la película, del tango, de los parientes. Y él se ha portado tan discretamente que casi no lo puede creer, apenas le ha preguntado por su abuelo y porque Ana le dijo que lo odia, pero de su vida personal, ni una palabra, aunque se muere de ganas de saber: ¿vivirá con su novio? ¿Y si en estos días sólo tiene una reunión «profesional» con Ana, porque se pasa el día entero con el novio? Se lo bancará estoicamente. No le va a confesar nunca que, aunque tiene cientos de cosas que arreglar con la productora, se ha pasado catorce horas de vuelo, imaginándola, como un pibe de quince años encamotado con su primera minita. Los franceses son mucho más medidos, si él se pone en catarata y le dice todo lo que siente, Ana no querrá seguir colaborando con Luis.

Las cabinas telefónicas lo clavan al suelo, la llama ahora mismo. Sí, ¿por qué se va a hacer el mesurado si no lo es?, además es natural, se convence mientras avanza a los teléfonos, es su socia de alguna manera. Se detiene, no, cómo va a llamarla desde el mismo aeropuerto, qué va a decirle: mirá te paso a buscar y no te despegás de mí hasta dentro de una semana, cuando tome el avión de vuelta.

—Luis —la mira asombrado, tan loco está que ha sacado la imagen de su cabeza y la ha puesto fuera—. ¿Sos Luis, no? —es ella, sí, y él no se puede mover, no puede articular palabra, sus labios se estiran en una sonrisa—. Casi te

pierdo, llegué tarde. ¿Qué pasa? ¿No me reconocés?

Luis la abraza, suave, que no se le note esa espuma que le sube por el cuerpo: claro, es que estoy medio dormido y me sorprendiste. No te esperaba. ¿Cómo sabías?

—Me dijiste vos que viajabas por Aerolíneas Argentinas y que llegabas a la mañana. Me pareció una clara indirecta para que te viniera a buscar —y sonrío.

—Para nada —mentira, se lo imaginó ochenta veces, pero no se hubiera atrevido a pedirselo—. No se me hubiera ocurrido nunca. Estás distinta, ¿no?

La ha soñado tantas veces, en ese año y medio en que no se han visto, bailando, grave, feliz, agitada, vestida y desnuda, le puso anteojos para leer aunque no sabe si usa, que ya no sabe cómo era.

—No sé, no creo, quizás no te acordabas ya. Nos vimos poco y hace mucho. ¿Mejor o peor me ves? —su sonrisa es la misma que cuando le lee el guión, cuando hablan por messenger, la misma de la imagen del avión: la que tiene dormida, después de haber hecho el amor con Luis—. Ana le ha dado toda la entrada y él sólo una sonrisa chirle y ni una palabra, un boludo total.

—Tengo un sueño terrible —más y más boludo.

—Quedate aquí —dice Ana—, yo voy a buscar el auto.

No, irán juntos al estacionamiento, Luis tiene apenas un bolso con ruedas. Y se despertará con el aire, se repondrá y, aunque moderado, le hará saber que le alegra infinitamente volver a verla, que está lindísima.

—Mejor —le dice ya en la ruta.

Ana no entiende: que estás mejor que cuando nos vimos, me lo preguntaste antes. Dormí un rato, si querés, le responde Ana sonriendo, estás muerto. Le deprimirá pensar que ha investigado meses para la película de un idiota. Tanto imaginar este encuentro y ahora no se le ocurre nada, cierra los ojos, sí, mejor fingir sueño que darle esta imagen patética. Y no sabe cómo, con tal deseo que tiene de mirarla, tanto para decirle, para escuchar, los párpados pesados, pesados.

—No puedo creer que se haya dormido —dice Juan—. A mí no me hubiera pasado nunca.

—Ah, no, ¿y cuando fuimos a Mar del Plata y dormiste casi todo el viaje?

Ana lo sacude: Luis, ya llegamos. Despertate, estamos en la puerta de tu hotel.

Bajá, Ana, desayunarán juntos, tiene tiempo antes de la entrevista, reacciona, ¿por qué no habrá dormido en el avión?

—No, es un lío estacionar, y tengo que hacer —no querrá saber nada de él.

—Gracias, Ana, ¿nos vemos luego?

—Hablamos —un besito rápido en la mejilla.

Es mucho más simpático por mail, en el messenger, por teléfono, que personalmente, piensa Ana, no debería haber ido a buscarlo. A Luis mismo le pareció raro, estaba cortado, quizás ella le dio a entender algo que para nada es así y él no sabía qué hacer y por eso durmió todo el trayecto. En cuanto se vean, le dirá que lo fue a buscar porque está ocupadísima esta semana y pensaba que podían hablar durante el viaje de Roissy a París. Son curiosas las relaciones por internet, quizás porque a través del ordenador tiene la posibilidad de entrar en la intimidad de la casa, las palabras van tejiendo una trama de complicidades que genera la ilusión de conocer todo del otro, y al aparecer los cuerpos, al verse, absolutos desconocidos. Ella qué sabe de Luis, aparte de la película, casi nada, nomás que lo que se dijeron cuando se conocieron, datos de un formulario. Sin embargo, Luis forma parte de su cotidianeidad hace veinte meses, casi más que las personas que viven en París, que Paul mismo. Algún día, pronto, total con lo del tango ya termina, investigará sobre el cambio en las relaciones humanas que produce internet.

—Sí, es raro, ¿no? Ustedes se imaginan hablando intimidades, peor, escribiéndolas, con un desconocido.

—No, yo no lo haría —dice Asunción.

—Quizás nuestra vida hubiera sido diferente, Asunción —dice Hernán—, si cuando estabas con el Oriental, hubiéramos chateado.

—A mí me hubiera encantado tener mail y messenger —dice Mercedes—, me hubiera ido antes de Rosario, estoy segura.

Dos días y medio han pasado ya desde que llegó, y recién ahora han podido acordar una cita. En el café de Flore, propuso Luis. Ana respondió a sus mensajes al día siguiente, pero estaba ocupada hasta tarde.

Cuesta salir de ese absurdo de desconocimiento que él mismo instaló a su llegada, Ana no sonríe ni se muestra simpática como en el aeropuerto. ¿Cómo que casi no tiene tiempo justo esta semana? La única que Luis va a estar en París. Interrumpe la lista de actividades ineludibles de Ana con una sonrisa: no

importa, Ana, en el hotel tengo computadora, y me instalaré allí a chatear con mi amiga, la que investiga para mi película, que siempre tiene tiempo para mí. Quiero consultar con ella muchas decisiones que tengo que tomar en estos días.

—¿Hay alguien más investigando? —pregunta Ana, un tono forzosamente neutro que se fisura—. No me lo habías dicho.

Luis se ríe: vos, Ana, lo digo porque a la distancia tenés más tiempo.

No llega a la risa, pero afloja: ¿qué me querés consultar?

Antes de cualquier consulta quiere decirle algo, y quiere que lo mire porque por escrito no se ve, es sólo una palabra: gracias, Ana, muchas muchas gracias. Por todo lo que hacés por nuestra película.

Ella aprieta un poco los labios, la mirada grave sobre Luis: yo también quiero decirte gracias, muchas gracias. Y sacudiendo la cabeza de quién sabe qué pensamiento, su expresión más ligera: pero no voy a decirte la razón.

Pero sí se lo dirá, la noche siguiente, con la última copa que beben en Aux trois maillets. Aunque es justo la parte que no va a aparecer en tu película, bromea, César. Hernán, su maravilloso padre, su madre, Tomy y ella. La prisión, el exilio, el obstinado silencio en que ella quiso instalarse. Por eso le dijo gracias la otra tarde. Luis, los ojos húmedos, la toma de la mano. Él también va a contarle más tarde el profundo desaliento de esos años, la separación, su hijo. Pero ahora, aunque todo sigue patas para arriba en la Argentina, él va a filmar, se ríe, cree, tiene esperanzas. Esperanzas no sólo en la película... Ana siente que Luis está a punto de pasar una barrera, pero ella no quiere que se lo diga, por eso se levanta. Se moja la cara en el baño, ha bebido demasiado, ha contado demasiado, es la primera vez que habla de lo que pasó con su familia con otra persona que no sea su psicoanalista. Lo intentó con Paul, pero se interrumpió a mitad de camino, cuando él le dijo que era absurdo hablar de un pasado doloroso, para qué, manías de psicoanalizados. No fue por eso, sin embargo, que ella cortó con Paul. Pero qué pasó, qué hice, nada, justamente, no pasó nada, por eso prefiere no verlo más. Y un enorme alivio esos últimos días. Necesita estar sola, tampoco quiere una relación con alguien que vive tan lejos, en ese país que le duele, aunque ni lo recuerde, ni mucho menos perder ese amigo formidable, Luis, ahora que sabe que con él puede mostrarse tal como es.

—¿Querés ir mañana a bailar a los quais de Seine? —le pregunta Ana cuando vuelve a la mesa.

Su tono, su expresión, han cambiado completamente, como si se hubiera cambiado por otra. ¿Te atrevés después de haberme visto bailar con Pascal?, lo provocó. Por supuesto, el maestro de no sé dónde tendrá sus recursos, pero Luis tiene los suyos. Y si lo hace mal, ella puede abandonarlo allí, en medio de la pista, y bailar con quien la merezca.

Era una broma, pero Ana lo hizo. Un lugar fantástico, los muelles, el Sena, una brisa fresca, buenos tangos, él y Ana, ligeros y de buen humor después de la charla llena de risas que tuvieron mientras caminaban por el borde del Sena hasta llegar al quai Saint Bernard. Tres tangos, que no estuvieron mal, piensa Luis, hasta que vino ese rubio y los otros, y besos, abrazos. Hace más de media hora que Ana está bailando con el rubio. Él sacó a bailar a una de las mujeres para no quedar como un amargo, pero una tandita, y no se entendió con ella. Y ahora está allí, solo, esperando qué. Que ella termine de bailar con ese flaco. No va a seguir mirándola, no va a controlarla, pero no tiene humor para sacar a bailar a otra mujer. Se acerca al Sena y se pregunta cómo salir airoso. Ya está: mañana tiene una reunión en la productora muy temprano, son las once y media. Suerte, ella se acerca, parece que ha recordado que él está ahí, ojalá que no se le note la cara de culo, no, amable, explicándole por qué le sugiere irse, son las once y media ya.

Ella radiante, feliz, hacía tiempo que no iba allí, se acerca un hombre bajo, mayor: ¡Aná!, y extiende su mano invitándola a bailar. Pero qué pasa, es transparente él, no ve ese idiota que Ana está con él. Un momento, se disculpa Ana. Bon, le dice y le da un beso en cada mejilla, hablamos mañana. ¿Te quedás?, no es un grito pero parece. Sí, yo me quedo, lástima que tengas que levantarte temprano. Y gira y se va con el enano.

Qué puede hacer sino irse, la maldita ansiedad, debería haber esperado pacientemente que terminara de bailar con todos los que se le ocurriera, y después... No entiende a esta mujer, se la pusieron ahí sin manual de instrucciones y él, que se había hecho tantas ilusiones... Ayer la sintió tan cerca, tan con él, pero cuando la acompañó a su casa, no le pareció bien pedirle que lo invitara a subir, era evidente, lo había visto desde que salió del baño, que ella necesitaba descansar de su confianza. Le quedan dos días, sólo dos. Pero Ana no quiere, es obvio, lo habrá tomado por un hermano mayor, un pariente. ¿O será que le gusta tanto él que no quiere sufrir? ¿O le será fiel al novio?

Se sintió un poco cruel cuando vio la expresión de Luis, pero bueno, mejor así. No soportaría otra noche de tanta sensación fuerte como la de ayer. Además, sería imprudente, esta tarde, cuando caminaban por los muelles, y él la hizo reír tanto, estuvo tentada de abrazarlo. Y cuando bailaron, ella cerró los ojos y sintió que seguirlo era tal placer. Por suerte quedan sólo dos días para que se vaya.

—*Pero qué tonta, si le gusta tanto mi bisnieto por qué se lo prohíbe.*

—*¿Y vos decís eso, Asunción?*

Es la última noche, pero no de mi vida, se dijo Luis, tratando de apartar esa tristeza a contramano, y decidió que esa noche la pasaría muy bien, cualesquiera fueran las vicisitudes que le deparara. A la suerte hay que mimarla un poco.

—*¡Tu misma frase, Juan!*

—*Era muy chico cuando se la dije, no pensé que se acordaría.*

—*Yo se la repetí muchas veces.*

Estás raro, le dijo Ana cuando la pasó a buscar, vestido con traje y corbata. ¿Raro? Elegante deberías decir, pero así sos, corazón, en cambio yo te digo que estás muy linda, elegantísima, y que ese vestido te queda sensacional.

Y ahora, sentados en la terraza de la Closerie de Lilas, la tenue luz embelleciéndolos:

—Un brindis por nuestra película —propone Luis, y brindan.

Calculan que la película puede rodarse en Buenos Aires en noviembre, y en París, probablemente en enero. ¿Está contenta? Fueron sus mails los que lo llevaron a incorporar el París de la preguerra.

—Sí, una época muy especial. ¿Sabés, Luis, que en Francia existía una frase: «riche comme un argentin»? —dice Ana—. Igual que ahora —y su risa salta, lo envuelve, pero a Luis no le hace gracia, no va a decirle: riche, los tuyos, sería poco delicado, después de lo que ella le ha contado el otro día.

—Hay más guita de los argentinos fuera del país que toda la deuda externa. Y viene de lejos. Leí que en 1910, el ministro de hacienda, en la Cámara de Diputados, estimó los gastos anuales de los argentinos en el extranjero en cuarenta millones de pesos oro. Una fábrica de ropa con tres mil operarios gastaba en esa época 700 000 pesos oro en salarios por año. ¿Qué te parece? Bueno, después fueron peores todavía.

Qué horror, ella se va a poner a investigar. No, mejor no, a ver si se te va el cariño por tu bisabuelito, con lo que nos costó. Investigará en los años veinte, los apuntes que Luis le ha dado a leer le han fascinado. A Ana le hubiera gustado vivir en los años veinte. Y lo hará. Ya ha vivido a principios de siglo en Buenos Aires, en el 13 en París. Luis no entiende. La sala de música color malva, el salón de madame de Reské contado en todos sus detalles. ¿Cómo no se lo dijo antes? Ana, te quiero.

—¿A qué viene eso? —pregunta ofuscada.

—*Pero qué histérica que es tu bisnieta, Hernán, por favor.*

—*Se está defendiendo.*

—No viene a nada, lo sentí cuando me contaste esas escenas, y te lo dije —desviar el camino ya, antes de que se ponga loca, como la noche que se conocieron—. Me encantaría que, si te pasa otra vez, me lo cuentes. No sabés cuánto podría ayudarme en la película.

Quién la entiende, lo miró que lo asesinaba, y ahora le sonrío como si Luis le gustara mucho.

—De acuerdo, te lo voy a contar por mail, estuve tentada de escribirlo, pero yo sólo escribo ensayos, será una buena excusa.

La Closerie de Lilas va a cerrar ¿se van?, pregunta Ana. ¿Adónde? Es tarde y vos te vas mañana. ¿Me llevás vos al aeropuerto? Pero qué caradura, sí, te llevo. Entonces otra copa ¿en tu casa? Un instante que es una eternidad: te voy a llevar a un lugar que te va a encantar.

—*¡Qué vueltera! Como sigan así, hasta Tango no se encuentran.*

A las seis, Luis acompaña a Ana a su casa, ella pasará a las diez a buscarlo por el hotel. No, dormí, linda, me voy en taxi. Dormirá después, en serio, no le importa. Será posible que se sientan tan bien y ni un beso pueda darle. ¿Será tan torpe? No, ella muy simpática, pero no le da lugar. El código, Ana abre la puerta: no te duermas, Luis, le da un beso en la boca y se aparta rápido. Pero Luis no se lo permite, entra atrás de ella y la abraza con pasión. Contra el muro, besándose con urgencia, las manos golosas. ¿Subimos?, murmura Luis. Ana toma distancia, cierra los ojos, los abre y lo mira fijo.

—Luis, me gustaría, vos lo sabés, pero no es lo que elijo. ¿Podés entenderlo?

—*Parece bisnieta tuya, no mía. Es lo mismo que me hiciste a mí, Asunción.*

—No, Ana, no entiendo, pero no importa. Tan amigos.

A las diez Ana pasa por el hotel de Luis, durante el viaje hablan de la película, ninguno hace la menor mención a lo que acababa de ocurrir.

—¿Vas a venir a Buenos Aires? —le pregunta Luis en el aeropuerto.

—Puede ser —contesta Ana, una sonrisa triste.

Él le da un beso, tan corto como el de Ana en el portal, y se va.

Será raro volver a Buenos Aires, después de tantos años. Ana piensa en ese barco del que le habló Luis, el *Massilia*, tantos sueños, tantas esperanzas. Curioso, ella es una inmigrante, al revés, para el otro lado. Nunca se ha visto en ese lugar.

Cuarta parte

Años de oro

Capítulo veinte

Las primeras horas que pasó Rosa en el *Massilia* estuvo en el puente, el corazón encogido aún por las imágenes de sus tíos, primos y sobrinos, ¿les escribiría como prometió?, los amigos de la taberna, ¿se acordaría Rosa de ellos tan lejos?, y Manuel, los ojos vidriosos y ese buen humor resignado. Bicos, choros, consellos. Casi toda Baiona había ido al puerto de Vigo a despedirla. Cuánto la querían todos ahora que se iba, pero no había falsedad en esas buenas gentes, a ellos les hubiera gustado, lo necesitaban, que Rosa fuera como cualquier otra muchacha de la aldea, marido, hijos, más plegarias a la virgen y menos opiniones. Pero ella no podía, ni quería.

He tenido una vida muy distinta desde muy joven, tía, militancia, lucha; he pasado años en España haciendo trabajo político, dando conferencias, tío, cómo no voy a poder opinar; no tienes por qué avergonzarte de mí, primo, trabajar en una taberna es tan honesto como recoger olivas; guarde su mano en el bolsillo; señorito; cómo aceptáis que os impongan un marido que no elegisteis, muchachas; no uso el pañuelo porque no me sienta bien, tía; claro que te quiero, Manuel, pero no estoy enamorada de ti y tengo otras cosas importantes que hacer antes que cuidar críos. Escándalo y tristeza cuando les comunicó su decisión de volver sola a la Argentina, pero también alivio. Rosa los iba a echar tanto de menos, a su modo habían sido buenos con ella, pero no podía quedarse en Galicia, un deber que no sabía quién le imponía, quizás ella misma, pero ineludible, la hacía atravesar nuevamente ese océano para volver a su tierra. Aunque Galicia también —no lo dudaba— era su tierra. ¿Pasaría la vida con morriña? Cuando era niña, morriña era una palabra de sus padres, Rosa se sentía argentina, y respondía al gallego en castellano, ahora se recostaba en la morriña, ya tan inevitablemente suya.

Respiró hondo, como si quisiera guardar muy adentro el aroma del mar, conservarlo intacto en su memoria. ¿Podría vivir sin ese mar? Rosa sospechaba que más que la familia de sus padres, fue esa ría, fue la delicia de ese mar lo que

la llevó a establecerse allí, a reconocerse gallega y a gozarlo. Luego vinieron sus gentes, pero en principio fue ese contacto fuerte y esencial con el paisaje. Rosa no creía en Dios pero sí que cuando apoyó sus dedos se formaron las cinco rías. Era una gran suerte haber nacido allí, se dijo cuando por fin, en ese largo camino, detuvo sus pasos en Galicia.

—Aquí me quedo, compañeros.

Y ellos comprendieron. Desde que había llegado a España, Rosa no paraba. Los compañeros de la CNT, advertidos por sus pares de la FORA en Argentina, la recibieron con cariño y admiración. Una luchadora, dieciséis años y echada del país por su trabajo sindical, así la presentaban. Y había que dar la talla. Esa frase la persiguió como un estigma. Allí donde había que incitar a una huelga, provocar una movilización, los compañeros llevaban a Rosa a hablar de su experiencia, de la lucha del proletariado argentino. Barcelona, Madrid, Lérida, Córdoba, Sevilla. Las palabras de Rosa sublevando, conmoviendo, provocando, encontrando nuevos matices, nuevas formas, para llegar más y más lejos. Un poder desconocido con el que se engolosinaba. Pero no era bueno, se lo dijo al viejo Ramón y él estuvo de acuerdo, aunque pudiera ser útil, vivir más en las palabras que en la acción, más en el relato que en las luchas. No, ella tenía que volver a una vida normal, buscarse el pan, conectarse con la realidad en la que vivía de otro modo. Se estaba convirtiendo, sin quererlo, en un personaje de sí misma. Durante un tiempo acompañó el trabajo de las escuelas de Francisco Ferrer. Así llegó a Galicia. Pero allí estaba su familia. Y se quedó. Poco y nada pudo hacer por fomentar una organización sindical, los días se hicieron planos, uno tras otro, los amaneceres en la ría, el trabajo en el campo, sol, frío y lluvias, los encuentros esporádicos con los compañeros anarquistas, las cartas de Buenos Aires, las discusiones con sus tíos, el trabajo en la taberna, la insolencia del señorito, los cotilleos de los vecinos, el cortejo cálido de Manuel, las castañas asadas al calor de la lareira, las cantigas.

Tenía que tomar una decisión, amaba esa aldea, trabajar en la taberna y cantar, pero no podía quedarse allí más tiempo sin escándalo. Rosa no iba a cumplir nunca con lo que se esperaba de ella, otra vida, otras emociones la llamaban, y no estaba dispuesta a enterrarlas en Baiona. Pensó en buscar trabajo en Vigo, o en Madrid, Barcelona, sus compañeros le darían una mano, pero no podía decidirse. Sin embargo, después de leer las cartas que le llegaron de Buenos Aires en 1922, no tuvo ninguna duda: aquello, lo que fuera que tenía que hacer, estaba en Argentina. Sus compañeros le habían asegurado hacía tiempo

que, con la amnistía que concedió Yrigoyen, ya no existía una causa legal contra ella. Y vería a sus padres, su hermano, sus compañeros, Carlota. ¿Se acordaría Juan de ella?

Aún faltaban veinticuatro días para llegar, y apenas si había dejado su pequeño baúl en ese camarote de la tercera especial, y cruzado unas palabras tan incomprensibles para Rosa como debieron ser las suyas para esa mujer y las dos jóvenes, ¿sus hijas? La recibieron con una sonrisa, que creció a la carcajada con los gestos que hicieron para comprenderse. Señalándose con el índice: Rosa, y ellas también pronunciaron y repitieron sus difíciles nombres. La mayor de las chicas, Leysa, abrió la boca y parecía querer echar algo dentro, su madre, Nyura, dibujaba vaya a saber qué en el aire con sus manos ajadas y bellas, y la menor, Mikayla, más eficaz, cogió del brazo a Rosa y la condujo al único comedor de la tercera clase.

Una multitud. Voces extrañas, risas, empujones y llantos de bebés. Ella era una de las «nuevas». Mikayla, que parecía conocer a todos, anunció un rrrrosa que le dio ganas de cantarlo. Manos extendidas, sonrisas, miradas amables y recelosas. Se pegó a sus compañeras, la sensación de no comprender las palabras la atemorizaba. No había sido así cuando cruzó el océano desde Montevideo a Barcelona en 1917, eran pocos en la tercera y todos hablaban castellano, o ese cocoliche de italiano-español que ella conocía bien. En cambio en el *Massilia*, cuando subió Rosa, franceses, polacos, húngaros, ucranianos, rusos, alemanes, italianos, embarcados antes en otros puertos, habían establecido ya sus rutinas. Al sonar la campana, unos se encargaban de traer el pan en una bolsa, otros la damajuana de vino, otros, provistos de dos suertes de palanganas, traían la comida desde la cocina, mientras los demás cuidaban los lugares donde, agrupados de ocho a diez, finalmente comían.

Imaginó a sus padres en el barco que los llevó a la Argentina, su madre con Rosa en brazos, asustados como ella ahora, ante tantas lenguas y gentes diversas, pero ilusionados con la tierra rica e infinita que los esperaba del otro lado del océano.

Conocía la diferencia abismal entre la promesa que los había hecho emigrar y la vida que luego tuvieron, sin embargo, en aquel viaje Rosa reanudó la esperanza de sus padres.

Podías haber vivido en cualquier ciudad de España, pero elegiste volver a la Argentina. Tu familia, tus recuerdos, esas noticias de Argentina que tanto te dolieron, y el deseo de hacer algo. Y estaba yo, aunque no lo supieras entonces,

no me ibas a encontrar si te quedabas en Galicia. Acortando la distancia decidiste esa noche de 1923 —llevabas ya una semana de viaje— cantar el valsecito criollo que había compuesto Juan para vos, con la letra que le escribió Manuel en la aldea. Vos misma la habías traducido al castellano. Peces y mar, el que se fue y no volvió. Ese extraño engendro que presentaste orgullosa ante tus compañeros de viaje como «música criolla», desde la jactancia que te daba el haber crecido en la tierra donde confluían sus anhelos.

Podía haberles contado la razón por la que tuvo que huir de la Argentina, pero prefirió alentarlos en sus sueños, como sus aplausos y sus bravos alentaron a Rosa a no postergar su camino. Lo había sospechado en la taberna, pero fue en ese comedor de la tercera del *Massilia*, cuando lo decidió.

—Soy cantante —le contestó a Igor.

Igor Skudin había soñado con Buenos Aires desde que leyó los *Relatos Marinos* de Stanicovich, lectura obligatoria en su colegio de Moscú. En la Unión Soviética se podían obtener permisos para emigrar a un país rural, y aunque su oficio nada tenía que ver con el campo, le dio la perfecta excusa para cruzar el mar hacia la ciudad de sus sueños de adolescente. Tenía veintiséis años y una sociabilidad cómoda en el *Massilia*, donde coincidían tantos centroeuropeos, porque hablaba tres idiomas: ruso, francés y polaco. Uno más no sería un problema, pensó Rosa, y estimulada por la sonrisa de Igor, le contó toda su vida.

Cuando pasaron el puerto de Santos, cada vez más cerca de mí, ya no te diferenciabas de tus compañeros, la expectativa de tu nueva vida te quitaba el sueño, cantarías en una plaza, en un teatro, en un café, Igor pondría su taller, haría las más maravillosas rejas. La cubierta del *Massilia*, las noches cálidas de febrero, las palabras que adivinaban tiernas y apasionadas, la brisa marina y un cielo exagerando estrellas. ¿Cómo no ibas a enamorarte de Igor? Pero eran las circunstancias, Rosa, no el amor de tu vida, como insististe tercamente en creer, cuando ya la vida comenzaba a darte otros signos. Ni siquiera entendían las promesas en dos lenguas que se hicieron en esas noches exaltadas.

—*Si hablaban en distinto idioma, vaya a saber lo que entendió Igor.*

Rosa había pasado buenos momentos con sus compañeros anarquistas. Había admirado a Joan en Barcelona, se había reído con Jesús y se había entendido muy bien en las acciones que organizaron con Luis Alberto en Madrid, se había conmovido con la agudeza de Suso en Vigo, pero nunca se había enamorado. Estuvo a punto de deslizarse en esa loma verde y fresca que fue para Rosa el amor incondicional de Manuel, de dejarse querer como él le proponía y

acompañarse en la vida. Pero no, Manuel era un buen hombre pero no para ella. ¿Y qué quieres?, se desesperaba su tía, al ver que Rosa no sólo rechazaba a los hombres que su marido y su hermano le buscaban, sino también a los que se acercaban espontáneamente. No sé, tía. Te vas a quedar para vestir santos. «Soy mejor amiga que esposa», le había escrito a sus padres, en respuesta a esa preocupación porque Rosa no se casaba que reflejaban en sus cartas.

—*Quizás se metió con Igor por tanta presión de la familia.*

—*No querría que en Buenos Aires le pasara lo mismo que en Galicia. Aunque en Buenos Aires la vida era muy distinta que en Baiona.*

Cuando la recibieran en el puerto, ella les presentaría a Igor, ahora sí, mamá, en el barco encontré el amor.

No fue en el barco donde encontró el amor Ivonne, sino unos meses antes, en París. Francisco Ponce le había dejado el dinero para un pasaje en primera clase, pero Ivonne, muy atinadamente, había comprado un billete de tercera y se había guardado la diferencia. Por si acaso. Cuando él no quiso que viajaran juntos en el mismo barco en el que Francisco regresó a la Argentina, Ivonne no comprendió demasiado las razones, pero decidió ser prudente. Aunque ¿era prudente viajar a tierras tan lejanas para seguir a un hombre con lo que ella conocía de los hombres?, se preguntó muchas veces durante la travesía. Pero cuando lo reconoció en el muelle, tan elegante y bello, con esa piel bronceada y esos ojos azules, un príncipe, un príncipe de verdad esperándola a ella, decidió que valía la pena cualquier riesgo.

Había un riesgo aún de que lo echaran, esa débil mental de la murciana y su marido habían dicho que, apenas llegar, denunciarían la presencia de Luis Fernández ante las autoridades argentinas y el capitán del *Massilia* sería multado. La ley era clara al respecto: no se podía transportar a la República Argentina a «enfermos de mal contagioso u otro vicio orgánico que los haga inútiles para el trabajo».

—Y éste es un vicio orgánico peligroso —intentó la murciana convencer a los otros pasajeros—. Hay que aislarlo hasta que lleguemos y mandarlo de vuelta a La Coruña.

No había tenido ni que defenderse, la cantante, su paisana, casi le sacó los

ojos a la bruja y a su marido en aquella discusión. Se subió a una silla, golpeó las manos para pedir atención.

En su presencia —había dicho Rosita—, no volvería a humillarse a un compañero, tratándolo como un enfermo cuando no lo era. Que sí era un enfermo, dijo otro, y ella: ¿acaso usted o algún otro caballero en este barco teme «contagiarse» de Luis Fernández? Unos rieron, otros protestaron ofendidos.

A los pocos minutos, las palabras encendidas de la cantante lograron emocionar y exaltar a casi todos los pasajeros, si el capitán tomaba la medida de aislar al compañero tal como pedían los murcianos, ellos tomarían la conducción del barco, y si las autoridades trataban de impedir la entrada al país de Luis o de cualquier otro compañero, ellos...

—*Rosa arengaba a los pasajeros como si estuviera en el acto de un sindicato.*

—A quien deberían prohibirle la entrada a la Argentina es a ella —interrumpió enardecido el murciano—. En Estados Unidos no dejan entrar anarquistas, ni bígamos ni prostitutas.

—Tampoco analfabetos —terció un hombre desde el fondo—, si en la Argentina también prohibieran la entrada a analfabetos, más de la mitad de nosotros no estaríamos aquí.

Aplausos y alegría, y que cantara Rosita esa música criolla.

Nadie volvió a molestarlo, aunque, por consejo de Rosa, él no volvió a maquillarse ni a bailar con su disfraz de princesa de Borbón, como había hecho esa noche. No era atinado exaltar los ánimos de los enemigos, le dijo. Ya podría desquitarse en esa ciudad inmensa y excitante en la que pensaba divertirse por todo lo alto.

Y detrás de la puerta que su madre abrió, solemne y orgullosa: éste es tu cuarto, Rosita, todo estaba perfecto, las paredes blanquísimas, una cama con una colcha verde, rosas rojas en un florero sobre una mesita tijera, un espejo, y sobre la silla, la muñeca con la que había jugado de niña. Abrazó a su madre con ternura, estaba tan feliz. Sabía por las cartas que sus padres habían accedido al plan de Casas Baratas, pero era difícil imaginar desde allá que todo era tan lindo, la cocina-salón con sus latas multicolores y sus cortinas floreadas, el cuarto de sus padres con esa cama enorme, un baño con azulejos, y hasta una bañera con patas, y por fin esta preciosidad de dormitorio todo para ella.

Quería hacer todo al mismo tiempo, conversar con sus padres y con su hermano Homero, encontrarse con sus compañeros del sindicato, buscar a Carlota, a su profesora de canto, pasear por las calles y las plazas, visitar a Igor al hotel de inmigrantes y ponerse en campaña ya mismo para encontrar trabajo.

—Consuelo puede conseguirte algo en la panadería, no pensarás volver al frigorífico...

—No, tengo otros planes —y sonrió divertida.

Su padre sintió un gran orgullo cuando supo que su hija fue invitada a hablar de las luchas del proletariado argentino en tantas ciudades, pero ¿no creía Rosa que, ahora que había vuelto a Buenos Aires y tenía un novio, era el momento de tranquilizarse y buscar un trabajo que le permitiera ocuparse de su esposo, de la casa y de los niños que seguramente tendría? Ay, papá, tan anticuado como siempre, no sé cómo no has podido cambiar en tantos años casado con mamá. Pero que se quedara tranquilo, no intentaría volver al frigorífico, sería cantante.

—¿Cantante? —se asombraron.

Y dónde iba a buscar trabajo como cantante. Aún no sabía cómo empezar, pero ya se le ocurriría.

Todo lo que le habían dicho a Luis Fernández sobre lo guapos que son los argentinos era poco. De una belleza que dolía. Escondido detrás de un árbol, los miraba entrar al cabaret Armenonville, tan distinguidos, tan elegantes. El traje lo había visto en un negocio del centro, no sería como los de ellos, pero con esos ojazos, quién se detendría en el corte o en la tela del traje. La perspectiva de estar pronto entre ellos le hizo vender más verduras que nunca. El verdulero aceptó pagarle una semana por adelantado. Ese viernes la princesa de Borbón, en su mejor atuendo masculino, entró al cabaret. Joaquín Irusta estaba en la barra. Apenas cruzaron sus miradas, estaba ya casi todo dicho.

Era la primera vez, desde que llegó a Buenos Aires, que Francisco la dejaba a solas por algunas horas. Tenía una cena ineludible, pero apenas me pueda escapar, vuelvo, chérie.

Se habían amado con urgencia como si quisieran recuperar en pocos días todos los meses que habían estado lejos el uno del otro. Habían salido juntos: cenas en restaurantes lujosos, paseos en automóvil, champagne y música en un

cabaret, y al regresar, bebidos y felices, otra vez el amor, y Francisco durmiendo y despertando a su lado.

Un gran ventanal sobre la calle arbolada, una cama como de reyes, una sala y dos cuartos más, una cocina preciosa, y una terraza con plantas. Allí iban a vivir, Francisco no por ahora, pero qué importaba donde tuviera la ropa, si estaba ahí todo el tiempo. Y los vestidos, los sombreros que él mismo elegía para Ivonne. No, Francisco no se aburría, todo lo contrario, le gustaba tanto vestirla como desvestirla.

Ivonne se pellizcaba para ver si estaba soñando.

—*No lo podría creer. Su vida no había sido fácil y de pronto allí, como en un cuento de hadas, con príncipe y todo.*

La luz que entró por la ventana la despertó, era ya de mañana y Francisco no había llegado. Ivonne cerró las cortinas y volvió a la cama, se deslizó entre las sábanas de seda y cerró los ojos. Aprovecharía para dormir.

Un gran patio, donde las pancartas se codeaban con las guirnaldas, un enorme cartel colgado en el portón decía «Bienvenida, Rosa». Sus compañeros de la FORA llevaban dos semanas preparando el agasajo. Si bien nunca había perdido el contacto con ellos, la sorprendió el cariño y la admiración con que la recibieron. Rosa no sabía hasta qué punto su figura había crecido en esos años, ni que sus actividades en España fueran tan conocidas en Buenos Aires.

Satisfacción y un aguijón de angustia, ¿no esperaban demasiado de vos?, te habías convertido sin darte cuenta en una suerte de embajadora del anarquismo argentino, ¿no los desilusionaría enterarse de tu decisión? Contestabas sus preguntas, cuando de pronto interrumpiste, sorprendiéndolos: ¿había algún compañero músico que quisiera acompañarla?, le gustaría festejar el reencuentro cantando.

Sus padres, su hermano Homero y su mujer, el querido Lorenzo, tantos amigos viejos y nuevos, y en un rincón, tímido, sorprendido, Igor. Cantó *A barca*, y, animada por todos, el valsecito criollo, que acompañó un guitarrista.

Era sólo un brindis, un regalo, una manera menos solemne de comunicarles tu decisión de dedicarte al canto, no imaginabas que estabas ya tan cerca.

—Rosa, cántese un tanguito —pidió el guitarrista.

—¿Un tango? —se rió—. No sé cantar tangos.

—¿Ni uno solo? ¿Ni *La morocha*?

Que cante, que cante.

—Vale, pero uno solo, porque no sé más.

Un leve temblor recorrió tu cuerpo y rebotó en tu voz en esa primera vez que me cantaste en público. Enrique Delfino no tenía nada que ver con la FORA, había acompañado a una amiga esa noche, pero los míos siempre terminan coincidiendo, y te escuchó.

No lo pensó en el momento sino unos días después, cuando él y Alberto Vacarezza, el autor de la obra, coincidieron en que ninguna de las actrices conocidas era la adecuada para cantar el tango compuesto por Enrique con letra de Alberto en escena. Porque ni la Meller, ni Manolita podían dar ese matiz dramático, tampoco Olinda. Habría que cambiar de tango, o inventar una mujer. Alberto había pedido tangos a otros dos compositores, Enrique tenía que comprender que...

—La tengo —casi gritó Enrique—, cómo no se me ocurrió antes.

Capítulo veintiuno

¿Como podía estar tan seguro de que el director de teatro iba a elegir su tango?, le preguntó anoche Tununa, ¿no le pidieron también a otros compositores?

—Porque soy un hombre de suerte —respondió Juan enlazando a Tununa por la cintura—: mirá con quién estoy.

Ahora lo toca otra vez y le gusta como suena, es bueno. Ojalá responda a la situación que Alberto le explicó, por suerte no es Juan quien deberá ponerle letra.

Una sola vez trató de escribir una letra y fue un suplicio. No sabe si le da risa o bronca acordarse de esas horas, días, que pasó obsesionado poniendo y quitando palabras al valsecito que había compuesto para Rosa, la noche anterior casi no había dormido para terminarlo, y ella le dio la pera. Él ahí, como un tonto, al pie de la estatua *El beso*, en Palermo, donde se habían citado, con esos versitos sentimentales y cursis hasta que el sol y su esperanza cayeron. Aunque mejor, porque hubiera sido horrible que Rosa cantara ese valsecito en México.

Juan le tiene cariño, hace poco lo arregló y se lo dio a Alberto para que le escriba una letra, a ver qué da. Nunca lo ha tocado en público, siempre a solas, casi en secreto, al principio como una manera de sentir a Rosa, de regodearse en su recuerdo, como si tocarlo la corporizara, pero luego, poco a poco, fue transformándose en algo suyo, íntimo, un rito privado. Es lo primero que tocó en el piano del departamento que alquiló con los muchachos, cuando se fue de su casa en 1916, y también cuando estrenó su *Steinway*.

—*Con razón reaccionó de esa manera. En la vida de Juan significaba algo especial aquel valsecito.*

—*Pero Rosa no podía adivinarlo.*

Le había durado años el metejón con esa piba. Tal vez porque se fue, piensa ahora, si no probablemente hubiera pasado como con las otras, al principio todo frenesí pero cuando se ponen pegajosas, y le piden cuentas, o quieren un

noviazgo formal, casarse, chin pun, el amor se le diluye. Eso es lo bueno de Tununa, no sólo que esté casada, sino que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Juan nunca se hubiera animado a pedirle una cita. Estaban en el palacio Paz, cuando ella le extendió la mano para saludarlo y él se sorprendió con la superficie áspera del papel que deslizó sin que nadie se diera cuenta. Tedín 240, martes, 21 horas, escrito ¡con rouge! Esos detalles de Tununa lo vuelven loco. La yema de sus dedos una y otra vez sobre el rouge, imaginándola, acariciándola, desnudándola.

Habían conversado un rato en lo de Arce, cuando Juan tocó con el cuarteto de Fresedo, y ya esa noche, le pareció ver esa lucecita en la mirada de Tununa, aún no sabía lo que significaba, pero le aceleró el pulso ese trampolín en sus ojos que invitaba a zambullirse en ella. Y meses después la descubrió allí, en el palacio Paz, cuando agradecía los aplausos: una diosa, con ese vestido blanco que no disimulaba su maravilloso cuerpo. Esa noche Juan tocaba con la orquesta de Canaro, ir a saludarla era un riesgo, ¿y si no se acordaba de él?, además Pirincho Canaro es muy estricto con la corrección de los músicos en las fiestas de los jailaifes: todos duros en sus smokings, no hablen si no les hablan, nada de beber antes de tocar, apenas una copa cuando nos sirvan la cena. Ella atravesó la terraza, con paso seguro y una sonrisa deslumbrante: qué gusto volver a escucharlo, Montes.

Ese mismo martes, en la sala de música de su casa, hicieron el amor. Su marido estaba de viaje, fue toda su explicación. Tununa tiene la virtud de hacer todo con naturalidad, como si nada que concierna al goce, al placer, a la estética, pudiera generar el menor inconveniente en su vida. No se va a preocupar Juan por lo que ella parece controlar perfectamente. En la fiesta de Tiffany, donde tocó con Pacho, ella apenas lo saludó con un gesto, a lo lejos, y no estaba con su marido. Juan no se acercó.

Por qué un día puede hablarle delante de sus amigos, y otro no, responderá a las reglas de un mundo que él desconoce y que tampoco le interesa. Odia ponerse smoking, odia la voz chillona de la señora de Bunge, odia sus habanos, sus boquillas, sus risas, odia la actitud servil de Pirincho para con ellos, odia esa cortesía a contrapelo que trata a los músicos como invitados siempre y cuando no se les ocurra creérselo, pero ama todo en Tununa, su cuerpo esbelto y pulposo, su voz grave, su aroma, su elegancia, su manera casi animal de adherirse a él, de pedirle más y más y más. Una droga dulce. Aunque esté cansadísimo después de la actuación, a cualquier hora, ese barrio de calles que se

enmarañan y fascinan, la casona de la calle Tedín, Tununa.

Es un milagro que haya podido componer el tango para el teatro en ese estado de fantasma en el que vive hace meses. Un contrato, y otro, y otro más, sin que Juan mueva un dedo por obtenerlos. De aquí para allá todas las noches, una orquesta en un café, otra en las fiestas, otra en el cabaret. Y ahora Tununa. Pero no estudia, ni compone, ni siquiera va a ver a su madre, hace un siglo que empezó una carta para Mercedes que no logra terminar.

Una ráfaga de rencor lo agita al recordar esa mancha violeta en la cara de Mercedes, ella mintiendo, que se golpeó con una puerta. Cómo Jordi pudo caer tan bajo, y por qué Mercedes lo soporta. La irá a ver lo antes posible, no hay por qué esperar un contrato que lo lleve a Rosario.

No te dabas cuenta de que ya estabas en otra etapa de tu carrera, que podías elegir, que ya no necesitabas aceptar cuanto trabajo te proponían, como antes. Unos directores te gustaron más, otros menos, pero con todos aprendiste.

Con menos de la mitad de lo que trabaja, ya gana lo suficiente. Ahora detenerse, reflexionar, componer, encontrar el tango que él quiere hacer. Y la formación orquestal adecuada para interpretarlo.

Trabajar para el teatro es ideal, no requiere más tiempo que el de componer un tango de éxito, que luego siga solo su camino, y le deje dinero en el bolsillo. Y él, absolutamente disponible para su obra, para sus afectos.

Rosa había ensayado varias veces el tango en el estudio de Enrique Delfino y él estaba muy satisfecho con su interpretación, pero algo se estrujaba en su estómago camino al teatro donde el director iba a probarla. Además, Enrique no iba con ella: había otros tangos compitiendo y podía ser violento para Alberto, el director, tener que decidir en su presencia. ¿Habría otras cantantes en la prueba? No para el tango de Enrique, pero sí para los otros. Entonces no iban a elegirla, las otras tendrían más experiencia, podía perjudicar a Enrique.

—Vos cantá y no pienses en nada más que en las palabras, para cantar el tango lo importante es decir bien.

Nunca te ibas a olvidar de ese consejo de Enrique.

Sentada en la cuarta fila del teatro vacío, mientras escuchaba a esa morena despampanante (debió ponerse otra ropa, peinarse de otro modo, darse al menos un carmín rojo y no ese rosita pálido) cantando ese tango conmovedor con su voz envolvente (debió ensayar otros matices, tomar otra postura), Rosa sintió

que nunca la iban a elegir. Pero cuando llegó su turno, dejó colgada en la butaca toda su inseguridad y subió al escenario como a la tarima de un acto y cantó a esas butacas vacías como si allí estuvieran ya los espectadores a quienes ella zarandeaba con ese *Dios mío querido* en el que nunca creyó y a quien, sin embargo, consustanciada con esa historia de amor traicionado, podía cantarle así para que le devolviera, arrepentido, ese hombre que la había abandonado.

Despertaste del silencio con esos aplausos tardíos y solitarios que alguien hizo desde la sala. ¿Les habría gustado? ¿Por qué nadie decía nada?

—¿Lo hacemos otra vez? —preguntó el pianista.

El director y los otros dos hombres la miraban atentamente, sin pronunciar palabra. Rosa comenzó a bajar del escenario.

—No, espere un momento, me gustaría que cantara este tango —y le acercaba ya una partitura.

—Lo siento, pero no puedo cantar de buenas a primeras un tango que no conozco, no tengo experiencia.

Y mientras bajaba del escenario, a la defensiva: si el compositor no se lo ha dicho, que quede claro, ella nunca ha cantado tangos, ni actuado en un teatro, su voz firme, desafiante: si está allí es porque Enrique Delfino le ha pedido que cante ese tango, y no otro, y poniéndose en frente de Alberto: sin ensayar ella no tiene por qué someterse a una prueba.

—Pero qué carácter —la interrumpió, simpático, Alberto—. No es una exigencia, no se me enoje, es un pedido. Tengo otro tango que me gusta mucho para esta obra, y quisiera saber cómo suena en su voz. Es el que escuchó cuando llegó al teatro.

—Para ese tango ya tiene la cantante. Yo vine a cantar *Dios mío querido*.

—¿Y si la dejo con el pianista, lo estudia y la escuchamos en una hora? Vaya, suba al escenario. Un solo tema es poco para decidirme.

Alberto giró sobre sus talones, sin darle oportunidad de réplica. Rosa se sintió estúpida, había tratado al director como si fuera el patrón del frigorífico y no ese hombre amable que intentaba darle una oportunidad.

—Si quiere, puedo hacer un vals criollo que suelo cantar.

—¿Tiene la partitura? —se detuvo Alberto.

—No, pero puedo ir a buscarla a mi casa.

Alberto le propuso que lo cantara a cappella, informalmente, y luego, si le parece, la dejó ensayando con el pianista el otro tango.

Sí, si le daba tiempo no tenía inconveniente en probarlo. ¿El valsecito ahora?

Como si estuvieran allí todos tus amigos del barco, tu voz se animó. No entendiste por qué Alberto te miraba tan extrañado y te interrumpió: un momento, Rosa —y al pianista—: tocalo. Te asombraste de que tan rápidamente el pianista pudiera acompañarte, la melodía era la misma, pero sonaba mejor que el que estabas acostumbrada a cantar.

—¿De quien es la letra? —le preguntó Alberto.

—De un paisano mío, gallego, yo la traduje al castellano. Y la música...

—De Juan Montes.

Te molestó que Alberto Vacarezza lo conociera, como si Juan te hubiera traicionado haciendo público un regalo que te había hecho. No se te ocurrió pensar que eras vos quien deberías haberle pedido autorización a él para cantarlo y no al revés. Te llevó mucho tiempo entenderlo.

Rosa estaba nerviosa cuando ensayó con el pianista *Soy toda de él*.

—Un lindo tango, pero no para mí —dijo con toda seguridad a Alberto. Y él coincidió.

Enrique Delfino es un excelente compositor, que gane él no es lo que a Juan le molesta, sino lo que dijo Vacarezza: su tango es excelente, Montes, pero la cantante que contraté considera que no es para ella.

—¿Y desde cuándo las cantantes son las que eligen? ¿Es la Meller, la Bozán, la Poli?

—No —Alberto se rió—. Es una mujer absolutamente desconocida, una apuesta fuerte.

No le dijo su nombre ni Juan se lo preguntó. Sintió que detestaba a esa mujer, seguramente una ignorante que no sabía ni leer una partitura. Juan no podía comprender que dieran ese lugar a los cantantes. En el teatro todavía, pero en las orquestas... La letra es un relleno que el tango no necesita. En su orquesta no habrá estribillista.

¿Su orquesta? No aceptó el contrato que le ofreció el empresario del Pigalle para presentar su propia orquesta, no, a él dirigir no le interesa, demasiado lío. Y peligroso. Hay quienes terminan más preocupados por la empresa que por la música, como Canaro, por algo lo llaman el Kaiser.

Es la segunda vez que te referís en forma despectiva a Canaro, y no me gusta, Juan. Todos me hicieron, cada uno a su modo. Todos son parte de mí.

Pero la propuesta que le hizo la discográfica Electra lo entusiasma. Es una

experiencia acotada. Elegir los músicos idóneos para interpretar sus dos tangos, unos pocos ensayos, y dirigir la orquesta en la sala de grabación.

Otra buena noticia es que Julio estrenará su *Cara o cruz* con la orquesta de maestros.

No tiene ninguna importancia lo que pasó con su *Soy toda de él* en el teatro al lado de las interesantes posibilidades que se abren, pero Juan se da cuenta de que el mal humor no lo abandona. Su madre tiene razón, está demasiado acostumbrado a que todo le salga bien. Y por qué no: unos nacen con estrella y otros nacen estrellados, vieja, y yo nací con estrella.

A toda hora, Ivonne pendiente de los pasos en el pallier, del sonido de la llave en la puerta, sentada en el sofá del living, o frente al espejo, cambiándose cien veces la ropa, el peinado, o sumergiéndose desnuda en esas sábanas de seda tan suaves como olas. Porque después de la cena con su familia fue otra con sus amigos: estaba borracho y dormido cuando terminamos, no iba a venir a verte en ese estado, y la noche siguiente tampoco, porque a la mañana temprano partía para la estancia con sus padres. ¿Y por qué no le presentaba a sus padres, a sus amigos? A ella nada le gustaría más que volver a Armentières con Francisco, y que lo viera su madre, y el pueblo entero, ella les haría tragar esas miradas que tanto la humillaron, cuando supieron lo que le hizo el soldado durante la guerra.

—Más adelante —dijo Francisco—, por ahora tenemos que ser discretos. Mis padres aún no se han repuesto del dolor y la vergüenza que les produjo la pérdida de mi hermana.

¿Murió? No, huyó de casa con un extranjero, para la familia como si se hubiera muerto. Pero no todos los extranjeros son iguales, se defendió Ivonne, ella jamás le pediría que huyeran ni que dejara de ver a su familia, ni a sus amigos, y todos se pondrían muy felices cuando supieran cuánto se querían ellos, la quería él, ¿no? Claro, muchísimo, je t'adore, pero Francisco ni siquiera había terminado la carrera de medicina, poco a poco, ma chérie. Y empezaron los cursos, Ivonne tenía que comprender, cuando ella llegó eran vacaciones pero ahora... sus estudios, su familia, sus amigos, el club. Y ella esperando. ¿Le hacía falta algo, amor?

Tenía más vestidos y zapatos de los que podía estrenar, cuadros, alfombras, adornos, platos, manteles, revistas, y hasta una mujer que venía a arreglar la casa y cocinar. Le hacía falta él. ¿No lo entendía?

Francisco era todo de ella, como nunca lo había sido de mujer alguna, ¿le creía, mon amour? Cómo no creer a esas manos fuertes y cálidas que la conocían como si la hubieran inventado, ¿no te parece inútil perder el tiempo que estamos juntos discutiendo? Y sus besos y sus caricias, cada encuentro más y más placer. Pero se iba, Francisco siempre se iba y ella no sabía cuándo iba a volver. No soportaba más estar encerrada allí, sola, aburrida.

—*En una ciudad desconocida, fantástica, sí, divertida, pero Ivonne no conocía a nadie, ni entendía el idioma.*

—*Tenía plata y un amante, pero estaba muy sola.*

Si seguía así, iba a enloquecer, se dijo esa tarde en que decidió salir a la calle, aunque se perdiera, o peor aún, que justo en su ausencia llegara Francisco. Cualquier cosa sería mejor que esa ansiedad que la consumía.

Conservaba la dirección que le había dado la chica tan divertida que cantaba en el barco. ¿Sería muy lejos? Eligió el más vistoso de los sombreros, se lo puso, guardó la llave en el bolsito azul de seda, respiró profundamente y salió.

La primera persona con quien se cruzó y se animó a preguntarle en un castellano dificultoso, le dio todas las indicaciones en correcto francés. Ya le había llamado la atención, en los lugares adonde fue con Francisco, que tanta gente se dirigiera a ella en francés. ¿Todos hablan francés en este país? Francisco se había reído, sus amigos sí, por supuesto, pero los otros no, los otros hablan castellano, espagnol, c'est une façon de dire, ya no se sabía en qué lengua hablaba toda esa gente de cualquier lado que seguía bajando de los barcos e inundando Buenos Aires de sonidos toscos.

—¿Por qué hablas con tanto desprecio de los inmigrantes? Yo también vine en un barco. Pero Ivonne no era una inmigrante, tu es française, y la invitó Francisco Ponce. A ella le costaba entender por qué para los argentinos ser francés no era ser extranjero. París era también su ciudad, pasaban todos largas temporadas en París, encargaban sus casas en Buenos Aires o en el campo a arquitectos franceses, estudiaban en libros franceses, se vestían, jugaban al polo, compraban arte e iban a la Ópera en París, muchos de ellos tenían pisos o casas en París y en Biarritz.

Y unos días después, cuando Ivonne le contó lo bien que lo había pasado en la casa de su amiga Rosita, más le costó entender el desprecio con que se refirió Francisco a los gallegos, cuando él mismo le había dicho que su familia —como la de la mayoría de ellos— era de origen español. Aunque también había familias de origen inglés y francés. ¿Y Galicia no está en España? Pero es completamente

diferente, Ivonne, nosotros somos argentinos, nosotros hicimos la Argentina, agregó impaciente. Que ya dejara de hacerle preguntas, que tenían poco tiempo y lo estaban perdiendo en algo que iba a comprender pronto porque no sólo era la plus belle du monde, sino muy inteligente. Ella sola se iba a dar cuenta de que había que evitar ciertas vinculaciones.

Tal vez para darle el gusto, o porque ya empezaba a comprender, le dijo que en esa salida había estado largo rato hablando de viajes, de teatro y de arte en francés con el novio de Rosa, un russe très cultivé. Ivonne no mintió, modificó apenas un orden, era cierto que hablaron de teatro en la lengua en la que se pudieron entender con Rosa, y con su madre, de los lugares donde nacieron mezclando el gallego, el castellano y el francés. Con Igor apenas había intercambiado dos frases de saludo, era un hombre parco, pero él le había hecho un comentario en francés sobre las rejas del balcón del edificio cuando la acompañaron a su casa. Las rejas eran arte.

¿Por qué Igor no quería ir a ver al muchacho que le habían recomendado a Rosa sus compañeros de la FORA?, lo iba a ayudar a encontrar un trabajo con las rejas. A veces pensaba que era un problema de idioma, que ella no lograba, aunque se esforzara, hacerse entender por Igor, pero otras, se daba cuenta de que por mucho que quisiera ayudarlo, Igor prefería hacer las cosas a su modo. Cuando llegaron, no aceptó el lugar que le había ofrecido su hermano Homero en su casa, y se instaló en el hotel de inmigrantes, como todos los otros.

—Mejor hotel —dijo Igor—, trabajo.

Y al final tenía razón porque allí se había anotado como herrero en la lista de la oficina de trabajo que estaba en el hotel de inmigrantes, y una semana después estaba trabajando en la herrería de un italiano. Él solo, sin ninguna ayuda, había encontrado esa pieza en un conventillo cercano a su trabajo, que pagó por adelantado con el dinero que trajo de Rusia. Un catre, una mesita, un armario improvisado con cajones que recogió en la calle, y esos frasquitos con moñitos todos de un mismo color: un hogar. Ella se enterneció cuando él se lo mostró, orgulloso. Pero a Rosa le hubiera gustado que Igor contara más con ella para resolver su vida en Buenos Aires.

Caminaban por el barrio de Flores cuando Igor le señaló las rejas en los balcones, y dijo yo, yo, y movió sus manos como trenzando el aire, Rosa comprendió que él las hacía, y más bonitas aún.

Pasaban mucho tiempo en ese juego que podía ser divertido o desesperante: poner palabras, frases, a los gestos de Igor.

—Trabajo yo italiano —decía Igor y una mano que subía y bajaba, siempre monótona.

—Claro, tú haces trabajos mucho más sofisticados que los que estás haciendo para don Salvatore.

Esos ojitos como pasas de uva, achicándose cuando no entendía, y Rosa señalando las rejas, tomando las manos de Igor y hamacándolas en el aire. Y él, riendo: sí, sí, mejor. Entonces Rosa se puso en campaña, por sus compañeros consiguió un contacto con alguien que hacía herrería para las obras de un arquitecto de moda, Igor podía encontrar un trabajo acorde a sus habilidades. Ella estaba segura de que era un artista, aunque nunca había visto sus rejas. Pero Igor no quería ver a ese hombre y que no y que no.

No era la lengua, decidió, era un cabezota, un orgulloso, un necio como todos los hombres, que no quería nada simplemente porque se lo proponía ella, una mujer.

El dedo sobre los labios de Rosa, indicándole silencio, la puso aún más nerviosa: pero por qué no quieres ver a ese muchacho, dime, explícame.

El abrazo de Igor logró aplacar a Rosa.

—Está bien, haz lo que quieras. Pero aprende a hablar en castellano, o en gallego, por favor. O enséñame a hablar en ruso.

—Yo amo a Rosa. Compañera. Mejor —y ese gesto tierno, reclamando un beso.

Tenía razón Igor, mejor no hablar, y mimarse, y que cada uno hiciera con su trabajo y con su vida lo que le pareciera. Pero te hubiera gustado poder compartir con Igor todo lo que estaba pasando en tu vida, contarle que te contrataron para esa obra, y todas las emociones que vivías en esos ensayos, la alegría y el miedo porque el estreno se acercaba, y había momentos que estabas segura de que iba a ser un éxito, pero otros, un enorme fracaso, como aquella tarde en que Alberto te corrigió cientos de veces, y te seguía saliendo mal, ¿y cómo explicar todo eso con gestos?

Rosa trató por todos los medios de que Igor se relacionara con sus compañeros anarquistas, le parecía que su experiencia en Rusia podría ser un importante aporte para instalar el verdadero comunismo anárquico en la Argentina.

—También Igor, como nosotros —les dijo a sus compañeros cuando lo

presentó en la reunión de la FORA—, se ilusionó en 1917 creyendo que era la revolución social que tanto deseaban y por la que luchamos los anarquistas, pero pronto comprendió que la revolución rusa no es más que la caída de una tiranía para la entronización de la otra.

Decidiste, imaginaste, quisiste creer que Igor pensaba lo mismo, si había emigrado en el 21 de Rusia no podía ser de otra manera que defraudado de la revolución, pero ¿cómo podía haberte explicado todo lo que dijiste con movimientos de manos y su reducidísimo vocabulario? Interpretaste de sus gestos y sus palabras en ruso lo que necesitabas para transformarlo en tu compañero.

Rosa pensaba que la reticencia de Igor a participar de las reuniones se debía a las barreras idiomáticas, por eso insistió para que asistiera a una escuela de la FORA. No sólo aprendería la lengua, sino que comprendería los problemas sociales desde la óptica correcta.

Ya le enseñarías más tarde el gallego, te decías. Creías entonces que la única fisura entre ustedes era el idioma, y que después todo sería armonía. El tiempo te iba a demostrar lo contrario, cuanto más pudieron entender lo que hablaban, más se profundizó la fisura.

Las diez. Ya debería estar en la fiesta de Alberto. Se quedó dormido, estaba agotado. Han sido horas y horas de ensayo, el sexteto todavía no está sonando como Juan quiere, como sabe que puede lograrse con la calidad de músicos que ha agrupado. Pero los muchachos protestan: el Abdulah los ha contratado sólo para cuatro jueves, después ya se verá, de acuerdo a la repercusión. Todavía le rechina en sus oídos la ira aflautando la voz de Ricardo: ni Roberto Firpo, ni Osvaldo, ni siquiera el Tigre Arolas, los hizo ensayar esa cantidad de horas, qué se creía Juan.

Es posible que sea demasiado exigente, pero no lo puede evitar. Tal vez porque es la primera vez que toda la responsabilidad pesa sobre él, no sólo porque es quien hace todos los arreglos, quien elige los músicos, el repertorio, sino porque siente de una manera esencial que está definiendo un estilo de tango diferente, el suyo.

Te parecía pedante hasta pensarlo y no hubieras encontrado las palabras adecuadas para transmitir a los músicos esa íntima certeza de estar inaugurando un camino en mí con ese primer sexteto que dirigiste en 1923. Aún puedo sentir

ese cosquilleo de placer con esos contracantos de los violines que inventaste, esos bandoneones replicándose, las exactas intervenciones del contrabajo y las yemas de tus dedos sabios dirigiéndolo todo, sin permitirse el lucimiento personal del que otros hacían tanta gala. Un verdadero acto de amor, Juan.

Todo su tiempo, toda su energía, en su orquesta. Hace semanas que Juan no acepta ninguna actuación, ningún compromiso, hasta a Tununa la tiene un poco abandonada. Pero esta noche irá a la fiesta de Alberto, no quiere que piense que está resentido porque eligió el tango de Delfino y no el suyo.

Tengo una sorpresa para vos, le dijo Alberto cuando lo invitó. ¿Cuál? Si te la digo, dejaría de ser una sorpresa. Te va a divertir. ¿Qué será?

Una ducha rápida para despejarse. El traje nuevo y la corbata de seda que le regaló Tununa. Colonia. El timbre lo sobresalta. ¡Tununa! Se besan apasionadamente en el hall y Juan se felicita una vez más de haberse animado a alquilar solo ese departamento, aunque cuesta la mar. Si todavía viviera con el francés y Ricardo, ella no tendría la libertad de venir en cualquier momento. Tununa lo había convencido: qué importa que sea caro, con lo que vas a ganar en poco tiempo, te parecerán chirolas. No diría que chirolas, pero Juan lo puede pagar con comodidad. Discos, actuaciones, el nuevo contrato. Tununa le trae suerte.

La mira avanzar con seguridad, sacarse el sombrero y dejar sobre el sofá el tapado de visón. A Juan no le gustan los abrigos de piel, lo impresionan, pero en ella, como todo, le encanta. Se exhibe ante Juan, alta, soberbia, con ese vestido rojo escotado, que pronto Juan le va a quitar, y esos tobillos finos que tanto lo excitan, nunca la ha visto tan linda. No va a ninguna fiesta.

—Estás preciosa.

—Y vos —gira alrededor de Juan, observándolo, divertida—. ¿Este buen mozo, tan bien vestido, es mi amiguito? ¿Estará esperando a alguien y lo sorprendí?

—A vos, siempre te estoy esperando, hasta hoy que no nos íbamos a ver.

—*Juan me lo negó, pero estaba loco por Tununa.*

Juan había entendido que se iba a la estancia. No fue porque a la mañana no se sentía bien, y el viaje en automóvil a Areco la agota, pero a la noche se sentía divinamente y se dijo: ¿qué hará Juan? Iba a una fiesta cuando llegó, pero no va, y ella que qué divertido una fiesta con artistas, irá con él, ¿o no puede llevarla?

Soy libre como un pájaro, Tununa, me puedo mostrar con quien quiera, donde sea, dice Juan, pero ella no recibe la indirecta, se está retocando el

maquillaje, poniéndose el sombrero, ¿vamos?, ella también, libre como un pájaro.

Luis Fernández se retocó el kohl de las pestañas cuidando que no quedara el menor grumo. El azul de sus ojos deslumbraba y nadie se iba a dar cuenta de que se había maquillado, con ese traje a rayas tan masculino.

—¿Estoy guapo? —preguntó acercando desafiante el rostro a Joaquín Irusta.

—Te comería a besos, te mordería todo.

Todo eso y mucho más le iba a hacer, pero no ahora, que ya estaban vestidos de punta en blanco para ir a la fiesta que ofrecía Alberto por el estreno de la obra. Le había costado mucho convencer a Joaquín, él prefería no mezclar su vida profesional con la privada, y hacía años que trabajaba como escenógrafo para ese director. Pero Luis no quería escuchar más mentiras, si después de toda la pasión que habían vivido esos días, Joaquín tenía vergüenza de que los vieran juntos, amenazó, él prefería irse ya de su casa y no volver a verlo.

Y entonces qué comería, quién lo pasearía en automóvil, quién lo conduciría en el tango, esa danza sensual y voluptuosa, y, sobre todo, cómo sustituiría esa ardiente sofisticación de cuadros, aromas, bibelots, telas, porcelanas, ese escenario apenas estrenado y ya imprescindible, testigo y parte de sus amores con Joaquín. ¿Iba a poder quedarse mucho tiempo más en el cuartucho de atrás de la verdulería, donde aún seguía trabajando, después de lo que había aprendido en esos días? Lo supo de un modo visceral la primera noche que Joaquín lo invitó a beber una copa en su casa: ése era su lugar, su mundo, el que correspondía a su sensibilidad y a su capacidad amatoria. Pero de ninguna manera iba a instalarse allí —tampoco Joaquín se lo propuso—, como un muerto de hambre. No, tejería una cuidadosa malla sobre él, ganaría en cada encuentro el próximo, hasta que le resultara tan imprescindible a Joaquín, como a él el mundo de Joaquín.

—Luis Fernández no quería de verdad a Joaquín. Lo movía el interés.

—No era el dinero de Joaquín lo que buscaba, sino su mundo. Un mundo de arte, de juegos eróticos, de seres refinados, y gozadores.

—Fue una imprudencia amenazarlo con todo lo que podía perder.

—No, fue una estrategia más de seducción.

La amenaza de dejarlo fue eficaz: Joaquín le anunció a Alberto que iría a su fiesta con un amigo, un actor gallego que estaba de paso por el país.

—Prefiero que la gente crea que nos conocimos en un marco profesional, en Madrid, por ejemplo, y luego nació una amistad, cruzamos cartas —improvisaba nervioso Joaquín.

—No voy a decir que nos conocimos en un cabaret hace un mes y que esa misma noche nos amamos furiosamente sobre la alfombra de tu salón.

Los temores de Joaquín eran infundados, Luis conocía la hipocresía de la sociedad, no se iba a comportar en público como su amante. Aunque es una lástima porque lo que hacemos nosotros es una verdadera obra de arte, ¿te imaginas los orgasmos en cadena que produciría una obra en la que tú y yo nos amáramos en el escenario? Joaquín tironeado entre la emoción y el miedo que le producían las palabras osadas de Luis. Que no se preocupara, cielo, él sabía disimular y lo haría quedar bien, que Joaquín le inventara antes de ir a la fiesta la biografía que quisiera, la que le conviniera y él cumpliría con su papel, podía ser monje, o un hacendado casado y con cinco críos. Aunque trabajara para un abogado, como un oficinista cualquiera, él seguía siendo actor. Y si había aceptado ese empleo y vivir en un cuarto de hotel, era sólo porque recién llegaba al país, pero en cuanto tuviera oportunidad, él demostraría que era un gran actor.

—*Y vaya si lo era que el verdulero había devenido abogado en su relato; el dependiente, un oficinista, y el depósito de verduras, un modesto cuarto de hotel.*

Joaquín lo abrazó: no quiero que hagas ningún papel, quiero que seas vos mismo, tan genial y tan... maravilloso como sos. Y si estás triste en el hotel, podés venir a casa.

—No, muchas gracias, viviremos juntos cuando yo me haya abierto un camino en este país que tú ya tienes. No pongas esa cara, nos esperan días de gloria. ¿Vamos?

Francisco se quedó detenido en el pasillo, cuando sorprendió a Ivonne con el sombrero puesto y cerrándose el tapado de armiño. Qué sorpresa, no lo esperaba. ¿Iba a salir? ¿Sola? Qué suerte que Francisco llegó, ahora podían ir juntos, era la primera vez que la invitaban a una fiesta en esa ciudad, a cualquier lado en verdad.

Y él, nervioso: adónde la habían invitado, quién, y cómo podía decir que nunca nadie con todos los lugares a los que él la había llevado. Había entendido mal, mon amour, ella se refería a alguien que no fuera él, la chica tan simpática que conoció en el barco, la cantante, la invitó a una fiesta de artistas, Ivonne

estaba tan pero tan contenta de poder ir con él. No irían, Francisco estaba cansado. Por favor, no me digas que no, quiero mostrarle a mi amiga qué novio tan bello tengo.

Bien, aceptaba, pero sólo para que Ivonne se diera cuenta lo imprudente que hubiera sido ir sola, ella no conocía Buenos Aires ni sus gentes, cómo iba a salir sola a la noche. ¿Por qué? ¿Era peligroso? ¿Robaban? No sólo era peligrosa la ciudad, sino que una mujer que va sola a un lugar nocturno es... Ivonne se rió, no podía ser, estaba exagerando, pero como él mismo decía ¿valía la pena perder tiempo discutiendo? ¿Vamos? Allez, on y va.

Igor la miraba incómodo cuando Rosa entraba a la sala y le mostraba uno y otro vestido, ¿me pongo el negro? ¿O éste violeta?

—Éste mejor.

—¿Como mejor? Me dijiste mejor con el verde, y con cada uno que me puse, ¿no puedes decirme cuál te gusta más? ¿Es tan difícil?

—Te quedan todos bien —cortó su padre—. Ponte ya cualquiera y vamos.

—El verde, Rosa. Definitivamente el verde —decidió su madre.

Se sintió estúpida y avergonzada de haberse impacientado con Igor delante de sus padres. Se cambió una vez más, sin buscar su reflejo en la mirada de Igor. Qué importancia tenía qué se pusiera, el teatro la estaba cambiando, su padre tenía razón. Sonrió a Igor y se colgó de su brazo: ¿vamos?

Capítulo veintidós

Tununa maneja con la misma elegancia con que camina, como si el automóvil fuera una prolongación de su propio cuerpo, y Juan goza internándose en las calles arboladas de esa Buenos Aires que, como Tununa, cada día lo sorprende con nuevos encantos.

—Aquí me casé, fui la primera —comenta frente a la iglesia del Santísimo Sacramento.

Juan intenta imaginarla entonces, vestida de novia, ¿ilusionada?, ¿contenta?, no lo sabe, Tununa habla poco de su vida y él lo respeta, sólo se atreve a un ¿cuándo? Se acababa de inaugurar, y con ese estilo que ha aprendido a reconocer, con el que logra desviar la atención de su vida, relata todas las vicisitudes desde que a su tía Mercedes Castellanos se le ocurrió construir en ese predio que había heredado, detrás del Plaza Hotel, una iglesia igual a la que había admirado en París, la llegada en 1903 de los religiosos franceses de la congregación del Santísimo Sacramento, la propuesta a los arquitectos Coulomb y Chauvet para la confección de los planos, las modificaciones que introdujo un padre salesiano, a quien le encargó la supervisión, secundado por los sacramentinos que seguían en Buenos Aires, la piedra fundamental que pusieron en 1908, la construcción que ella vio paso a paso. Tununa sonríe perdida quién sabe en qué recuerdo que no menciona, al fin se terminó en el 16, justo cuando Charly y yo nos casamos.

Juan preferiría que le contara algo más íntimo, y no ese entramado de curas y ricachones, pero así es Tununa. Él no tiene problemas en hablarle de su vida, quiere compartir recuerdos con ella, por eso le pide que se detenga un momento en esa esquina, donde está este edificio: aquí mismo había un terreno baldío donde yo jugaba al fútbol con los pibes del conventillo de la otra cuadra, y con Pirucho. ¿Te hablé de Pirucho? Un canillita que vendía diarios en la misma zona que yo, y que tocaba la flauta. Con él conoció los cafés de La Boca donde el tango crecía a pasos agigantados, con sus primeros grupos instrumentales, un

tango que hacía sonar la milonga en él. Allí escuchó a Arolas, el Tigre del bandoneón, a Grecco, al tano Genaro, a Villoldo. Tununa sonrío.

Un mínimo movimiento al volante de su mano fina, y giran a la izquierda. Una nueva calle, más ancha y menos iluminada que la anterior, que se le antoja una emanación de Tununa, bella y misteriosa como su expresión en ese instante, una calle que ella le regala como él la imagen de ese café de Suárez y Necochea, un pequeño palquito donde se instalaba la orquesta, las parejas luciendo sus cortes y quebradas. Allí tocó Juan por primera vez, tenía doce años. Era un tango bravo, muy distinto del que Tununa conoce.

—Me hace gracia, hablás como un viejo, como mi padre cuando rememora la primera exposición rural que se hizo en el Retiro.

Y al evocar esos tiempos, surge Carlota, mágica como la tenue luz de los faroles sobre el empedrado de la calle por la que circulan, sus piernas ágiles adivinadas bajo el vestido largo, su cuerpo manso y siempre provocando.

—¿Estabas enamorado de ella? —interrumpe Tununa.

No, no. Juan sonrío, misterioso y se deja ir, en silencio, a esa noche en el Rodríguez Peña, en 1911, o 12, cuando encontró a Carlota bailando con el Cachafaz. Una gloria.

El automóvil se detiene en una calle recoleta de Belgrano. Tununa maniobra para estacionar con esa gracia natural que despliega en todo lo que hace. Juan se baja, le abre la puerta, su mano extendida recibe la de Tununa. Caminan unos metros hasta un portón enrejado desde donde puede observarse una mansión espectacular: no como la tuya, pero casi, bromea Juan, no imaginaba que ser autor de teatro diera tanto dinero.

La casa no es de Alberto, sino del dueño de varios teatros, un italiano encantador que los recibe con una amabilidad pomposa.

Ivonne siguió la mirada sorprendida de Francisco y vio a esa mujer alta y esbelta, bellísima en su vestido rojo y su sombrero con una sola pluma, que caminaba como si el mundo fuera suyo. ¿Es una actriz famosa? No llegó a contestarle porque la mujer, con una sonrisa espléndida, se acercó a saludarlo. Pero esta vez el diálogo no siguió en francés, la mujer de rojo y el joven de cabello renegrido y mirada recelosa hablaron en castellano. Ivonne logró entender que el joven era músico.

—El famoso era él y no ella entonces —concluyó Ivonne cuando se

apartaron—, hubiera jurado que era al revés. ¿Hace mucho que los conoces?

—A ella sí, desde que nació. Era, sigue siendo, la más linda de las Paz.

—¿Y su marido?

—No es su marido, Tununa Paz está casada con Charly O'Toole. No sé qué hará con Montes. Pero no es famoso, entendiste mal, Ivonne, toca en una orquesta, debe ser un intérprete del montón.

—Tu amiga dijo que era compositor —corrigió Ivonne.

—No sé, puede ser, no es alguien que frecuente.

—Pero lo conocías ya.

—De casualidad, es hijo de una modista que cosía para mi madre.

Francisco quedó largo rato en silencio, ausente.

—No lo veía hacía años, desde que pasó lo de mi hermana —su expresión se endureció— y ese insolente, Juan Montes, me vino a ver para pedirme que tomara una actitud más comprensiva con Mercedes.

Aunque Francisco hablaba en francés, Ivonne sospechó que no se dirigía a ella, ese tono ácido: que nos iba a doler mucho a todos no vernos más, indignado: quién es él para decirme a mí lo que tengo que hacer con mi hermana, para hablarme de dolor, ah, pero lo puse en su lugar, ¿a Ivonne le hablaba y ni siquiera la miraba?, porque en ese punto estoy de acuerdo con mi padre, nunca debió permitirse esa intimidad entre él y Mercedes, si hasta tomaba clases de piano con su profesor.

—No te entiendo, mi amor, explícame.

Francisco pareció despertar de una pesadilla con la frase de Ivonne, y la miró con ternura: discúlpame, querida.

—No te cae bien Francisco, ¿o me equivoco? Se podía cortar con un cuchillo el aire.

—Apenas lo conozco —Juan intenta terminar definitivamente la conversación.

—Lo vi muy acarameladito a Francis con esa chica, a ver si le sacude un poco el almidón esa francesita, es mona, ¿no?, aunque un poco vulgar —el tono chismoso y frívolo la enrarece—. No quiero ni imaginar lo que dirán si a Francis se le ocurre épouser la française, después de lo que pasó con su hermana.

Y Tununa, ya no su Tununa sino alguien que Juan ve por primera vez nítidamente del otro lado, sonrío cuando él la enfrenta:

—¿Por qué, qué hizo su hermana? ¿Se enamoró de alguien «vulgar» y no del pituco que le correspondía? Tené cuidado —la expresión de los que pasaban lo alertó sobre el tono de su voz—, a vos también te puede pasar.

Tununa lo mira minuciosamente, como si ella también observara por primera vez a alguien que está en un bando enemigo, atacándola, y calibrara cuidadosamente las estrategias de defensa. Un silencio con púas, más eficaz que cualquier palabra, va derritiendo la agresividad gratuita de Juan, quien, necio, sigue sosteniéndole insolentemente la mirada.

—Yo fui una de las pocas personas que defendió a Mercedes —arranca al fin, con una suavidad labrada por la voluntad— por haber roto su compromiso con ese papanatas y huir con el hombre que amaba. Yo también lo hubiera hecho para seguir a Charly —su mirada resplandeciente—, pero no fue necesario, fue él quien dejó su país, sus costumbres, para venir a vivir conmigo. Nos enamoramos profundamente, ¿te lo conté alguna vez? —le pregunta, y Juan siente que se lo merece por imbécil.

—No, nunca. ¿Entonces qué papel cumplo yo en tu vida?

—El mismo que yo para vos, el placer, el aprendizaje mutuo, porque yo aprendo de vos, de tu talento, de tu juventud, de tu vida, y vos de mí. Pero no te equivoques, Juan —dice con enérgica delicadeza—, nada de lo que compartimos va a aminorar o cambiar la calidad de lo que Charly y yo tenemos.

La historia que Juan se ha fabricado del matrimonio concertado por los padres con un aburrido inglés se derrumba. Charly la quiere —aclara sin énfasis Tununa—, la quiere como es, la quiere —busca la palabra, afinando la puntería— con sabiduría. Un látigo azotándolo en la calma pastosa de su voz: vos sos importante, pero nada ni nadie opaca a quien es mi hombre para mí.

Quizás se lo ha dicho para devolverle el golpe, pero Juan siente que es verdad, una verdad que lo perturba y, para disimular, la deja en medio del salón y va a buscarse un whisky.

Los aplausos lo sorprenden, Alberto toma de la mano y exhibe a una mujer castaña, con un vestido verde de modesta confección —le hace gracia comprobar lo que ha aprendido de su madre, ¿y de Tununa?—. No es elegante pero impone, la estudia de arriba abajo, las piernas, el cuerpo macizo y delgado, el mentón, la nariz, los ojos claros como desdiciendo... ¡Pero si es Rosa! ¿Es? Está muy cambiada, toda una mujer, pero sí, se ríe como cuando le dijo que se parecía a la infanta.

Rosa era quien había rechazado tu partitura para el teatro. Un ramalazo de

odio te asaltó, como si acabara de colgarte en Palermo.

¿La va a saludar y le dice: todavía te estoy esperando al pie de la estatua? No, no está para bromas.

La ve avanzar a Tununa y toda la escena con ella le parece una insensatez, está tan linda, es tan inteligente, tan divertida, no hace ninguna alusión a la conversación anterior, un simple ajuste, un detalle que Juan no debe olvidar — no me hieras porque te responderé—, y se dice que tiene mucha suerte de tener a su lado esta mujer, pero mucho más que por su despampanante cuerpo, por su personalidad.

¿Quién es?, le pregunta señalando con la mirada a Rosa. La cantante. ¿La conocías? Sí, la provoca, divertido, era de ella de quien estaba locamente enamorado, no de la milonguera de la que te hablaba. Touchée, responde simpática y Juan, contento de terminar la partida, intenta una explicación: conozco a Mercedes desde chico, fue mi primera amiga en Buenos Aires... Tununa lo interrumpe: chismeemos sobre los invitados, se ríe de sí misma, es lo que se hace en las fiestas. Y magnífica como siempre, posa su mano en el brazo de Juan para pasearse por la sala.

—Ése es Enrique Delfino, mi competidor —le sigue el juego—, por supuesto, ganó él. Y ése es el director de arte, un verdadero artista por lo que me han dicho —sonríe enigmático—, aunque no es lo único que se dice de él —dudando, baja la voz—: parece que... tira para el otro lado.

Y ella contesta, con naturalidad: ah, como mi tía Clotilde. Qué le quiere decir, que a mi tía le gustan las mujeres, su última amante es una italiana que cantó *Aida* en el Colón, una soprano inigualable y muy divertida. El que está al lado, con las pestañas maquilladas, ¿es su pareja? No sé, no lo conozco.

—*No me los imaginaba tan chismosos.*

—*Son más cotillas que nosotros.*

Gente principesca, maravillosa, divertida, se decía Luis Fernández. Y justo en ese momento, aplausos y ¿quién entró? ¡Su paisana! ¡La actriz de la obra era Rosita! Cuánto pero cuánto le gustó que una de las poquísimas personas que conocía en esa ciudad fuera la reina de la fiesta del amigo de Joaquín. Ni se lo explicó, se acercó con paso de pájaro excitado, compañeira le gritó y se abrazaron. Aprovechó para pedirle al oído que dijera que se conocían del teatro en nossa terra. Y ella, tan rápida, como siempre: Alberto, te quiero presentar a

Luis Fernández, un actor gallego.

Como si lo hubieran ensayado, perfecto, Rosita guiñándole un ojo y el director estrechando su mano. Joaquín se acercaba, lentamente, entre sorprendido y admirado al verlo allí, íntimo con la cantante y el director.

—Se conocen, qué divertido —y la voz se le atipló un poco. Qué gracioso, pensó Luis, tanto darme indicaciones y él va y saca las plumas de puro celoso.

—Quien no conoce a Luis Fernández en Galicia es que no le gusta el espectáculo.

Sólo él, la princesa de Borbón, podía entender la sutil broma de Rosita, los demás pensarían que era cierto. Unos minutos después, Joaquín lo presentó como una estrella de Galicia de paso por Buenos Aires a esa pareja simpatiquísima, él todo ojos y manos, y ella con ese vestido despampanante, ese rojo fuego, ese escote, esa tela que debía ser una caricia, cuánto le gustaría tener uno idéntico, le confesó más tarde a Joaquín.

Ivonne disfrutó con la romántica historia entre Tununa, la joven codiciada por todos, pero no interesada en casarse con nadie, y el sobrino del criador de caballos de carrera que vino sólo a pasar las vacaciones, y a los tres meses, trois mois, repitió Francisco, como si fuera la clave, toda la sociedad azorada con la noticia de la boda de Tununa Paz con Charly O'Toole.

—Un coup de foudre, une belle histoire d'amour —acotó Ivonne.

Sí, aparentemente eso es lo que todos tuvieron que reconocer porque las especulaciones que se hicieron entonces, por la rapidez con que se hizo todo, por la fortuna del tío de Charly y de los Paz, resultaron falsas: el hijo nació un año después, y tampoco él aprovechó la fortuna de su tío, como se temía, ni la dote de su mujer, compró tierras con dinero que trajo de Inglaterra, y en pocos años es notable lo que ha hecho en sus campos. Su padre, Vicente Ponce, que sabe lo que dice, lo pone siempre de ejemplo.

En cambio Francisco, por mucho que hiciera, no lograría nunca cumplir con las expectativas de su padre. Le había llevado cuatro años y muchos disgustos llegar a esa conclusión. Por mucho tiempo y energía que consagrara, por mucho que le gustara su trabajo, no podría tener nunca un lugar propio, aunque las tierras y los negocios aumentaran año a año. Su padre nunca se retiraría, nunca delegaría en él. Habían tenido unos altercados duros, muy duros, no quería ni acordarse. Por eso, no porque le gustara particularmente la medicina, insistió en

inscribirse en la universidad. Vicente Ponce aceptó, a regañadientes: que no se hablara más, Francisco sería un médico de prestigio, sentenció, pero tendría que ponerse a estudiar sin descanso para recuperar el tiempo perdido.

Para Francisco fue un gran alivio la facultad de Medicina, poco le parecieron esas horas entre libros y profesores, las prácticas en el hospital como externo de laboratorio, luego, como externo de sala, los exámenes escritos y orales, sin tregua, pero sin la presión cotidiana de complacer a su padre.

Ahora sólo le quedaba un año y medio más. El internado, el título que obtendría a fin del próximo año, los primeros pacientes que atendería en el consultorio que su padre ya había encargado diseñar al mismo arquitecto de su casa, y entonces ya le sería posible...

—¿Qué? —preguntó Ivonne.

—Plantear la situación a mi familia...

En esa terraza con vista al magnífico parque, rodeada de gente bella y con el cosquilleo de las burbujas de champagne, Ivonne esperaba algo más cálido que esa palabra: «situación». ¿Así llamaba Francisco lo que sentía por ella?

—Sabes muy bien cuánto te quiero —su mirada no desmentía sus palabras—, pero todavía no puedo...

Todavía o nunca, quiso preguntarle pero no lo hizo porque esa noche quería disfrutar a pleno esa fiesta inesperada y emocionante a la que ella, todavía no lo podía creer, lo había invitado. Se prometió tener paciencia y no exigirle más que el placer que compartían, ya llegaría el momento en que todas esas vallas desaparecerían, se convenció con una nueva copa de champagne, y serían felices: moi aussi je t'aime, à la folie.

—*À la folie!* —una carcajada retumba en Tango—. Francisco no podía imaginar lo que significaba ese «à la folie».

—No te rías, Juan, tampoco ella lo sabía entonces. Si Francisco no hubiera...

—Basta, no cuenten todo. ¿Para eso querían hablar?

Alberto ha pedido silencio y presenta a Rosa Leyra, que cantará para ustedes el tango *Dios mío querido*, que se estrenará el jueves en mi obra de teatro.

Una voz apenas más educada que la de la chica que cantó una cantiga en Palermo aquella tarde, pero con un dramatismo y una determinación que conmueve, aunque desatiende un poco la música. Es buena, sí, Juan lo reconoce.

La emoción en todos los rostros, hasta a él, que no le gustan los tangos cantados, le produce... algo.

Desde que llegó, Rosa partida entre la gente que le presentaba sin cesar Alberto, idas y vueltas a Igor, el pobre se iba a sentir mal si no le prestaba atención, y esa exigencia del *Dios mío querido* que tiene que salir perfecto, Rosa, hay muchos críticos.

Lo previsto era que cantara sólo el tango que se estrenaría en la obra, no entendió por qué, ya pasada la prueba de fuego, Alberto le pidió: cante su valsecito criollo, el que tanto le gusta. Debería habérselo advertido, hubiera preferido ensayarlo, pero no se atrevió a negarse.

No era raro que no lo hubiera visto antes, había mucha gente en esa fiesta, lo raro fue que justo su mirada se detuviera en Juan, cuando ya avanzaba la segunda estrofa del valsecito. Una vibración extraña en su voz, como si no fuera ella.

Como si la hubieran pescado in fraganti, así reacciona cuando lo reconoce, la voz de pronto rota y la mirada que huye a mil leguas de Juan, debe querer que se la trague la tierra. Pero Rosa no se calla, sigue cantando esa ridícula letra que no sabe si le da vergüenza por ella o por él. ¿Qué peces, qué marea, quién es el que se fue cruzando el mar? ¿Qué tiene que ver esa letra con su música?, se indigna. Toda letra deteriora la música, pero ésta es el colmo.

No era el deterioro que la letra producía, Juan, ni ninguna otra apreciación musical, era furia pura y dura, eran celos, era pasión. Esa pasión que habría de producir las más exquisitas combinaciones de notas e instrumentos, pero también frases como las que despreciabas: las de las letras.

«Su valsecito», dijo Alberto, como si fuera de Rosa, chorra, por suerte, el pianista toca la versión arreglada que Juan le dio a Alberto. Pero con qué derecho se canta en público, aunque sea una fiesta privada, una composición suya, con una letra peor que la que inventó entonces, sin su autorización. A Alberto le parecerá divertido, una sorpresa, como le anunció, pero Juan está furioso. Y cuando termine, ¿dirá que es de ella? Alberto le salva el pellejo pidiendo un aplauso para Juan Montes, el autor del valsecito. Ni se acerca, desde donde está, Juan, con su peor cara de culo, dice: no es mío, pero ellos siguen

aplaudiendo, como si no lo escucharan. No parece posible aclarar nada, toma del brazo a Tununa, y salen a la terraza.

—El tango me gustó —le dijo Joaquín a Luis—, pero ella, no sé, demasiado grave, espesa y un poco masculina.

Luis, enardecido, que no le permitía que hablara así de Rosita, una mujer hecha y derecha y no esas muñequitas falsas que se quiebran de un soplido.

—Está bien, no se me enoje tanto que me arruga el corazón.

—Ni me acordaba de ese valsecito, era un pibe cuando se lo regalé. Pero no para que vaya cantando por ahí una de las peores cosas que compuse en mi vida, ¡y con esa letra absurda!

—¿No te acordabas y me lo diste hace unos meses para que le pusiera letra?

—Otra versión, no la de Rosa.

—Pero si fue tu partitura la que se tocó, Montes. Deberías sentirte halagado no estafado, para Rosa tu valsecito significa mucho, ella no lo olvidó como vos. En fin, amigo, no era mi intención darte un disgusto, sino una alegría. Como soy un romántico empedernido, imaginé una historia tierna.

—No me enojé, Vacarezza, fue... la sorpresa. Estoy con los nervios a flor de piel con el próximo estreno de mi orquesta.

—Saludala a Rosa antes de irte. Se quedó mal la pobre con tu reacción.

—Ya le hablaré, tranquilo.

—¿Seguís de mal humor, dulce? —Tununa acercándose, extendiendo una copa de champagne, una sonrisa burlona—. ¿No estarás un poco cansado?

—Sí, ¿nos vamos?

—Sí, *que se vayan de esa fiesta. Yo estoy impaciente por llegar frente al diario Crítica, y escuchar por los altavoces la pelea FirpoDempsey. Fue en el mismo año.*

—Sí, *en 1923.*

Se lo prometió a Alberto pero ni piensa hacerlo, decide, es Rosa quien debería darle explicaciones.

—¿Juan? —incómoda.

—¿Cómo te fue en México? —Tununa los mira, sorprendida—. Perdón, Tununa Paz, a Rosa ya la conocés.

—¿En México? —le pregunta desconcertada.

—Carlota me dijo que no pudiste venir a Palermo porque te contrataron en México.

—Ah, sí —es una mentirosa, una falsa—, pero al fin me fui a España, ya me había olvidado.

—Discúlpenme un momento —dice Tununa, y se aparta, pero Juan la retiene del brazo.

—Voy a empolvarme la nariz —se impone, divertida, y los deja, uno frente al otro, a cada cual más incómodo, más violento.

—Me pareció que te molestaba que cantara el valsecito que me regalaste.

—No lo recordaba ya —miente—. Era difícil reconocerlo con esa letra tan... femenina.

—¿Vos le habías escrito una letra masculina para que la cantara yo?

—Yo no le escribí ninguna letra.

—¿Fuiste sin la letra a Palermo? —ahora es ella la ofendida, ella que ni fue —. Bueno, si de todos modos ni te acordabas... no veo por qué tanto problema.

Si Juan le contesta como siente en este momento, va a creer que le importa.

—Me tengo que ir, buenas noches.

Está llegando a la puerta cuando Rosa lo alcanza, se pone frente a él:

—Juan, no te preocupes, no volveré a cantarlo —se la ve angustiada.

—Mejor así —le contesta sosteniéndose del brazo de Tununa para darle la espalda, y salir de allí lo antes posible.

Pero Tununa resiste a su presión, y se clava al parquet. Una postura absurda, ella, frente a Rosa, sonriendo, y Juan, mirando para el otro lado, con el brazo cada vez más estirado, hasta que cae cuando Tununa se acerca para saludar a Rosa con un beso: fue un placer escucharla, ya la veré en el teatro. Mucha suerte.

Era tan bella Tununa, y estuvo encantadora con vos esa noche, Rosa, sin embargo la detestaste. La culpa de que Juan hubiera estado tan soberbio y tan antipático con vos y que hubiera reaccionado mal cuando cantaste el valsecito era, sin ninguna duda, de la pituca ésa. Vos nunca te pondrías un vestido rojo como el suyo si no fueras la agasajada, le dijiste a Igor.

Capítulo veintitrés

Mercedes había preparado el bolso y un discurso impecable la noche anterior, pero eran las tres de la madrugada cuando se durmió, y Jordi aún no había llegado. Mejor, pensó cuando se acercó a él, ya lista para salir, y el aliento a alcohol la expulsó.

—Me voy a Santa Fe —le anunció lacónicamente.

No importaba que Jordi no la escuchara, su vecino se lo explicaría más tarde y Mercedes sostendría que mantuvo una conversación con él, en la que le dio cuenta con puntos y señales de su viaje. Tantas veces se olvidaba Jordi de lo que había pasado cuando caía en ese estado.

Su ausencia lo haría reflexionar, se mintió sin mayor convicción, mientras cerraba la puerta de calle.

No era la primera vez que Mercedes buscaba una excusa para alejarse de Jordi, ya se había ido a Santa Fe en 1921, a la casa de los padres de su vecina Olga, y en febrero del 22, después de la visita de Juan y ese moretón que no logró ocultar, aceptó la propuesta de ir a Mar del Plata a la casa de los Laclau.

—Me pagarán mucho —argumentó— y nos vendrá bien un descanso.

Jordi sabía que la violencia a la que había llegado con Mercedes amenazaba seriamente la relación, y él no quería perderla, no tenía otra posibilidad que aceptar lo que meses atrás le parecía un oprobio: tú eres la profesora de piano, no una institutriz, esos miserables sólo quieren ahorrarse un salario en las vacaciones, no puedes admitir que te denigren, ni que me insulten a mí, ¿qué clase de marido permite que su mujer lo abandone tres largos meses?

No era su marido pero tampoco valía la pena recordárselo, tan lejos esos tiempos en que llegaron a Rosario, tan mustios los sueños de la escuela de música propia que les permitiría establecerse, formar una familia. Trabajarían mucho, codo a codo, y se casarían cuando llegaran los hijos. Pero los hijos no llegaron nunca. El médico le dijo a Mercedes que no encontraba razón alguna en su organismo que impidiera la maternidad. ¿No consultaría con ese profesor que

ayudó tanto a sus amigos? —se animó por fin aunque su expresión auguraba lo peor—, ellos habían logrado tener hijos. Jordi dándole la espalda, poniéndose el saco: él era sano —ojos como vidrios rotos—, no tenía por qué ver a un médico. Salió dando un portazo.

Había sido esa misma noche, o quizás otra, cuando la arrancó de su sueño a la madrugada, sacudiéndola, ese jadeo etílico: si ella era yerma que no le echara la culpa a él. Pero era el alcohol, eso oscuro, agrio, que se apoderaba de Jordi cuando bebía: eres tú la que no quiere tener hijos con un pobre, mejor, porque yo no voy a hacerme cargo de ningún crío cuando me abandones. Él no creía en verdad esas frases crueles. Aunque Jordi no lo reconociera, le dolía la situación.

Mercedes no se molestó en contradecir el equivocado juicio de Jordi sobre los padres de sus alumnos Laclau, estaría poco más de un mes en Mar del Plata, ya era febrero.

Tampoco cree que él fuera a oponerse a este viaje después de la escena brutal de la otra noche, pero mejor que no haya tenido la oportunidad.

En el autobús que las lleva a Santa Fe, Olga y su hijo dormidos, Mercedes se descubre ilusionada, ligera. Se ríe a solas. ¿Se estará consustanciando tanto con el personaje que construye en las cartas a su madre que hasta le contagia la alegría? Ayer le escribió a Inés: «He suspendido las clases de piano para acompañar a Jordi a Santa Fe donde ofrecerá conciertos. También vendrá mi amiga Olga (la mamá de esos niños encantadores), y planeamos ir a ver vidrieras y al cinematógrafo y tomar copetines en las confiterías de Santa Fe. Nos vamos a divertir tanto».

En esas cartas que intercambian regularmente desde el encuentro del último verano en Mar del Plata, poco a poco ha ido tomando consistencia ese personaje que es Mercedes misma... o la que podría ser. No miente, se convenció, sólo modifica algunos detalles de la realidad, omite otros, para que esa vida por entregas no desentone demasiado con la estética de su madre. Ella se lo merece. Mercedes siempre admiró —y sus cartas lo confirman— esa cualidad de Inés de vivir más en la literatura que en la esplendorosa y miserable vida de perros que tiene.

Le ha llevado años y mucho dolor poder establecer un contacto con su madre y no quiere perderlo, pues, aun con sus limitaciones, les hace bien a las dos.

Cómo era posible que Ivonne no hubiera escuchado hablar de los bailes de

Bullier, se asombró Francisco, hacía más de cien años que los estudiantes de medicina en Francia tenían esa tradición, sólo interrumpida por las guerras.

Tampoco Ivonne, por ser francesa, debía conocer todo lo que pasaba en su país, se defendió, hacía sólo cuatro años que vivía en París cuando se conocieron, ella es de Flandes, y era evidente —lo habían comprobado en muchas oportunidades— que Francisco estaba más al tanto de lo que sucedía en Francia que Ivonne, ¡si hasta sabía todos los nombres de los huesos del cuerpo humano en francés! No sólo de los huesos, le había explicado el otro día, ellos estudiaban patología externa por Forgue, dermatología por Darié, y en patología interna seguían a Sergent. Todos franceses. ¿En Buenos Aires se enferman en francés?, le había preguntado Ivonne, y Francisco se había reído.

Pero los bailes del Internado no eran iguales a los de Bullier, sólo el primer año invitaron a Ricardo Rojas, un escritor, como los franceses a Anatole France, en 1915 había entrado el tango, y desde entonces, en los bailes del internado, grandes compositores estrenaban tangos que dedicaban a los estudiantes de medicina.

Fue Ivonne quien insistió en ir a la fiesta, a Francisco no le parecía conveniente: los estudiantes solían gastar bromas pesadas, y el ambiente podía ser... dudoso, no se sentiría cómoda. Qué le importaba a ella quién fuera a la fiesta, si estaban juntos, no tendría miedo aunque jugaran con calaveras.

Si los peligros de la vida sólo fueran bromas de estudiante, pensó, y apartó, sacudiendo su melena, el recuerdo de aquella noche atroz en su pueblo, Armentières: la puerta de su cuarto abriéndose con violencia, el soldado borracho, su camisón desgarrado.

A los pocos días de su huida, en 1917, Mercedes había enviado un telegrama a Inés, sólo para que supiera que estaba feliz. Y era cierto entonces, ¿cuándo empezó el derrumbe?, se pregunta. No mientras saltaban de un lugar a otro, la esperanza siempre viva, cualquiera fuera el resultado de sus emprendimientos, ellos juntos y amándose. Desde Junín, donde Jordi ofreció un concierto a fines del 18, también llamó. Apenas reconoció su voz, Inés le pidió una dirección, un modo de comunicarse con ella, estamos viajando mucho, mamá, escribime, le rogó Inés.

No podía correr el riesgo de que alguien interceptara esa carta, le dijo un año después, cuando la llamó desde Rosario. Mercedes ya había recibido la cruel

carta de Leonor. ¿Empezó cuando se instalaron en Rosario?, no los primeros tiempos, piensa, el decaer fue gradual. ¿Era feliz?, ¿podía ir a visitarla?, ¿tenía familia ya? —esas preguntas apretujadas, ansiosas de Inés—. Podían encontrarse en algún lado, en secreto, propuso. Estoy bien, mamá, pero tengo que cortar, ya te llamaré.

También estoy bien en 1920, clases de piano, conciertos de Jordi, paseos por la ribera del Paraná, hijos no por ahora. Ya habían empezado las primeras borracheras, los celos delirantes, los gritos, pero aún la ternura y el amor. No podemos encontrarnos, mamá, lo siento, no me ayudaría a adaptarme a la vida que he elegido.

La única posible, la que le quedaba después de su decisión. No podría volver nunca a su casa, su padre y su hermano lo habían prohibido. Mercedes estaba muerta para todos, le había escrito Leonor en esa carta que pudo romper en mil pedazos, pero que quedó escrita a fuego en su memoria: muerta, que lo entendiera y no se le ocurriera volver a escribirles, los comprometía, y ellos no querían saber nada de su vida descarriada. Aunque hablaba en plural, Mercedes pudo imaginar a Leonor violando la carta que nunca habría llegado a Hernán. La sola idea de que pudiera pasar lo mismo abortó durante años cualquier intento de escribir a nadie ligado a esa tribu para la que ella estaba muerta.

Pero fue injusta porque nunca estuvo muerta para su madre, como bien le demostró ese verano en Mar del Plata, cuando apareció en lo de Laclau sin invitación alguna, contra toda convención. Alguien se lo había dicho en las ramblas. Desde el pasillo las escuchó mentirse con idéntica elegancia, su madre que malhereusement ella no estaba cuando su hija Mercedes pasó por su casa y, distraída como es, dejó el nombre de la familia pero no el teléfono, ella se había tomado el atrevimiento de ir directamente, para evitar otro desencuentro, y Béatrice Laclau que su querida amiga Mercedes aún estaba con ellos, estamos felices de que nos haya hecho el honor de aceptar nuestra invitación.

Merceditas, Merceditas, los ojos mojados y dichosos, mientras le acariciaba la cara, el pelo y las manos, como si sólo tocándola pudiera creer que estaban juntas. Más que hablar, se dieron el gusto de caminar juntas por el parque, de sentirse cerca después de tantos años, apenas algún comentario sobre la armonía de árboles, arbustos y flores, sin duda obra del paisajista Thais. Inés siempre lo reconocía, aun cuando cada parque diseñado por él fuera diferente.

Mercedes apreció el esfuerzo de su madre en no hacerle ninguna pregunta, y aceptar que ella le contara lo que quisiera. Desde entonces, ese leve y fuerte hilo de las cartas.

Cuando llegaron al pabellón de las Rosas, el baile estaba en su apogeo. Francisco le presentaba unos amigos, cuando un murmullo de entusiasmo celebró *Anatomía*, el tango que compuso Arolas para los estudiantes. ¿Bailamos, ma belle?

El tango en Buenos Aires se bailaba de otra manera que en París, pero Francisco le estaba enseñando y ella se defendía ya bastante bien. *El bisturí* de Firpo, *Matasanos* de Canaro, instruía Francisco, *El sexto* de Fresedo. Muy bien, no se había equivocado ni una vez, *El noveno* de Brignolo, estaba orgulloso de ella. ¿Descansaban un poco? Sí, una copa de champagne, y otra más, Francisco contento, algo achispado, y mostrándose muy cariñoso con Ivonne. Quizás fuera cierto, después de todo, pensó Ivonne, que era sólo una cuestión de tiempo. Francisco parecía cada día más cerca de esas promesas vagas que ella, en verdad, no había creído.

Unos jóvenes vinieron a buscarlo para preparar una broma, vengo en un ratito, amor. El hombre que la sacó a bailar tenía una amplia sonrisa. Ivonne aceptó por no ser descortés con un amigo de Francisco, para bailar el tango sólo debía ser dócil y responder correctamente a las «marcas». Pero cómo interpretar el ir y venir de esa mano férrea e imprecisa en su espalda, que se abrochó luego a su talle, tomando su cintura toda y estrujándola contra él. Las piernas torpes, enredándose, el cuerpo tenso, la respiración jadeante del hombre en su oreja, los fantasmas del pasado despertando. Ivonne se clavó en el suelo, y aprovechó el tropezón para soltarse: desolée, no sé bailar tango, es muy difícil. Giraba sobre sus talones, cuando la mano del hombre la retuvo, y en un instante Ivonne presa de ese abrazo feroz, unos labios carnosos y hediondos contra los suyos, una mano nerviosa pellizcando sus nalgas, paralizada, muda, como aquella otra noche en Armentières, la boca del hombre bajando de su cuello a su escote, la saliva ensuciándola, ahogándola. Que nadie la viera, que no se enteraran, porque casi peor que lo que pasó aquella noche durante la ocupación, más humillante, fue que todo el pueblo lo supiera.

Pero Patricio, el amigo de Francisco, lo supo, lo vio y no dijo pobrecita, como dijeron esas gentes de Armentières cuando se enteraron al día siguiente,

pobrecita pero todos mirándola como a una leprosa. Patricio dijo: es la novia de Francisco Ponce y lo apartó de un empujón. Le vio el rostro lívido, la mirada espantada: lo siento, no sabía.

Todo lo que pasó después: Francisco desencajado respondiendo con trompadas a las disculpas babosas del hombre, la ternura con que la consoló, era culpa suya, no debió dejarla sola un momento, el hombre expulsado de la fiesta, ellos bailando juntos y queriéndose tanto, ella saliendo de la fiesta del brazo de Francisco, segura, limpia, fue como un sueño que clausuraba aquella rancia pesadilla. Lejos, perdidos para siempre, su cuarto de jeune fille en Armentières, la guerra que le quitó no sólo a sus dos hermanos sino el «honor», el cuartucho en París donde se refugió —terminada la guerra— de las miradas y manoseos de sus paisanos, su trabajo de dependienta en el almacén del boulevard de la Madeleine, el novio que la dejó.

—Mi vida empezó en esa bicicleta con la que te choqué en el Luxembourg —le dijo ya en su casa—, atrás no hay nada.

Y como para conjurarlo, por primera vez, en ocho largos años, Ivonne hizo un relato demorado de aquella noche, era ella hablándole a Francisco y era el soldado contándolo en la plaza de Armentières, como si el simple hecho de repetir sus palabras pudiera borrarlas para siempre, olvidar su reflejo en esos atrevimientos que de las miradas pasaron a las manos, pobrecita, decían, pero después... Ella no tenía la culpa, ella estaba sola en su cuarto cuando forzaron la puerta, y la... Basta, cortó enérgico Francisco, los ojos astillados, no quería escucharla más. Aunque Ivonne no se lo hubiera contado antes, él lo intuía, sólo una experiencia como aquélla podía explicar que Ivonne se hubiera ido a la cama con él apenas se conocieron, y él sabía bien que ella no era de ésas, por eso era su amor.

—*Era un imbécil. No tenía ninguna sensibilidad, ella contándole su drama, y el tipo mirá con lo que le sale.*

—*Estaba enamorado de Ivonne, pero era víctima de sus propios esquemas, trataba de acomodarlo todo, el relato de Ivonne le daba la posibilidad de «dignificarla» ante sus ojos para hacerla su mujer.*

—*Pero cuando tuvo que elegir entre el amor y la fortuna...*

—*Muchos hicieron lo mismo y la sacaron más barata.*

Ivonne prefirió no ahondar en el sentido de las palabras de Francisco, ni siquiera cuando le pidió que le prometiera que nunca pero nunca nunca le diría a nadie lo que acababa de contarle a él, ¿promis? Promis, contestó Ivonne, y se

deslizó en la piel de Francisco, único sentido que le permitiría instalarse en su felicidad y creerse por fin a salvo de las injusticias de la vida.

Mercedes lo conoció el mismo día que llegó a Santa Fe. Roberto Morelli, el loco de la radiofonía, como lo presentó Isaac, el hermano de Olga, pasó por la casa para recordarles la cita ineludible del jueves, frente al periódico *El Litoral*. Sería una noche histórica, apasionante.

¿Cuánto tiempo hacía que había desaparecido esa palabra tan frecuente antes en sus diálogos con Jordi? Apasionante la aventura de cada día en esa vida que disfrutaban juntos, apasionante cada viaje de destino incierto, apasionante hacer el amor en la naturaleza, con los sauces y el río como testigos, apasionante el proyecto de la escuela de música, de los conciertos al aire libre, apasionante la orquesta que dirigieron Canaro y Firpo en los Carnavales de 1918 en Rosario.

Las manos delgadas de Roberto moviéndose con exageración, sus palabras atropellándose, exaltadas: increíble pero real, la pelea sería transmitida por primera vez desde el ring de Nueva York a Santa Fe, ellos pondrían un altavoz en el diario *El Litoral* para que todos pudieran escucharla ¡en-tiempo-real!, la mirada de Roberto deteniéndose sólo un instante en Mercedes pero con qué intensidad, ¿dónde y cuándo se había perdido esa mirada de Jordi que le alborotaba la piel?

Absorta en sus recuerdos, Mercedes seguía más la geografía que esas manos inventaban en el aire como aves inquietas, que el relato de los acontecimientos. La pregunta de Roberto la sorprendió.

—¿Usted habla inglés?

—¿Yo? Sí, un poco, ¿por qué?

—Me lo imaginé. El jueves entonces se viene a la cabina con nosotros y le traduce al locutor los pormenores del combate que nos cuentan desde Pittsburg.

No, imposible, hacía años que no practicaba, sólo leía en inglés, y Kipling, Shakespeare, Virginia Woolf no escriben sobre box, bromeó.

Hacía tanto que no jugaba a seducir así, ligeramente, como sin darse cuenta, sólo una coqueta inflexión en su voz, luciérnagas en su mirada: pero seré curiosa, ¿por qué se imagina que hablo inglés? ¿Cree que todas las rubias somos anglo?

Olga, Isaac, la madre, el amigo de Roberto, todos transparentes, mudos, inexistentes, dejándolos solos bajo los reflectores, jugando a gustarse.

—Poco me importa si es anglo, criolla, piamontesa, o esos ojazos son producto de una cana al aire de una irlandesa con un árabe. Me lo imaginaba porque es justo lo que ando buscando. Necesitamos incorporar a alguien de habla inglesa al equipo que estará en la cabina en la transmisión. Hasta ahora somos todos hombres, y yo creo que más que un traductor, lo que nos hace falta es una mujer. No hay ningún momento clave en la historia donde no esté presente la mujer, aun en la guerra, en el deseo y la añoranza de los soldados.

A Mercedes le hubiera gustado decirle que ese «verso» de Roberto, pese a su leve acento italiano, tenía el espíritu, no diría criollo, sino argentino, esa mezcla que produce los mejores seductores, como las cruza de razas de ganado producen las mejores carnes. Pero Mercedes no hizo otra cosa que dejar salir esa risa —porque no fue una mera sonrisa sino una risa sonora, cantarina— que tenía allí, aprisionada en algún lugar de su cuerpo hacía mucho tiempo, y que las palabras de ese hombre habían tenido el poder de liberar.

Esa risa fue la única razón por la que Mercedes aceptó la propuesta, y no los argumentos que, como fuegos artificiales, desplegaba Roberto: que su responsabilidad histórica, que los cuentos que podría hacerle a sus nietos, ¿tenía hijos, Mercedes?

Los ojos de los presentes embelesados por el inesperado espectáculo, los labios sellados, que no saliera palabra alguna que opacara ese destello de la vida: dos personas saboreándose.

Lo extraño era que le hubiera preguntado si tenía hijos y no si tenía marido.

—Aún no —contestó enigmática, abriendo a esa idea, marchita ya de tanto quererla: el hijo de Jordi, otra idea recién estrenada: los hijos que quizás un hombre como él le daría.

No se sonrojó porque no quiso decírselo a sí misma, lo dejó ser con la deliciosa irresponsabilidad de la seducción.

Un creciente buen humor habitándola esos días, porque la vida, como dice ese joven poeta que tanto admira su madre, puede ser, en ocasiones, muy bella.

Capítulo veinticuatro

Dentro de pocos minutos, en cuanto le den la señal, Rosa tiene que entrar a escena. Ha imaginado muchas veces la sala de teatro llena, todas las miradas concentradas en ella, los oídos atentos a su voz, y hasta hace un rato, estaba impaciente por vivir ese primer encuentro con su público, ese público que ahora le produce un temblor incontrolable en las piernas, en los brazos, en todo el cuerpo. ¿Cómo disimularlo si parece una hoja arrastrada por el viento? Aunque se mueva menos de lo previsto, se le va a notar en la voz. Lleva su mano a la garganta. ¿Le saldrá algún sonido? Pánico, saldría corriendo.

—Ahora, Rosa —le dicen.

Nadie recordaría tu torpeza al entrar al escenario, ni tu mirada obstinada en un rincón vacío durante los primeros acordes, ninguna de las críticas lo mencionó. En cuanto empezaste a contarles a esas personas sentadas en la sala cuánto te dolía la traición de ese hombre a quien entregaste tu amor porque te mintió que te quería, ya nada quedaba de Rosa. Eras esa mujer atravesada por el dolor. Tu voz creciendo, una inflexión grave y dramática, implorando a *Dios mío querido* que te devuelva tu hombre, el vil a quien amas, tu mirada buscando complicidad en el público, que lo arranque de los brazos de la otra, y, aunque malvado y traidor, todos queriendo que tu Dios tuyo querido lo ponga a tus pies, apasionado y arrepentido. Todo ese público con vos, siguiéndote donde te llevaran tus sentimientos. Cuando me cantabas, sentías todas y cada una de las palabras como tuyas, esas historias te ocurrían, ése era tu secreto. Por el hechizo de tu voz latí en tantos corazones, Rosita.

Con la última palabra del estribillo, estirada al punto más agudo, estallan los aplausos y los bravos. Ahora, Rosa —no la que sufre— agradece con emoción la calurosa bienvenida de su público.

¡Allí esta Carlota! ¡Qué alegría! No ha podido encontrarla desde que llegó.

—No creo que encontremos un segundo violín en tan poco tiempo —se lamenta Juan.

—Qué te pasa —le dice Julio—, dónde está el suertudo que conocí en el 18, ¿no decías que a la suerte hay que mimarla para que te acompañe?

Julio tiene razón, Juan siempre estuvo convencido de que basta querer con fuerza algo para que se dé. ¿Qué le pasa ahora? Ya no está tan seguro de su suerte. ¿Será la neura del director? ¿O la frustración que le produjo que le rechazaran el tango para el teatro? «Ella» lo rechazó. La molesta imagen de Rosa cantando el valsecito se le cruza sin permiso en cualquier momento.

—¿No estarás metejoneado con esa piba todavía?

—¿Estás loco? No quiero ni verla, la detesto. Hoy es el estreno de la obra y no voy.

—Y entonces por qué te altera tanto. Si es por lo del vals, lo incorporamos al repertorio, le ponés otro nombre, y a otra cosa, mariposa. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre, yo siempre lo llamé el vals de Rosa, pero para mí.

—¿Y cuando se lo diste a Vacarezza no le pusiste título?

Nunca había relacionado la sorpresa de Alberto con ese *Rosa* que le puso a los apurones cuando le dio la partitura. Debe haberse reído de lo lindo cuando le dijo que no se acordaba de Rosa.

Entonces Juan estaba y no lo vi, pensó Rosa cuando Tununa se acercó a felicitarla a la salida del teatro. Le iba a preguntar por qué Juan no había ido a saludarla, sólo para marcar que era un grosero, cuando ella le presentó a ese rubio, alto, guapísimo, que la acompañaba como su marido. Si Juan era su amante no lo iba a mencionar delante del marido. Se sacó las ganas al día siguiente, en el estudio de Alberto Vacarezza:

—Es un maleducado Montes, ni siquiera vino al estreno —no vino por mí, pensó Rosa, me odia—, debe de estar muy resentido porque usted no eligió su tango.

Alberto buscó entre sus papeles la partitura, y la puso sobre el piano, ante tus ojos, con esa sonrisa que ya estabas empezando a comprender. *Rosa* —leíste claramente—. Vals criollo. Juan Montes, 1922.

Sintió calorcito —era mentira entonces que no se acordaba— y vergüenza —

no debió haber hablado mal de Juan—. ¿Ni cantar el vals sin su autorización?

Y para disimular ese alboroto, para reducirlo a la nada, te aferraste al enojo: es mentira que es del 22, a mí me lo regaló en el 16, por eso yo... ¿Es suyo entonces?, la sonrisa de Alberto al borde de estallar en carcajada y la rabia subiéndote: yo no digo que sea mío, digo que...

—No, no me diga nada —interrumpió Alberto, de forma exagerada, la mano en alto—. Lo mejor será que aclare esos conflictos con Montes, yo no quiero ni enterarme —mintió.

Había vuelto a meter la pata. Nunca más volvería a mencionar a Juan, ni a cantar el valsecito. Para qué lo quería ahora, desde la noche anterior ella era una cantante de éxito y los compositores se pelearían por componer un tango para que Rosa lo interpretara.

Imposible, así no se puede trabajar, primero el Francés, ahora Ricardo que se va a Estados Unidos. Juan se arrepintió una vez más de haberse comprometido a dirigir.

Pero sabías que sólo eligiendo vos los músicos, el repertorio y haciendo todos los arreglos, podías hacerme sonar como soñabas.

Que se buscara otro segundo violín, le dijo el Francés en medio del ensayo, no pienso tocar bajo la dirección de un megalómano, ni ensayar tantas horas. Tuvo la suerte de poder contratar a Manlio Francia, un excelente músico, y que ya tocó en Montevideo con Julio. Y ahora, tiene que conseguir reemplazar a Ricardo Brignolo, el primer bandoneón. Por muy bueno que sea quien encuentre, ¿cómo podrá sonar como Juan quiere en cinco días?

La conversación con Longobardi, el empresario que lo contrató, fue tan breve como contundente. Juan le pidió aplazar un mes el debut porque habían surgido algunos problemas, sin entrar en detalles. ¿Problemas?, soluciónelos, el contrato está firmado y el 20 a las diez de la noche tocará Juan Montes y su orquesta, adiós. No lo insultó porque no valía la pena, pero ahora, por puro placer, se imagina al empresario mirando desesperado ese reloj que saca del bolsillo del chaleco, las diez y media, el cabaret lleno, los anuncios hechos, once menos cuarto, la gente impacientándose y el escenario vacío: ¿problemas, Longobardi?

Pero no puede, Julio está tan entusiasmado como Juan mismo con el tango que están haciendo, y Leopoldo tenía una propuesta fabulosa y desistió por

acompañarlo.

Juan sabía lo que implicaba esta responsabilidad: los músicos que cambian de orquesta como de camiseta, los empresarios que tienen la sensibilidad de un puerco espín, los disgustos y las broncas que tarde o temprano se producen por los pesos, por el narcisismo de los músicos, por las horas de ensayo, por eso lo había descartado.

Sin embargo, bastaron esos pocos días de inmenso placer —cuando armaste y dirigiste la orquesta para grabar tus temas para sentir que tus prejuicios eran insensatos, no sólo podías armar tu propia orquesta con esos músicos sino que debías. Y no te equivocabas, Juan. Por la puerta que vos ibas a abrir en mí, entrarían Aníbal, Astor y otros grandes que me llevaron muy alto y muy lejos.

—¿No podés esperar un mes para ir a Nueva York? —le preguntó a Ricardo.

—No, si no embarco el viernes, perderé la oportunidad de mi vida.

Cuántas veces ha pensado que es la oportunidad de su vida, pero Juan no va a decirle nada. Si Ricardo no se da cuenta de lo que tienen entre manos, de la libertad y la riqueza del tango que están haciendo, mejor que se vaya. Le da pena, han compartido muchos buenos momentos juntos.

—Iba a producirse esta ruptura de todos modos, él toca correctamente, pero hasta ahí, no apunta a lo mismo que nosotros —sentencia Julio, lapidario—. Vamos a encontrar uno mejor —lo anima.

Esa misma noche, saldrán a buscar por todos lados un bandoneonista.

Han tomado unas copas de más. Pero se tomarán la última en el bar Iglesias. ¿Por qué no? Haber conseguido a Pedro Maffia, con su notable digitación, merece un festejo.

—Y otro whisky para ahogar esa espina del lado de la zurda.

—Parecés la letra de un tango —le dice Julio.

Ésa es la razón de que lo altere tanto esta mujer: que canta tangos. Los cantantes y letristas están tirando para abajo el tango. Llegamos al punto más alto musicalmente —la aspereza del whisky en la garganta—, créeme, vamos a dar un enorme giro si tocamos así —señala al mozo la copa vacía.

Julio también siente que están ante un gran cambio, que ese cambio nos llama, que nos toca a nosotros, Juan.

—Y cuando estamos ahí —la mirada perdida—, en el borde, a punto de dar el salto, aparecen estos cantorcitos, estas letras ensordeciendo con sus

historiecitas cursis la buena música. Por eso me revienta Rosa, recién ahora lo entiendo.

—Yo barrunto —bromea Julio— que lo de esa mina no tiene nada que ver con ninguna polémica musical. Olvidate de Rosa ahora, en una semana estrena tu orquesta.

—Juan Montes y su orquesta. Cuando lo escuché así, dicho por Longobardi, me sonó grandilocuente. Y al mismo tiempo me gustó, qué querés que te diga, Julio, en algún punto la batuta se me metió en el alma.

—Quiero confesarte algo —dice Julio con voz resbalosa—: ahora yo quiero lo que estamos haciendo, estar con vos es un paso necesario, algo que marca un antes y un después en el tango. Pero yo también me veo con la batuta, y estoy seguro de que la voy a tener. Pronto. A mí ya ahora —la mano extendida, como si leyera y acariciara las palabras que pronuncia—, Orquesta de Julio de Caro, me parece natural. Es mi lugar.

Te reíste como si festejaras una broma, aunque sabías que no lo era.

—¿No era que mi orquesta marcaba un antes y un después? ¿Ahora será la tuya?

—Solo nadie hace nada, menos nosotros, qué serían de tus solos de piano sin el dúo de los bandoneones, sin mi violín, sin el de Manlio, a propósito, qué bien toca ese pibe.

Muy bien, tiene los mejores músicos, y la suerte de siempre. Mañana ensayarán horas.

—¿Mañana? Hasta la hora de la pelea, después, nada.

—Rosa, tiene que ir frente al diario *Crítica* a escuchar la pelea Firpo-Dempsey —le dijo Alberto.

¿Tenía que ir? —la voz airada—. ¿Consideraba Vacarezza —lo llamaba por su apellido cuando se enojaba— que porque su obra estaba en cartel, la cantante debía asistir a cuanta cosa pasara en la ciudad? ¿No tenía otro modo de publicitar la obra?

—Ay, Rosa, qué pesada, ¿otra vez con las reivindicaciones? —le contestó, divertido, Alberto—. Le digo que vaya porque creo que esa pelea va a cambiar la vida a la gente. Pero si le parece mal, me organiza una huelga con los otros actores —y estalló en una carcajada que pronto la contagió.

Esa misma mañana, Rosa había leído atentamente en el diario el artículo que

explicaba cómo se haría la transmisión de la pelea desde Nueva York a Buenos Aires, y la evolución de la radiofonía que preveían los técnicos. Si era cierto que pronto lograrían poner un altoparlante con la radio en cada casa, y que muchas personas, al mismo tiempo, en distintos lugares, podrían escuchar la misma voz lejana, se abría un teatro nuevo, maravilloso, múltiple.

La sola idea de que tu voz pudiera llegar al mismo tiempo a una mujer cocinando en su casa, a un grupo de personas bebiendo en un café, a una fábrica, al patio de un conventillo, a la ciudad y al campo, cada uno en lo suyo y sin pagar entrada, te estremeció.

—Tiene razón, Alberto, ¿cómo no voy a ir? La radiofonía es muy importante.

—No, Rosita, se equivoca otra vez, lo importante es que Luis Ángel Firpo, un argentino, esta noche se consagrará como el campeón mundial de peso pesado. Llévelo a su novio al *Crítica*, que Firpo sienta que estamos todos sosteniéndolo en ese ring.

A Igor también le iba a venir bien ese aparato, se entusiasmó, aprendería a hablar en castellano más rápido que con las clases.

Lo encontró en el bar, muy elegante con su sombrero de fieltro, y su nuevo amigo, Gyula, esperándola impaciente: tenían que salir ya mismo para el *Crítica*.

Tal vez porque esa pelea fue lo primero que realmente entusiasmó a Igor, logró explicarle todo lo que pasaría en una lengua comprensible. Y si puede hablar de boxeo —pensó Rosa—, ¿por qué no puede pronunciar las palabras que necesito escuchar?

La noche antes del estreno, Rosa le había pedido que le dijera en ruso que la quería mucho, señaló su corazón, el de Igor, entrecerró los párpados y suspiró (algo estaba aprendiendo al fin en sus clases de teatro), y él pronunció entonces esa difícil frase: ya tebia liuliu. Desde entonces, ella trataba de emocionarse repitiéndose esos complicados sonidos, y hasta lo lograba.

Decidiste estar contenta, mentirte que Igor estaba entusiasmado no por la pelea, sino por la radiofonía, ese inmenso teatro, múltiple y popular, en el que tu voz abrazaría, acariciaría a tanta gente. Por eso cuando te encontraste con Juan así, tan abruptamente, chocándotelo en medio de la muchedumbre, no le extendiste la mano para saludarlo, le apretaste el brazo a Igor, como diciéndole: este hombre es mío.

Así lo entendió Juan. Pero ninguno de los dos pudo ocultarse cuánto los perturbó ese encuentro, aunque sólo hubieran cruzado esas miradas

desesperadas, un hola y adiós. Cada uno huyendo del otro, y no digo que de mí porque el dolor también me nutre.

Cuando Ivonne bajó del automóvil, soberbia en su tailleur foncé, la estola de visones, y esa expresión radiante, Francisco se dijo que más que enojarse con O'Toole por su imprudencia, debía estarle agradecido.

Francisco había decidido (de una manera leve, en verdad no estaba seguro de que lo haría) que hablaría a su padre de Ivonne cuando tuviera su título de médico, pero el azar del encuentro con Charly O'Toole en el club precipitó los acontecimientos. Charly había comprado en Londres dos radios a galena, y su mujer, sin saberlo, otra en Buenos Aires, el jueves tendrían tres teléfonos para escuchar el combate que se transmitiría desde el Polo Grounds de New York. ¿Por qué no iban esa noche a casa? Tununa estaría encantada, le simpatiza mucho Ivonne.

No quiso ni mirar a su padre cuando respondió: le agradezco mucho, pero todo mi tiempo está tomado por mis estudios. Si cambiaba de idea, y eso esperaba Charly, que lo llamara.

No le había mencionado a esa joven, que tan bien parecían conocer los otros, le reprochó Vicente apenas quedaron a solas. ¿Quién era Ivonne?

Le faltaban mil detalles en la construcción de una dificultosa biografía aceptable de Ivonne. Improvisó: una joven francesa, que pasaba unos meses en la Argentina visitando a sus tíos. ¿Quiénes?

—Es la sobrina de... estoy tan cansado que no puedo recordar el nombre de su tío.

¿De Bary? ¿Bourdieu? ¿Duhau?, presionaba su padre, si él no lo conocía, no podría remontar jamás esa historia. No, el tío de Ivonne no era francés, estaba casado con una francesa, la hermana de la madre de Ivonne. En cuanto Iraola se acercó, Francisco aprovechó para huir: tenía que estudiar.

Ya había llamado a Charly para aceptar la invitación, cuando Vicente volvió a acosarlo: ¿había recordado ya el nombre del tío de la tal Ivonne? Sánchez Elías, contestó con seguridad. Ya se había puesto de acuerdo con su amigo Patricio, sus padres frecuentaban poco a Ponce.

—Jacqueline Elías no es francesa —el mismo tono con que corregía las apreciaciones de su hijo cuando trabajaban juntos.

No, la abuela de Patricio —por suerte muerta— era francesa, ¿por qué si no

iba a llamarse Jacqueline? Ivonne era prima de Patricio Sánchez Elías.

—Prima segunda —corrigió Vicente—. ¿Y sus padres están en Francia? ¿Cómo se apellida?

Murieron (eso lo había inventado hacía tiempo) pero por qué le hacía tantas preguntas, Ivonne no era su novia, se defendió, apenas una simpatía.

—Mejor que no hayas aceptado ir a lo de O'Toole con ella, podrías comprometerte inútilmente. Una regla de oro es no mostrarse con mujer alguna en sociedad, a la gente le gusta mucho hablar.

Seguramente su padre no se había mostrado nunca en sociedad con aquella mujer exuberante con quien Francisco bailó unos tangos en Tabarís, sin embargo, cuando volvían a la mesa, las miradas famélicas, excitadas, de sus amigos lo alertaron, todos debían saber lo que sospechó Francisco cuando Carlota le dijo: bailás mejor que tu padre.

Pero Ivonne no era —se enteró esa noche— la hija de Laura, una famosa madama de la época. De Ivonne nadie sabía nada. Podía inventarla como quisiera. Y ahora la miraba allí, conversando con Tununa, sonriendo, tan linda, tan querible. Todos iban a aceptar a Ivonne, se convenció cuando la sorprendió jugando con un mechón de pelo, ese gesto que había visto en Tununa. Ivonne aprendía rápido, era increíble cómo había bajado el tono de voz, sus modulaciones ya no desentonaban con los modelos que él le compraba.

—Los teléfonos nos los ponemos nosotros y le traducimos a Ivonne —propuso Tununa.

—Atención, el locutor va a comenzar —dijo Charly, moviendo el cable para recibir mejor señal.

¿Y ahora qué iban a hacer? —se desesperaron—. ¿Cómo lo iba a anunciar el locutor? La multitud reunida en Santa Fe frente a *El Litoral* quedaría frustrada con este injusto resultado. Y por consiguiente, frustrada con la radiofonía, dijo Roberto preocupado.

La transmisión no era tan en directo como se la había contado Roberto el otro día: desde el ring de Nueva York a la broadcasting en Pittsburg, de allí a la Transradio internacional de La Plata, que a su vez lo retransmitiría a la radio Sudamericana, y finalmente a radio Cultura, responsable de la difusión. Pero ellos, después de muchas gestiones, habían conseguido recibir la señal directamente de la radio internacional y podrían retransmitir la pelea ¡antes que

en Buenos Aires!

No había ninguna duda, Mercedes había comprendido lo mismo que Soler, el amigo de Roberto: Luis Ángel Firpo había perdido la pelea.

Soler hablaba perfectamente inglés, y podía traducir mucho más rápido y mejor que Mercedes lo que le llegaba desde el ring por los teléfonos. Había sido un poco absurdo tener que convalidar cada frase, pero ella había aceptado el juego propuesto por Roberto, y hasta había agregado un adverbio inexistente en la transmisión original, que Soler aprobó, era la palabra exacta, y el locutor lo consignó en sus notas. Pobre hombre, pensó Mercedes, tanto trabajo en escribir a toda velocidad, tanta ilusión, y ahora, ese balde de agua fría: el título de campeón mundial de peso pesado lo había obtenido Jacques Dempsey.

—Tengo la solución —dijo Roberto, y se puso frente al enorme micrófono negro, antes de que el locutor pudiera reaccionar—. Buenas noches, damas y caballeros, Luis Ángel Firpo, nuestro querido toro de las pampas, futuro campeón de todos los pesos... perdió por knock out en el segundo round —un bramido multitudinario subió desde la calle—. Con ustedes, Felipe Poturezzi, que dará cuenta de los pormenores del combate.

Mercedes todavía se estaba riendo, cuando Roberto se le acercó: no se ría, no hay ninguna duda de que Firpo se consagrará campeón mundial, no sólo porque yo lo deseo. Y al oído: aunque debo advertirle que lo que yo deseo —una burbuja bailando descontrolada por el cuerpo de Mercedes— suele hacerse realidad.

No entiendo, ¿ya perdió? ¿Y ahora empiezan a pelear otra vez?, preguntó Asunción, confundida, frente al *Crítica*. Miguel le explicaría más tarde, ahora que se callara, por favor, no quería perder detalle de ese combate que duró seis minutos en el Polo Grounds de Nueva York, y se extendió horas en la flamante radio argentina.

—Pero cómo... ¿Asunción estaba con Miguel? ¿No había decidido no verlo cuando sintió que traicionaba de algún modo a Inés? ¿Cuando Juan se fue de su casa y ella, de alguna manera, hizo responsable a Miguel?

—Sí, pero se reencontraron en el 23 y siguieron viéndose. Fue una relación muy particular...

Ya estaban cenando cuando Charly O'Toole, que había seguido pegado a los teléfonos, dijo que sólo un árbitro de Estados Unidos pudo declarar campeón a

Dempsey.

Cuando en verdad —se indignó Juan, frente al *Crítica*— había estado treinta segundos fuera del ring por ese buen rechazazo de Firpo. Los yankis hacen lo que quieren, contestó Ricardo, sin pensar que en dos días se iba a Estados Unidos. Pese a la frustración, le diría más tarde Klaus Bühl a Ingrid (ella no había podido ir frente al *Crítica*, su segundo hijo había nacido a la mañana), había sido emocionante ver crecer ese sentimiento anti-norteamericano en el pueblo.

A Vicente mucho no parecía importarle que hubiera perdido el argentino, protestó Carlota, los teléfonos aún puestos, y esa crispación en la voz amenazando la frágil paz que se había establecido entre ellos hacía pocos días. Sí le importaba, era una lástima, pero si el árbitro había declarado campeón a Dempsey sería porque peleó mejor; los norteamericanos son gente muy seria.

Ningún argumento convencería a Hernán Lasalle ni a su amigo, el pianista Juan Carlos Cobián, la ropa destrozada, considerables moretones, ellos estaban en el Polo Grounds, y vieron con sus propios ojos cómo Dempsey quedó expulsado del ring, y el árbitro se hizo el sota. Pero no lo habían entendido así esos hombres con quienes llegaron a las manos.

Inés apenas se sobresaltó —entre poema y poema de *Languidez* de Alfonsina Storni— con el alboroto que llegaba desde la sala de música, donde ese aparato de la enorme antena había concentrado a las personas que trabajaban en su casa. Era una suerte, no la habían interrumpido ni una sola vez.

Rosa sintió que nunca, ni siquiera en el barco, había visto tan atractivo a Igor como cuando se puso a gritar, a viva voz, junto a la espontánea barra que se había armado allí, contra el árbitro.

Por fin Igor mostraba un compromiso con su entorno, ahora comenzaría a actuar con sentido social —te inventaste—, quizás sólo para justificar esa decisión que tomaste aquella noche.

—No me acompañes a casa, me quedo en tu pieza, total, dentro de poco tiempo seremos marido y mujer.

Una manera, Rosa, de complicar más las cosas. El problema no fue lo que hicieron sino la trascendencia que le diste. Te harían falta años para saber que no hay abrazo indisoluble, ni siquiera el que me hace.

Capítulo veinticinco

La orquesta de Juan Montes ha tocado dos tangos más, el público, de pie, no deja de aplaudir después de esa soberbia interpretación de *La cumparsita*. Otro, otro. No, responde Juan, en voz baja, a Luis Petrucelli que propone hacer *Cara o cruz*. No lo han ensayado lo suficiente y a él no le gusta improvisar. Sereno, sonriente, inclina la cabeza para agradecer, y luego señala a sus músicos, uno a uno. Aplausos para todos, pero el entusiasmo crece con el violín de Julio de Caro.

En las primeras actuaciones en el Abdulah te sorprendió descubrir entre el público a Canaro, a Firpo, a Lomuto y a tantos otros músicos, con varios de ellos habías tocado. Su interés te halagó. Te sentiste parte de aquella red de hilos tan diversos como ricos que me tejía por aquellos años de oro.

Un sobre dirigido a Mercedes, dentro de otro sobre con el nombre y la dirección de su vecina Olga, así le llegó la carta de Roberto. Era escueta y nada decía de lo que habían vivido en Santa Fe las tres veces que se vieron. La carta de Roberto no decía, en verdad, casi nada, era absurda tanta precaución para que Jordi no la descubriera: el cajón de la cómoda, el forro de un sombrero, el reverso de un cuadro, más podía sospechar del celo en ocultarla que del contenido. Apenas una información: en tres meses comenzaría a emitir la broadcasting de Santa Fe, ya tenían local y piano, y una leve invitación: si le interesaba participar del proyecto, que le escribiera al director. Pero cuánto detrás de esas breves y aparentemente anodinas líneas que Mercedes imaginó pensadas cientos de veces, tantas como ella había evocado aquellos tres encuentros con Roberto.

Nada había cambiado en su vida, ni sus clases de piano, ni sus horarios, ni el decoroso aburrimiento del pueblo, ni la ribera del Paraná, ni Jordi, pero todo había cambiado, porque allí, detrás de esas líneas, existía una puerta. Puerta que

Mercedes había decidido no abrir, pero que su sola existencia, su simple posibilidad, le devolvía una ligereza ya olvidada. Le hubiera gustado guardar la carta y los sobres para sostenerse de ellos si el aire volvía a tornarse espeso y asfixiante. Pero no era necesario, el efecto de esa carta y de esos encuentros lo llevaba puesto. Rompió los papeles y los arrojó al río. Y fue otra vez esa alegría descarada y brillante de su viaje a Santa Fe, pero ya no le sorprendió.

—¿De qué te reís? —le había preguntado Jordi, desde la cama, cuando ella se levantó esa mañana.

—Me río porque vivo —le había contestado sin pensar.

Era un pequeño equipo y no sabían cuánto podrían pagarle, pero Rosa aceptó la propuesta de cantar en la broadcasting, con la condición de que le dieran unos pesos a los guitarristas que la acompañaban. Rosa no sólo cantaba, un miércoles preparó un pulpo a la gallega para todos, y el viernes, como estaban al aire y el locutor no aparecía, los hizo reír contando la anécdota de la inmensa virgen que estaban esculpiendo en su tierra y que iba a quedar más pequeña y deforme porque se les había acabado el dinero.

Te encantaba estar en la radio. Te pasabas horas allí, organizabas, opinabas sobre la programación, alentabas al técnico de los micrófonos a recitar el *Martín Fierro* al aire, animabas a cuanto artista llegaba. La radio era como tu casa.

Se cruzaron en el hall de radio Sudamérica, donde Juan y su orquesta habían ido a hacer una audición de ensayo. Él hizo apenas un gesto de saludo con la cabeza, pero Rosa se quedó ahí, parada, como esperando algo. No tuvo tiempo de pensar en ella con la agitación de acomodar los instrumentos para que el micrófono no perdiera sonidos, y la emoción de saber que lo que tocaban en el estudio se estaría escuchando en distintos lugares. Cuando salieron de la sala, Rosa ahí, pegadita a la puerta, como para estar segura de no perderlo. Por la forma en que se lo dijo, sin pausas y sin matices, parecía haber pasado toda esa larga hora estudiando cómo abordarlo.

—Juan, estuve pensando que tendríamos que hablar de lo del valsecito. ¿Dónde y cuándo podemos encontrarnos?

Cómo contestarle delante de todos: no hay nada que hablar, o no tengo tiempo. Un papelón para ella. Tenía coraje, reconoció Juan. O aprovechaba que

hubiera gente para presionarlo.

—No sé, un día de éstos —y miró para arriba, como si fuera muy difícil encontrar un hueco en su complicada agenda.

—¿Mañana podés? —lo cercaba—, mañana a la noche, o al mediodía, si preferís.

Pedro acudió en su ayuda: ¿no me presentás a la señorita? ¿Una admiradora nuestra?

—Sí, una admiradora —la cara se le aflojó con la sonrisa, era bonita, a pesar de todo—. Rosa Leyra, encantada.

Juan aprovechó el diálogo para tomar distancia, la escuchó reír un poco fuerte de alguna tontería que le estaría diciendo Pedro. Tan sobrio, tan medido que es cuando toca su bandoneón, apenas lo mueve, y con las mujeres, un seductor.

—¿Te vas a ir sin contestarle? —le preguntó, azorado, Julio.

Alzó los hombros, como si no le importara nada, aunque le molestaba que, después de tanto esperarlo, Rosa se olvidara de él con un par de piropos de Pedro. Juan no le iba a dar tiempo de recordar su quién sabe qué pérfido objetivo, salió rápido de la radio. Era una coqueta, él la había visto transformarse en cuanto Pedro se acercó. Se apresuró a ganar la esquina de Viamonte antes de que salieran. No tenía ningún interés en hablar con ella, esa mina lo ponía muy nervioso.

—Ya no es posible —le dijo más tarde el metome-en-todo de Julio—, arreglé en tu nombre una cita con ella. Mañana que no tenemos función ni ensayo. A las ocho en el Tortoni.

Se prueba siete vestidos diferentes, ninguno le parece adecuado para la situación, tampoco las palabras que ensaya para terminar de una vez por todas con esa peliaguda cuestión del valsecito la convencen.

A las seis de la tarde llama a la puerta del departamento de Ivonne. El turbante verde que le vio la otra noche, cuando se encontraron después del teatro, podría cortar la solemnidad de ese traje sastre gris y esa blusa de puntillas hasta el cuello en los que Rosa se ha acorazado. Más difícil que elegir lo que deberá decirle a Juan en la cita es encontrar una excusa para salir de allí con el turbante de Ivonne no sintiéndose una tonta cabal, una frívola. Un simple elogio al turbante lo pone en su cabeza en un instante, y la alegría de Ivonne al

regalárselo es sincera. Está tan pero tan contenta de que haya ido a visitarla, su vida es ahora maravillosa: tiene un novio que la adora, una amiga como Rosa, y nuevos amigos encantadores.

El prolijo relato de la felicidad de Ivonne la relaja por un rato de esa absurda tensión en la que ella misma se ha metido. ¿Qué necesidad tenía de hablar con Juan? ¿No basta acaso su decisión de no cantar nunca más el vals? ¿Por qué tenía que anunciárselo personalmente, con esa urgencia que la atacó en la radio? Y encima el turbante le queda mal, le da un toque exótico, provocador, que nada tiene que ver con sus intenciones.

Poco importa que Ivonne no hable gallego, ni castellano, ni que Rosa no hable francés, de la misma forma que logró contarle toda la escena del baile del internado, lo bien que la trataron en la casa que la invitaron, y lo mucho que Francisco la quiere y la comprende, Rosa puede transmitirle esa cosquilla ríspida que la recorre ante el temido encuentro con ese músico que ella misma ha propuesto. ¿No es absurdo? ¿Y si no va?

Tu es tombée amoureuse de lui, diagnostica la francesa. Y se ríen mucho con la mímica con que descompone su expresión. Ivonne se tira al suelo dos veces para explicarle tombée, señala su corazón, besa el retrato de Francisco: amoureuse.

Lo del coup de foudre Rosa lo entiende un poco deprisa, ¿que está un poco loca?, pero no da para más gestos, Ivonne señala el reloj: las ocho menos diez, le da un rouge nuevo que sí, le queda fantástico, y corre a buscar un frasco, con la yema de su dedo aplica un toque de perfume de heliotropos detrás de cada oreja de Rosa. Y ahora, a salir ya. Vite. Dépêche-toi. Con las agujas del reloj, logra hacerle entender que hasta las ocho y media le parece conveniente llegar, más tarde no.

¿Por qué —pensaste molesta— no podías encontrar con Igor una manera de comunicarte tan efectiva como con Ivonne? Te llamó desde el balcón para desearte «suegggté», lo dijo así, en su castellano, y te entibió esa urdimbre de afecto que se había tramado entre ustedes y en la que podías recostar tu tensión.

Una amistad, esa pequeña y enorme palabra. Deberá ser menos prejuiciosa, darse más tiempo antes de condenar. La primera vez que fue a casa de Ivonne, su mirada pasmada de las cortinas de muselina al biombo japonés, del brocado del sillón a los adornos de la vitrina. Entendió en un instante lo que aquel lujo representaba, y se arrepintió de haber invitado a Ivonne a la fiesta de Alberto. No podía ser amiga de una mantenida. Y aunque la alegría con que ella recibió esa

invitación y las visitas que le hizo a la salida del teatro aplazaron su decisión de no frecuentarla, siempre era Ivonne quien tomaba la iniciativa. Hasta hoy, cuando Rosa decidió ir a visitarla ¡por un turbante verde! Cómo se atrevió a juzgarla tan duramente. Lo mismo hace con Carlota, no puede evitarlo, ya no tiene once años, las palabras largamente rumiadas y calladas salieron a borbotones: Ponce es un hijo de puta y vos lo sabés, ¿cómo pudiste volver con él, después de años de vivir de otro modo? Rosa la quiere mucho a Carlota, pero no la comprende. A Ivonne aún puede convencerla de su error, es una buena mujer y será feliz cuando abandone a ese bacán y lleve una vida normal, trabajando y viviendo en un mundo real, se dice calzándose con orgullo el turbante que le regaló su querida amiga.

No va, no va, que piense lo que quiera, ¿acaso ella no le dio la pera en Palermo? Pero Juan gira sobre sus talones porque ya son las ocho y veinte, y está a siete cuabras, debe haberse ido. Va a creer que le huye, que le tiene miedo. Se presentará ahí, tranquilo, para escuchar qué le quiere decir Rosa, un poco impaciente porque se le hace tarde, sólo dispone de media hora. No, una, porque media ya ha pasado. Esa señora que casi choca debe pensar que está loco, corriendo a todo lo que da en pleno centro, a estas horas.

A los dos les parece divertido coincidir en la entrada, agitados, y excusándose por la demora al mismo tiempo. Se sientan en una mesa del fondo del salón.

—¿Cómo vas a tomar una granadina? Después de tanto correr, por lo menos un whisky.

¿Es una impresión apurada o Juan está más simpático que las otras veces que Rosa lo vio? ¿Estará tratando de seducirla? La sospecha la inquieta ¿y si interpretó su insistencia en encontrarse con él como lo que no es?

—Un whisky no, pero un vermouth le acepto —¿y ahora lo trata de usted, como si fuera un desconocido?

—Casi no te reconozco con ese turbante. Te queda muy bien, parecés otra — qué mal le sale a él lo que a Pedro se le da como el bandoneón. Mejor no hacerse el galán porque es patético. Ella se pone seria ¿le parece a Juan o está más nerviosa que él?

—Está agradable el tiempo, ¿no? —podría haber encontrado algo más original.

Juan asiente en silencio. No le va a dar el gusto de hablar del tiempo, ella pidió esta cita, que se arregle. Rosa mira para todos lados, como buscando coraje, duda, abre la boca y la cierra, qué linda boca, qué lindos labios. Un vacío en su estómago. Se los quiere morder, y Rosa que quiere anunciarle algo difícil, evidentemente, porque no encuentra cómo hacerlo. No, que no lo haga, que no le largue justo ahora una frase que lo lleve a odiarla, con las ganas locas de abrazarla, de tocarla. Sí, que le diga cualquier cosa que impida que crezca este deseo, qué papelón, no va a poder levantarse de la mesa si no se tira la jarra de agua. O quizás se la tire ella porque ahora sí se ha decidido, lo mira fijo, como para asegurarse de que le presta atención. ¿Juan?, pregunta tontamente, su mano extendida sobre la mesa, el cuerpo despegándose del respaldo y acortando la distancia.

Va a hacer el piano en su cabeza y tocar a Bach, porque si ella lo sigue mirando así, con esos ojos verdes y acariciantes, la va a agarrar delante de todo el mundo, para que aprenda lo que es provocar a un hombre.

—Juan, te quiero decir algo. Tomé una decisión —¿no era que no iba a ponerse solemne? Él la mira en forma extraña, como si la llamara a los gritos desde el fondo de un bosque a punto de incendiarse.

—Yo también —mejor que no le diga cuál, piba, porque se cae de susto. Pero la tomó. Un día la va a llevar a la cama, no le importa que sea una coqueta, una trepadora, ni que le quiera robar su vals.

—¿Cuál? —si Juan la interrumpe, perderá el hilo. Lo hace a propósito, para confundirla. Esos ojos negros, peligrosos, la escarban, y le revelan algo que Rosa ignora de sí misma, pero que debe a cualquier precio ocultarle.

—Vos primero, y no por las damas primero sino porque empezaste vos — qué poco gracioso es cuando se hace el gracioso, pero ganar tiempo, inventar cualquier cosa antes de que descubra lo que él está pensando.

—Yo... el vals... —¿y por qué no lo va a cantar más, acaso no se lo regaló para que lo cantara? ¿Por qué ella debe hacer lo que Juan quiere?

Y ahora se enoja, qué le pasa, está logrando bajarlo, lo va a conseguir:

—Vos el vals qué, dale, animate, decilo de una vez —¿este tono es el que planeó tranquilo, indiferente?

—Te iba a decir que si te molesta tanto que cante el vals, no lo canto más. Aunque no sé por qué no debo cantarlo —la mirada jactanciosa de Juan la

subleva—. Me importa un bledo en realidad, hay mil músicas mejores para cantar —¿le pidió esta conversación para ofenderlo?—. Sólo quería que quedara claro entre nosotros que si no lo canto más, no es porque no me guste, sino porque parece que a vos te veja que yo...

—¿Me veja? —ya está, lo conseguí—. Mirá, pebeta, a mí no me veja... — qué palabra ridícula— no me veja nada ni nadie, mucho menos una estupidez como que una chica de la que ni me acordaba se le ocurra cantar en público un borrador de vals insignificante, con una letra que...

Las voces pujando por imponerse: ella que es mentira que ni te acordabas, y él, como si no la escuchara, inventando adjetivos, a cual peor, para calificar la letra del valsecito, la cara de Rosa encendida, su mano como una araña quemada, su cuerpo aferrándose al respaldo de la silla, cuando Juan la expulsa diciéndole que no le haga perder más tiempo, que le regala el valsecito, que lo cante como y cuando se le dé la gana, que tiene otras cosas más importantes en qué pensar, y ella, reponiendo fuerzas para atacar: que no se lo puede regalar porque ya se lo regaló, la furia subrayando sus palabras, y esas lágrimas rabiosas que no derrama pero que están ahí, en su voz astillada: ¿en serio no te acordabas?

La pregunta de Rosa, como un lazo certero, lo detiene al borde de un abismo, para situarlo ante otro al que se asoma, el cuerpo volcado sobre la mesa, la voz queda: claro que me acordaba, Rosa, ¡y tanto!

Una alegría que casi la marea, el cuerpo flotando cuando se sabe más que evocada, compartiendo con Juan tantos hechos importantes de su vida, en ese rito que inventó para guardarla: tocar el valsecito que compuso para ella.

—Cantar el valsecito en el barco fue lo que decidió mi carrera de cantante.

Rosa le habló de todo y de todos, menos de ese muchacho alto, desgarrado, con quien Juan la había visto frente al *Crítica*.

Juan se enamoró cien veces en una noche: de esa niña acompañando a su madre en la protesta de los inquilinos, cantando en el patio del conventillo y saltando a la soga, de esa muchacha temeraria robando documentos en el frigorífico, de esa joven expulsada de su país, alentando a los trabajadores españoles a las huelgas, soñando frente a la ría, cantando en la taberna y en el barco, peleando y admirando a Vacarezza, las piernas temblorosas y el porte firme en el estreno del teatro. Se enamoró de su entusiasmo, de su forma de vivir de frente, de su valentía, pero... pero si Rosa era así, clara, frontal, por qué

esperó a último momento, en el portal de la casa de sus padres, cuando la estrechó entre sus brazos, y la sintió vibrar, para apartarlo suavemente, y decirle: tengo novio, Juan.

No dijo una palabra más y cerró la puerta.

Un mes y medio de zozobra y un tango. En la sexta actuación en el Abdulah la orquesta de Juan Montes ha sonado como nunca, la gente aplaude a rabiar.

—Esta noche amigos, vamos a estrenar un tango de mi autoría: *¿Qué querés de mí?*

Se lo pregunta con su piano, ¿por qué me buscaste?, con esos ligados magníficos y esos fraseos de Maffia, ¿para hablarme del valsecito?, y el contrapunto del bandoneón de Petrucelli, no te creo, Rosa, te miré, te escuché, con los cantos de los violines de Julio, te sentí palpitar entre mis brazos, y de Manlio Francia, emocionada y con el mismo deseo que yo, con lo más grave del contrabajo de Leopoldo, ¿y entonces me decís que tenés novio? ¿Qué querés de mí, Rosa?

Desde el barrio de Cafferata, Rosa habitualmente toma dos tranvías para ir al teatro, pero cuando baja del primero, decide ir andando hasta Corrientes. Es un placer caminar por Buenos Aires, está más linda y más animada que nunca, con tanta gente distinta pero con idéntica esperanza que sigue bajando de los barcos, y esa edificación desquiciada que tanto la sorprendió al llegar, y que continúa creciendo día a día, y las plazas, y los cafés, y los teatros, y los cabarets, y la radiofonía, y cientos de revistas y diarios en todos los idiomas. Y el tango que todo lo impregna.

Ha sido una buena decisión volver a la Argentina. Echa de menos el mar, la ría, Manuel y hasta sus primos y tíos, pero si se hubiera quedado en Galicia, otra sería su vida. Buenos Aires la requiere.

Y yo, tu voz de terciopelo, tus palabras envolventes sembrándome en esos corazones nostálgicos, sedientos de nuevas emociones. No íbamos a fundirnos si no venías al Río de la Plata.

A Rosa no le gustan los radicales, ni ningún otro partido, pero se respira otro clima que cuando ella debió irse, bajo la administración del gobierno oligárquico. Las luchas de los trabajadores no han sido en vano, y, aunque falta mucho, pero mucho mucho, y ha habido horrores, como el asesinato de los mil quinientos trabajadores rurales en la Patagonia en 1922, comienzan a verse

algunos resultados: hay jubilación, aunque no para todos; viviendas populares, aunque no suficientes; educación gratuita obligatoria, aunque cuántos no acceden porque deben trabajar.

Ella ha tenido suerte, en el teatro ha tenido más éxito del que hubiera soñado o podido imaginar, antes de que terminen las funciones, ya está en marcha ese nuevo proyecto que le acercaron sus compañeros anarquistas, canta en la radio, sus padres están contentos, tiene nuevos amigos y un novio que la quiere. Todo va bien, extraordinariamente bien para Rosa, sólo esa espina, que se incrusta en los momentos más inoportunos, pone en duda su felicidad. La imagen de Juan, sus manos de dedos largos, sus ojos escrutándola, su cuerpo contra el suyo, extienden un lienzo inestable y peligroso sobre todo lo que Rosa vive, distorsionando formas y sentidos. Lo que ella debe hacer es olvidarse de Juan, decide, pensar en él como el chico simpático que le regaló el valsecito. Un recuerdo tierno, y no este tumulto de sensaciones que pretende tirar y romper todo en su vida, para inventarlo de otro modo.

La función es a las ocho. Desde las siete que Juan pasa por la puerta del teatro, va de una esquina a la otra, siempre con temor de que Rosa llegue por el otro lado. La ve cruzar la calle, preciosa en su vestido floreado, y el pulso se le agita. Se interpone en su camino. Como ella, en la radio, se lo dice sin pausas: Rosa, tenemos que hablar, ¿paso a buscarte a la salida?

Esta noche, imposible —se muerde el labio—, pero mañana, o mejor pasado que no tengo función. ¿En el Tortoni a las ocho?, propone Rosa mientras entra al teatro, apurada.

—Mejor en casa —le dice intempestivamente y ella detiene su paso y lo mira sorprendida—. Talcahuano 360, tercero —insiste mientras la sigue por el gran hall—. Te queda cerca.

Ella levanta la mano en señal de saludo, y se pierde en el corredor que da a los camarines sin una palabra. ¿Le dijo que sí o que no? Juan no se atreve a trasponer la puerta y preguntárselo, por algo se despidió en ese lugar. No querrá que su novio o algún actor la vean con él.

Se pregunta por qué la ha citado en su casa, ella lo miró raro cuando se lo propuso. ¿Ofendida? ¿Molesta? Quizás tema que... Pero ¿quién se cree que es él? Justamente, es un límite claro, si la ha citado en su casa, no se permitiría rozarle un dedo. Sólo hablar, que le explique para qué insistió tanto en verlo, por

qué le contó su vida entera, y lo sedujo para después salir con lo del novio. Hablar, conversar. Explicarse.

Rosa llegó a las nueve, lo suficientemente tarde como para desgastar los nervios de Juan en la duda de si iría o no.

—Pensé que podríamos comer algún bocado mientras conversamos —le dijo, sonriente, corriéndole la silla.

A hablar, como él propuso, había venido ella, no a sentarse en esa mesa con velas y mantel de hilo, pero la sorpresa le cerró los labios, su mirada se perdió en las rosas rojas.

—Las rosas son para vos —le dijo, y ella no pudo evitar una sonrisa burlando su armadura.

—Gracias —y se sentó en la silla que Juan le corría amablemente.

Con las flores se aflojó ese almidón con el que se había pertrechado para ir a lo de Juan. A Rosa le había parecido totalmente inadecuado que la invitara a su casa, supuso unas cincuenta razones diferentes, casi todas la indignaron, pero decidió desafiarlo, mostrarle que no le tenía miedo. ¿Le dijo que quería hablar? Bien, hablarían, y si acaso él le mostraba una faceta diferente, ya se encargaría de ponerlo en su lugar. Lo avergonzaría, lo humillaría, y esa horrible escena le serviría a Rosa para no volver a perderse en esas ensoñaciones absurdas que soportaba la imagen de Juan, el que ella se había inventado después de aquella conversación en el Tortoni que, probablemente —casi lo deseaba—, no tuviera nada que ver con ese atrevido, sinvergüenza, insolente, que por quién la había tomado a ella. Y si, por el contrario, Juan se portaba de forma correcta, y la había invitado a su casa porque era un hombre moderno, y ella también, que no se dejaban llevar por prejuicios ni convencionalismos, podían conversar tranquilamente en su casa igual que en una confitería, entonces ella sería clara —tan clara como le fuera posible— sobre su situación personal, Juan era un dulce recuerdo de la adolescencia, y nada más. Valía la pena el riesgo, se dijo, en cualquier caso, ella esa noche dejaría zanjado el problema de Juan, como llamaba en su interior a ese conjunto azaroso y desatinado de confusiones.

Lo que no había previsto fue esa comida que Juan preparó amorosamente para ella, ni la ausencia total de preguntas incómodas que la llevaran a aclarar de una vez por todas la situación, ni las risas, ni lo que disfrutó escuchando las anécdotas que Juan contaba con la maestría de un juglar, ni esa emoción que le

produjo escuchar los tangos que él tocó, especialmente el que compuso en esos días: *¿Qué querés de mí?*

Como era el título de un tango, no una pregunta, Rosa no tenía por qué contestar, cuando él repitió el título, en voz baja y ronca, pero mirándola con esa desesperación jugosa y complacida. Cualquier palabra hubiera sido un despropósito, pero no su mano que acarició suavemente la mejilla de Juan. Él sólo tomó esa mano, la que ella misma puso en su cara, y la acercó a sus labios.

No puede decirse Rosa, ahora que el sol entra por la ventana, y dibuja luces en la tersa espalda de Juan dormido, que nada de lo que pasó anoche fue culpa de Juan, ni de ella. Tampoco mérito de ninguno de los dos, sino de esa rara alquimia que se produce entre ellos al menor roce, una urgencia de tacto que sólo se resuelve en piel y boca y manos y cuerpo y emociones.

Cierto que lo que ha pasado está lejos de resolver lo que llama el problema de Juan, como era su intención, pero ahora que él ha despertado, y le aparta el pelo de la cara, la mirada radiante, para encontrar su boca, decide que lo pensará más tarde porque otra vez, sí, va a producirse ese prodigio y ella no se lo quiere perder. Quiere grabar en la memoria de su cuerpo esas manos que la inventan bella, ese sexo que la inventa infinita, esa emoción que la inventa única.

Luis Fernández guardaría para siempre en su memoria la expresión compungida de Joaquín en el momento de salir para el puerto: *¿me extrañarás?* Luis hubiera dicho: *¿me echarás de menos?*, pero extrañar le dio la posibilidad de maravillarlo.

—*¿Cómo extrañarte si tanto te he entrañado?*

Joaquín tiró el bolso, y lo abrazó otra vez: sos un poeta, un genial, increíble poeta, y te quiero tanto, tantísimo —y tomándolo de la nuca, le dio un enérgico y profundo beso en la boca. Y ahora sí, se iba o perdería el barco.

¿Era un capricho más de Joaquín no permitirle que lo fuera a despedir al puerto —no me gustan las despedidas, le dijo— o todavía quedaban rastros de ese temeroso que no quería mostrarse con Luis en público?

Tampoco importaba, todo iría tomando su verdadera dimensión. Luis estaba educando a Joaquín en la naturalidad con que vivía su amor, como Joaquín a él en el arte y las buenas formas. Aunque en su aldea había soñado con un mundo distinto, no podía imaginar los pormenores de la belleza que Joaquín le haría descubrir.

En el barco que lo llevaba a Europa, Joaquín encontraría una nota escrita en papel crema que Luis había deslizado en su maleta sin que se diera cuenta: «Gracias por enseñarme la belleza que hay en todo. Gracias por darme esa belleza en ti». Le había llevado días pensar esas palabras, corregirlas, ensayar en un borrador la caligrafía de esas letras hasta despojarlas de toda brusquedad. Joaquín merecía ese esfuerzo —descomunal en alguien que había asistido cuatro años escasos a la escuela— y muchos más. Aprovecharía su larga ausencia para asistir a clases para adultos. Y mientras tanto, leería todos los libros de arte de Joaquín. Empezaría por los más fáciles: grandes fotos de cuadros y breve texto, y poco a poco, iría practicando hasta llegar a ese gordo que Joaquín consultaba cuando le surgía alguna duda. Tenía toda la biblioteca a su disposición, y los salones con sus cuadros y sus adornos, el fonógrafo y cientos de discos, música clásica y voluptuosos tangos, y el dormitorio con sus sábanas de lino y sus cortinas de seda natural.

Hacía menos de un año, Luis Fernández no sabía reconocer una tela de otra, ahora adoraba ese juego de adivinar, ponerle nombre a la textura que interponía Joaquín entre sus cuerpos. Gro, lino, terciopelo, seda, guipure, raso, piqué, casimir, eran palabras del deseo, hasta que no acertaba, Joaquín no le permitía acceder a esa otra seda de su piel. Ah, si en la escuela de adultos encontraba otro maestro como Joaquín, pronto sería doctor. Pero por el momento, dependiente. Y gracias que había podido entrar en la casa de García e Hijos, importadores de casimires. Hubiera preferido el teatro pero, al lado de la verdulería, ese empleo era la gloria. Estaba en contacto con telas, las uñas no se le ensuciaban y hasta había podido hacerle un regalo a su novio con su primer sueldo. Podría comprarse un automóvil, con lo que ahorraba del hotel, le había sugerido Joaquín, y Luis se entusiasmó, aunque sabía que el tal hotel nunca había existido. Del depósito de la verdulería pasó a compartir el cuarto del conventillo con un empleado de la tienda y su hermano, dos groseros. Pero en los próximos cuatro meses, de sólo vivir en esa casa, de respirar ese buen gusto, y dormir en esas sábanas, la princesa de Borbón haría honor a su nombre. Y él estaría tan orgulloso de ella que ya nunca se separarían, apenas para trabajar, Joaquín en su dirección de arte, Luis en el escenario de un gran teatro, aplaudida por todos.

No fue más fuerte ese maltrato que otros, peor había sido aquella siesta interminable de verano en la que Jordi rompió cuanto objeto encontró en la casa,

luego la zamarreó, le pegó, y la empujó hasta la puerta de calle. Sin embargo, esa madrugada de diciembre, bastaron un par de gritos etílicos y una frase hiriente, como tantas que decía borracho, para que Mercedes cerrara la puerta de su casa tras de sí. Caminó por la ribera del Paraná sin miedo, hasta encontrar lo que juzgó un lugar seguro para recostarse. Miró las estrellas, brillando indiferentes a cualquier miseria humana, y pensó. Con los primeros rayos de sol lo había decidido: tenía la dirección de Juan, y sabía que podía contar con él. La otra puerta no era bueno abrirla en situación desesperada.

A las cinco de la tarde tomó el ómnibus a Retiro. Había tenido suerte, Jordi no la buscó en lo de Sonia, quizás esa mañana, cuando despertó de la gran borrachera, ni recordara que Mercedes había huido a la madrugada, pensaría que salió a dar sus clases. O quién sabe qué pensaría. Por si acaso, porque tampoco quería que sufriera más de lo que ya sufría, le dejó una nota: «Me voy. No volveré».

Capítulo veintiséis

El cabaret no luce ninguna gala especial esa noche, está como siempre, magnífico, inquietante, con sus luces veladas, sus gentes ávidas de placer, sus rumores.

Longobardi está excitado porque, entre el público, está el presidente de la nación, Marcelo de Alvear y su mujer, Regina Pacini. Le han pedido que no diga, pero todo tiene que estar perfecto. Ha sido ella, seguramente, quien quiso ir al Abdulah, enterada de que es, sin duda, dice orgulloso, el mejor cabaret.

—Enterada de que vamos a tocar nosotros, los mejores músicos —interrumpe Juan.

—El mejor ambiente, la gente más fina —continúa Longobardi, embriagado en sus palabras—, hasta un noble europeo es habitué.

Sí, y planchadoras, empleados públicos, bandidos, dentistas, intelectuales, prósperos comerciantes, burguesas ociosas y laburantas de oficinas, terratenientes, changadores y algún caftén. Juan se burla, pero adora el cabaret, ése o cualquier otro. Allí se abrazan terciopelos y percal, diamantes y chapitas, habanos y manos ajadas, aguardiente y champagne francés. El cabaret, un paraíso para todo aquel o aquella que ame el tango, tiene una sola regla: el placer.

—Juan, de alguna manera, intuía lo que iba a pasar con nosotros cuando dejáramos aquella vida. En Tango vivimos un eterno cabaret.

Después de los aplausos del primer tango, Juan se levanta y busca a Rosa entre la gente. Pero no está. En *Embrujo*, Juan toca a Rosa en *la mayor*, Maffia y Petrucelli parecen evocarla en sus bandoneones, y el violín de Julio suena a Rosa hasta tal punto que cree que ha llegado. Pero no la ve al terminar, sí a Mercedes, que por suerte se animó a ir, y a Regina, que casi lo atropella, aplaudiendo y gritando bravo, como si estuviera en el teatro Colón.

—Caíste justo, es el día más feliz de mi vida —le había dicho a Mercedes cuando llegó, pero no había tenido tiempo de contarle nada porque salía ya para

el cabaret.

Y ahora, ya en su casa, proclama, solemne y algo borracho: entre todas las mujeres que existen en el universo, hay una que es la medida exacta y cabal de mi felicidad. Se llama Rosa y anoche estuve con ella.

—Yo también conocí a alguien, un hombre, no diría que es la felicidad, pero sí que me hizo reír, que ya es bastante.

Juan apuesta al tal Roberto. Por suerte ha dejado a Jordi, pobre tipo, le debe mucho, pero no se merece a Mercedes.

—La vida, desde anoche —dice, eufórico—, estalla en todos lados.

El amanecer los sorprende, las voces ya roncadas, tendrán que dormir alguna vez, se ríe Mercedes.

¿Cuándo verá a Rosa? No quedaron en nada, simplemente ella se fue porque se le hacía muy tarde. Era ya mediodía. A la tarde, Juan le mandó un ramo de rosas rojas al teatro, sin nombre.

No le habló de su novio, piensa Juan, al borde del sueño, tampoco él le preguntó. Pero qué importa, después de lo de anoche, no hay novio que valga. Juan es su hombre, está claro. Mañana la buscará en el teatro. No, mejor le escribirá una carta y le enviará un ramo de rosas al teatro.

Rosa tenía el ramo de flores en la mano cuando Igor se lo dijo. No lo había soltado desde que se lo dieron, en su camarín, cuando terminó la obra. En el restorán donde cenó con José González Castillo, y otros amigos anarquistas, había pedido una silla especial para apoyarlo. Igor llegó a los postres y le dijo, al oído, que tenían que hablar. Estaba tan cansada, por qué no conversaban al día siguiente, quería ir a su casa y dormir y dormir.

—Mejor hoy —insistió Igor, firme.

En el café, Rosa se sostuvo de las flores cuando Igor, con acento, pero en castellano, le propuso: ¿te querés casar conmigo? Febrero o marzo, agregó.

La pregunta ya estaba contestada de antemano, lo habían planeado juntos en el barco que los trajo a la Argentina, cuando consiguieran los medios suficientes, se casarían y tendrían hijos.

¿No fue Rosa quien insistió a Igor hasta el hartazgo para que viera a ese muchacho que le conseguiría el contacto con el arquitecto para poder hacer sus rejas? ¿No lo creyó siempre un artista? ¿Por qué se sorprendía tanto entonces de que lo hubieran puesto a cargo del taller de herrería? Cobraría un salario mayor

porque tendría más responsabilidades.

—Y algo bueno por pasar —dijo en su peculiar sintaxis—, te digo sábado.

—El sábado no, ahora.

—Mejor sábado —contestó firme, una luz pícaro bailándole en sus ojos.

Sí, mejor el sábado, coincidió Rosa, cuando leyó la carta de Juan al día siguiente.

Te daba unos días de plazo, como si la propuesta de Igor pudiera quedar suspendida —ignorada— hasta esa sorpresa que te daría el sábado.

El miércoles, a las seis de la tarde, Juan y Rosa se vieron en el bar del Majestic, sólo para combinar otro encuentro, esas ganas locas de abandonar la función de teatro, ella, el ensayo, él, y quedarse juntos, pero ya tendrían toda la vida, le susurró Juan. Rosa se agachó a recoger la servilleta para disimular el efecto de esa voz interna que le martillaba: hasta el sábado.

El jueves almorzaron juntos en el nuevo restorán húngaro. Entre goulash y un buen tinto, Rosa le habló largo rato —con boca, ojos, manos y todo el cuerpo a la vez— del proyecto teatral de González Castillo, un hombre encantador, talentoso, y de los suyos, sólo un ácrata recalcitrante podía poner Cátulo a su hijo. Es una costumbre anarquista poner nombres clásicos, que no estén en el santoral, le explicó, su hermano se llama Homero.

—Por suerte vos te salvaste, Cleopatra.

Rosa se rió fuerte y un ventarrón de alegría sacudió a los mozos, los comensales, la gente que pasaba por la calle.

Ninguno hizo la menor alusión a la otra noche, pero ahí estaban, poniéndole palabras apuradas a sus vidas, desde la certeza de sus cuerpos, que ya conocían lo fundamental.

Juan le habló de su desafío: conservar la esencia del tango arrabalero y lúdico de los primeros tiempos, pero con una expresividad diferente, y con todos los recursos que da la teoría musical, los arreglos, la suerte de haber reunido esa calidad de músicos, ¿cuándo iba a ir a escucharlos? Esa noche, que no le dijera que no, no importaba si llegaba tarde. No estaba segura de poder pasar, debía levantarse temprano. Dale, vení, aunque sea un ratito.

Y ahora, cuando Juan agradece los aplausos, la descubre, de pie, entre una mesa y otra, su sonrisa brillante como el tango con que le da la bienvenida.

Toca como ama, pensaste, con la misma complejidad diáfana de sus caricias, adivinaste a Juan detrás de ese dúo de bandoneones a cappella, de los cantos de los violines, y del ritmo del contrabajo, su música entrando en tu cuerpo, como él mismo, la otra noche. Te latían las sienas cuando el público, de pie, seguía aplaudiendo su tercer bis: *¿Qué querés de mí?*, y dio por terminada la actuación y se abrió paso entre la gente para buscarte.

Ya sabía Juan que Rosa no tenía tiempo, pero no se iba a ir del cabaret sin sentarse un rato a conversar con los muchachos, si no fuera por Julio no se hubieran encontrado la otra noche —le guiñó el ojo, cómplice—, prometo no ponerme celoso del seductor que encontraste en radio Sudamericana.

Eran las tres de la mañana cuando salieron del Abdulah, qué locura, ella tenía que levantarse temprano.

—No quisiera ser malinterpretado —su risa rápida y sin complicaciones la contagió—, pero si tenés una cita en el centro a la mañana ¿no sería más cómodo quedarte en casa?, te dejaré dormir, palabra de caballero.

Negaste con la cabeza, porque hablar te delataría.

Juan la acompañó a Cafferata en un taxímetro. ¿Nos vemos mañana? Rosa no podía, eran las últimas funciones, y tenía otros compromisos que no podía abandonar. ¿Ni un hueco en todo el día? ¿Estaba segura?

El viernes fueron a la matinée del biógrafo Las Familias, Juan quería sentarse con Rosa en la misma sala en la que había pasado tantas horas improvisando melodías para acompañar las imágenes de las películas, allí había compuesto sus primeros tangos, allí se había engolosinado muchas veces con el recuerdo de esa chica que trabajaba en el frigorífico, la que lo dejó plantado en Palermo.

Le besó la mano con una ternura que corcoveó en el cuerpo de Rosa. Aunque tuvieran poco tiempo, se impuso, dejaría caer alguna palabra sobre Igor, una advertencia, el sábado era el día siguiente.

En la película Vivien era fiel a John, en cambio vos eras una traidora, te dijiste desprendiendo tu mano de la de Juan. No la merecías. Tenías claro que no estabas traicionando al novio que te había pedido en matrimonio, sino a Juan.

Pero los comentarios sobre la película y las minuciosas mentiras de Rosa sobre sus ocupadísimos días siguientes les comieron todo el tiempo.

No quiere insistirle, la ve nerviosa cuando se detienen en la esquina del teatro, asustada quizás de lo rápido que están siendo uno parte del otro. Para probarlo, piensa Juan, le ha soltado esa ristra infernal de compromisos, tal como es Rosa, con la obsesión que tiene con sus derechos, no va a avasallarla con su impaciencia, no, le dará tiempo: ¿nos vemos el domingo entonces?

Hay angustia en sus ojos, la está desilusionando, tiene que ser más sutil, más cuidadoso.

—Lo siento, nos vemos cuando vos puedas. La semana que viene —cómo soportar la ansiedad si no quedan en una cita precisa—. ¿El martes te parece bien?

La está forzando y Rosa se resiste, ese gesto de morderse el labio, cómo le gusta esta mujer, le gusta incluso que resista, que se tome su tiempo para contestarle, que lo tenga así, en el trampolín, deseando zambullirse.

—De acuerdo, el martes, a las cuatro. En el Tortoni —decide.

La idea que le surge es demasiado bonita como para renunciar a ella: a las cuatro, está bien, pero en Palermo, frente a la estatua.

Rosa recibe la gran sonrisa con una mirada exasperada, asiente con un gesto y se va rápidamente. Estará pensando que es un mandón, que no la deja decidir nada, pero el martes, cuando Juan se ponga en payaso y se descuelgue del jacarandá, con un ramo de rosas marchitas en la mano, y le diga que desde 1916 la está esperando y al fin, al fin llegaste, amor, y la abraza fuerte, le va a encantar, está seguro.

El sábado a la mañana Igor y Rosa tomaron el tranvía hasta la avenida Independencia. Caminaron tres cuadras, las manos enlazadas, se detuvieron en una obra en construcción.

—Ahí, nuevo taller, yo —y estiró las manos como para abarcarlo todo.

—Van a trasladar el taller a esta casa y vos lo vas a dirigir —tradujo Rosa—. Qué grande, qué lindo parece.

Igor asintió, satisfecho. Estaba contenta por él, pero una aguja clavada, retorciéndose, cuando se enteró de que esa casa en los altos del taller, en la que varios obreros estaban trabajando, sería la suya. El arquitecto, ese hombre amable que le había presentado Igor, le había dicho que en tres o cuatro meses

estaría terminada, pero Rosa todavía podía elegir si prefería dos dormitorios amplios, o dividir uno de ellos en dos pequeños, para las criaturas, y qué le parece la cocina aquí, Rosa, con puerta al gran patio, tiene que imaginárselo con baldosas, plantas, una parrillita, una mesa, una higuera para protegerse del sol en verano.

Quizás la exageración de tu sonrisa y tus exclamaciones de júbilo hayan convencido a Igor y a su jefe de una alegría que no podías sentir, aunque te esforzaras. Te mentiste que era sólo la sorpresa lo que te impedía disfrutar como merecen esas buenas noticias.

Había pasado todo demasiado rápido, estaba mareada, le dijo a Igor cuando se fueron, tres meses apenas desde que cambió de trabajo y no sólo se había convertido en el encargado, sino que tendría una casa a su disposición para vivir. A sus padres les había llevado años salir del conventillo y acceder a esa casa en Cafferata, y no porque no hubieran trabajado.

—¿No justo, no bueno? —preguntó Igor, un dejo de reproche.

—Sí, claro que es justo, sos un artista y valoran tu trabajo. Pero tampoco es que sea generoso el Penedo ése, debe convenirle que vivas ahí, una manera de tener el taller vigilado sin pagar otro salario.

—¿No gustas Penedo? ¿No simpático? —y exasperado—. ¿No gustas casa, patio?

Rosa desconfiaba de cualquier capitalista, por principio, le aclaró, aunque era difícil ver un enemigo en ese hombre canoso, la sonrisa amplia, que había ido hasta allí sólo para participar de la sorpresa que Igor quería darle. Con un entusiasmo llano los había guiado por la obra, decorándoles cada espacio, como si él mismo fuera a instalarse en esa casa, en esa dicha que a Rosa le hubiera gustado sentir, pero que le parecía ajena. La conmovió esa amistad deferente y al mismo tiempo campechana que Igor había sabido ganar en poco tiempo.

—Pero mirá el rusito la novia preciosa que tiene —lo palmeaba en la espalda—. Y usted, Rosa, se lleva una joyita.

Rosa se equivocaba, la voz de Igor se alzó, firme, y encontró todas las palabras para explicarle que Penedo no era el dueño de la constructora, sino uno de los arquitectos contratados, y que si bien tenía algún poder de decisión, lo de la casa para él tuvo que gestionárselo ante la dirección de la empresa. Y no fácil. Arquitecto contento, ellos tienen casa bonita, con patio y flores, Igor también. Sólo ella no contenta.

Quiso expulsar esa desazón inoportuna y mostrarle a Igor que estaba feliz, y

le encantaba la casa, y que lo quería mucho, y que tenía toda la razón, pero... pero —moduló la voz como había aprendido en sus clases de teatro—, ¿no sería más prudente esperar unos meses?, que te afiances en tu trabajo, como yo en el mío. Con estas dos obras me fue bien, pero no sé qué pasará con el nuevo proyecto, ¿y si me quedo sin trabajo?

—No importa ahora, yo, tu marido, yo responsable de vos, no necesito trabajo tuyo —la intentó tranquilizar, por el peor camino.

—¿Qué quieres decir? —se indignó Rosa—. Yo tengo una carrera, un porvenir en el tango. ¿Te entiendo mal o estás sugiriendo que no importa mi trabajo?

No estabas dispuesta a admitirlo. Aunque tampoco él te lo exigía, como te explicó, si querías trabajar, podrías hacerlo, y si no, no, daba lo mismo.

—¿Te gustaría que te dijera que da lo mismo que hagas las rejas o nada? ¿Quieres que lo deje todo por ti?

—No, Rosa, todo no, si cantar bueno, cantá.

Todo no tendrías que dejar, pero sí a Juan. Nunca más Juan, aunque Igor no te lo pidiera, él ignoraba lo que la memoria de tu cuerpo atesoraba con tal intensidad. Y para borrarlo, para anular esa piel ávida de lo imposible, te fuiste a la pieza de Igor y no te separaste de él ni un instante. Se tejieron como una manta con planes, ternuras —y algunas mentiras—, y el domingo por la noche se lo anunciaron a tus padres. Un eslabón y otro. Tu padre sacó una sidra y propuso un brindis por ustedes y los futuros nietos. Tu madre se encandiló con la descripción que le hiciste de la amplia casa en la que vivirían. Y otro eslabón más de esa cadena que vos misma inventaste para sujetarte a aquello que creías inquebrantable: tus promesas.

Esa noche, antes de dormir, Rosa rescató de debajo del colchón la carta de Juan. Imaginó los dedos largos, delgados, de nudillos fuertes, sosteniendo la lapicera, tocando el piano, creyó sentir esa mano sobre su nuca, los labios de Juan contra los suyos, y se dejó ir a ese abrazo cálido. El martes debía decirle a Juan la pura verdad: me caso con Igor.

Cuando Juan la ve llegar, se descuelga del árbol con las flores marchitas, pero no le dice lo que ha planeado porque Rosa, en lugar de reírse como él esperaba, lo mira grave, y le propone caminar: necesita hablar. Intenta un par de bromas sobre el valsecito que no prosperan mientras ella apura el paso como si

alguien los persiguiera, y empieza frases que no termina. Le gusta que esté así, un poco loca, el amor trastorna, él está un poco fuera de sí desde esa noche, componiendo, dirigiendo, hablando con Mercedes, con los muchachos, comiendo, riendo, haciendo lo de siempre pero en otro estado, como si la tuviera puesta día y noche, estado de gracia, como llamó a su tango. Se lo cuenta para tranquilizarla, para que se anime a hablarle de ese torbellino de sensaciones extremas, asusta un poco, te entiendo. Ella lo mira de reojo, alarmada, y camina más rápido. Le hará bromas, le dirá tonterías mimosas para relajarla, en sol mayor, en do sostenido menor, la quiere tanto.

No entiende la frase que le dice Rosa mientras camina a todo vapor, como si quisiera dejarla atrás en el camino. Es inaudible, el pudor le adelgaza la voz. Juan pone su oreja en la boca de Rosa y la anima con una sonrisa.

—Me voy a casar con Igor.

Escucha, pero no comprende las palabras, Rosa habla con la boca me caso y con los ojos te quiero tanto. Me caso con Igor, repite.

Le está pidiendo ayuda, y él va a dársela, para eso y para todo lo que ella necesite está Juan, ahora para ayudarla a encarar a su ex novio sin lastimarlo, algún cariño le tendrá seguramente, y mañana para acompañarla a ensayar, para elegir un repertorio, para sostenerla en momentos difíciles, y más, mucho más porque él es su compañero, ahora y para siempre. Rosa se detiene y lo mira desde el fondo de un precipicio, los ojos como manos, tendidos hacia Juan.

—Hace meses que hemos planificado nuestra boda.

—¿Pensabas casarte con él esa larga noche en que nos amamos?

—Sí, por supuesto.

—¿Y entonces qué fue lo que hiciste conmigo? —furioso—. ¿Una despedida de soltera?

Y ella, la voz angustiosamente natural: quizás.

La rabia nubla la vista de Juan, no sabe ni dónde apoya el pie en el sendero. Se detiene y salta para mirarla a los ojos. La sujeta del brazo y ella le sostiene la mirada, la suelta y no se mueve. Rosa le miente, está seguro.

—¿Por qué si te vas a casar me lo contás como si fuera la muerte?

Rosa alza los hombros, y desvía la mirada, buscando en el parque una respuesta que no tiene: temía que te enojaras, pero mejor que sepas la verdad. Lo nuestro —le dice al árbol— no puede ser.

Ya no le importa si miente, ni por qué miente, la odia. Más que cuando la encontró en la fiesta, y supo que era ella quien se permitió rechazar su tango. Ya

no sufre, expulsa palabras, como trompadas ciegas: creía que sólo los hombres se iban de putas antes de casarse, para sacarse las ganas antes del hastío del matrimonio. Eso hiciste vos: usarme como un macho a una puta.

Pero ella no se enoja, se ríe, los ojos clarísimos. ¿De qué te reís? Le da risa, dice, imaginar a Juan como una puta, con ligas negras y medias de seda... provocando.

Cuánto la odia y cuánto lo excita, y como ya no le importa nada, la toma con fuerza de la cintura y la besa. Una esfera radiante, nítida, perfecta, derrite el odio en un instante para dar lugar a esa emoción compartida, sí, compartida, si no Rosa no le acariciaría el cuello ni se apretujaría contra él, ni le abriría su boca y su cuerpo todo llamándolo. Desesperante tener que detener las manos, pero es de día, pasa gente, vamos a casa. Y ella camina, el brazo de Juan rodea su cintura, la mirada de ese grupo de mujeres sobre ellos la sobresalta.

—No podríamos estar juntos, Juan, te das cuenta, no hay nada ni nadie cuando nos abrazamos, no haríamos nada, ni vos compondrías ni yo cantarías, ni comeríamos, ni... Juan apura el paso, la toma de la mano y se ríen los dos mientras corren rápido hasta la avenida. Un taxímetro por favor. Pero en el instante que se detiene el automóvil, Rosa, la cara desencajada, no entra por la puerta que Juan le abre: no voy, no puedo, me caso con Igor. Vení lo mismo, aunque te cases con quien quieras. El chofer protesta, y Rosa, clavada en el suelo, mueve la cabeza hacia un lado y el otro.

Juan extiende un billete al chofer y cierra la puerta. La conducta zigzagueante de Rosa transforma el amor y el dolor en una sola intensidad agotadora.

Rosa no se mueve, Juan la siente temblar cuando avanza hacia ella, y en un susurro que no oculta el grito: estás desquiciada, completamente loca, y ella que lo siente mucho, de veras, Juan, y repite por milésima vez esa frase que ha perdido todo sentido, que es sólo una pobre y cruel forma de aferrarse a un látigo que no se sabe a quién azota. Juan se tapa los oídos, pero la escucha: lo del otro día fue... un impulso, nada más...

—No fue un impulso, lo pensaste bien —la interrumpe, se acerca peligrosamente a esa mujer a quien no piensa tocar nunca más en su vida—, te fuiste a la cama conmigo para que compusiera un tango para vos —la mira con toda la furia— porque sos una trepadora —manchas rojas suben por su cara, Rosa va a incendiarse y él no lo va a impedir—, pero sabés, pebeta, te equivocaste fiero, porque a mí no me gusta el tango canción —la lava de Juan la

derrumba, la hace pedazos—, y si me gustara, no lo haría nunca para que vos lo cantaras.

Satisfecho de su ruindad, no la llama cuando se va caminando lentamente. La mira perderse en el parque, mientras en su cabeza, Juan escucha una melodía con nitidez. Los violines, los bandoneones, el piano siguen sonando cuando ya nada se ve de Rosa.

Capítulo veintisiete

La mujer desgredada y sucia se señalaba el vientre y abundaba en sonidos incomprensibles. Como la paciente no hablaba ni una palabra en castellano, Francisco intentó preguntarle en francés, en inglés, hasta en alemán, pero nada. No iba a pasarse la noche jugando al adivino. Le tomó la presión, era normal. Le dio un par de sellos de aspirina y le señaló, con la última cortesía que le quedaba, la puerta del consultorio. Ella no se movió, miró los medicamentos con desconfianza y se puso a aullar en ¿búlgaro?, ¿ruso?, ¿polaco?, vaya a saber qué groserías. ¿Iba a tener que empujarla a la salida? No iba a pasar por esa violencia, que lo hicieran las enfermeras.

Se lavó cuidadosamente las manos y deseó estar ya en el año siguiente, atender enfermos en su consultorio de la calle Agote, enfermos limpios, educados, cultos.

—El que sigue —se resignó.

La imagen de su consultorio, la placa con su nombre en la fachada, la gran puerta que conduciría al hall de entrada, la suntuosa sala de espera, el escritorio y el gran sillón chippendale donde se sentaría le atenuó la impaciencia que le producía estar adivinando síntomas en ese cocoliche en el que hablaba el paciente. ¿Qué había comido?, manyare, condescendió.

¿Por qué tenía él que hablar en italiano? El doctor Udaondo insistía en que la práctica del hospital era fundamental, no tenía otra opción si quería su título de médico. ¿Que han llegado tres millones de extranjeros en los últimos años, que hay conventillos y viviendas improvisadas en toda la ciudad? Lamentablemente era cierto, pensó, pero a él poco le afectaría, esas gentes que no sabían expresarse en castellano tampoco podrían pagar sus honorarios.

La puerta del consultorio daba sobre la calle Agote, la de la casa, sobre Guido, sólo se comunicarían a partir de la primera planta. En un área, su familia, en otra, sus pacientes y enfermeras, y un gran jardín que rodearía la mansión. Estuvo bien su padre encargando el proyecto al mismo arquitecto que hizo su

casa, él sabe la importancia que su familia da a los jardines. Los que diseña su madre son la envidia de Buenos Aires. Sería adecuado que Ivonne se documentara desde ahora. Esa mañana le había comprado todos los libros de jardinería franceses que encontró en la librería de la calle San Martín.

—Apendicitis —diagnosticó, y llamó a la enfermera para que el paciente fuera internado.

—Ya no hay nadie esperando —la elocuente sonrisa de Marina—, estamos solos.

Marina era la mejor manera de mantenerse despierto en esas guardias eternas, pero hacía ¿cuánto ya?, dos, tres meses que no lo hacían. Ya estaba Ivonne en la Argentina cuando él vivió esas noches calientes con Marina, con Teresa, y con la menor de las Gainza. Pero ahora él no deseaba a otra mujer que no fuera son bijou, Ivonne. Algo fuerte había cambiado desde que concibió su plan.

Siempre le gustó Ivonne, de no ser así no la hubiera invitado a Buenos Aires, pero lejos estaba entonces de imaginarla como su mujer, aunque contestara cualquier mentira a sus preguntas. Pero había terminado, no sabía cómo, creyendo sus propias mentiras: son prince allait l'épouser. Estaba enamorado de Ivonne, infectado, intoxicado, como le había dicho el impertinente de Javier Rebollo. A su juicio, Francisco estaba yendo demasiado lejos con esa aventura. Por segunda vez, en pocos meses, él, que siempre huyó de las grescas, había terminado a las trompadas para defender a Ivonne. Sería mejor no mostrarse en público con ella hasta que llegara el momento de anunciarlo, Ivonne ya estaría preparada. Es impresionante lo que aprende, le comentó la profesora de arte, y con tres cursos semanales, ya casi domina el inglés. Poco a poco, Francisco iría formándola en todo lo necesario. Le excitaba moldear a alguien como arcilla, hacerla a su manera, inventarle hasta una biografía pertinente que ella ya conocía de memoria.

Era un placer accesorio que esta mujer, a quien había que generarle gustos, conocimientos, buenas maneras, hubiera nacido en Francia, de donde nosotros, los criollos, copiamos hasta la manera de respirar, le había dicho a su amigo Patricio. Sólo él estaba al tanto del secretísimo proyecto de Francisco —se lo contó después de la velada en lo de O'Toole— y lo alentaba. Prueba de que no era tan disparatado como a él mismo le había parecido cuando acariciaba ya la idea pero una risa destemplada, una vulgaridad en el maquillaje, un timbre demasiado atiplado en la voz de Ivonne, lo echaban atrás. Ella misma estuvo a

punto de tirar su plan por la borda al contarle, con descaro, los pormenores de aquella noche durante la guerra. Pero como lo bueno y lo malo dependen del cristal con que se mire, esa lágrima furiosa que no derramó Francisco le cambió el cristal, y esa historia (que había ordenado a Ivonne olvidar) la limpió de cualquier mancha: sin la guerra, Ivonne sería virgen como cualquier niña porteña de buena cuna.

—*No lo soporto, es tan imbécil, tan necio. Por suerte no está con nosotros.*

—*Pero bailaba muy bien, mejor que su padre. Yo pensé que...*

—*¿No te basta conmigo, con el Cachafaz, con tantos otros, para bailar? ¿También lo querés a Francisco en Tango? Hasta muerta sos insaciable...*

—*No estamos muertos.*

—*Hasta en la eternidad, quise decir.*

Era absurdo casarse con cualquiera de esas jóvenes que quién sabe cómo serían en la intimidad cuando él tenía una mujer que lo colmaba de placer. Una mujer concebida a medida de Francisco Ponce. Era un proyecto delicado, una apuesta peligrosa que requería mucho tacto, pero él lo haría posible. Y lo iba a defender con uñas y dientes, como hacía su padre con sus propiedades.

—*Nadie le había sugerido ni le había impuesto a Ivonne, era lo único verdaderamente propio que tenía Francisco.*

—*Lo que nunca pudo controlar Vicente fue a las mujeres. Carlota hizo lo que se le dio la gana. Ni hablar de su hija Mercedes.*

—*También Inés lo abandonó, en cierta forma, años antes de que él se diera por enterado.*

Pero para que su objetivo pudiera cumplirse, tenía que ser muy cuidadoso. No llevaría a Ivonne a conocer la casa de la calle Agote, aunque se lo pidiera todos los días.

Llegaron a las seis de la tarde, una hora adecuada, todavía había buena luz y no se cruzarían con nadie. Cuando escucharon las voces, Ivonne y Francisco ya habían traspasado el hall de entrada y estaban en el gran salón, admirando en lo alto la marquesina de la que tanto había hablado Francisco.

—*Es bellísima, los mismos colores de los vitraux del Sacre Coeur —una buena oportunidad de mostrarle cuánto había aprendido con su profesora de arte —, y los dibujos son los del art-déco.*

—*Shh —la interrumpió un Francisco demudado, inmóvil, aterrorizado.*

Las voces se acercaban, Francisco hizo un giro brusco sobre sus talones, y una señal nerviosa para que Ivonne lo siguiera. No habían llegado al hall cuando escucharon una voz cálida: ¿Francisco?, qué sorpresa.

Por la gran escalera central, Ivonne vio bajar dos hombres impecablemente vestidos. Monsieur Bourdieu, l'architecte, Vicente Ponce, mon père, mademoiselle Ivonne de Labulère —presentó Francisco, con una mueca deforme que imitaba mal una sonrisa.

Ahí terminó el francés, pero Ivonne logró entender la explicación que Francisco se afanaba en dar: que pasaba justamente por ahí, y decidió entrar para observar los reflejos de la marquesina a esa hora de la tarde, mademoiselle de Labulère tuvo la gentileza de acompañarlo. ¿De dónde salía ese «de» que nunca tuvo su apellido? Ivonne sonrió. El arquitecto retomó el francés, interesado en saber si a Ivonne le gustaba Buenos Aires y cuándo había llegado. Francisco se apresuró a responder con un par de frases en castellano. Supo en ese instante, o quizás antes, que no debió haber insistido tanto para que la llevara a conocer la casa en la que algún día vivirían. Podría, incluso, hasta seguir creyéndole. Pero ahí estaban, fijos en ella, escarbándola, esos ojitos arrugados como pasas de uva de Vicente Ponce y la tremenda incomodidad de su hijo.

Menos de dos meses les pidió a sus músicos, no es tanto. En mayo actuarán en el Chantecler, un contrato de mucho dinero. Juan no quiso aceptar la propuesta del empresario Ochoa para tocar en las residencias, distrae mucho, y necesitamos ese tiempo para preparar y ensayar un nuevo repertorio. ¿Y mientras qué comemos?, reaccionaron. Y en una semana, adiós Manlio Francia y Leopoldo Thompson. Importantes contratos, importantes cifras. ¿Y el tango que estamos haciendo qué?

Te creías que porque sonaban así, porque estaban interpretándome como vos querías, eran uno solo. Acaso vos, cuando formabas parte de la orquesta de otros, no habías hecho lo mismo. ¿No te fuiste de la de Tito porque ganabas más con Canaro? ¿Y de la de Canaro porque decías que tu piano no podía reducirse a una marcación rítmica?

—Mirá, dos tanos, un criollo, un argentino hijo de tano y uruguayo, un inglés, para empezar por algo —dice Pedro.

Todo en ustedes era distinto. Esa mezcla complementaba sus vidas como sus instrumentos. Manlio estudió en Bélgica y se iba a dedicar a la música sinfónica,

Pedro en el conservatorio Williams de Flores, Julio en el conservatorio de su padre, José de Caro, y luego, con profesores particulares, y vos, con el catalán. Vos, el más pobre, empezaste a estudiar en un barrio de ricos, y el más rico, Julio, tuvo que alojarse en pensiones humildes cuando su padre lo echó de la casa por dedicarse a mí. Pero cualesquiera fueran las circunstancias, todos habían pasado años estudiando, la necesidad de llevarme al más alto nivel musical y su amor a mí los ligaba.

—Dio lo que dio. Y ya está —dice Juan, deprimido.

—Buenos músicos hay a montones —replica Julio con optimismo.

—Y lo mejorcito está intacto —apoya Pedro.

—No puedo hacer nada —le duelen hasta las manos cuando piensa en Rosa.

—Es la mina que te colgó —sentencia Pedro— lo que te tiene mal.

—La única posibilidad es que busquen ustedes los músicos, traten con el empresario, organicen todo y me tiren unos mangos para dirigirlos.

—Lo haré con mi orquesta —contesta Julio categórico— y, por cierto, mejor que vos.

—No cuentes conmigo —dice Maffia.

Pero contabas con ellos, como músicos y como amigos. Te ponían el hombro, compartían tu proyecto. ¿Cómo querías que reaccionaran cuando tomaste aquella decisión intempestiva? Tenían razón.

Las charlas con Mercedes han ayudado a Juan a bajar de esa furia ciega, a salir del rencor en el que se había instalado. Es bueno haber sentido tan fuerte, tan intensamente la vida. Mercedes, aun cuando está convencida de que hace años debió abandonar a Jordi, no se arrepiente de haber vivido ese amor.

—Gracias por enseñarme a vivir, Mercedes.

—Gracias a vos, Juan. ¿Sabés que nunca, ni en casa, cuando era chica, ni en lo de Hernán y la bruja, ni aún en los primeros tiempos con Jordi, tuve esta sensación de libertad, de tibieza, de comodidad? Nunca nadie me cuidó como vos, Juan.

—Es una lástima que no podamos enamorarnos uno del otro, seríamos la pareja perfecta.

—Es una suerte que la vida nos hiciera un poco hermanos de chicos, vos sos hijo único, yo tengo un hermano que no oficia de.

Si su padre no lo hubiera alterado hasta ese punto en esa discusión, Francisco habría cumplido con su plan de anunciarlo el año próximo, ya instalado en su nuevo consultorio. Pero cuando lo provocó de tal forma, hablándole en esos términos de Ivonne, Francisco vio a Molina, a Rebollo, y no le pegó una trompada porque era su padre, pero sí lo interrumpió con energía: no le permito que hable así de mi novia.

Conocía la arrogancia de su rara sonrisa, pero no recordaba haber escuchado reír a su padre, quizás en alguna oportunidad, cuando festejaba las bromas vulgares de un funcionario de economía de Yrigoyen, de quien esperaba una gauchada, pero nunca así, con esa risa sorda, lacerante, que crecía a la carcajada, para apagarse súbitamente, vidrios rotos en su mirada, y odiándolo tanto como nunca podría él odiar a su padre.

Vicente lo sabía todo, que viajó en el *Massilia*, en tercera clase, que ocupa un departamento alquilado a nombre de Francisco, en la calle Ayacucho, que frecuenta actorzuelos del Nacional, y hay más... que probablemente ignores, pero que no es de extrañar en mujeres de su calaña.

—Mentira —contestó Francisco desde el sillón donde se había derrumbado.

¿Qué era mentira? ¿Lo que Francisco ignoraba? Que viajó en tercera clase, vino en primera. Vicente abrió un cajón de su escritorio, sacó un papel y le demostró que Ivonne viajó en tercera.

—¿Y Francisco no le dijo nada cuando supo que había investigado a Ivonne, como si fuera una criminal?

—Eran sus métodos. A Klaus también lo hizo seguir en 1909.

Francisco prefirió terminar la conversación antes de que su padre le contara lo que no podía ser cierto, de ningún modo, él la conocía muy bien, la había inventado, pero se sentía incapaz de tolerar esa noche una humillación más.

—Buenas noches, voy a descansar.

Sí, que descansara, tenía que trabajar duro para obtener su título de médico a fin de año. Mientras tanto, no necesitaba nada más que su automóvil.

Hasta que no fue al banco, Francisco no entendió la ironía. El dinero depositado podía cubrir los gastos de la gasolina, y alguna fonda de mala muerte.

—No importa, yo puedo trabajar, Rosa me ofreció recitar poemas franceses en la broadcasting donde ella canta.

—¿Broadcasting? —se escandalizó Francisco.

Pero por qué se enojaba tanto. Era el mal humor que le producía no tener dinero, ya se iba a resolver, mon amour, como él mismo decía, sólo faltaban unos meses.

Esa noche Francisco se fue dando un portazo y ella entendió que no debía trabajar en la radio. Pero en otra cosa sí, suponía, algo tenía que hacer. El alquiler del departamento estaba cubierto, Francisco lo había pagado por adelantado, pero ya no quedaba nada en la cajita donde él le dejaba a Manuela el dinero para las compras. Tampoco Manuela había ido a trabajar, ni la profesora de arte, ni el de inglés.

Todo —hasta esa puerta abierta en Santa Fe— iba diluyéndose hasta casi desaparecer. Libros, piano, charlas. Los primeros días, Mercedes casi no se movía del departamento de Juan, el temor a encontrarse con su padre, los fantasmas del pasado, pero una tarde fue a la librería a encargarse el libro de poemas que mencionaba Inés en sus cartas, y caminó unas cuadras por Corrientes. Al día siguiente llegó hasta el puerto, y otro se asombró de cuánto había crecido la avenida de Mayo, había escuchado hablar del edificio Barolo pero le pareció altísimo cuando lo vio. Y ese viernes traspasó la frontera del centro y se aventuró por las calles de su infancia. Ya había leído los poemas que tanto conmovieron a su madre, cuando llegó a la plaza San Martín y se sentó bajo el jacarandá. También para ella, el tiempo que había vivido afuera había sido ilusorio, Mercedes podía hacer suyas las palabras del joven poeta Borges: «Yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires».

No pasó por la puerta, no quería ver esa casa que su padre hizo construir en 1917 para que ella no la pisara, pero esa misma tarde llamó a su mamá por teléfono, y se dieron cita para el día siguiente.

Era tan especial su madre. Contra todo lo que había imaginado, Inés no pareció asombrarse de que hubiera abandonado a Jordi, hacía bien en tomarse un descanso en lo de Juan, aprobó, ya encontraría el camino, estaba segura, porque Mercedes era muy valiente.

Inés había deslizado el sobre entre los libros que le llevó, sin una sola palabra. Mercedes se dijo que había hecho bien en aceptarlo. No quería que nada la presionara a tomar una decisión antes de limpiarse de todo dolor, y ese dinero la ayudaba. Era suyo, después de todo, pensó, con una leve molestia que se

desvaneció en cuanto comenzó a leer.

—¿Por qué tenemos que fingir que no estamos juntos?

—Sólo unos meses, Ivonne. Sin dinero no puedo ni pensar, mucho menos estudiar. Mi padre es así, no lo voy a cambiar. Tengo que hacer algo para que termine este bloqueo de cuenta. A fin de año, con el título de médico, todo volverá a la normalidad, te lo prometo.

—*Le mintió.*

—*No del todo, omitió que había dicho a su padre que ya no veía a la francesa, pero en algún punto él seguía creyendo que podía resolverlo más adelante.*

Si era por el dinero, no tenía por qué preocuparse, Ivonne tenía muchos proyectos: un restorán de comida flamenca, emplearse en una casa de modas. Pero Francisco no los escuchaba, estaba cansado, triste, preocupado, ¿por qué no le hacía unos mimos en lugar de angustiarse? A él le parecía humillante que su novia tuviera que trabajar, y mucho más que ella le dijera que estaba convencida de que, haciendo economías, alcanzaría para los dos. ¿Por quién lo tomaba?

Ivonne no se iba a encaprichar otra vez. Era Francisco quien conocía los tiempos. Por un rato sólo hablaron sus cuerpos amándose.

¿Cómo iban a aguantar todos esos meses sin verse?, le preguntó Ivonne, entre gozos y jadeos. Claro que se verían, cómo podría él vivir sin tocar esa piel, sin entrar una y otra vez en ella.

Francisco la iría a visitar, poco, porque debía estudiar la mar, pero serían prudentes: por unos meses no se dejarían ver en público.

—*Francisco se lo había dicho: no se dejarían ver en público.*

—*La fiesta la organizaron en su casa, no en un lugar público.*

Ivonne decidió no consultarle nada acerca de su trabajo, pobrecito, se angustiaría innecesariamente. Y para ella no era terrible trabajar, le gustaba la idea.

Luis Fernández no estaba en la tienda para vender, eran otras sus funciones, por eso cuando el patrón lo sorprendió extendiendo el casimir sobre el torso de uno de sus mejores clientes, y dando vueltas a su alrededor, se acercó rápidamente, para atenderlo él mismo. Ya le daría su merecido a ese atrevido, en

cuanto se fuera el cliente. El señor Lanteri le agradeció, pero prefería que lo siguiera aconsejando el joven.

La cuenta que pagó el cliente, muy superior a las habituales, amenguó su reprimenda, pero que fuera la última vez.

—Como quiera —contestó sarcástico—. La tienda es suya. Puede descontarme de mi salario lo que ha perdido en esa venta.

No había pasado una semana, cuando entró don Roque, el patrón, a la trastienda, con una chaqueta y una corbata en la mano, había decidido darle una oportunidad, le dijo, que se cambiara rápido, no podía atender a un cliente en mangas de camisa. El dependiente no le contestó, abrió un armario, sacó una chaqueta de buen corte, se la puso, acomodó su pajarita, y, sin mirarlo, salió a la tienda a atender al amigo del señor Lanteri, ese hombre tan amable como firme en su decisión de esperar al señor Fernández, si no estaba, volvería otro día.

Era extraño que ese gallego de poca instrucción, sin ninguna experiencia anterior, tuviera tal habilidad social. Pero negocios son negocios y después de la factura que pagó el cliente, Roque García decidió que el sastre tomara las medidas de Fernández para confeccionarle los trajes de sus vendedores.

—No —lo asombró Luis una vez más—, no me vestiré como todos.

Luis Fernández eligió las telas y los modelos de sus trajes, cambió el diseño del escaparate, y negoció con eficacia su comisión sobre las ventas.

—*Joaquín lo ayudó mucho, pero Luis supo ganarse lo que tuvo.*

—*Era muy hábil en todo lo que hacía.*

El dueño de García e Hijos era un comerciante, le importaban los números y no las especulaciones psicológicas, por eso no volvió a plantearse ninguna pregunta sobre su jefe de ventas, Luis Fernández, hasta que le comunicó el motivo de su renuncia. No se lo robaba la competencia, con mayor salario o comisiones, como supuso, ni había decidido instalarse por su cuenta, no, era el teatro, don Roque, lo mío. La princesa de Borbón vuelve a las tablas, dijo triunfante, y de un salto se instaló en medio de la tienda, taconeando fuerte, qué bochorno, y moviendo las manos como una bailarina flamenca. Clientes y vendedores lo vieron acercarse al consternado Roque García, cogerlo de la barbilla, besarlo en la boca, y salir de prisa. Don Roque parecía congelado en su propio cuerpo, mudo e inmóvil, no pudo reaccionar ni aun cuando Luis Fernández, desde la puerta de la tienda, tuvo la osadía de mirarlos con esa ternura tan fuera de lugar y arrojar al aire un beso que extendió en círculo amplio con su mano, como para que no quedara nadie a salvo: no me echéis mucho de

menos, mi corazón estará siempre con vosotros.

Creyó que era una buena idea ir al estreno de la obra de Rosa, sentir que ya pasó, que no tiene rencor, que ya aceptó su decisión, que ella es sólo un recuerdo cálido, como le pasa con Tununa, pero fue verla, y ese vértigo de ternura, escucharla cantar ese tango y desesperar. ¿Cómo puede ser que esa mujer tan para mí se case con otro? Tuvo ganas de gritar, de romper cosas. Se levantó antes de que terminara la función, apenas se contuvo hasta que ella salió de escena. Mercedes, que lo había acompañado al teatro, se quedó consolándolo hasta las cuatro de la mañana.

—*Fue Mercedes quien lo convenció de que aceptara la propuesta de Lomuto.*

Al día siguiente Lomuto se presentó en la casa de Juan. El piano del *Cap Polonio* donde tocaba su orquesta tenía una tecla rota, y en un dibujo improvisado su dedo se enganchó, una lastimadura, una infección, y quién sabe por cuánto tiempo no podría tocar. Continuaría dirigiendo, pero necesitaba un pianista de la talla de Montes, con una técnica impecable. Mucho dinero, mar, playas. Pensalo rápido, el 8 de abril salimos.

—Si me lo hubiera propuesto Julio de Caro, o cualquiera de los nuestros —le dice a Mercedes—, no lo dudaría. Respeto y admiro a Lomuto, pero no es nuestro tango.

—No te vas a casar con Lomuto, la vida sigue después de octubre. Tenés veintiséis años, Juan, date un respiro. Te va a hacer bien poner distancia.

De abril a octubre en un barco, rodeado de mar, apenas unos días en Buenos Aires entre un viaje y otro... Pero cómo va a hacerle eso a los muchachos, jugados a su proyecto tanto como él. Y Mercedes: que se olvide de lo que pueden sentir Julio o Pedro, que ya se reencontrarán y seguirán tocando juntos.

—*Mercedes se equivocaba, iba a costar mucho remontar esa relación.*

Sólo su madre y Mercedes han ido a despedirlo. Juan esperaba que Julio fuera al puerto a desearle suerte, imaginó que, después de esa larga charla, comprendería sus circunstancias. Le duele que lo haya vivido como una traición. ¿No era Julio quien le decía que no juzgara a los músicos que se iban?

—Pero no de su propio tango, Juan —le había dicho—, y en ese proyecto

estábamos juntos Maffia, vos y yo.

Quizás tenga razón, piensa en la cubierta del *Cap Polonio*, cuando las figuras de Mercedes y Asunción se han empequeñecido y confundido con otras.

Fue temeraria tu decisión, pero nada de lo que habían hecho juntos en mí se perdió, al contrario, se multiplicó. Tarde o temprano, cada uno habría de formar su propia orquesta.

El azul se está tragando el color de león, el río se pierde poco a poco en el mar. Juan respira profundamente, y esa brisa húmeda y fresca lo va anestesiando de todo dolor.

Capítulo veintiocho

El papel se ha ajado de tanto plegarlo y desplegarlo para volver a leer esas frases que Rosa ya sabe de memoria: «Siento haberte dicho que buscabas ascenso profesional. Nunca lo creí, me puse tan por encima de vos porque me tiraste muy por abajo. Pero no quiero que me recuerdes por esa injusticia, sino por el valsecito que te ató a nuestra ciudad cuando estabas lejos. Yo nunca olvidaré esa extraña combinación que hace que a vos y mí nos pase esa maravilla cuando nos abrazamos. Que te vaya lindo. Juan».

No hay nadie en su casa y Rosa deja salir ese llanto que tiene atragantado — ahora se da cuenta— desde aquella tarde en Palermo. Porque en todo este tiempo, obstinada en demostrar que ella cumple sus promesas, sonrió, cantó, se probó el ajuar, decidió un tabique y las baldosas para el patio de la casa nueva, rió, cocinó empanada gallega y ravioles en la radio, protestó porque no les pagan a los guitarristas, organizó una acción, fue al cinematógrafo y al restorán, admiró las rejas de Igor, habló con sus padres, con su novio y con amigos. Como si fuera ella la que está bien, ilusionada, activa y contenta, y no otra. Otra que construye con tenacidad día a día, y hasta se la cree.

Pero bastó descubrir a Juan, entre el público, al lado de esa mujer guapa, para que toda esa meticulosa construcción se derrumbara. Rosa sintió seriamente amenazada su promesa. Y más que por Juan, por Igor, se convence. Tiene que ser otra, no ella, quien viva en esa casa tan linda, con patio, plantas y parrilla, y comparta con Igor esa alegría simple y al mismo tiempo conmovedora (la que puede sentir, aun ahora, después de tantos años, en sus padres), otra quien tenga cinco hijos, como quiere Igor. ¿Quiere Rosa tener un hijo?

Algún día quizás, pero ahora quiere cantar en el teatro, y en la radio, y con una orquesta, en un cabaret, quiere salir de gira, ir a Montevideo, a Rosario, a España, a donde la lleve el tango. Y cómo, cuándo podrá hacer todo lo que le pide la vida, si cumple su promesa. Pero no puede, no se atreve a romper las ilusiones de Igor, de sus padres.

Ahora mismo, no sabe qué decir cuando su padre la sorprende y se acerca cariñoso, le levanta la barbilla para observar esa cara abotagada, los ojos hinchados: ¿es ésa una cara de novia? ¿Qué le pasa? ¿Algún problema con el teatro? Rosa llora más fuerte. ¿No sería mejor que lo dejara?

—No —y casi le grita—, no sería mejor.

Frases cortadas, confusas. El matrimonio es bueno, pero no... la felicidad para mí está en otro lado, aunque no sé... No importa que su padre no entienda, la quiere, y dónde llorar mejor que sobre su hombro.

—¿Hay otro hombre?, Rosita, dime la verdad —y no es enojo, es preocupación.

—Sí pero no. No es por él —admite su existencia negándolo—. Es algo más amplio, más profundo, el sentido de la vida...

Un llanto agudo, finito, silencioso. No me lo digas, si no quieres, pero si es así, hija, no debes casarte con Igor.

Franquearte con tus padres fue un inmenso alivio. Sólo te quedaba —y era lo peor— encontrar el modo de decírselo a Igor sin lastimarlo demasiado. Nunca era el momento adecuado, y cada día que pasaba era peor. Fue tu padre quien lo exigió, después de una larga conversación: o se lo dices tú o se lo digo yo.

Mercedes no iba a quedarse eternamente en lo de Juan, pero su viaje le permitía estirar ese tiempo manso de lecturas y sueños. Se arrebujo en el sillón como una gata. Estaba tan a gusto allí, no se iba a mudar a San Isidro ni a la casa de la calle Perú.

Le gustó, de todos modos, que su mamá le sugiriera vivir en esa casa: está sólo a cuarenta y cinco minutos de Retiro en el tren eléctrico, le dijo, y es agradable, ya verás. ¿Agradable? Magnífica, como la misma idea que le dio lugar.

—Como ellos viven en París, yo cuido de que todo esté bien —repitió Inés sin énfasis la excusa a la que seguramente se había obligado ante otros.

La conmovió imaginar a su mamá y a su tío Hernán entusiasmados con la búsqueda de la propiedad, luego con las reformas, el diseño del parque, y la decoración de esa casa que nadie habitaría, tejiendo una amplia red de complicidades sin confesarse nunca la verdadera razón de la compra de esa casa. Y allí estaba, sobre la barranca del río, dándoles un respiro a sus respectivas cárceles.

—*Más dura la de Inés, Hernán era hombre y podía moverse con mayor facilidad.*

Ese estilo tan singular que ahora se imponía a Mercedes, bajo las acacias y las tipas del parque, y le impedía felicitar a su madre por la sagaz y estética forma que había encontrado para escapar de su padre y de esa sociedad, tan ajena y tan propia al mismo tiempo. Sólo sonrió y se colgó de su brazo para recorrer juntas ese jardín, el más bello de los que su madre había concebido, el más libre, y esa mata de achiras al lado de las tumbergias se le antojó una furia de Inés, un descontrol hecho flores y estalló la risa. Una risa ligera y sin embargo poderosa porque logró arrancar la de su madre, arrastrarla a su alegría.

Mercedes estaba segura —aunque no lo dijo— de que su presencia en San Isidro amenazaría el oasis de Inés. ¿Cuánto tardaría el rumor en llegar a los oídos de su padre o de Leonor? ¿Qué nuevas violencias podría despertar? La tapa del piano cerrándose otra vez sobre sus dedos, la carta emponzoñada de Leonor.

—Prefiero quedarme en lo de Juan, me gusta estar en el centro —contestó, mimetizada con el estilo de su madre—. Yo también, como vos con Hernán, me comprometí con Juan a cuidar que todo estuviera bien durante su ausencia.

Ni su madre ni su tío le dirían nunca que un departamento de cuatro piezas, como el de Juan, no requiere otra atención que cerrar la puerta, sería tan disonante como preguntarles por qué dedicar tanto cuidado a una casa-quinta en la que no vive nadie.

Cuando Hernán vino a Buenos Aires, se encontraron en San Isidro. Un abrazo largo y cálido, estaba tan linda su ahijadita, los ojos húmedos, un ligero reproche: le hubiera gustado tener un signo de ella en estos largos años, pero la comprende. Mercedes no mencionó aquella carta que le escribió en el 17 y que Leonor interceptó, ni su hiriente respuesta. ¿Para qué hacerlo sufrir? ¿Por qué ensuciar con estridencias esa charla queda frente al gran ventanal en la que se contaron sin contar sus vidas?

—*Mercedes lo adoraba.*

—*Hernán la ayudó mucho.*

Mercedes tan contenta de volver a Buenos Aires, sus últimos años... tristes, Hernán disfrutando de los viajes: New York, la India, Londres, Viena, su hijo César muy parecido a Leonor, crece bien en París, ¿y el piano?, Mercedes toca poco, descansa de tanta clase obligada que dio, más adelante quizás interprete para una broadcasting, pero ahora se va dejar vivir este tiempo sin presiones.

Regio, como él, sin presiones, como su familia ya no lo acompaña a Buenos Aires, se instala en la vieja casa familiar de la calle Perú, está más cómodo que en la otra. Mercedes podría vivir en esa casa, si no le importa, como a Leonor — sólo una sonrisa ácida y un leve matiz de burla en su voz—, que ya nadie viva en San Nicolás.

Admiró la sobriedad de Hernán para transmitirle la profunda infelicidad de su matrimonio, pero se permitió esa pregunta, inútil, que nunca pudo hacerle a su mamá: ¿por qué no se separaba?

Hernán se retorció el bigote mientras parecía buscar en el parque la respuesta adecuada.

—¿Te gustaría acompañarme al Colón, Merceditas? Se estrena *Orfeo*, de Gluck, y estaré solo en el palco.

El rumor ya estaría corriendo desde su encuentro con Julita Laprida, qué mejor que confirmarlo en el teatro Colón, del brazo de su querido padrino.

—Con mucho gusto —aceptó.

Y acomodándose en el sofá, planeó, divertida, que si alguien le preguntaba, como Julita el otro día: ¿colgaste los hábitos?, en lugar de quedarse en ese balbuceo torpe que no asintió ni negó, le diría: no colgué los hábitos, los retomo.

Juan no lo decidió en Nueva York, como fingió ante la Víctor, cuando terminaron las grabaciones, sino mucho antes, cuando el *Cap Polonio* iba a regresar a Buenos Aires y esa herida, que creía ya cicatrizada, se le abrió en un instante. Aceptaría el contrato de la discográfica para grabar en Estados Unidos y no volvería. Envió dos cartas breves a su madre y a Mercedes anunciándoles que su viaje se prolongaba, no quería dar explicaciones que ni él mismo tenía. En Río de Janeiro se desvinculó de la orquesta de Lomuto, no, amigo, ningún problema con usted, ni con los músicos, es algo personal. Necesito estar lejos de todo.

—*Y si no era lo de la discográfica, ¿por qué se fue a Estados Unidos?*

—*Se fue a Nueva York como pudo irse a cualquier otro lugar, su obsesión entonces era estar lejos de Buenos Aires, cada vez más lejos...*

—*Perdió el tiempo... y el rumbo en Estados Unidos.*

La nota que acompañó el abrigo de martas cibelinas que llegó el martes

decía: «Para la ahijada más elegante, en el día de su santo, su orgulloso padrino». Hacía años que nadie la saludaba para su santo, pero Mercedes aún recordaba que era en verano y no en invierno.

En menos de tres días, Asunción, con un entusiasmo febril, terminó el vestido de muselina de seda malva con pliegues cosidos. Con el agregado de ese fichu anudado adelante, nadie podría descubrir que lo había copiado exactamente del modelo francés que le dejó una clienta —en absoluto secreto— para que se lo repitiera en otro color y con algún detalle diferente.

A Mercedes no sólo la vio el tout Buenos Aires en el palco, sino también Roberto Morelli, que no supo cómo pudo controlarse todo el larguísimo primer acto para no saltar de su platea y entrar en el palco bajo donde estaba Mercedes: creía haberte perdido para siempre, estaba en la más profunda tiniebla, cuando de pronto, una visita a Buenos Aires, una generosa invitación de mi amigo Susini, me deposita en la puerta del paraíso, le dijo sin detenerse en formalidades, apenas la encontró en el corredor.

Todos habrán escuchado esa risa rimbombante con que Mercedes recibió sus atropelladas palabras, todos habrán visto cómo él tomaba su mano, sin que ella la extendiera, y la besaba pomposamente, una parodia del baise main. ¿Quién era ese hombre a quien Hernán Lasalle saludaba con su mejor sonrisa? El frac nada les decía porque era obligatorio en las funciones de gala, y no faltó quien barruntara que sería alquilado.

Susini, Lasalle, Mercedes y el joven desconocido no se separaron en todo el entreacto, conversando entre ellos como si todos los demás fueran invisibles, apenas si respondieron, con aire distraído, algún saludo. En el segundo acto, Susini y su amigo se instalaron en el palco de Lasalle y no se los vio en la confitería durante el entreacto. Antes de comenzar el tercer acto ya se sabía, alguien había informado, que Roberto Morelli era un hombre de Santa Fe, en el negocio de la broadcasting. ¿Un médico como Susini?, no, un ingeniero, su nombre le sonaba, un hacendado, debía ser alguien bien, si no Susini no lo hubiera invitado al Colón, ni Lasalle a su palco, eso no quería decir nada, si fuera Francisco Ponce sí sería una garantía. Pero los Ponce estaban ausentes esa noche. ¿Sabría Inés lo de su hija y ese joven? ¿Lo consentía? Sus modales dejaban bastante que desear, ¿y los de ella? Es increíble cuánto se ha vulgarizado Mercedes en estos años, quién sabe dónde y con quién estuvo, yo nunca creí lo

del convento, lo raro es que Francisco no haya dicho nada, no sabrá qué decir. Él está mucho mejor, ¿y la francesa? La dejó, nunca la tomó en serio, no sé por qué le dieron esa importancia, ahora está festejando a Malena Zorraquín, ¿se casará con ella?, o con Leticia Jiménez.

Emil Cooper, el director de orquesta, se impacientó con esos cuchicheos que, como un extraño instrumento, se mezclaban con cuerdas, metales y vientos: a fin de año anunciará su compromiso.

Francisco no pensaba casarse con Malena, ni con Leticia, pero hacía una sonrisa misteriosa cuando se lo preguntaban, que creyeran lo que quisieran, y si el rumor llegaba a su padre, mejor, lo dejaría en paz esos últimos meses que le faltaban para terminar la carrera.

Después de sufrir la espantosa experiencia de quedarse sin dinero, Francisco decidió no ver a Ivonne hasta que no tuviera su título y su consultorio, pero no le fue posible cumplir, era muy difícil vivir sin su cuerpo, su gratitud casi canina, su amor. No comentó con casi nadie sus encuentros esporádicos con Ivonne, jamás se dejó ver en público, y ella, había que reconocerlo, se mostró muy comprensiva, ni una exigencia, ni una pregunta, ni un solo comentario impertinente. Cuando se veían, sólo placer.

Ivonne no leyó poemas en LOX, ni en ninguna otra radio, pero se dio maña para ayudar con el vestuario de la obra de González Castillo, y luego en otra obra, y, en la cocina de su departamento, hizo tortas para la confitería de la esquina. Pudo comprar la comida todos los días, se permitió ir dos veces al cinematógrafo y tres al restorán. Era casi rica, pensó hasta esa mañana de noviembre, cuando Francisco se fue y ella abrió la cajita. Los dos billetes que él había dejado la noche anterior duplicaban lo que Ivonne había ganado en dos meses. Y no le dio alegría, sino rabia. Una pequeña colaboración, había dicho, el aire pícaro: como esa noche había ido a la casa de Ivonne en lugar de salir con sus amigos. Una noche de juerga para Francisco, meses de trabajo para Ivonne. La sangre le subió a la cara.

—*Como si esos dos billetes hubieran tenido el poder de ponerle los pies sobre la tierra.*

—*Pero con la visita de Javier Rebollo, ella volvió a montar, como un*

barrilete, en su sueño de princesa.

Porque esa tarde también sería un día histórico, Mercedes tenía que estar con Roberto, no había que traducir, los diputados hablan en castellano, pero él estaba convencido de que la sola presencia de Mercedes haría que todo el complejo sistema que habían instalado en el recinto de la Cámara de Diputados funcionara a la perfección. Micrófonos pendiendo del techo de vitraux, un micrófono fijo y varios portátiles, cables, aparatos de conmutación y ampliación instalados en un palco, circuitos, operadores, líneas aéreas, transmisores, antena irradiando ondas eléctricas.

Ella miraba las manos de Roberto dibujando cada palabra en el aire, el brillo audaz en sus ojos que transformaba cada paso en un acontecimiento espectacular: desde la oficina de la radio, Mercedes y Roberto fiscalizarían la corriente microfónica, estarían en contacto con el operador de la cámara, y con la estación transmisora. ¿Ellos? ¿Qué podía hacer Mercedes en toda esa complicadísima trama?

La presencia de Mercedes era fundamental, sentenció Roberto, ella, como los micrófonos, tenía una sensibilidad extrema para captar los matices de la voz humana, del ser humano, y una capacidad de irradiar ondas, no sólo sonoras, de todo tipo, que jamás había visto, si no por qué la piel de Roberto reaccionaba de ese modo en su presencia, estaba seguro de que las vibraciones de Mercedes en la radio iban a potenciar los recursos técnicos, ¿se reía?, ¿no le creía?, que apoyara uno solo de sus dedos en la mejilla de Roberto y comprobara lo que sucedía. Mercedes extendió su mano y acarició su mejilla, él fingió ser sacudido por una corriente eléctrica.

—Un beso podría derrumbarme en el suelo. ¿Probamos? —y sin darle tiempo, la enlazó por la cintura, la besó en la boca. Y se dejó caer al suelo, haciéndose el desmayado.

Al día siguiente de la primera transmisión por la broadcasting de la sesión de la Cámara de Diputados, Mercedes leyó en los diarios las obtusas explicaciones sobre la técnica que había permitido, después de meses de intentos fallidos, que las voces en el recinto se escucharan nítidas por la radio. Pese a que los diarios nada dijeron de ella, y sí del «importante aporte del ingeniero santafesino

Roberto Morelli», no se le ocurrió dudar ni por un instante de que el éxito de la transmisión se debía a sus vibraciones.

Tal como él le había pedido, Mercedes se las ingenió para mantener un contacto físico permanente con Roberto, aunque fuera sólo un dedo, durante todo el proceso de transmisión. Al finalizar, él la abrazó delante de todo el equipo de la radio: gracias —le susurró al oído, emocionado—. Juntos vamos a hacer maravillas.

Ojalá, pensó Mercedes, pero sus tiempos eran otros que los de Roberto, él debía volver a Santa Fe, a ella no le interesaba la propuesta de trabajar en la broadcasting, no quería moverse de Buenos Aires ahora que la estaba recuperando después de tantos años. No, no me preguntes, no quiero hablar de mi vida, quiero vivirla, momento a momento. Ya se encontrarían, algún día.

Roberto se fue un lunes de madrugada. El sábado, a las diez de la mañana, el timbre sonó con insistencia.

—Santa Fe está al lado —le dijo detrás de un ramo de flores—. Las corté anoche en mi jardín y me vine con ellas.

December 3th, dice el periódico, y en la calle un aire gélido taladrando su piel con cuchillos de hielo, qué extraño. La nieve ha cesado de caer, y un brillo difuso, como de plata pulida, ilumina las calles de Nueva York. Solapas levantadas, sombreros moteados de blanco, y esa prisa en sus pasos, como si estuvieran siempre a punto de perder el tren. Él ya perdió todos los trenes, todos los barcos, no sólo el *Southern Cross* en el que estaba prevista su vuelta a Buenos Aires, piensa Juan camino al café donde se encuentra con sus amigos. Ya casi no le queda lugar para los recuerdos. Nueva York se le ha metido por los poros y algo en esa ciudad —el jazz, sus gentes— le pide sumergirse en ella. Ser Juan Montes, pero otro.

Aparte del Morocco, que no es una actuación fija, apenas si ha conseguido animar —cuánto detesta esta palabra— con su piano alguna cena de un hotel, sin embargo, Juan disfruta la sensación de estar por fin libre de amarras.

Un café sórdido, malandras, sobre la mesa blancas tazas de té, de loza, y ellos, los dos Juanes, Cobián y Montes, intercambiando confianzas. Aunque no es té lo que beben, sino ajeno y whisky que les facilitan los speak-easy, los gansters de Shultz. Ley seca. Tango, jazz y minas que les hicieron mal.

—Tomo y obligo, mándese un trago —dice alguno de los dos.

—De las mujeres mejor no hay que hablar —responde el otro, levantando su
taza, en un disimulado brindis.

La nieve golpea contra el vidrio.

Capítulo veintinueve

Desde la visita de Javier Rebollo, Ivonne no podía pensar en nada que no fuera la fiesta. La soberbia túnica que vestiría esa noche se la había diseñado el vestuarista del teatro. Rosa le había conseguido una orquesta y cantaría un tango especial para Francisco. Ya sabía qué postres iba a ofrecer. ¡Y todavía no podía fijar la fecha! Ayer Javier se la había exigido, y ella, con una seguridad inventada: la semana próxima, le dijo. Ese hombre era gentil pero algo en él le producía temor. Ivonne tenía que lograr, con sus mejores ardides, que Francisco le diera una fecha precisa —y no la ambigüedad de siempre— para festejar ellos dos, a solas, su flamante título de médico. Pero mentira, porque, cuando abriera con su llave la puerta —ése era el plan urdido por Rebollo—, se encenderían todas las luces y estarían allí todos sus amigos, y champagne, y música, y unos postres riquísimos que yo misma voy a preparar, Javier, déjelo por mi cuenta, yo conozco sus gustos.

—Ivonne pensaría que si los amigos habían decidido festejar el título de médico en su casa es porque ella, para todos, era su novia.

—No conocía los códigos. Con esa fiesta, ella misma convirtió su casa en una garçonnière. Los amigos de Francisco le tendieron una celada.

Estuvo especialmente cariñosa esa noche y Francisco aceptó. A la mañana siguiente, Ivonne llamó a Javier Rebollo: la fiesta será el 13 de diciembre, a las nueve.

El petit hotel de los Ponce era no sólo uno de los más bellos de Buenos Aires, sino también uno de los más amplios. Salas, salitas y salones, biblioteca, jardín, dormitorios, galerías, escritorio, balcones, patios, pero quizás Vicente temiera que los muros o las plantas del jardín escucharan lo que tenía que hablar con su hijo, por eso le propuso, en cuanto llegó, salir a caminar por la plaza San Martín. Estaba tan agradable al atardecer.

—¿Te contó tu madre lo de Mercedes? —le preguntó mientras cruzaban la calle.

Un huracán detrás de ese susurro: se casa, en marzo, sin compromiso previo. Cómo que se casa, dijo espantado Francisco, con quién, dónde. Con Morelli. Vicente ignoraba el sitio, Inés no llegó a decírselo porque él fue muy claro: no pensaba asistir a ese mamarracho de boda, y esperaba que su hijo —subrayó imperativo la palabra— hiciera lo mismo. Con tu madre, lamentablemente, no se puede hablar, cuando le di mi parecer, como de costumbre, no respondió.

—*Mentira, Inés sí le respondió, como se merecía. No estaba invitándolo a la boda, sino comunicándose.*

Vicente no iba a perdonar nunca a Mercedes. Tampoco Francisco. Si al menos hubiera tenido la decencia de no volver a aparecer en Buenos Aires, la gente ya se habría olvidado de ella. La respiración se le aceleró como si corriera: tendrían que ponerse de acuerdo, como hicieron cuando se exhibió con el irresponsable de Hernán en el Colón. Entonces se vieron obligados a hablar de la inestabilidad emocional de Mercedes que la llevó a abandonar la orden religiosa, aunque era una suerte que se hubiera dado cuenta antes de hacer los votos perpetuos. Vicente había averiguado que el joven era un ingeniero de Santa Fe, soltero, sin otro bien que una casa en las afueras de la ciudad, comprada a plazos, que tenía alguna relación con la broadcasting. Acordaron decir que no lo conocían más que de nombre, y cambiar de tema rápidamente, para impedir preguntas embarazosas. No podían imaginarse que el tal Morelli, que parece que tiene buenas relaciones hasta con los políticos (había salido en una foto en *La Prensa* al lado del presidente Alvear y algunos diputados), fuera tan imbécil como para querer casarse con Mercedes, cuando es *vox populi*...

—Quizás no sea un imbécil, sino un caza-fortunas —se indignó Francisco—. Se casa con una dote.

Pero faltaban unos días para que Francisco obtuviera su título de médico — en un gesto raro en él, Vicente puso su brazo sobre el hombro de su hijo, como si esta intimidad pudiera disipar cualquier diferencia que hubieran tenido—, si él anunciara su compromiso matrimonial en ese momento, sería muy oportuno. No sólo por la gente, también por Inés. ¿Se animaba? ¿Qué le decía? Sólo se trataba de adelantar algunos meses lo que de todos modos iba a suceder en el próximo año, la casa ya estaba lista y Vicente había pensado regalarle «La Blanqueada» para la boda. ¿O prefería alguna otra? Sería original comprometerse en enero en Mar del Plata, un ruido que quiso ser risa, lo pondrían de moda, y fijaríamos el

casamiento para marzo o abril. ¿Podía contar con él? ¿Invitaba a Zorraquín a la estancia e, informalmente, le transmitía la noticia? ¿O prefería a Leticia Jiménez?

Francisco le pidió unos días para decidirse, el 11 daba su último examen, se disculpó, pero desde ya podía contar con él para rechazar de plano la absurda boda de su hermana. Y hablaría con su madre, no se preocupe, padre.

Francisco se retiró a sus habitaciones con una cálida inquietud. Era bueno sentirse querido por Vicente, él era un Ponce y su padre lo reconocía.

Le dolió Ivonne en alguna parte de su cuerpo, quizás pudiera inventar algo todavía. La urgencia de su padre en anunciar su compromiso podría colaborar a que pasara por alto algunos detalles. Ninguna de las dos familias aceptaría de buen grado esa precipitación, en cambio una huérfana... francesa. El 13 tendrían un festejo privado. Ivonne preparando sus platos, decorando la mesa, probándose todo el vestuario para agasajarlo. Malena Zorraquín entrando a la Iglesia, Leticia imponiendo reformas en «La Blanqueada», Ivonne desnuda sobre la bucara, con la gargantilla de brillantes y zafiros que el joyero le ofreció a Francisco el otro día...

Se miró en la luna central del espejo, acomodó el lateral para verse de costado y de atrás. La túnica era magnífica, con esos bordados japoneses con crisantemos de colores vivos, y esos tajos a los costados que abrían sobre la vaina corta y angosta en satén color pèche, tenía razón Luis Fernández cuando le aconsejó ese color, era mucho más fino que el satén negro y la túnica lucía mucho más.

—Llegaron a decir que no llevaba nada debajo de la túnica, que estaba desnuda.

—Estás guapísima, maravillosa —dijo Luis Fernández—. Deberías animarte a ponerte la túnica sin nada debajo. Estás en tu casa, aunque se llene de pitucos, haces lo que te viene en gana.

—Eso lo dejo para más tarde —bromeó Ivonne, excitada con su propia imagen.

Se habían conocido en los ensayos de la obra de Romero, donde Ivonne ayudó con el vestuario y Luis actuó de gallego en el conventillo. Ni a ella le gustaron los arreglos que tuvo que hacer a último momento, ni a él el papel grosero que debió representar, pero había que empezar por algo, ya tendrían las

oportunidades que merecían sus talentos. Durante todos esos meses intercambiaron quejas, esperanzas y confianzas.

Eran ya las ocho y media, y sólo estaban allí Rosa, Luis y su amigo Joaquín. Podía invitar a quien quisiera, había autorizado Javier, estaba en su casa. Y entonces Ivonne llamó a los O'Toole.

¿No te habrás equivocado de día? No, si ya llegaron los muchachos que mandó Javier para servir, están en la cocina.

A Rosa le dolía el estómago: tanta torta y mejunje que me hiciste probar desde la mañana —disimuló, pero sentía que ese malestar creciente, esa angustia indefinida no se debía a la repostería de Ivonne, ni tampoco a los conflictos ideológicos que le producía esa fiesta. Algo amorfo y como peligroso flotaba en esa espera.

Eran las nueve menos diez cuando entraron en tropel, con sus trajes de buen corte, sus risas, sus corbatas de seda, sus alfileres de zafiro y su elenco de personajes femeninos, que, si no fuera por la época, como dijo más tarde Joaquín Irusta, parecía salido de un cuadro de Toulouse Lautrec. Y al mando de esa troupe, Javier Rebollo, con su sonrisa dañina, y ese tono crispado, maltratando a todos. Rosa lo odió apenas verlo.

La obligación de ser feliz. Aún le resonaba la frase de su madre cuando Francisco estacionó el automóvil en la calle Ayacucho. No comprendía el alcance de sus palabras. Tan pendiente siempre de no defraudar a su padre nunca se había planteado qué era lo que su madre esperaba de él.

Él había decidido postergar la conversación sobre Mercedes, pero Inés lo llamó a la biblioteca esa tarde. Ahora que estaba feliz por su título, quería darle otra alegría: su hermana iba a casarse en marzo.

—Ya lo sé y no es ninguna alegría, sino un enorme problema que tendremos que afrontar duramente y sin titubeos, madre.

Lo que lo dejó sin palabras no fue lo que Inés dijo de Mercedes: que tenía derecho a la felicidad, al amor con quien ella eligiera, sino que lo encarara directamente a él: y vos también, Francisco, vos también tenés ese derecho. No lo olvides.

Lo miró largamente, como invitándolo a dar un paso en ese puente que ella

le tendía. ¿Sabría algo? ¿Le habría hablado su padre de Ivonne? Se sintió pequeño, tonto, ante esa mirada tenaz que interrogaba, ofrecía, pedía, ¿juzgaba? Sacó su reloj del bolsillo.

—Ya hablaremos, madre, ahora tengo que irme, me están esperando —besó su mejilla con prisa.

—Francis —lo retuvo—. Es más que un derecho, es una obligación, la única importante.

—¿Cuál? —preguntó desde la puerta.

—Ser feliz.

Javier dando órdenes a diestra y siniestra, distribuyendo a los invitados como un director de teatro en el escenario, que ustedes allí, en ese sillón, y ustedes allá, y vos por acá, tomó del brazo a la mujer del vestido estridente, le dijo algo que Ivonne no llegó a escuchar y la empujó con brusquedad hasta el pasillo que conducía a las habitaciones, que los mozos tengan las bebidas listas para servir, Ivonne, indíqueles dónde están las luces, ella corriendo de un lugar a otro, señalando los interruptores, muerta de miedo de equivocarse en algo.

Ivonne detuvo su mirada en esa niña, los ojos llorosos, el cabello largo, suelto.

Eran las nueve. Las luces, gritó Rebollo. Y de pronto todo negro, susurros, risas, algo incómodo retorciéndose en su estómago, un grito destemplado y un chistido feroz, un cristal haciéndose añicos en la cocina y su corazón latiendo descontrolado en esa oscuridad ardiente. La guerra le dejó ese miedo a la oscuridad, pero allí no había soldados, sino amigos de Francisco, se apoyó contra la pared, estaba en su casa, en Buenos Aires, ¿por qué entonces tanto miedo? Que venga rápido, Dios, que todo salga bien, notre père qui êtes aux cieux, que votre nom soit sanctifié, que votre regne vienne, que votre volonté soit faite sur la terre comme au ciel... —se sorprendió Ivonne.

La obligación de ser feliz, se repitió Francisco, dejando de lado el ascensor, para subir casi corriendo las escaleras, Ivonne, la llave del departamento en la mano y la súbita certeza de estar en camino de complacer a su madre.

El sonido de la llave se escuchó nítidamente. Las luces encendiéndose, aplausos y voces: viva el doctor Ponce, viva, la mirada asustada de Francisco, clavado en el suelo, iba de unos a otros, ¿la buscaba? Javier no le había dicho si ella debía acercarse en ese momento o esperar que él la descubriera entre la gente. Dio un paso tímido, otro, mientras esa mujer de cabellera rojiza se colgaba del cuello de Francisco, ¿quién sería?, y lo besaba, él sin hacerle ningún caso, desembarazándose de la pelirroja, con los ojos muy abiertos como si quisiera abarcarlo todo, sus amigos, las luces, los mozos, y ella, que ya estaba ahí, frente a él, con su túnica maravillosa, su nuevo peinado, y sus brazos abiertos. Francisco amagó una sonrisa, sin moverse, pobrecito, estaba nervioso. Tomó ella la iniciativa de besarlo, pero los labios de Francisco, rígidos, no le respondieron.

El corazón de Rosa se encogía mirándolos reír, y aplaudir, como si estuvieran en el teatro, y de alguna manera era así, porque mientras Ivonne besaba a Francisco y él parecía no saber qué hacer con sus brazos, con su cuerpo todo, se preparaba el próximo número. Las mujeres, esas mujeres gritonas, ingenuamente soeces, hacían cola: ahora yo, gritó una rubia teñida con unas tetas enormes, y empujó a Ivonne. Rosa se alegró de que llegaran los músicos para tener que mirar en otra dirección.

—Ivonne —llamó en voz alta.

Como un muñeco, él se dejó besar por todas las novias de sus amigos, sin reaccionar, mirando fijo a Ivonne, muy serio, como si le estuviera tomando examen, pero ella se dio cuenta de que era una broma más, y aunque esas mujeres tocándolo, besándolo, le rasparan el corazón, ella no se iba a mostrar celosa, sino mundana, divertida. Indiferente, incluso, cuando respondió al llamado perentorio de Rosa. Ella era la anfitriona y los músicos estaban esperando su orden para comenzar.

Como Luis Fernández más tarde, lo único que pretendió Rosa fue desviar la atención de aquel espectáculo, por eso apuró a los músicos y se enfrentó al repugnante de Javier Rebollo, que intentaba impedir que tocaran, porque tenían

preparadas otras sorpresas para Francisco antes del baile.

—La que decide es la dueña de casa —le gritó Rosa—, y ella ha autorizado.

Lo vio caminar amenazante hacia Ivonne y Rosa misma anunció el cuarteto y el nombre del primer tango que iba a cantar: *De mi barrio*, para evitar contramarcha.

—Es un tango nuevo, con música y letra de Roberto Goyeneche.

No pensó más que era uno de los pocos tangos que hablan desde el lugar de la mujer, y se lo dedicó a la anfitriona, mi querida amiga Ivonne, y no a Francisco, como ella le había pedido.

—*¡Justo ese tango le dedicó a Ivonne!*

—*Pero cómo podía imaginar que esa gente sin escrúpulos iba a usarlo para humillar a Ivonne.*

Le encantó que Rosa le hubiera dedicado el primer tango, y hubiera detenido al mandón de Javier, la estaba poniendo muy nerviosa ese hombre, ahora sabía por qué no le gustaba, seguro que lo de los besos lo había planeado él.

Rosa cantaba con avidez, como si fuera a morder el micrófono, Ivonne no comprendía todas las palabras, ni podía prestar mucha atención, pero sí entendió que «*yo de mi barrio era la piba más bonita*» y supo que la estaba halagando. Francisco, desde la otra punta de la sala, la miraba con una expresión que ella no sabía o no podía descifrar. ¿Estaba enojado porque ella le ocultó que iban a ir sus amigos? ¿O se había ofendido porque Rosa no le dedicó el primer tango a él, que era el homenajeador?

Concentrada como estaba en hacerle recordar con un gesto a Rosa que cantara el tango de los médicos que había preparado, el de la cabeza del italiano, no entendió que ese joven le estaba hablando a ella. Fue Javier Rebollo quien le tradujo: *il veut savoir si son quartier était Montmartre*. ¿Qué le preguntaba?

—*Se habrá querido morir Rosa cuando se dio cuenta de que insinuaban que Ivonne era como el personaje de De mi barrio: La chica más bonita del barrio que entregó su corazón al magnate que prometió darle su nombre.*

—*Y terminó vendiendo sonrisas y vendiendo amores en un cabaret.*

—*Para olvidarse de aquel que ya se fue.*

Rosa interrumpió anunciando otro tango, y luego otro; con los nervios que metía Javier se habría olvidado del que preparó, pensó Ivonne, algunos se pusieron a bailar, ahora que la fiesta estaba en marcha, era el momento de

acercarse a Francisco.

Todo en Ivonne lucía esa noche más excesivo que nunca. Francisco la vio acercarse, bamboleante, con esa sonrisa boba y esa túnica ridícula, ¿de dónde la habría sacado? En su vida había visto un bordado de peor gusto, y todo su cuerpo se tensó como las cuerdas del violín. Y luego fue el solo de bandoneón quien pareció expresar su desesperación. Genial el hombre, le daría una buena propina.

Los estarían mirando, no iba a hacer ningún papelón. No la sacudiría, ni la abofetearía, ni se pondría a llorar a los gritos como tenía ganas: por qué nos hiciste esto, Ivonne, justo hoy que estábamos tan cerca. Vio ese cuerpo amado, que el satén color piel resaltaba, y la deseó furiosamente, hubiera querido abrirle los tajos de la túnica, arrancársela, y poseerla allí mismo, delante de todos, se lo merecía, y la odió violentamente, hubiera querido ocultarla de toda mirada, llevársela al cuarto, encerrarse con ella y que nunca nadie más los viera. Pero allí estaba Ivonne, impermeable a todo: ¿contento, mon amour? Y allí los dientes de Javier Rebollo, sus palabras envenenadas: has visto que buena fiesta te organizó Ivonne.

—Regia —contestó con amargura.

—No nos olvidamos de invitar a nadie —guiñó el ojo Javier abrazando a Marina.

En medio de la sala, azorados, Tununa y Charly O'Toole. Ivonne corrió a saludarlos.

Qué podían pensar los O'Toole de ellos mirando a su alrededor las más cotizadas putas de Buenos Aires. ¿Y esos dos hombres que bailan juntos? ¿Otra broma?, preguntó sin disimular su indignación a Rebollo.

—Esos maricones son invitados de Ivonne.

Joaquín, que nunca había bailado más que con una mujer en público, calzó su mano en el talle de Luis y se lanzaron a la pista. Lo hizo porque Luis se lo pidió, para desviar la atención de Ivonne, pero pronto no hubo otra cosa que sus cuerpos enlazados y ese tango que los hacía únicos, magníficos y queriéndose tanto. Esa admiración que estalló en aplausos fue la gloria.

Luis no le creía a Joaquín cuando le decía que iba a estar con él toda la vida.

Lo abandonaría en cuanto encontrara otro, tan refinado, tan culto como él.

Podía haberle creído cuando Joaquín apoyó la decisión de Luis de no volver a la tienda que le daba seguridad y dinero, y fue a verlo al teatro todos los días, aunque apenas si tenía quince minutos sobre la escena, o cuando lo alentaba asegurándole que pronto iba a encontrar el papel que su talento merecía. Pero la princesa de Borbón le creyó cuando Joaquín, delante de toda esa gente, bailó aquellos tangos sublimes con ella.

Patético, vergonzoso, juzgó Francisco el espectáculo de esos maricones abrazados, haciendo piruetas.

—Ils dansent très bien, n'est-ce pas?

¿Cómo podía ser tan imbécil? ¿Lo hacía a propósito? ¿Lo odiaba? Prefirió no responderle, no sabía si sería capaz de controlar esa violencia que le trepaba por los brazos, cerró los puños, y se alejó para no pegarle. Se sirvió un whisky doble. Ya se le había ocurrido una salida posible a esa embarazosa situación con los O'Toole, les diría que Ivonne lo engañó, que no supo hasta bastante después de estar en su casa quién era esa mujer, que lamentaba mucho esa invitación, y los acompañaría hasta abajo. Otro whisky. Luego se reiría y hasta le pellizcaría el culo a Ivonne delante de todos, la trataría como ella misma le estaba pidiendo, como una puta. Un whisky, por favor. Bebería, bebería hasta que todo fuera una nube.

—Un momento de silencio, por favor —pidió a los músicos Javier—. El doctor Francisco Ponce va a atender a su primera paciente —y señaló el pasillo.

Francisco conocía la broma. En algún cuarto habría una mujer desnuda en posiciones escabrosas que le iba a decir que la tocara aquí y aquí, ¿en nuestro cuarto? La rabia le estiró la piel, ¿lo sabría Ivonne?

—Ahora no —la voz que quería ser natural, y sonaba teatral—. Que siga la orquesta.

—La paciente te está esperando, le duele mucho.

—Música, por favor —ordenó Francisco.

No podían tocar en esas condiciones: que toquen, que se callen, nos vamos, trató de imponerse Rosa a los músicos. Pero ellos quisieron seguir.

—Vaya nomás, Rosita —le dijo cariñoso Agesilao—, no se preocupe, yo la

comprendo.

¿Qué hacía esa mujer desnuda en su cama? ¿Y esas otras con cofia de enfermera y en paños menores? Ivonne las echaba en francés y ellas se reían, cuando entró Tununa. Le dio vergüenza, ella no sabía quiénes eran, ni qué hacían allí, le explicó llorando. Me imagino, Ivonne, y sin subir la voz, pero con autoridad, algo les dijo a las mujeres porque ya no se reían, y una de las que estaba disfrazada de enfermera, pero con el pecho al aire, se cubrió con un almohadón.

—Tenemos que hablar, Ivonne.

—En el otro cuarto —se apresuró Ivonne.

Pero en ese cuarto: tres hombres, una mujer mayor, y esa niña del pelo largo y los ojos asustados desnuda bajo su camisón transparente. El brazo de Ivonne temblaba cuando les señaló la puerta, la palabra que no encontraba la dijo Tununa: fuera, inmediatamente.

—Tienes que tomar una decisión, Ivonne, o echas a todos de tu casa, o...

—Pero... es la fiesta de Francisco —la voz quebrada—. Javier Rebollo se va a enfurecer, y los otros amigos, llevan tiempo preparándola.

—Es tu casa, Ivonne, y ésta no es la fiesta que creías.

Las mujeres desnudas en su cuarto, Francisco ordenándole que se fuera cuando hablaba con los O'Toole, esa niña que debía tener la misma edad que ella cuando el soldado en Armentières... Un llanto como una catarata, Tununa abrazándola: que no sufra más, tiene razón, mejor evitar otra violencia, Ivonne se iría ahora a la casa de los O'Toole, descansaría...

—¿Y Francisco?

Tununa hizo un gesto duro: ya tendrás oportunidad de hablar con él cuando esté menos borracho.

Francisco la retuvo por el brazo con brusquedad cuando salían: él, y no Ivonne, iba a acompañar abajo a los invitados. Charly O'Toole se interpuso entre los dos: no es necesario, Ivonne conoce el camino.

Quiso decirle a Francisco que se iba, pero Tununa la tomó del brazo y la llevó, con determinación, hacia la puerta de calle. Llamaron el ascensor y subieron. Francisco intentó abrir la puerta pero Charly se lo impidió. Se quedó un momento inmóvil, mirándolos, como si no comprendiera lo que sucedía. Miserable, le pareció entender, aunque Tununa lo dijo en voz muy baja.

Francisco estaba satisfecho consigo mismo, al final Rebollo le había hecho un favor poniéndole los pies sobre la tierra, Malena Zorraquín era monísima, silenciosa y amaba las plantas y su piano tanto como su madre los libros, sería una buena esposa, y, aunque Ivonne llorara al principio, él sabía que podría contar toda su vida con su ardorosa paciencia. No había perdido nada, por el contrario, había ganado, por fin, la aprobación de su padre. No quiso descifrar la expresión de Inés cuando le dijo: voy a ser muy feliz con Malena, madre.

Capítulo treinta

Los rascacielos de Nueva York van diluyéndose en el horizonte, y con ellos Lilian, Cobián, Bill, Gordon, los muchachos de la banda, los amigos latinos del Morocco. Una inquieta tristeza lo gana, como si el ancla que alzó el *Southern Cross* fuera la de su propia vida, y Juan se internara otra vez en una huida extraviada. Aunque, después de todo, Nueva York resultó más un motor que un ancla y, ni aun perdiendo la cotidianeidad de sus variadas gentes, de su música, de su locura —intenta aplacar ese desasosiego—, perdería la riqueza que le dio. ¿Qué teme? El contrato que ha firmado con la naviera garantiza su regreso a Nueva York en tres meses.

Sentías, aunque no te atrevieras a decírtelo, que en el Río de la Plata te sería difícil sustraerte a mi embrujo. Tenías otros proyectos: la formación de la banda, el viaje a Nueva Orleáns con Lilian. Estabas en pleno metejón con Jazz. A mí no me importaba, no soy celoso, bienvenidas todas las armonizaciones y la libertad que te dio. Yo no te guardaba rencor, te recibiría con los brazos abiertos, aunque en verdad, Juan, nunca habías salido de mí.

Juan le había mandado a Mercedes la partitura del tango que compuso para ella. *Corajuda* lo llamó en su honor. Había descartado la idea de ir a su boda cuando le ofrecieron animar las veladas del *Southern Cross*. Era un signo claro, el barco llega el 23 de marzo, el 25 se casa Mercedes. Unos días en Buenos Aires y otra vez mar, Río de Janeiro, Nueva York. No renuncia a sus proyectos, sólo los aplaza.

—¿Te vas hasta el fin del mundo para la boda de una amiga? —le dijo Lilian, los ojos mojados tachando su sonrisa cínica—. No te creo.

No es un pretexto, quiere estar con Mercedes ese día, pero es cierto que la sola idea de pisar Buenos Aires, después de tanto tiempo, lo envuelve en un torbellino. La vieja, Palermo, las acacias, los ceibos, los sauces, San Telmo, esos cuerpos sabrosos, esas sonrisas de las porteñas, el café El Parque, el Real, los cabarets: Chantecler, Armenonville, Abdulah, Tabarís, un laberinto de calles y el

tango sonando hasta en los adoquines.

A Nueva York le llegaron los ecos del debut de la orquesta de Julio en el Vogue's Club, impresionante, fantástico, y Juan se llenó de orgullo, como un padre al que le cuentan las excelencias de su hijo.

El hijo pródigo eras vos y no ellos.

Roberto y Mercedes no rompen el abrazo con el último compás de *Nostalgias*, no se distancian tampoco con los aplausos, calor contra calor, una estatua viva y vibrante, plantada en medio del Chantecler, prolongando en su inmovilidad el inmenso placer, la armonía de sus cuerpos en el tango.

Si bien yo nunca había dejado de gustarte, Mercedes, bailándome con Roberto volviste a mí como antes, como cuando nos conocimos, volviste a vos misma.

—Si en la vida nos entendemos, no te digo la mitad, la cuarta parte que en el tango... —le dice Mercedes, cuando se sientan a la mesa.

—Nos vamos a entender pero sobre todo nos vamos a gozar como en el tango, cada día, cada minuto.

Un exagerado, como siempre, pero Mercedes le cree. Hoy mismo se lo ha demostrado. Nada ni nadie —ni siquiera ella— oscurecerá esa felicidad neta, tersa, sin recovecos, que Roberto ha decidido vivir con Mercedes.

—¿Qué necesidad de tolerar todo ese despliegue de sinuosidades para casarnos en Buenos Aires? —le dijo esa tarde, cuando ella le contó el último episodio de lo que llamaba irónicamente «la novela semanal».

—*¿Se acuerdan de la novela semanal? Tuvo otros nombres también: mi novela, novela del día, nacional, porteña. Yo me las devoraba.*

—*Yo también, pero no me imaginaba a Mercedes leyendo folletines...*

Los padres de Roberto, los hermanos, toda su familia y sus amigos estaban genuinamente contentos con su casamiento, cómo no estarlo, ¿no era mejor, más agradable, festejarlo en Santa Fe? Si iban a vivir en la ciudad de Roberto, era justo que se casaran en la de Mercedes. ¿No estaba de acuerdo, amor? Claro que sí, pero ella no insistía en casarse aquí sólo porque era porteña —una sonrisa inventada para ella, un puente que pedía honestidad—. ¿Se equivocaba Roberto, o a Mercedes le divertía ese tufillo de escándalo que rodeaba los preparativos de la boda?

—Es cierto, me divierte, y también a mi madre. Tendrías que haberla visto

cuando me contaba el texto que hizo inscribir en las participaciones: era otra, estaba radiante, divertida, con un sentido del humor nuevo en ella.

—Quizás lo tuviera antes y vos no lo sabías. Cuando la conociste, ya se había casado con tu padre.

Reírse juntos y la vida aligerándose.

Como dos niñas haciendo travesuras, Inés y Mercedes disfrutaban cada paso en la organización del casamiento. ¿Así que ella está muerta hace años para su padre, para su hermano? En las invitaciones que se enviarán, en la noticia social que aparecerá en los diarios, sólo Inés Lasalle de Ponce participará el enlace de su hija Mercedes Ponce Lasalle con el señor Roberto Morelli. Los padrinos: Hernán Lasalle y Elizabetta Barate de Morelli. El nombre de su padre, Vicente, en ningún lado, como si estuviera muerto, él y no Mercedes.

La tapa del piano cerrándose ahora sobre los dedos de Vicente, y, seguramente, aunque Inés no se lo diga a su hija, también otras afrentas, más íntimas y dolorosas.

—¿Es una fiesta o una guerra lo que están preparando? —una ironía que no llegó al reproche.

Aunque Roberto no comprende demasiado ese ajuste de cuentas añejas en la preparación de la boda, disimula con humor lo que le molesta, su compañero, su cómplice, su amor.

—Una fiesta. Pero antes varias batallas, y, hasta el momento, venimos ganándolas todas.

Que Vicente y Francisco digan lo que quieran, nadie los va a privar de esa alegría. Allí estará Hernán, entrándola a la catedral de San Isidro, la familia y los amigos de Roberto, y todos los que quieran festejar con ellos en esa casa quinta donde su madre ha comenzado a respirar.

—*Y después de tanta rebelión, ¿por qué se casaba por la Iglesia? ¡Y en la catedral de San Isidro! Era incoherente Mercedes.*

—*También Roberto quería casarse por la Iglesia, su familia era católica. Y lo de San Isidro era como definir un coto aparte, el de Inés, el de Hernán.*

Con la invitación cursada sólo por Inés, y la distancia, sólo irían los que de verdad los querían.

Pero Mercedes se equivocaba, porque si bien era incómodo llegar hasta San Isidro, aunque Ponce y su hijo dijeran que no aceptaban esa unión, o

precisamente por eso, era la familia después de todo, era una amiga de la infancia, era un Lasalle el padrino, el presidente Alvear se había fotografiado con el novio, quién iba a perderse esa boda que daría tanto que hablar.

Lo que también influyó, sobre todo en los jóvenes, fue la decisión de Malena Zorraquín, la novia oficial de Francisco: ella no dejaría sola a su futura suegra, una mujer admirable. Allí había gato encerrado.

Malena se acercó cuando los novios saludaban en el atrio de la catedral. ¿Quién era esa joven que la abrazaba emocionada?, se preguntó Mercedes.

—Soy Malena, Francisco te manda un enorme abrazo, a él le hubiera gustado tanto acompañarte —mintió creyéndolo—. Él te quiere mucho —y al oído—, pero, como casi todos los hombres, es débil, y estoy segura de que tu padre lo ha amenazado.

—*Por suerte, Mercedes pudo reconciliarse con su hermano gracias a Malena. Si no, hubiera sido horrible para ella después.*

Un mareo agradable. El champagne o el perfume de los jazmines y las damas de noche del parque, o ver a Mercedes tan feliz. Juan no se puso a llorar como su madre, pero se emocionó cuando la vio entrar a la iglesia del brazo de su tío, los dos con esa sonrisa espléndida que tienen.

Las puertas abiertas sobre la galería que circunda la casa, y en el gran salón, el piano, y los músicos preparándose.

Te hubiera gustado acercarte y abrazar a Julio de Caro, a Pedro Maffia, pero te disimulaste entre la gente, con el peso de tu huida. En el descanso irías a saludarlos. Tus manos se tensaron. Francisco de Caro en el piano y Julio en la dirección habían tomado tu lugar. ¿Habrían conservado tus arreglos?, deseaste y temiste al mismo tiempo.

Es un casamiento, tendrá que esperar la consabida tanda de valeses, antes de saber lo que están haciendo. Pero... si es... ¡*El porteñito!* Qué idea genial.

Con *El porteñito*, Mercedes, habías desafiado a tu padre pero no te movió el rencor, sino el amor en esa decisión. Hernán felicitándote cuando supo que tocabas tangos, Hernán salvándote de Vicente, de Leonor, Hernán enseñándote a bailar en París, Hernán aceptándote siempre como eras, queriéndote. Qué mejor manera de mostrarle a tu padrino cuánto lo querías que reemplazar el vals de apertura por *El porteñito*. Hernán era el porteñito. Y también nuestra historia, te hacía sentir vos misma... y mía.

En un costado de la pista, Mercedes y Hernán se enlazan con solemnidad, detenidos un largo instante hasta que los bandoneones los arrancan en un floreo que Juan no ve desde los tiempos de Carlota. La emoción lo gana, no son suyos los arreglos pero reconoce su tango, el que soñó, no ha perdido un ápice de su esencia lúdica y arrabalera este *Porteñito* que despliega ahora una complejidad armónica y una expresividad romántica, tan diferente de la de aquellos tiempos.

Te subyugó esa pareja, todo elegancia y osadía, que corporizaba tu idea de mí en la pista, Juan. Cuántas veces, soberbio, para diferenciarte de los tradicionalistas, habías dicho aquel disparate: «mi música no concede a los bailarines». ¿Acaso Mercedes y Hernán iban a pedirle permiso a Julio para bailarme como lo hacían? No son ustedes, compositores, arregladores, directores, quienes conceden, soy yo quien lo hace en el cuerpo de quien me desea. Ellos, los bailarines, están en mí, como Julio y su orquesta, como vos mismo, como Rosa, como Gardel.

—*Bien dicho. No es desde afuera. No es una idea de alguien, por más genial que sea. Es Tango mismo quien se expresa en la música de Juan y en la de otros compositores.*

—*Y en quienes lo bailamos —dice Carlota—. El cuerpo moviéndose con una voluntad propia, independiente de cualquier idea... como poseído. Eso era lo que intentaba transmitir en los cursos de la academia de París: lo fundamental no es la coreografía sino abandonarse, dejarse habitar por Tango.*

—*O más bien habitándolo —dice Rosa—, algo mágico me ocurría con las letras, era cantarlas y sentir que lo que decía me estaba ocurriendo a mí, en ese mismo instante. Tango imprimía a mi voz aquellos matices.*

—*Tan cierto que Tango se expresó en nosotros —dice Hernán como que ninguno en particular, sino todos, hicimos a Tango, por algo estamos aquí. Nos lo ganamos.*

Con los arrastres ligados de los bandoneones, Mercedes se desliza en los brazos de Roberto, y Hernán busca a doña Inés, qué buena moza está, y qué torpe es bailando. El solo de piano enlaza otra vez la primera parte de *El porteñito* mientras se van sumando las parejas. Qué audacia prolongarlo, piensa Juan, pero Villoldo mismo vibra en la orquesta de Julio, la melodía en los violines, Asunción bailando con Hernán, la cara arrebatada y las piernas ágiles, Mercedes arrastra a Juan a la pista, si sabés que soy un patadura, giro, pisotón y abrazo: qué suerte que viniste, te quiero mucho, yo también, la deja en brazos de Roberto y se aparta para disfrutar en la distancia esa pista ardiente con los

últimos compases de *El porteño*.

A Rosa le gustaría hacer todo: irse a París con la orquesta de Canaro, cantar en la obra de Manuel Romero, seguir en la radio con los guitarristas, grabar para Odeón y aceptar la propuesta de Fresedo para cantar en el cinematógrafo Gran Splendid por las tardes... y lo que surja. Pero va a tener que elegir, se dice mientras riega, distraída, las plantas del patiecito. El sol que brilla, las flores, y esa suerte de exaltación que la acompaña desde que Enrique Delfino le dijo que Juan está en Buenos Aires (se cruzó con él en una boda) la convencen de que la vida le dará un signo que la oriente. ¿Pero cuándo?

Está linda la mañana, podría sentarse bajo la higuera, cebarse unos mates, leer la novela semanal y no pensar en nada. Hasta las cuatro no debe ir al ensayo. Pero también podría salir a caminar por el barrio, bajar por Corrientes hasta Talcahuano, ¿seguirá Juan en el mismo departamento?, y como quien no quiere la cosa, pasar frente al edificio y mirar disimuladamente las dos ventanas del cuarto piso. Tampoco Rosa fue nunca de las que se sientan a esperar el destino. Un poco hay que ayudarlo. No hay riesgo de que parezca deliberado, Rosa, con una bolsa de compras en mano, apenas reponerse de la sorpresa de encontrar a Juan: ¿vos por acá?, le dirá que ahora son vecinos, qué gracioso, nunca me había dado cuenta.

¿Nunca? Fue lo primero que pensaste cuando decidiste alquilar ese departamento en Corrientes: estaremos sólo a cuatro cuadras. Y luego, cuando te instalaste, que también Juan compraría facturas en lo de Mocho, son las mejores del barrio, y el diario en el kiosco de la esquina de tu casa, y al pasar por el café Real, lo verías sentado en una mesa. Pero Juan, te lo dijeron meses después, se había instalado en Nueva York.

Se calza el cloche sin mirarse al espejo, se pone la chaqueta nueva, esa que le dicen paletó, y encara el barrio con paso firme. Las medialunas calentitas, «un manjar para otro manjar», como le dijo su paisano, don Mocho, ya están frías y pellizcadas la sexta ¿o séptima vez?, que dobla por Talcahuano. Se conoce de memoria todos los modelos de los sombreros que exhibe la vidriera de Sherrer, pero se detiene allí, como si ese sombrero de alas anchas en lama de oro con una vuelta de chinchilla fuera el sueño de su vida. Si Juan sale de su edificio hacia la derecha, la encontrará allí, absorta. Y si se hace el burro —ha considerado esa posibilidad—, ella puede girar oportunamente la cabeza, y apurar el paso para

coincidir en la esquina de Cangallo, justo antes de cruzar la calle. Un joven risueño y bien trajeado se asoma a la puerta de la sombrerería.

—¿Por qué no entra y se lo prueba? —invita simpático—. Le quedará precioso.

Acepta con una sonrisa. No le queda otra que comprarse un sombrero o sospecharán, una rápida mirada en las dos direcciones, y su corazón salta, porque casi en la esquina, yéndose para el otro lado, no para Cangallo, le parece reconocer la espalda de Juan. ¿Cómo no lo vio antes?

—No se me asuste, señorita —reacciona el muchacho cuando ella sale corriendo—. Somos gente seria —pero Rosa ya no lo escucha.

En la esquina, donde lo perdió de vista, la ciudad bulle, una selva de cuerpos que entran y salen de los locales y los edificios, que caminan y se detienen, y cruzan en cualquier lugar la calle, confundiéndola, desesperándola, ninguno es el de Juan. ¿Dónde se habrá metido? ¿Dobló? ¿Cruzó? Le gustaría tirarse en el suelo y patalear y gritar, como hacía de pequeña en el patio del conventillo, esas rabietas que tanto enfadaban a su madre.

—Rosa, ¿te pasa algo?

—¿Juan? —la cara se le ilumina—. ¿Juan Montes? —repite como si no creyera a sus ojos.

A las nueve, en el Real. Juan ha vuelto a caer en la trampa. Parecía todo tan natural, dos viejos amigos que el prodigioso azar lleva a la misma calle a la misma hora, ella tan contenta de verlo: te hacía en Estados Unidos, él, como si no fuera ella la que lo hizo huir de Buenos Aires: sí, estoy haciendo jazz. Qué regio, ella se tenía que ir volando, la estaban esperando, pero podemos encontrarnos más tarde, tenemos tanto que contarnos.

Fue esa sonrisa bruja, o la calidez natural con que le habló, o el esfuerzo en parecer tan espontáneo como ella, lo cierto es que Juan no pudo reaccionar.

—¿A las ocho? ¿En el Tortoni? —lo apuró Rosa.

¿Cómo te atrevés a hablarme como si nada después de lo que me hiciste?, ¿qué tenemos que contarnos vos y yo?, debió decirle.

—A las nueve mejor —su voz sonó casi normal—. En el Real —y hasta simpática y tan frívola como la de Rosa—, bye, bye.

Ella le sonrió con los ojos y con la boca y con la mano que levantó con gracia para saludarlo, giró para seguir sonriéndole con las piernas, con el

movimiento acompasado de caderas y con su rico culito. Y a él no le importó haber caído en su tela de araña. Puede ser una buena jugada del destino, se dijo, porque, aun en el peor de los casos —¿el peor?—, que terminaran en la cama, él ya no espera nada de ella. Un buen momento, nada más. Ningún riesgo de herida. Rosa es una mujer casada, y Juan el domingo parte en el *Southern Cross*, mar, piano y amnesia, Río de Janeiro y Lilian en Nueva York, esperándolo: viste que volví, nena.

Lilian no es el amor de su vida, pero con ella todo es calmo y placentero, y no ese motín de sensaciones extremas sin sentido que le provoca esta mujer. Pero soy otro, Rosita, no te confundas, la vida se goza en cada instante —hablarle en su cabeza lo serena—, no hay planes, no hay pasado, no hay futuro, y si esta noche me tenés, mañana ya me hice humo. Solita con tu marido, que será aburrido como chupar un clavo, si no, no te pondrías contenta como perrito cuando ve a su amo, cuando te encontrás con un viejo amante. ¿Querés caña? La tendrás. Pero nada de amores ni melodramas, como las cursis letras que cantás, yo soy un hombre de mundo ahora.

—*Me ofende cómo habla Juan de las letras. ¿Qué se cree?*

—*Hablaba, Carlitos, hablaba. Es su voz cuando era joven la que estás escuchando.*

—*Y a ella la entiendo menos todavía. El desprecio de ese pibe por las letras con las que nosotros arrancábamos —y seguimos arrancando— pasiones debió haberla herido muchísimo. Querés que te diga una cosa, me arrepiento de haber grabado un tema suyo. Mérito del letrista engancharle esos versos extraordinarios a la música de un tipo tan frío.*

—*Esperá, Carlitos, no te pongas loco. Juan está defendiéndose, ni él se lo cree. ¡Hombre de mundo!, es para la carcajada. Dale no años, sino horas, y verás cómo todo lo que dice son pompas de jabón, como cualquier muchacha de barrio seducida por las luces del centro.*

Hablaron y hablaron, se contaron todo y al mismo tiempo nada. El *Cap Polonio*, el sainete de González Castillo, los zapatos hundiéndose en la nieve, la merluza a la gallega y los ñoquis que Rosa prepara en la radio, los latinos del Morocco y el ajenjo en tazas de té, el patio con higuera y malvones del departamento en la calle Corrientes, el oscuro cuarto en la pensión de Broadway, rasposa pero con gente macanuda de todo el mundo, las acciones sindicales para

que les paguen a los guitarristas, y su extraordinaria experiencia de cantar en La Terraza con la orquesta de Paquita Bernardo: y que digan después que el bandoneón es un instrumento masculino, el crooner Rudy Vallé, a quien secundó Juan, el jazz metiéndose por los poros, me dio vuelta como un guante, la voz más extraordinaria, más conmovedora que escuché en mi vida, Carlos Gardel, me pone la piel de gallina, la trompeta de Gordon, el clarinete de Jack, armonizaciones inusitadas y la exaltación que produce improvisar.

Ni Igor, ni Lilian, ni la menor alusión a la breve y tumultuosa historia que habían vivido aparecieron en el café Real ni en el Pedemonte, donde cenaron, nada que pudiera romper esa atmósfera de camaradería que tácitamente se habían impuesto.

—¿Tomamos otra copa por ahí? —propone Juan, y sin esperar su respuesta—. Pero elegí vos, me gustaría conocer un lugar nuevo. Guiame en la noche porteña, como a un turista, al fin es lo que soy, en cinco días vuelvo a casa.

—¿Cinco días solamente te quedás? ¿Casa le decís a la pensión? —y con mal disimulada indignación—, ¿a Nueva York?

Juan alza los hombros, y su mirada irónica y divertida la sume en el ridículo. Un rápido cambio de rumbo y de tono o se dará cuenta de cuánto le afecta que se vaya. Si te quedan cinco días, no te pierdas uno conmigo, le dicta el rencor, pero gana la cordura.

—Hay de todo para escuchar.

El Ciro's Club está completo, ni una sola mesa libre. Rosa y Juan se quedan de pie, en el fondo, hasta que ese hombre mayor, tan buen mozo, tan elegante, tan simpático, se acerca, abraza a Juan con cariño y los invita a su mesa. Dos hombres y una mujer alta y guapísima los reciben sonrientes.

—Juan Montes y su novia, Rosa Leyra —presenta Hernán Lasalle a sus amigos.

Fue sólo una frase de Hernán, y entonces esas ganas locas de creértelo, y de actuar como si fuera cierto.

Pedro Maffia se alegra cuando descubre a Juan entre la concurrencia que aplaude enardecida *Todo corazón*. Él no comparte ese encono obstinado de Julio de Caro contra Montes. Cierto que también él se enfureció cuando Juan se rajó

de un día para el otro, pero ya pasó, también me enojé con vos, Julio, y mucho, cuando le pusiste de prepo tu nombre a la orquesta en el Vogue's, y hoy seguimos tocando juntos. El tango que están haciendo le debe mucho a Montes, ¿no lo reconocía?, le había dicho el otro día.

A Pedro Maffia Juan le cae bien, por eso va a invitarlo a que toque él mismo su tango *Corajuda*, ellos lo acompañarán a la parrilla. No le importa que Julio mueva la cabeza hacia un lado y el otro, Pedro toma el micrófono, agradece la presencia de Juan Montes y lo invita a subir al escenario. Francisco de Caro se aparta del piano y con una gran sonrisa, abre los aplausos.

Los ojos como puñales de Julio, antes de darte la espalda, te inmovilizaban. Rosa, histriónicamente, te señalaba, y la gente te aplaudía. Caminabas como sobre hielo, cualquier paso podía derrumbarte, una mano estrujándote por dentro, tan nervioso como la primera vez que ibas a enfrentarte con un público. Pedro te estrechó en un abrazo, y luego Francisco de Caro, antes de bajar del escenario. Avanzaste hacia el piano, sin saber qué ibas a interpretar, *Corajuda*, te había dicho Maffia al oído, una manera de advertirte que ibas a tocar solo, no podías volver como si nada al repertorio que tocabas con ellos. Julio era ahora el director, y una rápida mirada te convenció de que tu presencia había sido impuesta por Pedro.

En los primeros acordes de *Corajuda* se sumaron los bandoneones, el contrabajo y tímidamente, un violín, pero no el de Julio. Te dolió, sólo un instante, porque ese dúo magistral de bandoneones a cappella, Maffia y Laurenz, había tomado la melodía y tu emoción, tus manos afiebradas recorrieron el teclado en los doce compases de solo que te correspondían. Pero no eran los que habías escrito sino otros, y yo crecía en esa libertad que te había dado mi hermano Jazz y me expandía por el *Ciro's* todo y vibraba en quienes los escuchaban y en los que no podían ya contener sus cuerpos, se abrazaban y se lanzaban a la pista con este violín corneta que se te imponía para tomar la melodía, el de Julio, sí, lo hubieras reconocido entre miles, y el de Emilio de Caro en el contracanto. Tus manos se serenaron, tus oídos, tu cuerpo todo gozaba la mar escuchando *Corajuda* en esa versión que estaba creándose allí mismo, cada uno dándolo todo en su instrumento, expulsada toda tensión, toda pasión que no fuera la que sonaba: yo.

Aunque el público pide otro, Juan no quiere seguir tocando, la fusión que se ha producido entre ellos con *Corajuda*, más elocuente que cualquier palabra, podría romperse si se prolonga. Julio no le niega ese abrazo emocionado con el

que Juan lo estrecha antes de bajar del escenario.

Rosa sintió que era el único momento en toda esa noche en que Juan se pareció a sí mismo: esa deliciosa desesperación, esa urgencia de tango, esa avidez. Ése era Juan, el que ella recordaba, el que quería. Cuando él volvió a la mesa, ella no lo pensó, los brazos al cuello y un beso breve, pero en la boca. ¿No había dicho Hernán que era su novia? ¿Por qué no iba a vivirlo, aunque fuera por una noche?

Pero era evidente que Juan no tenía ningún interés en tener nada con ella, se había mostrado amable, pero sin más, ¿por qué entonces lo provocó tanto? Se convenció sola de que si se amaban como en aquella larga noche, el amor iba a surgir nítidamente y esta vez ella no detendría la verdad de sus cuerpos. Qué patética se ve ahora, en ese papel de vampiresa, sonriendo insinuante: ¿estás seguro de que no querés entrar?, a mí me parece que sí. Y él, silencio, ojos como manos, recorriéndola morosamente, y un: buenas noches, Rosa.

—*Pobre Rosita. ¿Por qué no se acostó con ella? Si hasta lo había planeado.*

—*Acababa de enterarse de que Rosa no se había casado con el otro.*

—*Más fuerte que la de Rosa fue la provocación de Tango. En cinco días se iba a Nueva York, su proyecto era armar su propia banda de jazz. Y esa noche en el Ciro's... se le quemaron todos los papeles.*

Rosa inventa una sonrisa triste y le extiende la mano: que te vaya lindo, Juan, en serio te lo deseo.

El encuentro con Rosa le ha dejado un gajo de limón entre los dientes. Lo peor no fue resistir a su feroz provocación, en la puerta de su casa, lo peor fue no deslizarse por el tobogán de su voz herida cuando se despidió de él, y lo miró así, como si de veras le doliera no volver a verlo, como si sintiera algo profundo por él. Lo peor fue no sucumbir a la ternura, y abrazarla y jugar con su pelo, y besarla en la cara y en la nuca y decirle cuánto pero cuánto la extrañó. Pero le dio tanta bronca cuando supo que no se casó, tanto sufrimiento inútil, ni sabe si iba a casarse con el ruso o lo inventó para sacárselo de encima. No se lo preguntó, para qué, esa mujer es una maraña de incoherencias, le resulta incomprensible. Y Juan no está para descifrar enigmas. Bastante con el suyo.

El jazz le fascina, pero cómo seguir con ese tango, su tango, que está dando

lo que ha sentido anoche, un inmenso placer. Aunque, ¿qué le impide componer tangos en Nueva York?

Todo, y lo sabías. Por eso no te atrevías a comparar tu partitura de *Corajuda* con lo que había sonado en el Allá no me respirabas, Juan, me evocabas, pero no es lo mismo. Miraste esa veredita de la calle Serrano por la que estabas caminando, esa enredadera trepando a la verja, los adoquines, el pibe que espiaba en el bar, esa percanta emperifollada, yo estaba en todos lados.

Para no perder esos sonidos que escucha, Juan va a escribir ahora mismo su tango en la placita Serrano. Ese acorde de novena es la cara de perrito apaleado de Rosa cuando se despidió de ella, y le gusta como suena. *Indescifrable*, lo titulará.

Si no hubieras escuchado esas variaciones de Maffia y Laurenz, sin esa armonización que hicieron todos juntos, no hubieras podido componerme así en *Indescifrable*. Los sonidos que me nutren se encadenan, y producen otros, y otros, y otros. ¿Cómo ibas a irte tan lejos, Juan?

Apenas llegar a la casa de su madre, la voz de Rosa lo envuelve desde la radio, pétalos encendidos, pájaros volando, y una repentina visión de felicidad acechando.

Asunción se limpia las lágrimas.

—¿Qué te pasa, vieja? ¿Es porque me voy?

—No, Juan, es por el tango que estoy escuchando...

—¡Y llorás por un tango! No estés triste, mamá, porque yo estoy... requetecontento.

—¿Sí? —un leve reproche sonó en su voz—. ¿Porque te vas pronto?

—No, porque estoy componiendo un tango que me hace feliz. Porque me quedo en Buenos Aires... y porque amo a una mujer, aunque ella aún no lo sabe.

Cuando Rosa canta *Nostalgias*, no hay en su público quien no evoque —o invente— un amante perdido para «escuchar su risa loca / y sentir junto a su boca, / como un fuego, su respiración», no hay quien no quiera «emborrachar su corazón para / apagar un loco amor / que más que amor es un sufrir».

Pero esa nostalgia, ese sufrimiento, y hasta Juan mismo, se volatilizan con los aplausos y sólo queda ese goce tan peculiar, tan excitante, el de haber palpitado junto a esas mujeres y a esos hombres a quienes ni conoce. Por qué sufrir por Juan, si ella tiene ese poder de producir emociones.

Un mes y medio era poco tiempo, pero Juan aceptó sin vacilaciones la propuesta del empresario Álvarez: debutaría en el Petit Splendid a fin de mayo. «Juan Montes, la orquesta genuina de melodía porteña», diría el slogan. Ni siquiera había terminado de conformar su orquesta —le faltaban un bandoneón y un violíncuando firmó el contrato. Arreglos, ensayos, la cuidadosa elección del repertorio. Un buen humor que no lo abandonaba un instante, que contagiaba a los músicos, que contaminaba de expectativas. Ese pequeño y gran vicio compartido, el tango, tendiendo complicidades.

Como si estuvieras por fin en casa, después de una larga ausencia, al abrigo, confortable, seguro, así te sentiste el día del estreno. Guardabas un recuerdo cálido del tiempo de nuestros escauceos amorosos en el cine Las Familias, a tus catorce años, cuando me compusiste y me estrenaste ante un público indiferente. Y esa noche, también en un cinematógrafo, brindando conmigo y con tu público por el reencuentro. Pero ahora sí que te escuchaban. Los músicos de tu orquesta no pudieron hacer sonar mejor *Indescifrable*, el público lo ovacionó.

Deliberadamente, Juan no buscó a Rosa en ese tiempo. «Te espero el jueves en el Petit Splendid, a las ocho» es todo lo que decía la esquila que le dejó en su casa, hace dos días. Y allí está, sentada en la segunda fila, aunque él, a propósito, no detuvo un instante su mirada en ella. Un leve gesto indica a su orquesta que ha llegado el momento: la melodía la inician los violines, pasa a los bandoneones, ahora todos, y entonces su piano.

Saltaste en la butaca, Rosa, cuando reconociste el valsecito en esa extraordinaria versión. Con esa inquietud secreta que precede a los grandes descubrimientos, tu piel se encendió, y te dijiste: Juan también me quiere. Un estremecimiento afelpado en su solo de piano, como si sus manos te tocaran por dentro.

Una sonrisa en sus labios, cuando se pone de pie para agradecer los aplausos. Muy breve, sólo dice: *Rosa*, valsecito criollo, pero la mirada húmeda, destellante, fija en Rosa, le confirma lo que ya le ha dicho con su música.

Capítulo treinta y uno

Una sensación de vacío, de náusea, lo agitaba cuando salió, ya tarde, de la casa de Malena. Sin embargo, Francisco no podía decirse que lamentaba haber cedido a la presión de su novia, el encuentro con Mercedes le había arrancado de cuajo una honda y rancia molestia.

No hubo explicaciones, ni palabras incómodas, sólo ese abrazo en el que se disolvieron todos los rencores.

—¡Estoy tan contenta de verte! —le dijo Mercedes.

Y Francisco no mintió cuando le respondió, la voz ahogada por la emoción: yo también.

Malena había sido terminante: no se casaría con él si no se reconciliaba con su hermana, nada le importaba lo que pensara su suegro, ni los argumentos, cada vez más inconsistentes, de su prometido. Pero Francisco no tuvo conciencia del peso enorme que arrastraba hacía años hasta el instante en que por fin se alivió.

Allí estaba Mercedes, su hermana, bella, feliz, y queriéndolo tanto como él sentía que la quería en ese momento, por más loca que fuera.

¿Era ella la loca?, se preguntó poco después, cuando la vio junto a Roberto, su marido. Como buitres sobrevolaron las imágenes de él y su padre urdiendo planes para destruir esa unión, hablando pestes de ese hombre que, tan seguro de sí, le sonreía, le estrechaba la mano sin rencor alguno. Mercedes y Roberto, sus miradas radiantes, su compacta y diáfana felicidad, y él, con una argolla en la cara, como las que enganchan al hocico de algunos animales, cumpliendo una a una las exigencias de lo que creía su lugar en la vida. ¿Era ella la loca?

Miró a Malena, tan emocionada como ellos mismos, y el oprobio lo ganó. ¿Qué sentiría si supiera que la urgencia de su compromiso era parte de ese plan necio urdido por su padre? Un plan del que Francisco fue cómplice y que jamás contempló los sentimientos de Malena. Porque Malena —preferiría que no fuera así— lo quería de verdad. Y ahora iba a casarse con ella, era lo que se esperaba de él, pero ya no podría ignorar que era una estafa más, otro eslabón de esa larga

cadena de prisiones que lo ataba a su padre.

—*La vida le exigía una definición difícil. Eran tres víctimas: Malena, Ivonne y él mismo.*

—*Pero todavía estaba a tiempo. No se había casado con Malena.*

Estacionó el Packard en Ayacucho, en la esquina con Juncal. No podía postergarlo más, esa noche debía hablarle a Ivonne de su boda con Malena, explicarle que nada iba a cambiar entre ellos, ayudarla a aceptar ese mal trago.

Ella misma se lo había buscado, se dijo Francisco sin ninguna convicción, ahora tenía que asumir las consecuencias. Hacía tiempo ya que no discutían sobre aquella fiesta, una rutina de deseo, abrazos y silencios había terminado por imponerse.

La encontró dormida, Francisco se desnudó silenciosamente y se deslizó en su cama. Hablarían después, o al día siguiente, porque esa noche iba a quedarse con Ivonne, iba a lamerla, tocarla, acariciarla, buscar ese hueco húmedo latiendo, ardiendo, contrayéndose sobre su sexo, el hueco secreto tantas veces suyo, la vida misma, y no pensar más en nada.

Se habían amado de todas las formas posibles, y se seguirían amando, se convenció Francisco, ¿por qué entonces esa desesperación en la que se abismaban, sus cuerpos trágicos, famélicos, sedientos uno del otro, como si temieran y desearan agotarse a sí mismos en una sola noche?

El diálogo fue breve y sin vueltas. No lo provocó Francisco sino Ivonne, mientras revolvía la cucharita en su taza de café con leche.

—Dijiste anoche: la vida misma. ¿Por qué te empeñas en vivir lejos de la vida? Éste es tu lugar, aquí, conmigo.

—Ivonne, me caso la próxima semana. Lo siento. Son las exigencias de la vida. Pero no te preocupes, nosotros...

—¿Exigencias de la vida? —lo interrumpió Ivonne con determinación—. Sin mí no hay vida. Lo sabes, tú mismo lo has dicho.

Abrazarla fue la única manera que encontró de transmitirle lo que sentía: Ivonne, je t'adore. Ella se apretó fuerte contra él, sólo un instante, pero no lo dejó seguir su camino de besos en el cuello. Se apartó sin violencia, y le clavó su mirada con intensidad.

Francisco intentó acercarse, tenía todo el día libre, le dijo, pero Ivonne se escurrió de sus brazos.

—No —le dijo en voz baja y firme—. No —repitió en voz alta y comenzó a caminar lentamente, marcando cada paso, hacia la puerta.

—*Era la primera vez que se negaba a Francisco, y con tanta nitidez. ¿Lo habrá decidido en ese instante?*

Ivonne abrió la puerta.

—*Quizás. Lo cierto es que ella fue clara con él.*

—Te esperaré todos los días, todas las horas, todos los minutos. Y cuando vengas, te recibiré con los brazos abiertos, con el cuerpo entero abierto. Con la vida.

Pero Francisco no fue.

Estaba en el atrio de la iglesia del Socorro, saludando perfumes, joyas, sedas y encajes, cuando la vio. Ivonne, justo abajo de la escalinata, el pelo largo y suelto, compitiendo brillos con los visones del abrigo. Francisco dejó una mejilla colgando, bajó las escaleras y se dirigió hacia ella.

—*Él mismo fue en su búsqueda.*

—*No se sabe si se acercó a Ivonne para evitar un escándalo, o para decirle que él también la amaba «à la folie», no llegó a hablarle.*

Ivonne le pegó tres tiros. Uno detrás de otro, el último cuando él ya había caído.

Gritos, estampidas y miradas aterradas, pero nadie se animaba a arrancar ese cuerpo loco de dolor que se abrazaba al cadáver de Francisco. Tuvo que llegar Malena, detenerse, muda e inmóvil frente al espectáculo, para que esos dos hombres se atrevieran a tomar de los brazos a Ivonne y extirparla del cuerpo de Francisco.

El abrigo, la cara, las manos, manchados de sangre, Ivonne estuvo largo rato expuesta a las miradas de todos, pero ella ya estaba en otra parte.

—*De donde no habría de regresar. Aunque siguió viviendo muchos años más.*

—¿Por qué lo mataste? —le preguntó, al fin, Malena, en medio del llanto.

Ivonne no respondió, ni siquiera la miró.

Sostenida por Mercedes, Inés se acercó a Ivonne, y fijó en ella sus ojos deshechos en lágrimas. Con una voz clara, fuerte, que no parecía suya, dijo: Vicente —él estaba a unos cuantos metros, rodeado de gente—, ¿conocés a esta mujer?

Vicente asintió con la cabeza. Inés se secó las lágrimas, lo miró con un odio rancio y brutal, mientras él se acercaba, y en un susurro: he intentado pararla

antes, Inés, pero Francisco...

Inés no lo dejó terminar, se dio vuelta y se fue.

—*Inés comprendió que Vicente había intervenido y lo hizo responsable de la desgracia.*

Nunca más lo vio. Exigió que se retirara de la capilla ardiente para que ella pudiera despedirse de su hijo. Se mudó a la casaquinta de San Isidro, que Hernán le había regalado a Mercedes para su boda. Nunca accedió a hablar con Vicente, pese a que él hizo lo indecible para que Inés lo recibiera.

Hacía bastante tiempo que Carlota no veía a Vicente, desde que ella lo echó con violencia de su departamento. Por primera vez en la vida, fue Carlota quien lo buscó cuando se enteró de la muerte de su hijo. Le mandó una carta a su oficina, y le pidió que pasara por su casa. Pero tardó semanas en ir.

Nunca lo había visto así: estaba desesperado, totalmente quebrado. Y Carlota pudo condescender a la ternura, que ese juego de pasión, sexo, poder, furia, locura que tenían le había bloqueado. Esa noche, Carlota sintió que, pese a todo, ella quería a Vicente.

—*Lo quería ya antes, si no, no se hubiera pasado tantos años yendo y viniendo con él.*

—*A su modo, él también la quiso.*

Y Vicente pudo por fin llorar, y, más tarde, hablar. Su hijo asesinado y su mujer que, inexplicablemente, lo había abandonado. Nunca le había hablado de Inés, como si no existiera. Carlota estaba convencida de que ese repentino amor que sentía por su mujer era un empecinamiento más de su detestable personalidad, que él no soportaba que Inés no le diera la oportunidad de verla, de pedirle perdón. Vicente, engañándose o no, sufría, y mucho. Y Carlota fue su refugio, pasaba horas en su casa, comía, muchas noches dormía. Esperaba, a veces hasta tarde, que ella terminara su trabajo en la academia o las prácticas en la milonga. Ya no intentaba, como antes, que Carlota volviera al piso de la avenida de Mayo, o se instalara en un «lugar como la gente», y dependiera de él.

—*Tanto poder, tanta riqueza, pero estaba más sólo que un perro. La única que lo quería era Carlota.*

—*En el departamento de Chacarita, en ese «sucucho infecto», como él lo llamaba antes, el poderoso Vicente Ponce pudo ser, al menos por un tiempo, humano.*

Estaba atorado de culpa. Pedía consejo a Carlota, como si por el solo hecho de ser mujer, pudiera tener una clave para comprender a Inés, esa desconocida que había vivido con él veintitantos años y no pudo ver hasta que ya fue demasiado tarde. Carlota le sugirió que dejara de ir a San Isidro, que respetara la voluntad de Inés, y le escribiera todo lo que sentía. La carta le fue devuelta sin abrir. Tampoco su hija Mercedes aceptó verlo.

En uno de sus viajes a Buenos Aires, Mercedes lo habló con Juan. ¿Qué pensaba? ¿No estaría mal no darle a su padre la oportunidad de hablar con ella? ¿No se estaba convirtiendo Mercedes misma en una Ponce, con su cadena de odios? Francisco no había visto a Mercedes durante años para complacer a su padre, y ahora ella estaba haciendo lo mismo. Aunque Inés no le había pedido nada, Mercedes ni siquiera se lo contó. Estaba tan preocupada por su madre, la veía mal, muy mal.

—¿Hernán no se instaló en San Isidro con ella? —preguntó Juan.

—Volvió a París con su familia —contestó Mercedes—. Lo de Francisco fue un golpe duro para todos. Hernán siente que no puede estar tan ausente de la vida de su único hijo, ha pasado más tiempo de viaje que con él, y César ya tiene 15 años.

—*César, el abuelo de Ana, el que odian.*

Inés no quería moverse de San Isidro, y su salud se deterioraba día a día. Todo había sido una pesadilla después de la muerte de Francisco: la policía investigando, las noticias en los diarios, esas habladurías, la curiosidad nauseabunda de quienes pretendían dar el pésame, como si disfrutaran mojando sus pancitos en la sangre, repugnante.

—Y parece que a esa mujer la van a liberar, la meterán en un hospital psiquiátrico. No es justo, lo mató con alevosía.

—*La prensa influyó mucho para que no condenaran a Ivonne, despertó simpatía, la gente la veía como una víctima, antes que asesina.*

A Juan le incomodaba no decirle a Mercedes que Rosa era amiga de Ivonne, y ocultarle lo que conocía de la historia. Pero lo calló, no quería producirle más dolor.

—No veré a mi padre —dijo como para sí misma Mercedes—, no sé si quiero saber hasta qué punto intervino en la historia de Francis con esa mujer.

Mercedes se sacudió la cabeza: basta ya, que le hablara de él y de Rosa, de

sus proyectos. No paraban, él, Folies Bergères, Armenonville y American Palace, fiestas en el Tigre Hotel, grabaciones para la Víctor, arreglos y composiciones, y Rosa, la obra de Discépolo, radio Bruza, los tés danzantes con la orquesta de Polito. El tiempo del amor tenían que inventarlo, robándolo al descanso, al sueño. Pero estaban bien, muy bien.

Hacía mucho que Mercedes no lo escuchaba tocar, irían el viernes, que llegaba Roberto, al American Palace.

No importa cuál sea la película que van a proyectar, en el American Palace lo que convoca es la orquesta de Juan Montes. Rosa se sienta en las primeras filas, junto a los músicos jóvenes, que se dan cita allí. Sammy, Armando, Aníbal, Pepe, Elvino.

Yo voy al conservatorio, pero ésta es mi verdadera escuela de música, le dijo una tarde ese chico tan simpático. Él frasearía como Ciriaco Ortiz, y dirigiría su propia orquesta, ya había compuesto un par de tangos. ¡Pero si era un pibe! ¿Y qué? Montes tenía su edad cuando debutó. Se lo había contado un viejo en el Petit Splendid donde Aníbal Troilo conoció a Montes, desde entonces lo seguía.

Es tan maravilloso que ese músico genial sea su hombre, y está segura de que Juan también se sentirá orgulloso de ella, cuando la escuche cantar en el Tabarís con la nueva orquesta de Maffia, aunque haya tratado —inútilmente— de disuadirla.

—Juan era un machista, como dicen ahora. Y celoso. No quería que su novia cantara en un cabaret, le parecía que podían asimilarla a una puta.

—Era normal su reacción. En aquella época, una mujer que trabajaba en un cabaret...

—Pero Rosa era una profesional del canto. Y al fin se lo hizo entender.

—Tampoco le haría gracia que ella cantara con la orquesta de Maffia. Él había sido uno de los pilares de la primera orquesta de Juan.

Ha terminado la actuación, y se piden los primeros besos, cuando Rosa sale del cinematógrafo, no quiere llegar tarde al Tabarís. Esa noche Juan cenará con Mercedes y Roberto. Pero la próxima semana irá a escucharla, y dejará esas tonterías de lado —se convence— en cuanto vea lo feliz que le hace a Rosa cantar en el cabaret.

Era tarde, Asunción iba a perder el último tren a Retiro, pero no se atrevía a dejar a Inés. Quizás fuera la última vez...

—¿Y si me quedo a dormir? ¿Me invitás? —le preguntó sonriendo—. Mañana no trabajo.

—Quedate si querés, pero... ¿no se va a preocupar?

—¿Quién? Juan hace años que no vive conmigo.

—No, Miguel.

No lo podía creer, todas esas conversaciones de los últimos meses, todos esos años en los que estuvieron distanciadas, Inés estuvo pensando entonces...

—¿Miguel? ¿Crees que vivo con Miguel Rinaldi? Pero ¿de dónde sacás eso?

—Me lo dijiste vos, hace años ya. ¿No se casaron?

—No, nunca.

—*Se lo dijo cuando se reencontró con Miguel, en el año 1922. Y torpemente. Fue Inés quien se distanció de ella.*

Buscaba la frase adecuada para intentar explicarle la peculiar relación que la ligaba a Miguel Rinaldi, cuando ese amago de sonrisa de Inés, la hizo cambiar rápidamente de rumbo.

—Miguel siempre estuvo enamorado de vos. Me hizo la corte un tiempo, es cierto, pero no era a mí a quien quería.

La sonrisa amplia de Inés iluminó esas facciones atormentadas por el dolor. Asunción supo que iba por buen camino. Y siguió: nunca te lo conté porque me sentí una tonta, yo tan ilusionada, y él... Reconozco que fue honesto conmigo, me lo dijo: nunca podré querer a otra mujer que no sea Inés Lasalle.

Los años borrándose y ese tobogán tibio en el que se deslizaban a los tiempos del candor.

—¿Y entonces por qué te festejaba?

—Porque necesitaba cariño, me dijo, podríamos acompañarnos en la vida, pero tampoco quería mentirme: la mujer de su vida siempre ibas a ser vos. Y a mí, qué querés que te diga, los premios consuelo no me gustan.

—¿Y no supiste más nada de él?

—Sí. No le guardo rencor, nos tomamos unos mates juntos de vez en cuando, y me habla de su vida.

—¿Qué te cuenta?

—Me cuenta siempre lo mismo: cuando fueron a la inauguración del tranvía eléctrico en 1897, cuando te vio en el paseo de Palermo.

Un largo suspiro. Inés cerró los ojos, y Asunción corrió a su lado: acercó su

oído a la boca de Inés, respiraba. Por suerte. No era el efecto del calmante, como dijo la enfermera, lo que había distendido su rostro.

Esa noche llamó a Miguel. Se encontrarían al día siguiente en la estación de San Isidro. Quería pedirle que visitara a Inés. ¿Una mentira piadosa?

—No, Asunción, no es una mentira. Inés, de alguna manera, fue la mujer de mi vida —la sorprendió Miguel—. La que no supe tener. Tendría que haber huido con ella, como vos con el Oriental.

Mercedes la había encontrado bien cuando llegó, mejor que nunca, calma, la piel rosada, como si hubiera rejuvenecido años. No sé si será cierto, pero dicen que hay un momento, antes de la muerte, en que el dolor abandona y hay un profundo bienestar.

—*Es cierto. Yo me sentí muy bien, casi feliz, justo antes de dejar esa vida.*

—*Yo también, pero mucho mejor cuando llegué aquí, a Tango. Inés no tuvo esa suerte.*

—*Pero tendrá otra. Mercedes está aquí, y también en otro lugar, lleno de historias, versos, palabras anudándose y sustituyéndose al infinito, y esas cosas que les dan tanto placer como a nosotros bailar, o el rezongo de un bandoneón.*

Mercedes le contó a Inés que estaba embarazada en cuanto entró. Lo sabía, le dijo feliz, se nos notaba en la cara. A los dos. ¿Te das cuenta, Roberto? La abrazó, le dio un beso, y dijo que quería dormir. Mercedes se recostó a su lado y se adormeció. Cuando despertó, su madre estaba muerta. Una muerte tibia, dulce, estética, como ella misma.

Le avisaron a Vicente. Si insiste, Mercedes lo dejará entrar, su madre no quiso verlo más en vida, pero ahora está muerta y Mercedes siente que esta decisión le corresponde.

—No puedo, no quiero más odios, no con esta vida dentro de mi cuerpo.

No fue Carlota quien lo decidió, sino Vicente. Se habían peleado para siempre tantas veces, se habían tajeado en tantos sentidos, y aquella noche, la última que compartieron, se amaron como nunca. Al día siguiente Vicente no pasó de la sala:

—No podremos volver a vernos, Carlota —le comunicó—, Inés ha muerto. Se lo debo.

Carlota encontró su decisión absurda, Inés no le importó en vida, por qué muerta, pero lo respetó. Vicente necesitaba pagar de algún modo tanto desatino, y el mayor castigo que podía infligirse era privarse de ella, quizás la única persona a la que quiso.

Sin un reproche, se acercó y lo abrazó. Permanecieron así un largo rato, queriéndose.

—*Nunca más se vieron.*

—*Lo extrañaría al principio, pero le hizo bien desprenderse de él para siempre.*

—*Sin duda, la vida aún había de regalarle unos cuantos tangos.*

Senderos de palabras que iban y venían, resolviéndose en una tibieza de sábanas y emociones. El premio que obtuvo Juan en el concurso Odeón por su tango *Siempre mía*, el éxito de Rosa en el Tabarís, el viaje a Mar del Plata en el que coincidieron sus actuaciones, los pies descalzos sobre la arena, ojos y sentidos alerta, las olas estallando, quiero componer un tango que suene como el mar, quiero cantar con los colores de este atardecer, los arreglos de viejos tangos en su mayor posibilidad armónica, la obra de Discépolo en la que Rosa cantó ese tango que habría de multiplicarse en tantas voces, patios, cafés, piezas, hasta los ceibos lo cantaban.

Las palabras siempre un paso más atrás que los sentimientos, irrelevantes frente a ese deseo irrefutable de hacerme crecer, de nutrirme, de gozarme, de llevarme tan lejos como fuera posible, en que los dos se afanaban con certeza. Que disintieran en algunos puntos nos les impidió estampar sus firmas en el registro civil de la calle Libertad aquella mañana de noviembre de 1927.

Capítulo treinta y dos

Un sol pálido entra por la ventana de la casita de la calle Cramer, en el barrio de Colegiales. Sentada en el sillón con orejas, como le dice Juan, Rosa lee los diarios y mueve la cabeza hacia uno y otro lado.

—No me gusta nada lo que está pasando, Juan, tanta crítica encarnizada contra el gobierno, tan cerca de las elecciones parlamentarias... me da mala espina.

—¿Ahora lo defendés a Yrigoyen? ¿Porque liberó a Simón Radowitzky?

No lo defiende, es un inútil y está senil, ¿cómo va a defenderlo con diez mil empleados despedidos? Lo de Simón, claro que la alegró, pero hacía años que debían haberlo liberado, pudo haberlo hecho en su primera presidencia. Lo que le preocupa a Rosa es lo que hay atrás de todo esto, ya antes de que subiera Yrigoyen a la presidencia, el general Justo publicó una solicitada en el que auguraba una dictadura militar. Era una clara amenaza. Los conservadores perdieron, pero ahora, con las próximas elecciones, si el radicalismo logra tener mayoría en el Senado, se votará la ley de nacionalización del petróleo, lo único que parece interesarle a Yrigoyen —Rosa también piensa que es primordial—, pero ellos no lo van a permitir. ¿Cómo pueden lograr el poder que no obtienen por elecciones? Por las armas. Aquí se está cocinando algo terrible, Juan, no me parece prudente seguir tirando leña al fuego. Por eso Rosa no quiso ir el otro día al teatro Boedo, donde organizaron una asamblea los opositores. Muchos artistas estaban ahí, sin pensar siquiera en quiénes organizaban ese acto. Yrigoyen no es el enemigo principal.

—No son sólo los conservadores los que están en contra, también los socialistas, y los demócrata-progresistas, y los estudiantes, y gente suelta, hasta los que lo votaron. Este gobierno está en bancarrota y es un desastre.

—Sí —contesta Rosa, irónica—, manifiestos y manifiestos, el de los cuarenta y cuatro diputados de las fuerzas conservadoras y los socialistas independientes, el de las derechas que publicaron en *La Nación*, el de los

antipersonalistas de Alvear. En el 28, ganó las elecciones con el doble de votos que la derecha. Y ahora, todo el mundo en contra. Pero no todos se oponen por las mismas razones, y les están haciendo el caldo gordo a los hijos de puta, ¿no te das cuenta, Juan? Se van a arrepentir ustedes.

—¿Ustedes? No te la agarres conmigo, que yo todo lo que hice es tocar tango. Y putear un poco, menos que vos, pero en casa, o con los amigos.

Rosa se angustia, se pone de pie, nadie parece compartir ese temor, ni en el teatro, ni en la radio, ni siquiera sus antiguos compañeros de la FORA que, en su opinión, están haciendo una incorrecta evaluación de las circunstancias actuales. Se lo dijo a Lorenzo el otro día. ¿Qué pasa, Rosa, ya te olvidaste de los mil quinientos obreros rurales que asesinaron salvajemente en la Patagonia?, era Yrigoyen el presidente. ¿Y querés otro coronel Varela, muchos Varelas en todo el país?, le contestó alterada, Rosa. ¿Qué creés que va a hacer Urriburu, con todos los infames apoyándolo?

—Juan, tengo miedo.

Juan la abraza: no va a pasar nada, dulce, y yo voy a estar con vos.

No es un temor personal, pero se acurruca, se abandona a la tibieza de su cuerpo, a esos besos ventosa que Juan le está dando en el cuello, para hacerla reír. Lo quiere tanto. ¿Se lo dice ahora? No, dejará pasar unos días, será mejor estar segura antes de anunciárselo a Juan. Hace tiempo que lo buscan, desde que volvieron de Europa, en julio de 1929.

Habían acordado no tener hijos hasta más adelante. ¿Hasta cuándo? No lo sabían. Ahora recuerda la noche del debut de la orquesta de Juan en Niza, en el Palais de la Méditerranée, cuando un deseo fresco y nítido la sorprendió. Pero no se lo dijo a Juan. Luego fue París, el emocionante encuentro con Carlos Gardel que grabaría un tango de Juan, Rosa cantando con la orquesta de Canaro, Juan en el foyer del Casino de París, y esa noche maravillosa en el cabaret de Pizarro, la voz de Rosa por primera vez con la orquesta de Juan Montes, la gente aplaudiendo, y ellos mirándose, como si acabaran de descubrirse, mareados de placer y tan queriéndose.

—Antes de regresar, Juan, quiero mostrarte mi ría, mi aldea, Baiona.

En lo alto del Monte da Grova, el sol hundiéndose poco a poco en el mar, ese escándalo de luces y colores en la ría, Juan y Rosa decidieron tener un hijo.

Más de un año había pasado. Con su actuación en la obra de teatro, los conflictos con la discográfica, y el inquietante clima del país, Rosa había dejado de estar pendiente de su embarazo. Y entonces, el atraso.

—Vestite ya, Rosa, que vamos a llegar tarde a lo de Hernán.

Desde 1928, Hernán estaba instalado en Buenos Aires, en la vieja casona de la calle Perú. Se sentía más a gusto allí que en la casa que compraron en 1914, tampoco tenía sentido esforzarse, Leonor vivía en París, y su hijo César, después de unos meses de compartir el despacho y los negocios con Vicente, había decidido mudarse a la residencia de su tío. Pobre, está tan solo, le dijo.

—¿Y Hernán? ¿Acaso él no estaba solo también?

—*Debió dolerle que su hijo prefiriera vivir con Vicente y no con él. Era un adolescente aún. Y si Hernán se quedó en Buenos Aires, fue porque en esa visita que hicieron los tres, César mostró interés en ocuparse de los campos.*

—*No sólo por eso, la decisión de su hijo le resolvía un problema. Leonor no iba a vivir en Buenos Aires, ya por entonces era bien conocida su relación con Charles de La Rochefoucauld, el mismo que había querido casar con Mercedes.*

César parecía negar que sus padres estuvieran separados. Mis padres viven en París, lo escuchó decir en una reunión, como si Hernán, que estaba allí, fuera invisible. Aunque, en verdad, tampoco ellos lo habían hablado nunca. Viajo el sábado, le había comunicado Leonor, así, en singular. Y él: no te preocupes, yo me quedaré con César. Eso fue todo. Intercambiaron algunas cartas: prolongaremos la estadía, César es un as en la administración del campo, según Vicente. Leonor extraña a su hijo, pero le parece bien que alguien por fin se ocupe de sus propiedades en la Argentina, a propósito, ella quiere vender la casa de Champs Elysées, ¿le mandaría Hernán la autorización? Nunca se preguntaron nada sobre sus propias vidas. ¿Para qué violentarse?

Ese mediodía, Hernán recibiría a sus amigos para festejar su cumpleaños. Sesenta y tres, un vejestorio. Qué va, usted es el más joven de todo el cabaret — le había dicho Rosa—, no hay más que verlo bailar. Qué encanto.

Hernán había establecido un estrecho vínculo con los Montes, especialmente con Rosa. Cuando coincidían las actuaciones de Rosa y de Juan, Hernán iba a buscarla al teatro y la acompañaba al cabaret donde tocaba Juan. Cinematógrafo, teatro, largos paseos por Buenos Aires. A Rosa le gustaba que le mostrara los lugares donde se bailaba tango cuando estaba prohibido, y que le hablara de las milongueras y los compadritos.

Pero lo que más le divertía a Hernán era pelearse con ella, una manera de decir, Rosa se peleaba sola, él nunca le negó esas cifras que a ella le gustaba

refregarle: ¿sabe cuántas vacas hay? Más de treinta y dos millones, y ovejas, cuarenta y cinco millones. ¿Y cuántos, dígame, son los dueños de esos animales, de esas tierras? ¿Le parece bien, Hernán?

Un poco tarde, Rosita, para sufrir por eso. Nunca es tarde, Hernán, para tomar conciencia. Además vos me querés lo mismo. Cierto —era un sol cuando sonreía—, usted es el único bacán que me ha caído en gracia. Ella no se daba por vencida, tenía que dar en propiedad la tierra a quien la trabajaba, tenía que..., pero Rosa, ya te he dicho que no me ocupo de los campos, no tengo ningún poder de decisión. No quiere, no no puede, Hernán. Bailemos, Rosa, sos mucho más buena después de un tango. Aunque bromeaba, Hernán la escuchaba, ahora había logrado preocuparlo con la situación del país. Hoy le mostraría el folleto que le dieron en el teatro Colón, Rosa tenía razón, era peligroso lo que se estaba gestando. Lo que no le diría es que fue su hijo quien dejó esos volantes en todos los palcos. ¿Qué es este escrito, César? Lo había redactado él, orgulloso, era imprescindible voltear a Yrigoyen cuanto antes. ¿No estaba de acuerdo?

—El presidente Yrigoyen obtuvo el doble de votos que MeloRoca, y nunca hubo una elección que votara tanta gente en la Argentina —lo único que se animó a decir Hernán ante esa expresión alterada de su hijo, que tanto le recordaba a su hermano César.

—Prefiero no discutir en el teatro, padre, pero ya hablaremos.

Supo en el club, al que iba de vez en cuando, que había sido César quien inició la ensordecedora rechifla con que casi expulsaron al ministro de agricultura, Fleitas, en la inauguración de la Sociedad Rural. Se lo dijo Luro, sonriendo, era un joven con carácter, decidido, valiente, debía estar orgulloso.

—*Se veía ya lo que iba a ser.*

A Hernán le daba miedo esa actitud soberbia e intolerante de César. Tendría que hablar con él, pensó ese mediodía, cuando Rosa le transmitió sus temores. Pero a solas. También Roberto, el marido de Mercedes, creía que se avecinaban tiempos aciagos. Desilusionado de la dejadez de su líder, Yrigoyen, pero más indignado por la propuesta que el general Uriburu hizo a Lisandro de la Torre: darle un puesto en su gabinete si se unía a la revolución que derogaría la ley Sáenz Peña. Por suerte César aún no había llegado, nunca le gustaron las situaciones violentas, y estaba seguro de que lo que su amigo Maco y su mujer pensaban y no decían, César no lo callaría.

—Señor Hernán, su hijo al teléfono.

Escuchó a Juan cambiar de tema, ¿habían escuchado a ese joven

bandoneonista, Troilo? Es una maravilla. Por suerte.

—Una lástima que no puedas venir, César, Juan Montes va a tocar.

—Una pena, sí, pero tengo una reunión —bajó la voz—, la cosa está que arde, padre. Mándele saludos a Montes, ya lo iré a escuchar.

Hernán quiso expulsar esa inquieta repugnancia que le producía ver a su hijo metido en quién sabe qué. Su padre y su hermano nunca quisieron participar en política. Para qué, le había dicho Rosa cuando se lo comentó, si total el PAN, los Roca y sus secuaces le lamieron siempre el culo a la oligarquía, perdóneme la crudeza, Hernán.

—César les envía cariños a todos. Tiene un fuerte catarro, fiebre.

Y más tarde, cuando Juan tocó su *Rey del bailongo*, dedicado a Hernán Lasalle: cuánto lamentaba que su hijo no estuviera allí. Hernán sonrió: en eso no había fallado, su hijo bailaba bien el tango.

—*No tanto, porque si no estaría aquí.*

—*Alguien tan cruel como César no podría estar en Tango...*

A Hernán le enternecía mirar a Rosa cuando escuchaba tocar a Juan, ese amor sólido, casi corpóreo. Se lo dijo al oído: qué bella te hacen los tangos de Juan. Es que me gusta tanto que no puedo disimularlo —le contestó riendo cuando el tango acabó—. Cada día más.

—Y usted, Hernán... —Rosa aprovechó que se habían hecho distintos grupos de conversación—, ¿por qué no me cuenta?

—¿Qué querés que te cuente? —los ojos de Rosa brillantes, una sonrisa traviesa.

—Lo que pasó con mi suegra —Hernán dio un salto en el sofá—. A ella no puedo preguntárselo, pero nosotros —se acercó más— somos amigos.

—*Pero qué insolente, ¿cómo se atrevió?* —*protesta Asunción*—. *Me alegro de que Hernán no le haya respondido.*

—*Callate, Asunción, que no escuchamos.*

Eran amigos, Hernán no quería ni hablar ni engañarla.

—¿Cómo sabés? —preguntó Hernán en un murmullo.

—Fácil, los he visto a los dos cada vez que mencionamos al otro, ese interés por saber es más que cortesía. Y cuando Juan le mencionó esa anécdota que le contó Asunción: cuando los pescaron bailando en la casa de sus padres, yo lo observé, Hernán, esa sonrisa conmovida, y luego perdido en ese recuerdo que aún hoy lo emociona, ¿o no? Y a mi suegra, un día que hablábamos de usted, se le escapó un largo y elocuente suspiro.

—*Es mentira, mirá si me iba a poner a suspirar por Hernán delante de Juan.*

—*Se lo habrá dicho para tirarle de la lengua.*

—Te diré un secreto, Rosa, pero prométeme que va a quedar entre nosotros: estuve muy enamorado de Asunción. No fue posible...

Pero ahora sí era posible, le dijo, entusiasmada, Rosa, su suegra estaba sola, ese amigo... ya casi no lo veía, y nunca fue su novio, se lo confirmó Asunción misma. Hernán se reía. Pero cómo se te ocurre, Rosa. Los invito a los dos a cenar y...

—¿Qué están cuchicheando ustedes? —se acercó Juan—. Hoy no porque es su cumpleaños, Hernán, pero en cualquier momento voy a hacer una escena de celos.

—Cuídese, Montes —dijo Maco—. Hernán es terrible.

—Sí, seduce a todas —bromeó Roberto—. En Santa Fe los hombres tiemblan cuando nos visita Hernán.

Todos riendo a carcajadas. Rosa se pone de pie, quiere cantar un tango que lo explica todo, un tango para Hernán. Juan la acompaña al piano.

La voz de Rosa se mezcla con las risas de sus amigos. «Si soy así, / ¿qué voy a hacer? / Nací buen mozo y embalao para el querer. / Si soy así, / ¿qué voy a hacer? / Con las mujeres no me puedo contener».

Extraña vida, pensó Hernán, nunca pudo compartir una intimidad con Asunción, y ahora, en su madurez, esa tierna y exquisita amistad con Juan y Rosa.

Yrigoyen no lo podía recibir, le dijo el secretario a Roberto, está enfermo.

—Pero qué pasa —contestó impaciente—, ¿no se dan cuenta de que el golpe es inminente?

—¿Cree que no lo vemos? Pero el presidente se resiste a tomar medidas de defensa, se niega a reprimir, piensa que nada ocurrirá, «son agitaciones políticas pasajeras, consecuencia de las luchas electorales últimas», dice. El ministro de defensa renuncia hoy, no puede hacer nada.

En el mismo bar, Roberto redactó lo que se leería por su radio, en defensa de la democracia amenazada. Llamó a su familia a Santa Fe y a Mercedes, se quedarían en Buenos Aires esos días. Haría entrevistas a políticos, trataría de contrarrestar los cada vez más vehementes rumores de revolución.

—Vamos al teatro a escuchar a Rosa entonces —propone Mercedes.

Mañana le darán el resultado del análisis. Pero Rosa no lo necesita más que para decírselo a Juan. Lo siente allí, dentro de su cuerpo. Está tan feliz. La risa le salta sola, y a la noche, en el teatro, cuando canta *Haragán*, de Manuel Romero, con esos gestos de payasa, el público se ríe a carcajadas, sobre todo las mujeres.

Pero a la salida, Roberto les dice que el presidente ha renunciado y el vicepresidente ha suspendido las elecciones en Cuyo el 7 de noviembre y decretado el estado de sitio. Rosa mira a esos burgueses manifestándose, con sus guantes color patito y las mujeres, con sus abrigos de pieles, y más allá, los jóvenes, estudiantes de Medicina. Rosa no puede evitarlo, se acerca a ese muchacho con bigotito fino que grita: fuera.

—Fuera los van a dejar a ustedes, y mudos, y heridos o muertos si vienen los que están llamando ¿cómo no se dan cuenta, irresponsables?

Mercedes la toma del brazo y la arrastra: vamos, Rosa. Tranquilízate.

¿Cómo va a tranquilizarse? Estado de sitio, como cuando ella era chica, todavía lo recuerda, y esta gente por la calle pidiendo que vengan las botas a reprimir más.

—No podés convencer uno por uno, Rosa —le dice Mercedes—, tomátele con calma.

¿Calma? Terror le dan esos soldados allí, a la mañana siguiente, en su mismo barrio, Colegiales. Rosa con el resultado del análisis en la mano, esa felicidad compacta, y el verde de los uniformes amenazando. ¿Qué hacen allí esos soldados?, pregunta apenas entrar a su casa, Juan pegado a la radio: por suerte llegaste, Rosa, ¿qué tenías que hacer tan temprano en la calle? No espera su respuesta, alterado, le informa:

—Esperan la orden de Uriburu para avanzar, son destacamentos de Capital que se han concentrado justo en Colegiales, qué puntería. Y en Belgrano y en Flores están reunidos los civiles. Uriburu está en el Colegio Militar, y ha mandado un ultimátum en el que solicita la renuncia del gobierno. Pero Campo de Mayo y otras guarniciones no se van a sublevar. Todavía no está claro, Rosa.

Suena el teléfono. Es Mercedes: Roberto le ha dicho que Campo de Mayo se ha dado vuelta y responde a Uriburu. Marchan hacia la casa de gobierno.

—Tenías razón, Rosita —le dice—, se acercan tiempos duros. No creo que sea una solución, como tantos esperan.

Rosa lleva la mano de Juan hasta su vientre: tendremos que enseñarle a

resistir, Juan.

El general Uriburu pasea orondo por la Plaza de Mayo, ninguna resistencia lo perturba en su camino a la casa de gobierno. El vicepresidente Martínez y su equipo de ministros ya se han ido. Sobre la mesa, su renuncia. El pueblo, ignorante de su destino patético, festeja por las calles, eufórico, la interrupción de setenta años de democracia y de actividades políticas.

«Ante vosotros, soldados de nuestra Patria —así llama Uriburu el 8 de septiembre de 1930, a la multitud que colma la Plaza—, ante el pueblo soberano, voy a prestar juramento. Juro por Dios y por la Patria desempeñar con honor el cargo de Presidente que he asumido por vuestra voluntad». Cuando la ovación comienza a menguar, la voz de Uriburu vuelve a alzarse: «¿Juráis por Dios y la Patria ser fieles a las autoridades que vosotros mismos os habéis impuesto?». Un «¡sí!» clamoroso e irresponsable se levanta de la Plaza de Mayo.

No, dicen Rosa y Juan desde su casa. No, dice Lorenzo, esa mañana fría del último año de su vida. Ese gobierno lo fusilará, como procesará, encarcelará y deportará a cientos de activistas sindicales. Yrigoyen ni siquiera puede decir no, en su prisión de Martín García, el miedo le ha paralizado los sonidos.

The New York Times, *The Sun* y otros diarios norteamericanos se regocijan en sus editoriales por el cambio en la dirección política de la Argentina. Por el contrario, *Il Corriere* lamenta que haya sido derrocado el único gobierno de la América del Sur «que estaba en condiciones de ponerse a la cabeza de las repúblicas latinoamericanas para contrarrestar las ambiciones de hegemonía de los Estados Unidos».

Con la piel rosita como la de ella, con los ojos negros como los de él, nace Lucía Montes el 5 de mayo de 1931.

Ese año, tan duro para tu país, fue uno de los más fructíferos en tus composiciones. En el San Martín estrenaste *Lucía*, en el teatro tocaste con tu orquesta acompañando a Rosa en aquel *Qué sapa, Señor* de tu amigo Discépolo, tan oportuno.

Han apagado la radio esa tarde de noviembre, pero por la ventana se cuelan las bocinas y las voces festejando el triunfo del general Justo en las elecciones.

—La misma mierda, con distinto olor, Lucía —instruye Rosa a su niña.

—¿No te parece un poco chiquita para que te entienda, Rosa? —se ríe Juan.

Epílogo

Hoy martes, *El beso*, sentenció Luis. Y aquí está Ana, sentada a una mesa de la milonga porteña de la calle Riobamba, mirando con curiosidad. Después de lo que ha vivido hoy, su primer día en Buenos Aires, le sorprende esta atmósfera relajada, festiva, tanta gente bailando, conversando, sonriendo, como si este salón no estuviera en la misma ciudad que el banco que Ana conoció a la mañana, como si estas personas no vivieran en el mismo país turbulento que mostraban las imágenes de la televisión, las noticias que leyó en los periódicos de hoy, 18 de diciembre de 2001.

Luis ha ido a hablar con unos amigos a la barra.

—Aprovechá —le dijo sonriendo—. Si estás sola, te van a sacar a bailar antes.

Y ella evoca la noche de les quais de la Seine, cuando lo dejó solo quién sabe cuánto tiempo. Venganza. Venganza tonta porque ella quiere bailar con él, ahora que por fin, después de ese largo día, apareció el Luis que ella conoce, apenas subir las escaleras y entrar a *El beso*, otro hombre: jovial, ligero, seductor, como si sus múltiples problemas no existieran.

Ana se agotó de la sola enumeración que le hizo en el camino del aeropuerto al centro: el dinero que le giraron hace meses los franceses secuestrado en el corralito, la mano golpeando el volante, la exigencia del dueño del lugar donde están filmando los interiores de que le pague el alquiler en dólares billetes y él, como todos, sin efectivo, una arruga profunda en el entrecejo, los inconvenientes para filmar en exteriores porque hay piquetes y protestas cortando las calles, dos veces detenida la filmación en doce días, la imposibilidad de tomar decisiones o proponer alternativas porque nadie sabe lo que va a pasar, la voz trastabillando, con dificultades para encontrar su registro, los horarios imposibles de cumplir

porque cuando no es uno es otro que está en el banco, obligados por este puto ministro a abrir una cuenta, una caja de ahorro, los ojos astillados y sombríos, la culpa que tiene con todos, con los trabajadores, con su socio, con Philippe por lo imbécil, ingenuo, que ha sido en dejar la guita en el banco en este país de crápulas, había rumores, pero también un decreto que garantizaba la inviolabilidad de los depósitos. ¿Ingenuo?, los labios afinándose en un gesto ácido, no, boludo, un timbre duro castigándolo, claro, como Luis Ruccoli, en plena crisis, estaba filmando, dando laburo a cuarenta personas, él, tan optimista, de tan buen humor, y la gente muriéndose de hambre.

—Pero Luis, no te echés la culpa. ¿Cómo podías saber?

—Como tantos, se fugaron veintiséis mil millones de dólares del país en el último año, catorce mil desde que Cavallo es ministro de economía. Lo sabían. La mayoría de los que quedaron encerrados en el corralito tienen menos de treinta mil dólares. La productora tenía mucho más... y yo, el gran responsable, lo dejé en el banco.

—¿Y no podés pagar a los que trabajan en la película?

—Sí, con cheques, pero no es Europa, Ana, muchos viven en una economía informal que depende del efectivo. Ahora establecieron una bancarización forzada, ¡seiscientas mil cuentas se abrieron en dos semanas! Más para las arcas de los bancos, como era poco... Y son todo números, papeles, porque no se puede disponer más que de doscientos cincuenta pesos por semana... Aunque el dueño de la casa donde filmamos piensa que tengo los dólares debajo del colchón, como él seguramente. Hay un contrato firmado, pero aquí qué importa...

Era difícil para Ana asimilar tanta información amontonada en medio de esa bilis que Luis destilaba. Quizás no debería haber venido, pensó, había leído las noticias sobre Argentina en los periódicos y Luis ya le había anticipado por mail que había un quilombo infernal, expresión cuyo sentido cabal se le iba a rebelar poco más tarde, en la sucursal del banco.

La idea de acompañarlo fue de Ana. La carcajada estentórea de Luis retumbó en el bar del hotel donde tomaban el desayuno: ¿al banco? No sabés lo que decís, Ana, descansá mejor. Pero ella insistió, no tenía sueño, dormiría luego, como no se podría filmar esa tarde...

Inmensas colas, expresiones desencajadas, miradas de vidrios rotos, voces que subían por momentos al alarido, y volvían a bajar, hombres y mujeres de todas las edades contándose unos a otros sus penurias como viejos amigos,

compartiendo las iras y las pérdidas, intercambiando datos y pronósticos de todo tipo. Y esa risa que estalló, salvándolos por un largo rato del agobio, cuando una familia se instaló en medio de la sucursal con su sombrilla, sus bronceadores, sus gafas de sol, la niña con balde, palita y hasta arena, el adolescente con walkman y tarareando ausente, pareo colorido y capelina panamá, bermudas y tee-shirt, los padres abrían sus sillas de playa, y se sentaban cómodamente a conversar en el espacio que generosamente la gente les abría.

—Como el banco tiene la plata de nuestras vacaciones, hemos venido a disfrutarlas aquí —explicó sonriendo la mujer.

Hombres oscuros como sus trajes, como sus gestos, pretendieron desalojarlos, pero los cuerpos de los clientes hicieron un férreo muro humano alrededor de esa isla de sol, a la que todos parecían sostenerse como náufragos en medio del mar, entre risas y aplausos.

—No, no nos vamos —contestó serenamente el hombre al empleado—, esperamos a unos amigos periodistas.

Los flashes de las cámaras fotográficas enrarecían aun más esa extraña obra improvisada donde público y actores se confundían. Los micrófonos de la prensa no daban abasto para registrar los comentarios de esa familia que había extendido sus límites mucho más allá del grupo inicial, una familia numerosa de estafados, hablando, gesticulando, riendo, llorando, ante las cámaras y los grabadores. ¿Estaba soñando?, se preguntó Ana.

Tres horas habían pasado cuando Luis terminó su trámite. Podían almorzar juntos, le propuso, y hablar de cualquier cosa que no sea bancos, guita: de Ana, ni siquiera te pregunté cómo estás, qué animal soy, de la película, no te conté más que los quilombos, pero es maravilloso cómo... El celular de Luis, él mirando el reloj, una mirada compungida a Ana: lo siento, me tengo que ir. Un taxi, te alcanzo al hotel y sigo, lo que pasa es que. Dejá, me lo explicás luego, lo interrumpió Ana. Se sentía absolutamente incapaz de entender algo más. Sí, descansá, linda, te llamo más tarde.

Pero no pudo descansar. Los ojos cerrados y todas esas caras alteradas, esas historias que escuchó: la mujer mayor a la que le rebajaron la jubilación hace meses —como a todos— y no puede pagar los servicios, el chico que le bloquearon la indemnización del despido, el hombre que vive en Canadá, al que le perdieron la transferencia de un banco a otro, la familia playera, Luis hablando a toda velocidad. Se vistió y salió a buscar los diarios, necesitaba más información, un graffiti la detuvo: «Nos mean encima, y dicen que llueve».

Tenían humor, también esa mañana lo había pensado con la ingeniosa protesta de esa familia. Pero son raros los argentinos.

Y ahora lo confirma, mientras un hombre engominado la saca a bailar, y ella mira un instante a Luis, riendo con sus amigos en la barra. ¿No tenía tantas ganas de que ella viniera a Buenos Aires? ¿Y ahora la deja sola? Todas estas personas, concentradas en la danza, dichosas, y alrededor ese conjunto de hechos disparatados y dolorosos.

Pero pronto no va a pensar más en nada, sólo gozar de ese abrazo que el hombre nunca rompe mientras sus piernas se entienden a la perfección con las de Ana, en los movimientos opuestos. Él se anima a más, o quizás ha sido ella quien se lo ha sugerido en ese giro y el cuerpo de Ana deviene pájaro, espuma, flor.

—Sos una diosa —murmura el engominado despegando morosamente la mano de la espalda de Ana al terminar la tanda—. ¿De qué cielo lejano bajaste que no te conozco?

—De París —le contesta riéndose mientras se separan.

La mirada fuerte y tan deseándola de Luis la sorprende a su lado. El hombre dice: te presento a una amiga francesa. Ninguno de los dos le responde. Luis enlaza a Ana y quedan detenidos, balanceándose hasta encontrar el momento exacto para arrancar esa milonga de Juan Montes, oh, el azar.

Luis ha tenido suerte, la milonga cruzada es su fuerte. Había querido que Ana se sintiera cómoda, libre, y le gustó que la sacara Guillermo, uno de los mejores milongueros, que Ana vea lo que tenemos. Pero eso fue el primer tango, el segundo, ya no tanto, y el tercero, cuando ellos entraron en esa fusión, en ese placer ostentoso, Luis aceptó y rechazó el aguijón de los celos, al cuarto avanzó hasta el borde de la pista, apenas se separan dos centímetros, iba a acercarse. Siempre podía hacer una broma para no quedar en ridículo, pero no fue necesario, ella lo miró con esa lucecita dorada, tan como esperándolo, y apenas rozó su mano la espalda de Ana, sintió que su cuerpo también se alegraba. Lo demás es el embrujo de la milonga de su abuelo.

—*Mirá, Juan, tu nieto bailando tu milonga.*

—*Luis no bailaba tan bien hace unos días —dice Carlota—, es Ana la que lo impulsa.*

—*Me alegre, Carlota, de que le reconozcas algún mérito a mi bisnieta, al*

fin.

—No me pasa nada —le dice Ana ya en la mesa—, estoy muy cansada, para mí son las cinco y media de la madrugada. Llegué hoy de París. ¿Ya te olvidaste?

—Pobrecita, te acompaño a tu hotel.

Él también está cansado, pero fue una buena idea llevarla directamente a la milonga. Se había desocupado a las diez y media porque al fin a la tarde habían podido filmar. No quiso llamarla para que descansara, podría ir mañana al set, harían todas las escenas en esa casa, aunque tuvieran que trabajar muchas horas, antes de que el dueño volviera a cambiar de idea, ni sabe con qué artilugios su socio ha podido convencerlo para que los deje hasta el fin de semana. La gente de su equipo es maravillosa, todos, desde los actores al último ayudante de cámara.

—¿Por qué te extraña tanto —le preguntó en el auto— que haya tanta gente en la milonga? Por supuesto que todos tienen problema pero bailando el tango la ilusión es que no existe más que el abrazo.

Ana llegó a la casa de Palermo Chico donde están rodando, a media mañana. Le indicaron donde debía ponerse para observar la escena.

La sala de música no podía parecerse más a la que ella soñó, los bucles y el vestido de la niña eran idénticos, los ojos del chico que hacía el papel de Juan, tan negros y luminosos como ella los imaginó.

Algo cálido, refulgente la fue ganando al ver la habilidad y ternura con que Luis dirigía a los chicos en la escena, la seguridad, la calma con la que controlaba la cámara y las luces, hacía mover algún objeto de lugar, pedía una opinión a su asistente. Algo que podría llamar orgullo, piensa ahora, recostada en su cuarto del hotel, y le da risa esta sensación, como si le perteneciera. Por qué no, ¿no la llama él «nuestra película»? Aunque son varios quienes la sienten propia. Escuchó varias veces la palabra «nosotros» mientras compartían una breve comida, una camaradería que inmediatamente la incluyó, ellos sabían que Ana era la compañera de París, la investigadora.

Las noticias de los saqueos a los supermercados que traían los que llegaban, o los que estaban pendientes de la radio ubicada en una de las habitaciones, colándose a las anécdotas de las vicisitudes del rodaje que le contaban a Ana, a las tareas que realizaban.

—¿Podés mirar la sala donde tenemos todo preparado para la escena en lo de Madame Reské? —le preguntó la directora de arte—. Y me das tu opinión, Ana.

Perfecto, concluyó. Se emocionó cuando le mostró el vestido, el que Ana lucía en su imaginación cuando bailó allí con su bisabuelo. Lo habían copiado de la foto del libro que le dio a Luis cuando estuvo en París.

—Mataron a un pibe de quince años en un saqueo en Merlo —interrumpió un joven, alterado—: un balazo en el cuello. Y otros dos en un supermercado de Quilmes.

A las cinco Ana decidió irse al hotel, tenía que enviar unos mails y quería seguir las noticias por la televisión, le explicó a Luis. Esta noche te invito a comer a casa, propuso él. ¿No es un lío? No, compramos una pizza, quiero que conozcas a Fede. Había gente rodeándolos, Ana bajó la voz: me encanta tu... nuestra película. Todavía le dura la tibieza que imprimió en su cuerpo la sonrisa radiante de Luis cuando enciende la televisión.

Imágenes lacerantes: mujeres corriendo con pollos, trozos de carne, botellas de aceite, niños y adultos estirando las manos para recoger los alimentos que tiran desde un camión para evitar el asalto, unos jóvenes estrellándose contra las vidrieras para romperlas, una discapacitada que encabeza la toma de un supermercado y queda atrapada por la reja que ayuda a derribar, yo nunca hice esto, dice una mujer ante la cámara, un inmenso dolor en su expresión, no tenemos qué comer. Ana cambia de canal: el presidente De la Rúa entrega insignias a los oficiales de las tres fuerzas armadas en la casa de gobierno, ¿hoy? ¿Es posible? Sí, porque el mismo canal continúa con más saqueos en otros lugares, enfrentamientos, muertos, acuchillados o baleados por los mismos comerciantes o por la policía, decenas de heridos, un grupo de trabajadores que no recibe salarios desde hace meses toman la sede de la municipalidad en Córdoba y la destrozan, un hombre enjuto, portavoz del gobierno, pide que mantengan la calma, a él le parece que se está exagerando deliberadamente, que sólo se trata de algunos piqueteros induciendo a la violencia. ¿Son autistas?, se asombra Ana.

Apaga la televisión, se dará un largo baño, descansará, pero vuelve a encenderla, esto está sucediendo en el país donde nació. Distintas personas opinan a favor y en contra del decreto firmado ayer por el que se prohíbe la extradición de militares genocidas solicitada por cinco países europeos, basándose en el principio de territorialidad. Orgullosos de guardar los asesinos dentro de sus fronteras, y no juzgarlos nunca, claro. Éste es el país que la privó

de su padre por largos años, el país que tanto le duele a su madre, donde ocurrieron las salvajadas que Ana ya no se niega a escuchar. Está temblando, ira, indignación. Como si fuera un arma, apoya con fuerza su dedo en el control remoto y dispara, no soporta una imagen más. Se va a ir de la Argentina antes de lo previsto, mañana mismo, inventará cualquier excusa.

—Bajá el volumen de la televisión, por favor —le pide Ana a Luis.

La sintió tensa desde que llegó, amable con Fede y con él, pero con una actitud muy distinta que esta tarde, que anoche.

—¿Te pasa algo, Ana? —le pregunta cuando la ve llevar los platos a la cocina.

—Nada. Me surgieron algunos inconvenientes de trabajo en París, y no creo que pueda resolverlos desde aquí. Lo más probable es que deba irme mañana o pasado.

Un pozo en el que Luis se hunde, pero trepa, se sostiene del borde: seguro que lo resolvés.

—Claro —contesta mordaz—, como es tan fácil todo aquí, ni siquiera pude mirar mis mails.

Fede lo llama: papá, va a hablar Chupete. De la Rúa, le explica a Ana.

«... Debemos oír el reclamo popular. Si no asumimos, todos los dirigentes, con grandeza y claridad, las responsabilidades —dice un presidente patético—... No estoy acá porque me aferre a un cargo, sino porque es mi deber —la sola imagen lo crispa—... Vamos por una política productiva, por un cambio de acuerdo con lo que necesita la gente...».

Luis se pone de pie, camina por el living, murmura palabras feroces, pero cuando escucha esa expresión, «estado de sitio», explota: hijos de puta, vamos, ordena a Fede y a Ana, vamos a la Plaza de Mayo. Suena el teléfono, es Alberto, ellos también van con los chicos, pasarán por su casa. Otra vez el teléfono, José, el camarógrafo: sí, ahora vamos.

El sonido de las cacerolas había empezado a escucharse antes del discurso, pero ahora son muchas más. Ana está en el balcón, sus ojos asombrados: ¿qué es este ruido?

—Hartazgo —contesta Luis.

Vamos todos, grita la vecina, la cuchara retumbando en una sartén. Nos encontramos en la esquina de Humberto Primo para marchar juntos, contesta un

hombre mayor desde el balcón de enfrente, su jarrito de leche abollado por tanto golpe.

Desde las doce de la noche regiría el estado de sitio, dijo el presidente de los argentinos. Ana sabe lo que significa, la interrupción de las garantías constitucionales, pero después de esas calles caminadas desde San Telmo a la Plaza de Mayo, bajo la percusión de las cacerolas, y las frases enardecidas de los que marchaban juntos, Ana comprendió que esa expresión despertaba siniestros fantasmas en los argentinos. «Qué boludos, / qué boludos, / el estado de sitio / se lo meten en el culo», cantaban animándose unos a otros.

La primera reacción de Ana, en la casa de Luis, fue no ir a la Plaza, ya había decidido volver a Francia, desentenderse de este país que, apenas llegar, estaba cacheteándola, pero no encontró cómo decírselo a Luis. Los acompañaría parte del trayecto, era en dirección a su hotel, y ya encontraría un buen pretexto: hacía mucho calor, estaba cansada.

¿En qué momento Ana dejó de ser espectadora, para pasar a formar parte de esa multitud que se concentró en la Plaza de Mayo? Mujeres y hombres de todas las edades, vestimentas y estratos sociales, niños de la mano de sus padres o a babucha: «El pueblo unido jamás será vencido».

¿Fue cuando, ya en la Plaza, comenzó a cantar con los otros? ¿Cuando dio su primer golpe a la cacerola? ¿Cuando anunciaron la renuncia del ministro de economía Cavallo y Luis y Fede y sus amigos la abrazaron? Cuando ese anciano, con voz recia, gritó: «Basta, carajo, que se vayan todos», y como una antorcha encendida el fuego de sus palabras se propagó y pronto fueron miles y miles coreando: «Que se vayan todos, que no quede ni uno solo». Lo cierto es que ahora, cuando el periodista le pregunta a un hombre mayor y curtido, completamente desnudo, en el momento que lo meten en un carro celular: «¿No le da vergüenza estar desnudo delante de tanta gente?», y el hombre responde: «Por supuesto que tengo vergüenza. ¿Cómo no voy a tener vergüenza?», Ana se sobrecoge, siente esa multitud desnuda, sin nada ya que la proteja de tanta ignominia.

Tres palmeras arden dando una extraña fisonomía a esa muchedumbre que canta el himno, mientras la policía avanza para dispersarlos. Ana no conoce el himno nacional argentino, nada le dicen esa música y esa letra grandilocuente y anodina, pero una emoción grave y generosa se desprende de quienes lo entonan,

como si estar allí, todos juntos, y cantar esas estrofas les permitiera recuperar una dignidad perdida hace quién sabe cuántos años.

—Setenta y uno —le dirá Luis más tarde, mientras caminan hacia su hotel—. En el treinta fue el primer golpe militar. Ahí comenzó a desbarrancarse el país en una sucesión cada vez más sanguinaria de dictaduras interrumpiendo la vida democrática. Pero esta vez los de siempre no pueden golpear la puerta de los cuarteles, el pueblo ha aprendido —la expresión de triunfo le ilumina las facciones—. No podrán volver los milicos. Recién hoy, Ana, terminó.

Ella no está tan segura como Luis y sus amigos de que esa noche sea el fin de los milicos, de los radicales y los peronistas, de todos los políticos corruptos, sordos y ciegos a la sociedad que representan, como hoy se ha demostrado. Piensa que es una esperanza desesperada pero no lo discute, no sólo porque le faltan elementos, sino porque no quiere enturbiar esa alegría sorprendente que se ha apoderado de todos. Y de la que ella esta noche se siente parte.

Dos mensajes de sus padres la esperan en el hotel: que los llame, a cualquier hora. No tienen por qué preocuparse, viene de la Plaza de Mayo, sí, mamá, había policía, pero se desconcentraron tranquilamente, no tuvieron a quien reprimir, no pasó nada, bueno, sí, pasaron muchas cosas, a ella también. No, nada de eso, algo interno, ya les contaré. Por supuesto que va a cuidarse, papá, pero ponete contento, hoy se terminaron los miedos en tu país.

—¿«Tu» país, le dice? También es el suyo, aunque viva en Francia.

—Dale tiempo, Asunción.

El teléfono suena cuando apaga la luz. Es Luis: ya llegó, bien, pero ha visto que incendiaban el palacio de Hacienda y están reprimiendo brutalmente, el hotel de Ana está cerca del obelisco, que no salga mañana hasta que él pueda pasar a buscarla. Ella se ríe: tengo padres por todos lados ahora.

Luis no sabe qué hacer: ayer la CTA llamó a la huelga general, y, aunque todos estén de acuerdo en trabajar porque conocen el problema con el escenario de rodaje, a él no le parece bien. Alberto insiste, el dueño de la casa le dijo hasta el sábado, y no va a cambiar de postura. ¿Vas a dejar escenas sin filmar? ¿Vamos a tener que conseguir, en medio del quilombo reinante, otra ubicación? Su socio tiene razón, no hay muchos lugares donde poder rodar todas las escenas que tienen lugar en la casa de Lasalle, en lo de Ponce, las fiestas en París. Alterará el plan, para que vayan sólo los imprescindibles, las escenas que

requieren extras se rodarán mañana. ¿Y si Ana vuelve a París hoy y no puede verla?

—Cómo estás, linda, ¿dormiste bien? No podré pasar hasta la tarde, filmaremos hoy, pero no vengas, tratá de resolver tus problemas. Preguntale a los del hotel si te prestan la computadora.

—Hay un cyber-café cerca, en Diagonal.

—Volvé en seguida al hotel, la calle estará llena de gente hasta que renuncien todos y estos hijos de puta están calzándose en el estado de sitio para reprimir.

—No te preocupes, Luis, me sé cuidar.

Pero no sabe, o no quiere, porque cuando camina por Diagonal Norte, y ve cómo tiran al suelo a ese chico y le pegan, y le dan patadas, y lo arrastran a un coche policial, soy de HIJOS, soy Wado, grita, ella se suma al grupo que insulta a la policía. Tres o cuatro uniformados avanzan hacia ellos, que huyen en estampida. Ana está en medio de la calle, paralizada, cuando un tirón fuerte en su brazo la obliga a correr, y, antes que se dé cuenta de lo que pasa, está en cuclillas, en un cubículo de un metro por un metro: cajas, latas, las piernas peludas del hombre que la ha arrastrado hasta allí y obligado a agacharse. Intenta incorporarse, una zapatilla apoyándose con fuerza sobre su cabeza, y un chistido sordo. Uno setenta, escucha decir. Dame fuego, ordena una voz metálica. El pie se le acalambra, todo su cuerpo entumecido, pero Ana no se mueve, sólo el temblor incontrolable agitándola. Pendejos de mierda, ¿vio cómo nos insultaban? Sí. Chau, agente. Unos minutos eternos hasta que descubre esa cara de piel cetrina, esos ojos luminosos que no la miran, pero que ella puede ver porque el hombre ha girado sobre sí mismo, busca una lata y murmura: sos boluda, vos, cómo te vas a levantar, casi nos mandás en cana, no hables ni te muevas hasta que no te diga. Coca-Cola, Particulares, Jockey suaves. El temblor cede, comprende que está escondida bajo el mostrador de un kiosco, no puede creer que ese hombre se haya puesto en peligro por ella, alguien a quien no conoce, le está tan agradecida, quisiera abrazarlo, besarlo, decirle que lo quiere mucho.

—Y hazelo, no te reprimas —le contesta más tarde, cuando la policía se ha ido—. Un buen chupón. Pero en la vereda, si no, ¿cuál es la gracia? —su risa contagiosa—. Quiero que nos vea el Gordo del bar que me dice que no levanto

ni las pulgas.

Y esa amistad repentina, un cariño que Ana no inventa, que de verdad siente, cuando se despide de él, en la vereda, como le ha pedido, y le dice, en voz alta: nos vemos luego, Negrito, y él: cuidate, tesoro, la reconcilia con los argentinos, con la humanidad entera. Por eso va a seguir hasta la Plaza. El Negro le ha dicho que hay mucha yuta, de uniforme y de civil, los trajeados son los peores, pero las Madres harán su ronda.

Las calles aledañas hierven de gente, una heterogénea aglomeración de hombres con corbata y saco en el hombro, bermudas y remera, mujeres oficinistas de trajecito, chicas con minifalda y pancita al aire, maduros, jóvenes, chicos y un mismo canto tejiéndolos: «A ver, a ver / quién maneja la batuta, / si el pueblo unido / o el gobierno hijo de puta». Ana logra escabullirse, hacerse un camino y llegar al corazón de la Plaza, donde los cuerpos se apelmazan unos con otros. Las Madres y los organismos de derechos humanos están desde temprano —le cuenta un muchacho—, tenían una entrevista con el ministro de Interior, y les dejaron un cartel pegado con cinta adhesiva a una valla: Mestre no viene. Alguien le da un gajo de limón para protegerse de los gases. ¿Los gases?, pregunta Ana. Y la respuesta llega en el aire que se torna irrespirable, un gas picante perfora las mucosas, enceguece como un ácido. En la superficie humosa de la Plaza, Ana ve aparecer los caballos de la policía montada. ¿Es una alucinación producida por los gases lacrimógenos? ¿Van a pisar a la gente? Un caballo levanta sus patas y atropella a una mujer canosa por atrás, luego a otra, ¡las Madres!, gritan, ¡las Madres no, hijos de puta! No es posible, un grupo de personas las ayudan a salir de la plaza: «Madres de la Plaza, / el pueblo las abraza», cantan miles de voces. La furia endereza los cuerpos, los encabrita, los lanza contra una valla que protege la casa de gobierno, hasta que la derrumban.

—Les dispararon gases a las Madres, gases vencidos en el 89 —interrumpe Alberto la escena, escandalizado—. ¡Y les tiraron la montada encima!

—Cómo pueden ser tan bestias, ¡atacar a mujeres de ochenta años!

—Yo me voy —dice el ayudante de cámara—. Mi vieja está ahí.

—Nos vamos todos —dice Luis, con el celular en la mano.

—No podemos —se lamenta Alberto—. Iribarren nos deja la casa hasta el sábado.

—La tomamos, que nos eche y lo reventamos.

Ana no ha llegado al hotel. Es la cuarta vez que Luis la llama.

—No podemos estar filmando con el país en llamas. Vamos.

¿Dónde estará Ana? ¿Dónde buscarla?, se desespera, cuando al salir se topa con la policía avanzando sobre el grupo apostado frente a la casa del ex ministro Cavallo. ¿La habrán detenido?

No sabe dónde está, al salir de la Plaza Ana siguió a un grupo organizado, un hombre gritó que no corrieran, puso las manos en alto y todos lo imitaron, y ella fue detrás. Ya no recuerda dónde los perdió de vista. Las confianzas de aquella mujer que el azar hizo caminar a su lado la sacaron de todo contexto, Ana creía conocer el significado de la palabra hambre, pero no, no tenía idea de esa intoxicación de nada, de la esperanza escuálida que impulsa al cuerpo a ir adelante, porque hay otras bocas, las de sus hijos. Sintió una impotencia atroz. Anoche alguien le había dicho que más de la tercera parte de la población está bajo el límite de la pobreza. ¿En el país del trigo y de las carnes?

No tiene su cartera, debió haber quedado en esa esquina donde, al huir de las embestidas furiosas de los caballos y de los gases, cayeron unos sobre otros. ¡Su pasaporte, su agenda, sus tarjetas de crédito! Miró la piel de la mujer pegada a los huesos, su sonrisa rota, y sintió insignificante su propia pérdida.

En la puerta de un banco, vio a un chico de pantalón corto tambaleándose, con los ojos muy abiertos, caminó unos metros y cayó, una bala había atravesado su cráneo, vio un hombre llorando desesperado, ¿su padre?, ¿su amigo? No, no lo conocía, tampoco Ana, y su muerte la mareó de dolor. En la calle angosta donde dobló, otra vez gases. Desde una ventana, alguien le tiró una toalla mojada para que se protegiera.

Vio a unos jóvenes, en un balcón, volcando baldes de agua sobre la policía, vio a un uniformado enardecido disparar balas, ¿de goma?, hacia lo alto, vio personas arrastradas con brutalidad a los carros policiales, vio árboles caídos para interceptar, vio el humo blanco de los gases lacrimógenos chocando con el humo negro de las fogatas que armaban para respirar, vio banderas celestes y blancas desplegadas, vio las motos de esos asesinos vestidos de azul avanzar una y otra vez, y vio a un grupo de valientes mensajeros en motos enfrentándolos, vio la gente aplaudiendo desde los balcones, vio a un chico que no tendría ni veinte años agonizar al lado de su moto, ahí no sólo vio llover piedras contra los homicidas, las recogió y las tiró ella también. Ay, mamá, cómo te entiendo, dijo

en voz alta, como si Marie estuviera en esa misma calle.

Hace horas que no pregunta en qué dirección está el obelisco para ubicarse, cuando en la avenida Corrientes lo divisa, rojo como el cielo del atardecer, una nube de humo difuminando sus aristas. Las miradas se dirigen hacia lo alto, donde huye en un helicóptero el flamante ex presidente. No conoce a esa mujer, a esos muchachos con quienes se abraza festejando, pero Ana es parte de ese cuerpo poderoso, que ha tomado las calles de Buenos Aires, sorprendido de su propia fuerza.

—Echamos a un ministro, a un presidente... Quién nos para ahora, loca —le dice un pibe flaquito, un entusiasmo avasallante—, nadie, aunque la yuta nos lleve presos, somos montones y no vamos a parar hasta recuperar el país que nos afanaron.

—Vamos a cambiar todo —afirma la chica a su lado—, vamos a fundar una Argentina nueva, sin chorros y sin asesinos.

—Se terminó la impunidad —grita el otro.

Le gustaría que Hernán los escuchara: no está todo podrido, papá, ni son todos amnésicos en Argentina. A él lo encarcelaron, como a un delincuente. «Delincuentes subversivos», los llamaban, y ahora es a los pobres a quienes tratan como delincuentes, los matan, los detienen. Ahora que se han caído todas las máscaras, Ana comprende por qué luchaban sus padres.

Lástima que Luis haya tenido que filmar hoy, a ella le gustaría compartir esta emoción. Si no fuera por él, ella estaría aún haciendo callar a su madre cuando habla de lo que pasó en Argentina. Se lo va a decir en cuanto lo vea.

Un morocho grandote, con la remera atada como un gorro en la cabeza, canta a viva voz un tango dedicado a Chupete: «Adiós, muchachos, ya me voy y para siempre, / debo alejarme de mi buena muchachada». Ana coloca los brazos en posición de tango, y un gordo se apresura a aceptar la invitación.

Caminando por Diagonal Norte, Luis mira ansioso el celular, que por favor, por favor, sea Ana quien llama. Pero no, es Pablo, el abogado del CELS, le han confirmado que Ana Lasalle no está en la comisaría segunda, ni en la cuarta, pero su nombre figura en el *habeas corpus* colectivo que han presentado. Y pronto los van a soltar. Tampoco está en el hospital Argerich, Luis lo comprobó por sí mismo, haciendo caso omiso de la prohibición de entrar, corrió por las salas, preguntó a médicos, enfermeras. Se acercó a algunos heridos, habló con

sus familiares. ¿Cómo pueden tener la osadía de declarar que sólo tiran balas de goma?

Un instante de alivio, y tantos de zozobra. Tal vez Ana sólo se perdió, no conoce Buenos Aires. ¿Habría salido sin pasaporte y la detuvieron? Claro, eso explica que no esté su nombre entre los presos. Una súbita punzada en el corazón. Irá a todas las comisarías, una por una, llamará a la Embajada de Francia para exigirle que la encuentren. Sus ojos muy abiertos, como si quisieran abarcar todos y cada uno de los que pasan, y un deseo enorme de que sea Ana, y que su mano se alce hacia su cara, y acaricie sus mejillas, y baje y toque su cuello, y su nuca, y besarla suavemente, los dedos enredándose a su pelo, tironeándolos despacio: Ana, llamame.

—Sí, ¿por qué no lo llama? —se enoja Juan—. *Luisito desesperado y ella, como si no existiera.*

—Pero cómo lo va a llamar, si no tiene ni una moneda encima.

—Ay, por favor, mirá si no le van a prestar un teléfono de esos que usan ahora.

—Lo que está sintiendo Ana es muy importante —dice Rosa—, fundamental. Anoche quería volver a París, y mírenla hoy. Aprendió más en unas horas que en treinta y un años.

—Si se hubiera quedado en el hotel, a mí no me gustaría nada que mi bisnieto se metiera con ella —dice Asunción—. A Esteban, pobrecito, lo asesinó la policía de Montevideo.

Luis camina deprisa por esas calles de heridas abiertas, veintinueve muertos han dicho, una Buenos Aires cruel y sin embargo bella, redimida en su rebeldía de tanta mierda que la sepultaba. El obelisco tiene un aspecto dantesco con el humo de las fogatas, y a sus pies, una fiesta de cantos y gritos de júbilo. Se detendrá un rato a festejar la caída de Chupete.

La cara arrebatada y tiznada, el pelo atado en alto, mechones cayendo en desorden, la blusa sucia atada a la cintura, y unos ojos encendidos con una luz nueva fijos en Luis, los brazos de Ana colgándose a su cuello, y ese abrazo fuerte, fuerte, Ana, loquita, amiga, amor, cómo te quiero.

Un hombre, con voz portentosa, canta *Adiós muchachos*, sus cuerpos abrazados comienzan a moverse al ritmo del tango.

En el living de la casa de Luis, suena fuerte *Corajuda*. El ruido amigo de las

cacerolas, que entra por la ventana, le imprime una extraña y viva percusión.

No hay secreto que sus piernas no puedan descifrar, con la mano sabia de Luis en su cintura. Ahora le pide un voleo y Ana, aun con los ojos cerrados, tiene absoluta conciencia de esa pierna, fina y sensual, que desnuda el tajo de su vestido negro, de ese pie que gira en alto, apenas un instante, con elegancia, para volver a apoyarse sobre la madera. No mira tampoco el torso de Luis, pero lo siente ahí, tan querido, consistente, seguro, centrándola, amándola, dándole el equilibrio perfecto para asumir, apoyada en un solo pie, ese giro completo que Luis le ha marcado en este compás. Ah, qué placer inigualable es bailar tango con el hombre que ama.

Escrito en la Villa Mont Noir



ELSA OSORIO escritora nacida en Buenos Aires, Argentina en el año 1952.

Es autora de varios guiones cinematográficos y televisivos, entre sus obras se destacan *Ritos Privados* (1982, Premio Nacional), *Reina Mugre* (1989), *Como tenerlo todo* (1993), *Las Malas lenguas* (1994) y *Cielo de Tango* (2006). En su libro *A veinte años, Luz* (1998, Madrid) evoca con alto voltaje emocional la larga noche de la dictadura argentina. Fue traducido a quince idiomas y vendió más de medio millón de ejemplares en Europa.

Coordina talleres de narrativa y participa activamente en la defensa de los Derechos Humanos. Actualmente reside entre Buenos Aires y Madrid.